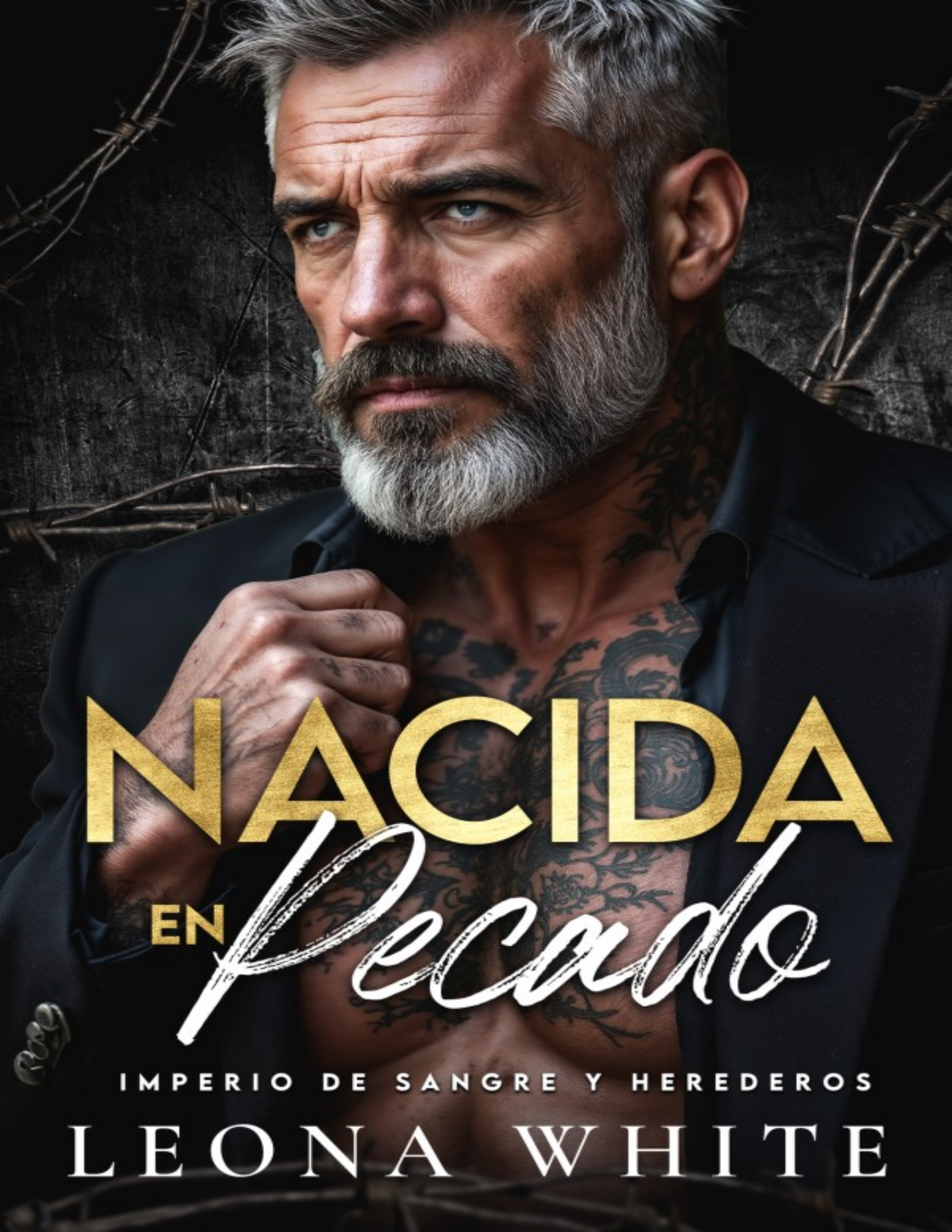

NACIDA
EN Pecado
IMPERIO DE SANGRE Y HEREDEROS
LEONA WHITE

NACIDA EN PECADO

LEONA WHITE

Derechos de autor © 2026 por Leona White

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su almacenamiento o transmisión por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves en reseñas de libros.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sipnosis

1. Mila
2. Roman
3. Mila
4. Roman
5. Mila
6. Roman
7. Mila
8. Roman
9. Mila
10. Roman
11. Mila
12. Roman
13. Mila
14. Roman
15. Mila
16. Roman
17. Mila
18. Roman
19. Mila
20. Roman
21. Mila
22. Roman
23. Mila
24. Roman
25. Mila
26. Roman
27. Mila
28. Roman
29. Mila
30. Roman

31. Epílogo

También por Leona White

SIPNOSIS

Deja que me rompa.

Porque fui la tonta que tocó al diablo primero.

Robarle a ***Roman Kuzin*** no fue supervivencia.

Fue un ***suicidio.***

Pakhan de la Bratva. Un rey despiadado.

Un hombre que destruye a cualquiera que se atreva a desafiarlo.

Y le puse las manos encima… y luego hui.

Debería haber muerto por ello.

Pero no lo hice.

Por una deuda escrita con sangre mucho antes de que yo naciera.

Ahora, en lugar de matarme…

Me toma para él.

Me veo arrastrada a su mundo, encerrada en su imperio…

obligada a vivir bajo su techo… y sus reglas.

Dice que no soy más que una deuda que saldar.

Un error que está obligado a conservar.

Pero la forma en que me mira…

siento que ya le pertenezco.

Es frío.

Peligroso.

Imposible escapar de él.

Y cuanto más lucho contra él… más me desea.

Cuanto más me resisto… con más fuerza caigo.

Hasta el día en que descubra la verdad.

Sobre mi familia.

Sobre la traición que me entregó directamente en sus manos.

Sobre el secreto que guardo…

su hijo.

Cuando por fin se dé cuenta de lo que soy para él…

Roman Kuzin no me dejará marchar.

Y esta vez…

No estará atado a ninguna deuda.

Me tomará porque me desea.

Nota de la autora: Un romance oscuro de mafia con diferencia de edad, tensión de enemigos a amantes, convivencia forzada, un despiadado rey de la Bratva y un embarazo secreto que podría desatar una guerra. Sin continuará. Final feliz garantizado.

1

MILA

Las volutas de humo de cigarrillo flotan hacia el techo del vestíbulo en finas cintas grises. Severin está apoyado contra la pared cerca de la escalera, con una bota cruzada sobre la otra, y ni siquiera se molesta en mirar cuando me acerco. El tío está tan metido en el culo de Vera que cualquiera diría que lleva una correa puesta o algo así. Quizá cree que así se ganará puntos, pero si de verdad la conociera como yo, sabría que es una narcisista de cuidado.

Lo cual no explica por qué me molesto, excepto porque, si quiero algo de la herencia de mi padre pronto, ella lo controla.

—Hola, Severin —digo, esperando que no note lo mucho que me tiemblan las manos. También tengo las palmas sudorosas. Nunca he probado esto con una persona antes, aparte de la asistenta, a quien juré guardar el secreto. Odia a mi madrastra tanto como yo, y cuando mi padre murió, la casa lloró más por el hecho de que le dejara algo a Vera que por perderlo a él. Es como si el odio que sentimos colectivamente fuera una entidad viva propia, y ella la titiritera que lo hace bailar.

Ahora me mira con unos ojos oscuros y nada impresionados. Da otra calada larga antes de molestarse en hablar. —¿Qué? —Lleva siendo el guardaespaldas personal de Vera desde que llegó. Insistió en que mi padre se lo trajera, como un maldito equipaje sin el que no puede vivir, y ahora es mi conejillo de indias.

Tengo que quitarle ese maldito anillo de oro del dedo sin que se dé cuenta y llevárselo a Vera para demostrar que estoy lista para esta misión. Juró delante de sus hijas y del señor Gregov que solo tengo que demostrarle mi valía, lo cual, según ella, consiste en recuperar un anillo de valor incalculable que pertenecía a mi padre de un tipo al que nunca he conocido. Si lo hago, me concederá el derecho de sentarme a la mesa con ella cuando tome decisiones familiares, algo que, en mi opinión, nunca debería pasar. Ella no es una Radin.

—Vera me pidió que te diera las gracias —extiendo la mano entre nosotros— por lo de ayer.

Mira mi palma abierta durante varios segundos antes de tirar el cigarrillo y aplastarlo con el tacón. Qué falta de respeto hacia la casa de mi padre, pero ¿cómo voy a detener una marea que lleva años subiendo? Cuando alarga la mano para estrechar la mía, su agarre es aplastante. Las callosidades de su palma rozan las mías, y el anillo se mueve cuando cierro los dedos alrededor de los suyos y presiono con el pulgar contra la banda.

—Dijo que lo manejaste bien —añado, aunque no tengo ni idea de qué "manejó" para ella. No me lo ha contado y yo no he preguntado. Estas fueron las líneas que me dio para asegurarse de que cumplía mi tarea. Si no puedo quitarle un anillo a su guardaespaldas favorito, ¿cómo voy a robarle a uno de los cabecillas de la Bratva aquí en mi ciudad?

Severin entrecierra los ojos cuando alzo la otra mano, envolviendo la suya entre las mías mientras la estrecho con firmeza. El truco es apretar un poco. Así no puede notar cómo aflojo la banda y la arrebato. Y, como he practicado tantas veces que podría hacerlo

dormida, el anillo se desliza libre. Suelto su mano y retrocedo con el metal ardiendo en mi palma.

—Sí —gruñe—. Es mi puto trabajo. Ahora lárgate, niña.

Es insultante cómo estos capullos me llaman "niña" cuando claramente ya no soy una cría y mi padre me dejó todo su imperio y sus millones —bajo condiciones, claro—, pero actúan como si no fuera nadie. Pero tengo que tragar el insulto o arriesgarme a que descubra lo que he hecho, y entonces nunca llegaría a esa maldita pelea donde Roman Kuzin estará más vulnerable.

Así que me alejo antes de que Severin pueda pensar demasiado en por qué quería estrechar su mano. El anillo es mi trofeo, y no me atrevo a abrir la palma para mirarlo. Si se me cayera y lo perdiera, todo por lo que he trabajado habría sido en vano.

Cuando llego al despacho de Vera, que antes fue el de mi padre, la puerta ya está abierta. El aire está impregnado del hedor de su perfume demasiado intenso mezclado con el acre olor a humo de cigarrillo. Empujo la puerta para abrirla más y entro, luego la cierro detrás de mí con la mano libre.

Vera está sentada tras su escritorio con las manos cruzadas sobre un montón de papeles. Lleva el pelo recogido con tanta fuerza que le estira las comisuras de los ojos. Me observa con los labios fruncidos y las fosas nasales dilatadas. Es cómico cómo intenta parecer dura, cuando en realidad solo parece vieja, aunque imagino que debió de ser una mujer muy hermosa hace mucho tiempo, antes de que el odio y la amargura le robaran la inocencia.

—Lo tengo —le digo, acercándome triunfalmente para mostrarle el anillo en la palma abierta de mi mano. Es una tontería, una banda de oro falso que lleva un tipo al que se lo devolverá— probablemente con una historia sobre lo horrible que soy. Pero para mí representa mi autonomía. Le he demostrado que soy digna de la tarea que me asignará y, al completarla, demostraré mi valía como miembro del círculo íntimo de mi padre. Descanse en paz.

—Enséñamelo —Vera ladea la cabeza y me mira por encima de la nariz con los ojos entrecerrados, y distingo la línea marcada de maquillaje en su mandíbula donde no lo ha difuminado bien. Está pálida como un cadáver, usa una base demasiado oscura para aparentar salud. Debería hacerse mirar eso.

El anillo cae sobre el escritorio frente a ella cuando giro la mano, y Vera lo coge al instante, pasándolo entre sus uñas pintadas de rojo. Lo levanta para examinar el grabado interior y su boca se curva en una sonrisa sardónica.

—No estaba segura de que lo hicieras —deja el anillo sobre la mesa y se reclina en la silla—. Me has sorprendido, Mila. Dudo que esto le sorprenda de verdad. Llevo seis meses haciendo nada más que "demostrarle" mi valía en cada paso. Papá me dejó un fondo que no puedo tocar hasta los veinticinco, con instrucciones explícitas de que me "formaran" para manejar su imperio. Creo que pretendía que fueran sus hombres quienes me entrenaran, pero la madrastra del infierno ha decidido encargarse ella. Como si supiera algo de dirigir una organización criminal.

Tengo las palmas sudorosas y me las seco en los vaqueros. —Está hecho. Dijiste que si lo hacía, podría avanzar con la tarea y…

—Lo dije, ¿verdad? —Abre un cajón y saca un sobre. El papel es color crema y grueso, sellado con cera roja. Lo desliza por el escritorio hacia mí. —Roman Kuzin organiza su club de lucha en tres días.

Cojo el sobre y lo doy la vuelta. El sello de cera tiene un diseño intrincado, como los de las invitaciones formales. Quien sea Roman, se ha esmerado en no escatimar gastos para su club de lucha. Hasta el sobre está perfumado, o quizá es que ha estado demasiado tiempo en poder de Vera.

—Y tú vas a asistir —los dedos de Vera golpetean el reposabrazos de su silla mientras continúa—. Todas las familias de Perm estarán allí.

Observarán a los luchadores, elegirán matones. Encajarás perfectamente.

Sabía que este momento llegaría después de oírla intentar tenderme una trampa. Unos cuantos de sus hombres, unos cuantos de los de mi padre, y todos pensaron que era una buena idea. Aunque estoy segura de que los hombres de mi padre de verdad quieren que me forme en todo. Lo querían como a un padre y entienden su deseo de que yo lidere. Vera nunca los convencería de arrojarme a los lobos, que es la única razón por la que acepté esto. Si ellos creen que puedo hacerlo, sé que puedo.

Así que hago el papel de la ingenua y pregunto: —¿Por qué voy allí?

—Porque vas a traerme algo —su sonrisa se ensancha—. Lleva un anillo en la mano derecha. Era de tu padre, y lo quiero de vuelta.

Contengo un suspiro y me muerdo el interior del carrillo para no reaccionar. El anillo de mi padre debería ser mío, no suyo, pero es un pequeño precio a pagar para recuperar lo que me pertenece. Y los hombres de papá la obligarán a cumplir. Lo sé.

—¿Así que le quito el anillo? —pregunto, fingiendo ignorancia. Ya lo sabía todo. Por eso he estado practicando. Por eso, cuando me pidió que le trajera el anillo de Severin, ya sabía que podría hacerlo. Un poco de escuchas va un largo camino.

—Quiero que recuperes lo que es nuestro —ladea la cabeza y me observa con una mirada fija—. A menos que no te creas capaz.

Siento arder el pecho, pero me lo trago. Tiene un morro increíble hablándome así. Pero, según el testamento, solo está haciendo lo que papá quería. —Y cuando esto termine, entonces obtendré…

—Un lugar en esta familia —me interrumpe—. Sabes que tu padre me pidió que te pusiera a prueba —se inclina hacia delante y apoya los codos en el escritorio mientras su voz adopta un tono más oscuro —. Aunque no estoy segura de que estés realmente preparada para este paso.

Siempre hay algo siniestro en cómo me habla, como si intentara enviarme un mensaje velado. Bueno, tengo noticias para ella. No está nada velado. Me ha odiado desde el día que conoció a mi padre, y sus asquerosas hijas también. Nunca me quiso cerca porque represento el pasado de papá y sus amores anteriores. Y yo me interpongo entre ella y la fortuna—algo que ha quedado dolorosamente claro desde que papá murió.

—Estoy lista—digo con frialdad, sin revelar lo que me hace sentir. Ella no lo sabe, pero mi primer acto como su sucesora en esta familia será cortar todo lazo con ella. Recibirá lo que él dejó en su testamento y nada más. Y no veo el momento de que llegue ese día.

—Buena chica. Ahora prepárate. Tienes tres días.

Me doy la vuelta y salgo con calma, aunque me encantaría dar un portazo en su horrible cara. Mi habitación está al final del pasillo y es adonde voy directamente. Si Severin nota que falta el anillo, vendrá a buscarme, y probablemente empezará por aquí, pero al menos tengo cerradura. Además, Vera lo llamará, mentirá sobre mí y le devolverá su anillo pronto.

Llevo el sobre grabado a mi cama, donde me quito los zapatos con los dedos y me siento. El club de lucha al otro lado de la ciudad es uno de los pocos sitios a los que papá nunca me llevó. *No es un lugar para señoritas*, me decía, pero conozco a muchas mujeres que han ido. Intentaba mantenerme en mi lugar o algo así, aunque Eleanor me dijo una vez que solo pretendía preservar mi feminidad en un mundo que pronto me la arrebataría.

Solo pensar en él me hace llorar. Nuestra relación no era buena, como imaginarás. Aún guardo rencores por cómo permitió que Vera me tratara cuando no miraba. Pero, si hay que creer a la criada, todo lo que hizo fue por mí.

Saco la caja de recuerdos de debajo de mi cama y le quito la tapa, revelando los objetos y souvenirs que he ido guardando a lo largo de los años. El anillo de papá debería estar aquí, lejos de Vera, pero no

tendré opción. Si consigo quitárselo a Roman Kuzin, Vera me obligará a entregárselo. Sin embargo, al hacerlo, provocaré un cambio. Por fin tendré el respeto que merezco. O eso espero.

Cuando dejo caer el sobre de la invitación al club de lucha en la caja, veo asomar la esquina de una foto. Sé que es de mi madre cuando yo era solo una niña, antes de que muriera. La saco y la miro, sintiendo cómo las lágrimas asoman. Nunca la conocí bien, aunque siempre hay una parte de mí que la echa de menos y desearía haberla conocido mejor. Pero no lloro por ella.

Papá me abandonó. Prometió que estaría aquí, y luego todo se torció y ahora se ha ido. Todo lo que me queda de ellos es esta caja de recuerdos escondida bajo mi cama, donde Vera no puede encontrarlos y humillarme o arrebatarme lo poco que me queda de mi vida antes de que ella apareciera.

Algunas lágrimas caen mientras devuelvo la foto y cojo un montón de cosas de la caja—unas cartas escritas a mano por mi padre para uno de sus hombres. No tienen sentido para mí, pero son suyas y las guardo para recordar cómo les hablaba. También tengo algunas fotos de él y yo juntos, cuando tomé mi primer vodka legalmente, aunque ya llevaba años robándole sus licores.

Sonrío al recordarlo, lo dejo a un lado y saco la carta que mi madre me dejó cuando murió. Papá la guardó para mí porque era muy pequeña, y nunca supe que existía hasta que él murió y me llegó a través del señor Gregov, afortunadamente sin que Vera lo supiera. De lo contrario, estoy segura de que también la habría confiscado.

La he leído docenas de veces y siempre me deja preguntándome sobre mi historia familiar. Mi abuelo salvó a un hombre cuando este era solo un niño. Su promesa—sellada con un juramento y el anillo con sello cuya marca está impresa en la cera de esta carta—era que quien portara esta carta sellada tenía una gran deuda pendiente.

A veces, me gusta imaginar tontamente que es un gran príncipe con toda la riqueza del mundo, como en un cuento de hadas. Sé que es

estúpido, y el hombre que lleva este anillo probablemente esté muerto. ¿Quién sabe? Pero pensar en escapar de esta vida a algo mucho menos cruel siempre estará en mi mente. Es un escape que puedo gestionar cada noche mientras me acurruco en la almohada e intento soñar cosas agradables, no aterradoras.

Vuelvo a guardar todo en la caja, la escondo bajo la cama y me acurruco en la almohada, escuchando los sonidos de la casa. El parloteo de mis hermanastras, la aspiradora en algún pasillo y la lluvia ligera que empieza a golpear mi ventana.

En tres días, tendré la oportunidad de demostrar que tengo lo necesario para ocupar mi legítimo lugar entre los hombres de mi padre, y no fracasaré.

Porque mi futuro depende de ello.

2

ROMAN

Dos hombres se mueven en círculos el uno alrededor del otro en el foso de lucha debajo de mi plataforma de andamio. El retador hace una finta hacia la izquierda y mi matón cae en la trampa, bajando la guardia por medio segundo. Eso es todo lo que hace falta. El puño del retador golpea sus costillas con tal fuerza que puedo escuchar el impacto desde mi elevada posición, construida para el espectáculo de esta noche.

Mi matón retrocede tambaleándose, y la multitud apretujada contra las barreras de cadena estalla en gritos. El retador es bueno—mejor que los últimos tres que vinieron aquí para demostrar su valía. Mantiene la guardia alta y se mueve como un peleador callejero bien entrenado. Me inclino hacia adelante con los codos sobre las rodillas y lo veo conectar otro golpe.

Yegor está de pie junto a mi silla con los brazos cruzados. —Ese es el cuarto esta noche que vale la pena conservar.

—El quinto—respondo sin mirarlo—. El que tiene la cicatriz en las costillas. Pelea con inteligencia.

—¿Quieres a los cinco?

—Quiero a los que me puedan hacer ganar dinero—observo cómo el retador se agacha bajo un golpe descontrolado y clava su puño en el riñón de mi matón—. Ponlos en el circuito. Empieza con Yekaterinburg y ve cómo les va.

Yegor toma nota en el bloc que lleva. La pelea termina cuando mi matón cae al suelo y no se levanta, y la multitud estalla mientras el dinero cambia de manos a lo largo de las barreras. Me reclino en mi silla y hago un gesto para que comience el siguiente enfrentamiento.

Los dos siguientes luchadores entran al foso, y la multitud ruge. Las familias están dispersas por todo el almacén, observando desde distintos puntos estratégicos cerca de las barreras. Es una buena forma de hacerse una idea de lo que está pasando en esta ciudad. Sobre los que no han aceptado mi invitación, tomo nota mental. Puede que sean hostiles. Pero los que asisten, significa que pueden necesitar algo. Puede que estén haciendo una pantomima, buscando mi aprobación o apoyo.

Yegor lee el primer nombre de su lista y el hombre abre camino entre la multitud hacia los andamios. Sube y se sienta en la silla junto a la mía sin esperar una invitación. Su traje es caro y sus manos están limpias. Observa la pelea de abajo y cruza una pierna sobre la otra.

—Buena asistencia esta noche—comenta. Damien Sarkov, si no me equivoco, pero no le preguntaré si no se presenta él mismo.

—Mejores luchadores que el mes pasado—mientras mantengo la vista en el foso donde el luchador más pequeño golpea las costillas.

—Busco a tres hombres. Preferiblemente que sepan manejarse en espacios reducidos—así que va directo al grano. Eso me gusta de él. Está aquí para encontrar talento, lo cual era solo una de las razones de la invitación.

—Entonces querrás esperar a la siguiente ronda—señalo al retador en el foso—. Ese ya está tomado.

Se ajusta en su asiento y levanta una ceja hacia mí. —Te estás quedando con todos los buenos.

—Me estoy quedando con los que necesito—giro la cabeza para mirarlo, pero veo el disgusto en su expresión. La avaricia no le sienta bien a nadie. Y como esta es mi lucha, él tendrá que conformarse con lo que quede después de que yo elija lo que quiero—. Los demás son tuyos si los quieres.

Su rostro se enrojece pero no insiste. Observamos la pelea en silencio hasta que su tiempo se acaba y Yegor llama al siguiente nombre. Se marcha sin decir una palabra más, y le hago una seña a mi mano derecha para que sepa que ese hombre no será tolerado en mis futuros eventos.

Tres familias más suben después de él. Cada una se sienta a mi lado y hace su propuesta. Quieren luchadores y garantías sobre el territorio, y quieren saber si estoy planeando adentrarme en el negocio de las armas ahora que Anton Radin ha muerto.

Solo he oído el nombre Radin unas cuantas veces, pero recuerdo algo sobre el contrabando de armas. No es mi terreno, pero no soy demasiado orgulloso como para diversificarme si el beneficio es adecuado. Aún así, no lo estoy persiguiendo. Mi juego está en el circuito de peleas y lo hago bastante bien para mi familia con las decisiones que tomo. Si Radin tiene una debilidad, alguien la explotará. No tiene que ser yo.

El sol está más bajo cuando Yegor llama al último nombre de su lista. —Vera Koval-Radin.

Me inclino hacia adelante, preguntándome cómo será esta mujer. Seis meses después de perder a su marido y aparentemente ha venido para reforzar su equipo. Puede o no ser un indicio de lo que he escuchado varias veces esta noche: que están débiles.

Pero la mujer que sube al andamio no es Vera. Es demasiado joven, de unos veinticinco años como máximo, con el pelo oscuro recogido

y ojos gris verdosos que escanean el almacén antes de posarse en mí. Su vestido negro pertenece a un funeral, no aquí. No lleva nada en las manos y se detiene en la parte superior de la plataforma.

—No eres Vera Koval-Radin —digo claramente, dejando que mis ojos recorran su figura. Es baja, pero eso no le resta atractivo. Tengo que admitir que ese vestido le queda como un guante. Y se siente pecaminoso admirar a una mujer tan joven a mi edad, pero no me importa la vista.

—No —dice ella, dando un paso adelante—. Estoy aquí en su nombre.

—¿Y tú quién eres?

—Mila Radin, la hija de Anton —responde Mila, estudiándome con cuidado, pero no parece intimidada. He visto a hombres adultos acercarse a mí con más cautela que ella. Se sostiene bien, con la barbilla erguida, los hombros cuadrados. Hace que su pecho sobresalga y capta mi mirada.

Hago un gesto hacia la silla vacía, y ella se sienta y junta sus manos en su regazo. Su postura es perfecta, la espalda recta, la barbilla nivelada. Pero sus ojos se fijan en la pelea, al igual que sus predecesores. Debajo de nosotros, un luchador recibe un golpe en la mandíbula y escupe sangre sobre el hormigón, y Mila ni siquiera parpadea.

—Eres joven para estar representando a tu organización en un lugar como este —le digo casualmente, sabiendo que podría ser un insulto, pero ella ni siquiera se inmuta. Es como un maldito robot. O su padre la entrenó bien. De cualquier manera, me gusta el fuego que lleva dentro.

—Soy lo suficientemente mayor para estar aquí —gira la cabeza para mirarme fijamente—. A menos que tengas un problema con eso. —Cuando levanta una ceja, sus labios se fruncen, y me siento desafiado. Casi me hace reír. Quiero mirar a su alrededor en busca

de su perro guardián porque cualquier mujer tan bien preparada merece un respaldo igualmente fogoso.

La mayoría de las personas que se sientan en esta silla o se arrastran o se pavonean. Ella no hace ninguna de las dos cosas. Es fascinante, como si no supiera quién soy, o si lo sabe, realmente no le importa mostrarlo.

Me reclino y observo su perfil mientras ella observa la pelea. Tiene una tez limpia, un cuello largo y elegante, y su pelo está bien peinado. Pero sus uñas están mordidas, los dedos llenos de callosidades. Las dos cosas no parecen coincidir. Es como si estuviera interpretando un papel, quizás por Vera, uno que la mujer mayor no quiere interpretar ella misma. No lo entiendo, pero es intrigante. Si ella es la heredera de los Radin, ¿por qué está vestida con un simple vestido negro, con las uñas mordidas y aún así se comporta como la reina que se supone que es?

—Dime, Mila, ¿Vera suele enviarte a hacer trabajos que odia, o tiene un deseo de muerte para ti?

—Quizás sea ambas cosas —sus labios se curvan ligeramente antes de girar la cabeza para mirarme—. O quizás sabe que puedo valerme por mí misma.

—¿Y puedes?

—Sr. Kuzin, está de broma —Mila batía sus pestañas, y hizo algo extraño en mi estómago. ¿Está coqueteando conmigo? ¿Un hombre de mi edad y con mi estatus? ¿Qué espera lograr? —Estoy aquí para representar a mi familia. Si deseas hacer negocios con nosotros, entonces yo soy la representante. Si solo vas a insultar mi inteligencia debido a mi juventud, entonces no tenemos nada más de qué hablar.

Mila comienza a levantarse, y le agarro el brazo, deteniéndola. Ella mira hacia donde la toco como lo haría una verdadera reina, con indignación en su expresión. Asiento hacia la silla, y mientras ella se

vuelve a sentar lentamente, retiro mi mano de su brazo por respeto. Estoy equivocado al insultarla. Realmente tiene carácter.

—Bueno, entonces, ¿qué es lo que Vera tiene que decirme, si insistes en que te ha enviado como representante seria de la familia Radin? —Miro a Yegor, que ahora está detrás de Mila con su carpeta y su bolígrafo, pero tiene una sonrisa burlona en la cara. El cabrón cree que una mujer me está ganando, y quizás tenga razón.

—Para presentar sus respetos —Mila inhala profundamente y cruza los brazos sobre su rodilla, ahora prestando atención a mí en lugar de a las peleas. Y debo decir que también tiene toda mi atención—. Y para asegurarse de que sabe que la organización Radin sigue operativa a pesar de la muerte de mi padre.

—Nunca hago suposiciones, señorita Radin. Mis condolencias. ¿Su madrastra, supongo? —Espero a que asienta—. Debe tomarse el negocio familiar en serio.

Mila parece tensarse cuando hablo de Vera. Su labio tiembla y sus dedos se enroscan. Luego me mira fijamente y dice: —Estoy aquí para ver qué tiene usted que ofrecer, y si me gusta lo que ve, elegiré luchadores para mi familia. —Me encanta cómo acentúa la palabra «mi» como si fuera suya. De nuevo, estoy impresionado por esta zorra en la hierba, y algo me dice que es una competencia feroz, aunque quizás lo suficientemente joven e ingenua como para que algún día pueda usarlo a mi favor.

Extiendo mi mano. —Roman Kuzin.

Ella mira mi mano por un momento antes de alcanzarla y tomarla. Su agarre es cálido, y envuelve ambas manos alrededor de la mía en lugar de simplemente estrecharla. El gesto es íntimo, casi reconfortante. Sus dedos son suaves y sus pulgares presionan firmemente contra mis nudillos. Es un abrazo de amigos, no del tipo que se comparte al conocer a alguien por primera vez. Y aquí está ofreciéndomelo a mí.

—Estoy segura de que haremos algunos tratos excelentes —dice—. Sé que estoy deseando ver más talento fresco. —La forma en que me mira, tan intensamente, como si estuviera tratando de mantener mi mirada... es interesante, pero no me engaño fácilmente.

Su pulgar izquierdo se desliza sobre mi anillo de sello. La presión es ligera, casi gentil, pero siento que la banda se mueve en mi dedo. Y todo el tiempo, me sonríe como una estrella de cine, con todos sus dientes y su encanto. Pero siento lo que está haciendo, girando ese anillo mientras aprieta mi mano para contrarrestar la presión. Y estoy casi hipnotizado, casi engañado.

Suelta mi mano y se pone de pie en un movimiento fluido. El anillo ha desaparecido de mi dedo y lo sostiene en su palma, y me lanzo hacia adelante y agarro su muñeca, pero ella se retuerce. Mis dedos cierran el aire vacío.

Mila sale corriendo de su asiento y corre directamente hacia el borde de la plataforma.

—Detenla —le digo a Yegor, pero ella no baja por el andamio. Salta.

Su cuerpo cae al hormigón de abajo, y aterriza en cuclillas al borde de la multitud, donde sus zapatos resbalan. Luego corre.

La multitud se abre alrededor de ella como el agua y desaparece entre la masa de cuerpos antes de que mis hombres puedan siquiera procesar lo que ha ocurrido. Me pongo de pie y agarro la barandilla, observando cómo se desarrolla con una sonrisa incrédula en mi rostro. Esa pequeña zorra me ha robado el anillo. No tiene valor, algo que le prometí a mi padre cuando tomé este puesto que llevaría. Es más un símbolo que algo de valor, y ¿qué diablos podría querer ella con eso?

Pero nadie me roba y vive para contarlo.

Yegor está a mi lado gritando órdenes a los guardias en las salidas. Pero ella se ha ido. Me quedo allí mirando el espacio donde aterrizó, sabiendo que, haga lo que haga, no lo ha hecho sola. Ninguna mujer

de su juventud y ahora obvia inexperiencia vendría tras alguien como yo. Joder, tiene unos cojones.

Me ha robado. En mi propia casa, frente a mis hombres, me ha quitado el anillo del dedo. La audacia quema más que el impacto. Tenía que saber que iría tras ella y, sin embargo, si es honesta, me ha dicho su maldito nombre. Qué estúpida.

Me giro hacia Yegor y me arreglo la chaqueta. —Consigue el coche.

—Las peleas no han terminado, jefe...

—Deja que terminen sin mí. —Camino hacia las escaleras y bajo por el andamio—. Quiero que estés listo para movernos en diez minutos.

—¿Adónde vamos?

—A la finca de los Radin. —Me abro paso entre la multitud hacia la salida, y mis hombres caen en paso detrás de mí—. Alguien necesita aprender lo que pasa cuando me robas.

3

MILA

La salida me escupe a una calle lateral y mis tacones ya se mueven antes de que la puerta termine de cerrarse a mis espaldas. El pavimento está irregular y mi pie se engancha una vez en el borde de la acera, pero no reduzco la velocidad hasta que veo el coche y a Anatoly incorporándose desde donde estaba apoyado contra la puerta del conductor con el móvil en la mano. Se anima, entrecerrando los ojos para mirarme desde donde está junto al coche, con expresión confusa.

—Tenemos que irnos —siséo, abriendo yo misma la puerta trasera—. Ahora mismo, por favor.

Lee mi expresión y corre hacia su lado, y el motor ya está en marcha antes de que yo haya cerrado la puerta. Nos incorporamos al tráfico, y me giro en el asiento para escudriñar la calle trasera a través de la ventanilla, buscando faros, pero nadie nos sigue. La entrada al almacén desaparece tras un bloque de edificios, y me vuelvo hacia delante dejando que me hunda en el asiento mientras intento recuperar el aliento.

Mi mano tiembla cuando la abro sobre mi regazo.

El anillo capta la poca luz que entra por las ventanas mientras la ciudad pasa a nuestro lado. Lo he conseguido, joder. No me lo puedo creer. Roman Kuzin puede que sea el hombre más poderoso de esta ciudad, pero no es lo bastante listo para darse cuenta de lo fácil que ha sido. Y ahora el anillo que pertenecía a mi padre está en mi mano y voy de camino a casa para demostrarle a esa zorra que valgo para algo.

Puede que mi sonrisa no sea visible en la oscuridad, pero la siento, junto con el mareo que trae el éxito.

Anatoly me mira por el retrovisor. —¿Todo bien, señorita Radin?

—Bien —digo—. Gracias, Anatoly.

Cierro los dedos alrededor del anillo y miro por la ventana, permitiéndome sentir por un momento el hecho salvaje e imposible de lo que acabo de hacer. No sé si Papá estaría orgulloso de mí, pero sé que me he demostrado a mí misma. Sus hombres, que se sientan a la mesa de Vera siguiendo sus órdenes, estarán orgullosos. Lo sé, y sé que es mi momento de brillar. Basta de que me aparten de la mesa por ser «solo una niña» o «demasiado frágil» para manejar lo que esta vida exige. Sé quién soy, y sé que puedo y voy a liderar esta familia como Papá quería.

Para cuando las puertas de la finca se abren para nosotros, ya he dejado de temblar por la adrenalina, aunque esa expresión en la cara de Roman no fue agradable, y estoy segura de que Vera va a oír de él. Pero Anatoly sube por el camino y yo salgo del coche casi antes de que se detenga, dirigiéndome a la puerta principal con el anillo apretado en mi palma. La casa está caliente por dentro y puedo oír la televisión en algún lugar hacia atrás y la voz de Vera saliendo de detrás de las puertas del salón. Está hablando con alguien por teléfono, y probablemente debería esperar, pero ya estoy harta de ser demasiado educada.

Empujo las puertas y entro directamente hasta donde está sentada en el sillón de mi padre como si ni siquiera lo echara de menos.

Ella levanta la vista y alza un dedo sin pausar su conversación, como si no le importara darse cuenta de lo importante que es este momento. Sabe dónde he estado y lo que me pidió, pero actúa como si fuera una molestia, como siempre. Me quedo en el centro de la habitación y espero. Mi pecho aún está tenso por correr, y siento la humedad del sudor en mi espalda y en mis sienes mientras ella me mira con los ojos entrecerrados y termina su llamada. Entonces alza la vista hacia mí con un ceño sucio.

—Te dije que esperaras fuera —gruñe, dejando el móvil en la mesa a su lado.

—Lo tengo —me acerco a ella y abro la mano entre nosotras—. Se lo he quitado directamente de su puto dedo, como me pediste. Ahora… ¿Cuándo le decimos a los hombres que por fin estoy al mando?

Vera mira el anillo en mi palma, pero no lo coge. En cambio, sus ojos pasan del anillo a mi cara y su expresión cambia de ira a shock mientras el color desaparece lentamente de su piel. ¿Es miedo genuino lo que veo en ella? ¿O es algún tipo de broma?

—¿Entiendes lo que has empezado? —dice, alejándose del anillo como si estuviera maldito o algo así.

—Hice lo que me pediste —le digo, dando un paso hacia delante para acercarle más la mano. Esto es lo que quería, el anillo, así que ¿por qué no lo coge?—. Me he demostrado y ahora estoy lista para ser parte de—

—Te dije que tuvieras cuidado, niña estúpida —Vera se levanta, apartando mi mano y resoplando. El anillo casi se cae de mi palma, pero lo atrapo y lo aprieto con el puño—. Le has robado a Roman Kuzin en una sala llena de testigos. Cada familia en Perm tenía a alguien allí esta noche y para mañana no habrá una persona en esta ciudad que no sepa exactamente lo que ha pasado y exactamente quién lo ha hecho.

No entiendo el frío escalofrío que me recorre la nuca. Esto era lo que ella quería. Me envió a hacer esto para ganarme mi lugar y demostrarme. ¿Por qué actúa así? ¿Pensó que fracasaría?

—Me dijiste que el anillo pertenecía a mi padre —murmuro, encontrando mi reacción automática a su disgusto demasiado poderosa para desafiarla. Si pensó que fracasaría, entonces ¿qué esperaba que pasara? ¿Quería que me matara o algo así? ¿Que me arrestaran por intento de robo? Pero el anillo está aquí y ella lo pidió. No he fracasado en absoluto, y si legítimamente pertenece a mi padre, entonces no tenemos nada que temer.

—Lo que yo quiera ya no importa comparado con lo que él querrá —Vera se gira hacia la ventana y se queda allí hasta que su aliento empaña el cristal, y todo lo que veo es su expresión calculadora en el reflejo. Sus ojos son huidizos, moviéndose como si intentara averiguar qué diablos va a hacer—. Y lo que él querrá, sin duda, es hacer un ejemplo de la mujer estúpida que fue lo bastante tonta como para robarle delante de medio mundo.

Estaba muy enfadado, y la forma en que intentó cogerme de inmediato debería haberme dado una idea clara de la clase de hombre que es. Por supuesto, no va a aceptar esto sin luchar. Mi padre nunca habría permitido que nadie le robara, y menos aún una joven. Miro de nuevo el reflejo de Vera en la ventana, esta vez con el anillo ardiendo en mi mano.

Ella sabía que esto pasaría. Lo veo en la estúpida sonrisa de suficiencia en su rostro, y toda esa reacción de ira no era porque temiera su respuesta, sino porque ya está planeando darle la vuelta a esto para parecer inocente y dejarme a mí como la culpable.

—¿Qué has hecho? —pregunto mientras el nudo de angustia hace que mi estómago se revuelva.

Pero las puertas se abren detrás de mí y, antes de que siquiera se anuncien, escucho a mis desagradables hermanastras.

—Mamá —chilla Sabine alegremente, y me giro para verla sosteniendo su tableta. No puedo ver lo que hay en la pantalla, pero sin duda es algún vídeo tonto o publicación en su feed de redes sociales. Sofi la sigue, ya agachándose para quitarse los tacones, ya buscando con la mirada un sitio cómodo para sentarse.

Ninguna de las dos se molesta en darse cuenta de que ya estoy atendiendo a Vera o de que estamos en medio de una conversación importante. Siempre me tratan como si no existiera, y tal vez sea porque Vera les permite hacerlo.

—Hay una gala en otoño —dice Sabine, girando la tableta para mostrarle a su madre—. Es en uno de los hospitales o algo así. —Masca chicle y me lanza una mirada torva mientras la atención de Vera se dirige hacia su hija mayor. Cambia de humor en un instante —; la ira desaparece, y su encanto maternal brilla.

—Necesitaremos vestidos nuevos —dice Sofi desde el sofá con un tono quejumbroso—. Los dos. Nada de lo que tenemos vale… Piensa en París en primavera o algo así. Tenemos que lucir increíbles.

La frialdad en el rostro de Vera se desvanece tan limpiamente como si nunca hubiera estado allí, reemplazada por una calidez que llevo veintidós años intentando ganar, y toma la tableta, la lee, y su boca se curva en una sonrisa.

—Sí —dice—. Absolutamente. Este es exactamente el lugar donde deberíamos ser vistas. —Mira a Sabine con verdadera ternura—. Encontraremos algo hermoso para las dos. O lo haremos hacer. Sí, alta costura para mis chicas.

Cuando Vera sonríe, realmente es hermosa. Puedo ver lo que Papá notó primero en ella. Sofi y Sabine son mujeres afortunadas por tener esos genes. En cuanto al odio y el espíritu venenoso que se hereda, me compadezco de todas ellas. El encanto es engañoso y la belleza es efímera, y ambas envejecerán tan amargamente como su madre.

Me aclaro la garganta, pero Vera está inmersa en una discusión sobre tul y seda, y los pies de Sofi huelen como si hubiera estado caminando con jabalíes, sus tacones descartados junto al viejo sofá de mi madre. Mientras tanto, yo sigo aturdida pensando si mi madrastra intentó tender una trampa para que me mataran esta noche, y ya no tiene sentido estar aquí. Ahora que mis hermanastras han acaparado la atención, no conseguiré que me preste atención otra vez. Tendré que llevar el anillo a la próxima reunión familiar y ver qué dicen los hombres de mi padre.

La decepción es aplastante, aunque no puedo decir que esté realmente sorprendida. Parte de mí sabía que esto pasaría porque Vera nunca cumple su palabra. Siempre hay alguna otra forma en que tengo que comportarme, alguna otra tarea que tengo que realizar para ganar su favor. No espero una madre. Sé que no puedo reemplazar a la que tuve y perdí. Solo esperaba que, en algún momento, me consideraran lo suficientemente buena como para no tratarme como la mierda de perro en la suela de su zapato.

Camino cabizbaja por el pasillo y subo las escaleras hacia mi habitación, lista por el esfuerzo para simplemente colapsar en la cama. Ni siquiera puedo decir que voy a llorar o sentir pena por mí misma. He superado eso también, hasta un lugar donde recibir una patada tan fuerte de la persona que se supone que debe amarme y protegerme ya no duele como debería.

Mi cabeza está llena de nuevos miedos ahora, de nunca tener lo que me prometieron, de perderme en un mundo del que mi padre intentó tan duramente protegerme. ¿Y qué hay de este tal Kuzin del que me hizo robar? Vera parece pensar que estará furioso, tal vez lo suficiente como para venir a buscarme. Quizás ya lo está haciendo.

Le di mi nombre real, le dije también el nombre de mi padre. Lo hice con la esperanza de darle una pista sobre por qué ese anillo no está en su dedo, pero sin el apoyo de Vera, puede parecer que estoy tomando venganza por mi cuenta. Lo que sería aún peor para mí

que simplemente robarle el anillo. Parecerá que estoy comenzando una guerra.

Dios, soy tan idiota por creerle y no pensar las cosas detenidamente.

Me arrodillo al pie de mi cama y saco la caja para guardar el anillo de mi padre, ahora solo una baratija con poco significado más allá de lo completa tonta que soy. Y mientras quito la tapa, veo lo último que miré antes de guardarlo el otro día. La carta estaba escrita con la letra de mi abuelo, firmada por un nombre que no puedo leer, y sellada con un sello y cera.

Me detengo un segundo mientras varias reacciones en mi cerebro se alinean. El diseño grabado en esta cera—es el mismo que hay en este anillo. Lo juraría.

Tomo la carta, dejando caer la caja al suelo, y corro a mi mesita de noche donde enciendo la lámpara. La curiosidad hace que mi corazón lata un poco más rápido mientras sostengo la carta y el anillo uno al lado del otro y estudio el diseño—un trébol, pero no cualquier trébol, un trébol de cuatro hojas, y hay una vid que lo rodea, la misma vid que hay en nuestro escudo familiar. Es ingenioso pero único, y es impactante.

—¿Roman Kuzin? —susurro mientras me dejo caer en el colchón, mirando fijamente la carta. Realmente no puede ser tan simple, ¿verdad? Pero la carta es clara. El mensaje de mi abuelo es que quienquiera que posea el anillo cuyo sello selló esta carta le debía una gran deuda al titular de la carta.

—¡Vera! —grito, levantándome y dirigiéndome hacia la puerta. Tal vez sea tonta por hablar, pero si esto es cierto, entonces—

Un único y largo campanada resuena por el pasillo y sube las escaleras, deteniéndome en seco.

El timbre de la puerta provoca un frenesí de actividad—chillidos de las hermanas, un grito de Vera que no suena agradable, y el clic de

tacones en el suelo de piedra. Alguien ha llegado, y creo que sé quién es y qué quiere.

Y no tengo muchas ganas de hablar con él de nuevo.

Probablemente esté realmente enfadado.

4

ROMAN

Nadie me roba. No es una regla que haya tenido que escribir, explicar o hacer cumplir más de una vez, porque quienes la ponen a prueba no tienen una segunda oportunidad para correr la voz. Es simplemente un hecho sobre el mundo, como lo es la gravedad o el invierno, y la chica que acaba de salir de mi club de peleas con mi anillo de sello en el puño está a punto de entenderlo cuando llame a su puerta dentro de unos minutos.

Yegor conduce sin decir nada. Ha trabajado para mí el tiempo suficiente como para saber lo que significa mi silencio, y ahora mismo sabe que debe mirar al frente y dejarme pensar. La ciudad pasa por las ventanillas mientras giro mi mano derecha desnuda sobre mi regazo y observo la franja pálida de piel donde normalmente está el anillo que llevo desde que me hice cargo como cabeza de mi familia, y siento la rabia hirviendo y bullendo en mi pecho.

La hija de Anton Radin se sentó a mi lado en esa silla con todo el club de peleas bajo nosotros, me dijo su nombre y el de su padre, y me miró a los ojos sin pestañear durante todo el tiempo que estuvo robándome. He tenido hombres que intentaron robarme. He tenido rivales que trataron de quitarme mi territorio, mi dinero, mis

luchadores, mis contactos. He tenido gente que me mintió a la cara y sonrió mientras lo hacía. Ninguno lo intentó mientras me estrechaba la mano.

Le concederé esto. Tiene agallas que la mayoría de los hombres que conozco no tienen. Pero las agallas no te protegen de las consecuencias. Solo hacen que las consecuencias sean más interesantes de aplicar.

El apellido Radin no significa nada en particular para mí. Anton Radin dirigía una operación de armas en el este de la ciudad, pero nunca tuve tratos con él. Solo he sabido de su organización en los últimos quince minutos, según lo que Yegor pudo deducir mientras hablaba con la señorita Radin. La muerte de Anton fue una noticia útil en el sentido de que cualquier reducción de la competencia lo es, y ese era el límite de mi interés en la familia hasta que su hija decidió convertirse en mi problema.

Es una verdadera lástima. Nunca me contaría entre los hombres afortunados que estarían en su radar, pero Mila es una mujer hermosa por derecho propio. Y como heredera, está a punto de heredar toda la fortuna y el poder de su padre. Cualquier hombre tendría suerte de casarse con ella, pero ahora no tendrán la oportunidad. La fortuna de los Radin pasará a las reglas de sucesión después de esta noche, porque Mila se ha ganado su lugar junto a la tumba de su padre.

—Ya hemos llegado, señor —gruñe Yegor con rigidez. Se detiene frente a la garita de seguridad y yo permanezco en silencio mientras anuncia mi presencia. El guardia de seguridad tarda un momento en hacer una llamada, supongo que a la casa principal, y luego regresa y nos hace pasar cuando se abren las puertas.

El camino es largo, de gravilla y bordeado de árboles, y la casa al final presume de velas en cada ventana que da a la calle. Yegor aparca cerca de la entrada principal, y yo salgo del coche y camino hasta la puerta.

No basta con ser mi enemiga en el sentido vago en que lo es toda familia del crimen organizado de esta ciudad. Mila tuvo que ir y hacerse mi enemiga personal, algo que claramente desconocía que era peligroso. Pero una mujer como Vera es lo bastante inteligente como para entender esas cosas y nunca advirtió a la chica. No me cuadra. Puede que tenga un problema mayor del que creo, y no soy de procrastinar.

En el momento en que toco el timbre, sé que no me iré de aquí hasta llegar al fondo de esto y saber con qué tipo de situación estoy lidiando.

La puerta se abre de par en par para revelar a una mujer de aspecto agrio con un vestido negro y un delantal blanco. Su rostro está arrugado por la edad, y sus labios aún más. Asiente y retrocede hacia el interior de la casa, luego hace una reverencia y gesticula de manera ampulosa mientras unos chillidos de alegría me golpean los oídos como uñas en una pizarra.

El vestíbulo es alto y amplio, y Vera Koval-Radin ya está de pie en el centro como si la hubieran colocado allí y la hubieran puesto en exhibición solo para mí. Su pelo negro está recogido, sus ojos azul pálido fijos en mí, y dos mujeres jóvenes están con ella, una a cada lado—ambas su viva imagen.

Está compuesta, esperando a que entre, pero la miro y veo exactamente una cosa: un obstáculo entre yo y lo que vine a buscar.

—Señor Kuzin —avanza con la mano extendida y una sonrisa cálida pero fingida y dice—: Qué placer tan inesperado. Es muy bienvenido en nuestra casa. La pompa es repugnante. Me pregunto si siempre es así o si es todo por mi culpa, lo que parece aún más ensayado si es el caso.

Miro más allá de ella hacia la escalera. —¿Dónde está?

—No estoy segura de a quién se refiere. Si quiere sentarse, puedo hacer que le traigan algo—

—Mila. —Dejo que el nombre recorra el vestíbulo y suba por la escalera y atraviese cada puerta abierta de este pasillo. No estoy gritando, pero el nombre llega a cada rincón de esta casa como pretendo. —Ven aquí ahora.

Vera se interpone en mi línea de visión. —Señor Kuzin, por favor. Esta es una casa familiar y hay gente—

—Su chica me robó esta noche. —Mantengo la voz calmada porque es más efectivo que alzar la voz con mujeres como esta. He tratado con su fanfarria suficientes veces en mi vida como para saber cómo manejarla. —Quiero que me devuelvan lo mío, y hay un asunto de compensación que discutir, pero no hasta que tenga lo que me pertenece.

—Ella actuó por su cuenta —se apresura a decir Vera, poniendo ya excusas por sí misma y cualquier papel que haya tenido en esto, desviando toda la culpa hacia una mujer que apenas es más que una niña—. Lo que haya hecho esta noche, lo ha hecho sin mi conocimiento ni mi bendición. La envié para que hiciera una presentación en nombre de nuestra familia, y si se ha comportado mal, lo siento profundamente, de verdad.

—Entonces ponla delante de mí. Ahora —gruño, y observo cómo las otras dos se encogen. Son guapas, cada una a su manera, pero ninguna tiene el atractivo de Mila. Cuando les clavo la mirada, retroceden hacia las sombras, aunque sé que están ahí escuchando. Probablemente unas cotillas que pretenden llevar esto a las redes sociales y aprovechar mi visita a su casa como algo envidiado.

—Lo que me gustaría proponer —dice Vera, con un tono casi seductor— es un acuerdo que haga todo esto innecesario. Usted es un hombre que reconoce el valor cuando lo tiene delante. Mis hijas —hace un gesto leve hacia atrás sin perder el contacto visual conmigo— están solteras. Bien relacionadas. Esta familia tiene infraestructura, contactos y territorio que complementarían su operación de tal manera que cualquier queja de esta noche parecería insignificante en comparación.

Me aparto de ella y avanzo hacia la escalera. No me interesa su "oferta" porque ya tengo asuntos pendientes.

Pero Vera me pone la mano en el brazo.

Me detengo y miro su mano, luego su rostro, y ella la retira de inmediato, tan rápido que parece que mi sola mirada la ha quemado. Entonces da medio paso atrás. Por primera vez desde que entré por la puerta, algo genuino cruza su expresión: la comprensión exacta de lo cerca que acaba de estar de algo desagradable.

—Si te interpones entre mí y lo que vine a buscar —le digo en voz baja—, te encontrarás en la misma posición que ella. No hago excepciones con nadie en esta casa.

Vera abre y cierra la boca como un pez globo, y observo cómo traga con dificultad. Detrás de ella, una de las hijas se ha quedado completamente quieta y la otra estudia el suelo. Estas mujeres aprenden rápido, a diferencia de Mila, que me arrancó el maldito anillo del dedo sin pestañear.

Me vuelvo hacia la escalera. —Mila. Tienes treinta segundos antes de que empiece a abrir puertas.

Hay una pausa. Luego se oyen pasos desde arriba, sin prisa, y Mila Radin aparece en lo alto de la escalera con los hombros rectos y la mandíbula apretada. Tiene las manos detrás de la espalda y me mira con desdén.

La compostura que mostraba hace media hora sigue ahí, pero ahora con una expresión de indignación que solo hace que me hierva la sangre aún más. Ni siquiera tiene el sentido común de acobardarse como su familia. Baja las escaleras con la barbilla alta y los ojos clavados en mí, cruza el recibidor y se detiene a medio metro de distancia.

Extiendo la mano y la agarro del pelo, obligándola a ladear la cabeza y a abrir la mandíbula en un pequeño pero silencioso jadeo.

Le agarro un puñado de pelo en la nuca y me giro hacia la puerta, porque la lección que necesita aprender no debe darse en el recibidor de su madrastra, donde todos pueden ver. Aparte de que no quiero testigos, este trabajo es sucio y la limpieza requerida me costaría más de lo que estoy dispuesto a desperdiciar en una alimaña sin alma como ella.

—Para —su voz es tensa pero firme—. Hay algo que necesitas leer.

—No he venido a leer nada —gruño, habiendo ya recorrido la mitad de la distancia entre donde la agarré y la puerta, y Vera no ha protestado ni una vez. Es raro que una madrastra permita que un hombre poderoso como yo entre en su casa, se lleve a una de sus hijas y salga sin decir ni una palabra...

—Léelo —escupe Mila mientras se resiste—. Ahora mismo, joder. —Luego levanta la mano y sostiene la carta frente a mí. El papel está amarillento y la escritura en el borde superior es antigua.

No le suelto el pelo, pero dejo de moverme, miro la carta y se la quito de la mano.

—Yegor —refunfuño al verlo en la puerta esperando. Me ha seguido como cualquier buen soldado haría, y da un paso adelante.

Cambio mi agarre del pelo de Mila al brazo que Yegor le sujeta, y él la sostiene mientras yo arrebato la carta que ella me ofrece y miro a Vera, que está pendiente de todo. Es como si, de repente, lo que debía ser una transacción se hubiera convertido en un espectáculo, y yo estuviera en el centro de atención.

—¿Qué es? —me pregunta Vera, y ahora, en lugar de fingir, veo interés genuino. No tengo ni idea de qué se trata, y estoy a punto de arrugarla y tirarla hasta que veo el sello de cera, el trébol y la vid, y se me eriza todo el cuerpo.

—Por favor —dice Mila, asintiendo mientras se frota la cabeza donde le tiré del pelo. Al hacerlo, veo el anillo en su dedo brillar a la luz y frunzo el ceño.

No necesito leerlo para saber lo que es, y me enferma desplegarlo y dejar que mis ojos recorran la página escrita a mano.

Nunca lo había visto, pero he oído hablar de su existencia y le juré a mi padre que estaría atento si se presentaba. Está fechado en un período en el que yo tenía seis años, durante meses en los que los enemigos de la familia Kuzin eran tan agresivos que me trasladaban de un lugar a otro por mi seguridad.

Hubo tres días durante ese tiempo que no recuerdo con claridad. Tres días en los que las personas encargadas de protegerme cometieron un error y me encontraron, y me habrían matado de no ser por la amabilidad de un desconocido.

Mi padre me contó más tarde, cuando fui lo suficientemente mayor para entender su peso, que un hombre llamado Milos me encontró durante esos tres días y me mantuvo con vida hasta que los nuestros pudieron rescatarme. Que esto había quedado escrito y sellado como una deuda formal de la familia Kuzin. Que cuando alguien presentara una prueba de ello, esa deuda debía ser honrada.

He sabido de esta deuda toda mi vida adulta. He vivido bajo su sombra sin tener que lidiar con ella porque la carta existía en un lugar que no podía ver, y lo que no ves puedes, por motivos prácticos, ignorar.

Levanto la vista del papel.

Mila me observa y sus ojos no se han apartado ni un segundo, y aunque Yegor la sujeta con firmeza, ella mantiene la barbilla alta y los ojos entrecerrados. Es exasperante y la carta solo aviva más mi ira.

—Mi abuelo era Milos —dice en voz baja, con un tono controlado y sin rastro de disculpa—. La deuda pasó a mi madre cuando él murió y a mí cuando ella falleció. Esto solo me enfurece más y a Mila la vuelve más desafiante. Se libera del agarre de Yegor y se alisa el vestido—. Salgan de mi casa.

Ahora la rabia arde con más fuerza.

He construido todo lo que tengo bajo el principio de que un hombre que no cumple su palabra es un hombre que no tiene nada que valga la pena conservar. El apellido Kuzin significa algo hoy gracias a ese principio. Todos en esta ciudad, y en toda Rusia, saben que soy un hombre de palabra. Si lo digo, lo hago, porque no digo nada que no sienta.

Y esto lo complica todo.

—¿Dónde conseguiste esto? —pregunto en voz baja, aunque el gruñido no es suave.

—Ya se lo dije. Mi abuelo era Milos Plichinko… El anillo que sella esto pertenecía a mi abuelo, y a mi padre cuando se casó con mi madre. Por eso Vera me dijo que lo robara—

—Oh, niña preciosa— —murmura Vera, pero el humor en su tono es forzado y Mila la interrumpe.

—y por eso ahora lo tengo de nuevo. Olvídese de lo que haya planeado. Y abandone ahora mismo la casa de mi familia. Ahora su pecho se agita por la emoción y sus ojos brillan con lágrimas contenidas. Dudo que las derrame. Por lo que he visto de ella, tiene más agallas que algunos de mis hombres.

—Roman, no puedes pensar que yo la envié a hacer esto —dice Vera de nuevo detrás de mí. Se acerca para quedarse a nuestro lado mientras yo observo a Mila y decido qué hacer—. Creo que podríamos resolver esto fácilmente si solo—

—Me robaste… —digo, interrumpiendo a Vera, con la mirada fija en Mila.

No me gusta nada esto. Nunca dejaría pasar algo así. Por eso se me conoce, por impartir castigo donde se debe y mantener las reglas. No me ablando con la gente, y esta vez, tengo las manos atadas.

El labio inferior de Mila tiembla ligeramente antes de que lo controle y frunza el ceño. —Tomé lo que era mío.

Qué descaro… Podría abofetearla, pero me controlo y miro a Vera, que sigue merodeando como si presenciara una ejecución. Tiene una sonrisa satisfecha y sus hijas han vuelto arrastrándose a la luz como cucarachas tímidas.

—Me robaste —repito, y esta vez continúo—. Y el castigo por robo es la muerte. Hago una pausa, volviéndome completamente hacia Mila—. Ahora entiendo que este acuerdo se hizo por mí antes de que pudiera consentir, y admito que he asumido la obligación de mantenerme fiel a él.

Mila observa mientras saco el mechero del bolsillo y lo sostengo bajo la carta, que ahora cuelga de mis dedos. Su boca forma una "O" cuando enciendo el mechero y acerco la llama al papel. El borde se oscurece antes de prenderse, luego las llamas avanzan lentamente, dejando que el humo se filtre hacia el techo abovedado.

—El acuerdo está cumplido —declaro. Luego añado—: Pero aún debes un precio.

Mila se burla y empieza a marcharse, pero Yegor la agarra del brazo y la detiene mientras yo sigo dictando el castigo.

—Trabajarás para mí durante diez años, después de los cuales serás libre de hacer lo que quieras. Asiento hacia Yegor—. Y ahora Yegor te llevará a mi coche y te quedarás allí con él—

—¡No puedes hacer esto! —silba, forcejeando contra su agarre—. ¡Esa carta no significa nada para ti! Tienes una deuda.

—¡Basta! —grito, y la sobresalto—. Llévala a mi coche. He terminado de hablar —le digo a mi chófer, y él empieza a arrastrarla hacia la puerta, entre sus protestas. Araña y grita, y Yegor tiene que luchar, pero yo me giro lentamente para dirigirme a Vera y su sonrisa depredadora.

Ella también se está reajustando, buscando un nuevo ángulo, y puedo ver el proceso en tiempo real: el leve levantamiento de su barbilla, el ajuste en su postura, la expresión que se vuelve más profesional y orientada al futuro. Es buena en esto, y tomo nota.

—Señora Koval —digo, porque está claro que no es una Radin en absoluto—. Es una pena que no pueda defender a su hija en esto, pero supongo que ya no importa mucho. Me la llevaré por ahora.

—¿Y el acuerdo que mencioné? —pregunta—. Mis hijas… Seguro que entiende cómo una alianza beneficiaría a su familia. Un matrimonio de este calibre podría sellarlo todo muy bien. ¿Lo considerará?

—Lo pensaré —le digo, pero, sinceramente, no me interesa lo más mínimo—. Buen día.

Doy media vuelta, salgo de la propiedad y veo a Yegor aún forcejeando con Mila para meterla en el asiento trasero, y ahora sí veo lágrimas en sus mejillas.

Puede que no me interese una alianza matrimonial con esa mujer horrible, pero la perspectiva de poseer todo lo que Anton Radin construyó sí despierta mi interés. Quizá no empiece una guerra por esto, pero Mila me humilló frente a mis hombres. Eso significa que me debe una gran deuda—quizá no la muerte, pero sí más que diez años de servidumbre.

Y lo que realmente me intriga es por qué Vera no dijo nada. Por qué permitiría que entrara en su casa y me llevara a la hija de su difunto marido. Algo no encaja en ella, y voy a averiguar qué es.

Justo después de domar a esta mujer rebelde y convertirla en algo manejable.

5

MILA

El guardia me empuja a través de la puerta y yo tropiezo hacia adelante en la oscuridad mientras la puerta se cierra de golpe detrás de mí y el pestillo hace clic. Me apoyo contra la pared y me quedo allí jadeando mientras mis ojos intentan acostumbrarse. Casi no entra luz de ningún sitio. Solo una fina línea bajo la puerta, eso es todo, y estoy tan enfadada.

Pasé todo el trayecto discutiendo con ese hombre horrible sobre lo que es apropiado, y no importa que vivamos en una sociedad civilizada con normas y leyes. A él solo le importa que le debo una deuda figurativa porque cogí algo que ya me pertenecía. Y ahora no tengo poder para defenderme ni para pedir ayuda porque me «posee».

Debería haberlo visto venir. Todo. En el momento en que Vera me sonrió y me entregó aquella invitación, debería haber sabido que me estaba tendiendo una trampa para que fracasara, pero estaba tan desesperada por pertenecer a algún sitio que caí como una idiota. ¿Y ahora esto?

Vuelvo a abrir la puerta de un tirón y el mismo hombre está allí con los brazos cruzados sobre el pecho, que tiene hinchado mientras me

mira desde arriba.

—¿Sí? —dice frunciendo el ceño.

Grito y gruño al mismo tiempo y le cierro la puerta en la cara, luego me apoyo contra ella y me siento tan derrotada que podría llorar de nuevo. No soy de llorar, pero dejé escapar algunas lágrimas en el coche cuando ese ogro me empujó dentro. Estoy tan furiosa por la injusticia de todo esto. No me cabe duda de que todo ha sido una trampa y de que mi madrastra debe estar muy satisfecha consigo misma por haber ideado cómo quitarme de en medio.

La rabia que recorre mi cuerpo es tan intensa que casi no oigo el movimiento detrás de mí. Es alarmante, pero una luz se enciende a lo lejos y veo a una chica más joven que yo que me tiende algo. —Toma. Aquí abajo pasarás frío… —Me extiende un jersey, pero donde estoy sigue siendo demasiado oscuro para ver mucho.

—¿Dónde estamos? —pregunto, y ella me hace señas para que la siga mientras tomo la prenda.

—Estos son nuestros aposentos, aunque es la entrada trasera que no usamos. Y no hagas caso a Yegor. Es un bruto, pero cuando lo conoces, en realidad no es tan malo. —Se da la vuelta y empieza a caminar, y yo la miro un segundo antes de que mis pies entiendan que debo seguirla.

Está claro que no voy a salir por esa puerta, al menos no con Yegor allí, así que apoyo la mano en la fría pared de piedra y la sigo hacia la oscuridad, en dirección a la luz al final de este pasillo que parece un túnel.

Al final entramos en un dormitorio de aspecto muy normal, aunque tiene literas como un dormitorio colectivo y no una cama grande como una habitación individual. Doblamos una esquina hacia una sala donde tres mujeres están sentadas alrededor de una mesa pequeña con tazas delante. Todas miran hacia arriba cuando entramos, y esta mujer tenía razón. Hace frío aquí dentro. Las

cuatro llevan jerseys como si fuera invierno, aunque la primavera ya ha calentado el ambiente fuera.

—Siéntate —dice una de ellas. Es mayor, con el pelo gris recogido. —Sara, tráele un té.

Me siento mientras la chica que me trajo el jersey se acerca a una tetera en el mostrador y empieza a servir. Me pongo el jersey sobre el vestido, y me queda grande, pero me da igual. Mitiga el frío que corta el aire aquí abajo. Esto debe de ser un antiguo cuarto de esclavos de hace décadas que Roman transformó en un dormitorio para el personal.

—Soy Sorin —dice la mujer mayor—. Esta es Rebecca. Ya conociste a Sara. ¿Cómo te llamas?

—Mila —murmuro, pero ya he decidido internamente que me caen bien estas mujeres. No son como Roman y sus matones. Llevo aquí menos de cinco minutos y me han recibido con amabilidad y hospitalidad. Aunque preferiría que me mostraran la puerta y me dejaran volver a casa.

—¿De dónde eres, Mila? —pregunta Rebecca. Debe de tener unos treinta años, pelo oscuro y un rostro amable.

Mi mente juega con la idea de contarles cómo Vera me tendió una trampa y por qué estoy realmente aquí, pero no conocen a Vera ni a mi padre. No quiero parecer quejica y resentida. —Roman me contrató para trabajar aquí —digo, y me pregunto cuál de estas mujeres también ha sido obligada a trabajar como me está pasando a mí.

—Bien —gruñe Sorin—. Necesitamos ayuda. Este sitio es demasiado grande para solo nosotras cuatro. —Las otras mujeres se ríen y sorben su té.

Sara coloca una taza delante de mí y la rodeo con ambas manos. Me dan ganas de esperar a que todos se duerman e intentar salir de aquí, pero es tarde y está oscuro fuera, y, me guste o no, no soy

bienvenida en mi propia casa. Claro, podría ir allí, pero Vera me odia. Solo es cuestión de tiempo que me eche de todas formas. Quiere el dinero de papá y el poder que conlleva dirigir la familia.

Quizá no esté hecha para liderar, después de todo.

—Es justo —dice Rebecca, y la miro.

—¿Quién? —pregunto, curiosa por saber de qué está hablando.

—Roman paga a tiempo y no pide nada irrazonable. Te gustará trabajar para él. —Rebecca asiente con gracia y bebe un largo sorbo de su taza de té.

Sorin se ríe. —Es exigente con cómo se hacen las cosas, pero una vez que aprendes su manera, es fácil. Y nunca nos ha gritado a ninguna.

Eso no suena como el hombre que conocí hoy, pero quizá ambas versiones de él sean ciertas. Tal vez dependa de si le robas o no. Supongo que me tocó la peor parte en eso.

—¿Cuánto tiempo lleváis trabajando aquí? —pregunto.

—Cinco años yo —dice Sorin—. Vine de otra casa en la ciudad. Aquí se paga mejor y el trabajo es más liviano.

—Tres años —añade Rebecca—. Mi anterior empleador fue a prisión y necesitaba trabajo rápido. Roman me contrató el día que vine a preguntar y me puso a trabajar al instante. Fue muy amable.

Sara sonríe. —Dos años. Tenía dieciséis años y no tenía adónde ir, y Sorin me trajo aquí. Roman ni siquiera lo dudó. Ahora es como un padre para mí. Dice que pagará mi universidad cuando esté lista.

Todas me miran como si esperaran mi triste historia de cómo Roman también me acogió, pero la verdad choca con su realidad. —Estoy agradecida de estar aquí —digo, lo cual no es exactamente mentira. Estoy agradecida de no estar muerta y de estar tan lejos de Vera con un techo sobre mi cabeza. No estoy segura de ser la criada de

alguien, aunque no suena tan mal como ser esclava o algo así, y podría haberme matado.

—Dormirás con nosotras —dice Sara. Se apoya en la encimera y me mira con curiosidad abierta. —Compartimos habitación. No es grande, pero es cálida y las camas son decentes. También forma parte de nuestro sueldo por trabajar aquí. Si tuviéramos que pagar nuestra propia vivienda en esta economía, estaríamos en la miseria, pero nos va bien.

—Mejor que en la mayoría de los sitios —añade Rebecca—. Y Roman no nos molesta cuando estamos libres. Algunos empleadores creen que te compran el día entero. Él no.

Bebo mi té mientras ellas comparten historias de lo maravilloso que es Roman, de cómo las salvó de una vida más dura. Ninguna tiene mucha educación, al menos no como yo. Papá me mandó a escuelas de refinamiento y he estado llevando el curso de varias asignaturas universitarias, que estoy segura de que nunca terminaré ahora. Roman puede ser un buen tipo, pero no le caigo bien. Le robé. Ni hablar de que me deje ir a la universidad a terminar mi carrera mientras me obliga a pagar mi deuda con él.

Cuando un bostezo se escapa de mi boca, prueba de lo estresada que he estado hoy, Sara se anima.

—Chicas, tiene sueño… —Se levanta y empieza a recoger las tazas de té.

—Estoy bien, de verdad —les digo, porque no concibo la idea de tumbarme en una cama en esta casa intentando dormir. Mi mente no se apagará, y me estaré torturando durante horas de todas formas.

—Tonterías, es casi la hora de las brujas —dice Sorin mientras se levanta y se pasa las manos por el delantal—. Estaremos en pie al amanecer para preparar el desayuno. Necesitamos descansar. —Asiente con la cabeza hacia las demás, que se levantan y empiezan

a moverse, pero yo no tengo ni idea de qué hacer. Me quedo sentada como un tronco, sintiéndome perdida mientras ellas se dirigen a los armarios y se mueven en el reducido espacio.

—Sara deja las tazas de té en el fregadero y vuelve hacia mí, cogiendo mi mano mientras me levanto de la silla—. Podrás elegir. Hay una litera libre… —Señala la pared del fondo, en la esquina más alejada de la puerta por la que entramos, pero al acercarnos veo otra puerta, más cerca de la cama—. Cuando Sonya se fue, esta cama quedó libre. Se casó —dice con voz soñadora—, así que puedes elegir arriba o abajo.

—Trago saliva al mirar los estrechos colchones, parecidos a catres, sobre un sencillo marco de madera, y suspiro. Son tan simples, solo láminas de espuma tan finas que sé que mañana me dolerán las caderas y la espalda, y solo tengo veintidós años. ¿Cómo aguantan estas mujeres esto cada noche?

—En casa tengo una cama queen-size de plumas y muelles, en un dosel con cortinas que bloquean la luz del amanecer. Supongo que eso no será un problema en este diminuto calabozo que llaman dormitorio, pero no se siente como en casa.

—¿Algún problema? —pregunta Sara, y yo forcejo una sonrisa al instante. No quiero que piensen que las estoy menospreciando. Son las almas más bondadosas y generosas que he conocido y no tienen casi nada, pero lo comparten.

—En absoluto —le digo—. Me quedo con la de arriba.

—Bien —exhala Sara y me mira, luego vuelve la vista hacia la puerta —. ¿No trajiste equipaje?

—Por desgracia, no… —Miro mi cuerpo y recuerdo la última vez que llevé este vestido, en el funeral de papá. Parecía apropiado cuando robé a Roman. No imaginé que moriría, pero sin duda siento que algo parecido a la muerte ha ocurrido.

—Bueno, no pasa nada —dice, y se dirige a un armario sobre el que descansa la única luz de la habitación. Abre un cajón, saca un camisón color crema y me lo lanza—. Puedes usarlo hasta que lleguen tus cosas. —Sara guiña un ojo y se da la vuelta, buscando su propia ropa de dormir mientras yo observo a las demás, que claramente no son tímidas. Se cambian de ropa sin pudor, y me doy cuenta de que así debe ser para la gente normal. Me hace sentir agradecida de nuevo por mi crianza, aunque últimamente se ha convertido en una broma.

—Cuando apagan las luces, me cambio y dejo mi vestido sobre la litera inferior, luego subo a la de arriba y me acomodo con la fina manta de lana que raspa mi piel y me irrita las mejillas. Mi cuerpo empieza a relajarse, pero mi mente sigue activa mucho después de que los ronquidos llenen la habitación.

—Pienso en escabullirme para volver a casa, recoger mis cosas y desaparecer en la noche. Pero, ¿adónde iría? Sin acceso a mi herencia, no tengo dinero para sobrevivir sola, y Roman tiene los recursos y el alcance para encontrarme donde sea.

—Siento que papá hizo esto a propósito, lo cual no puede ser cierto. Pero, ¿cómo si no habría acabado atrapada por circunstancias mayores que yo? Quizá dejó instrucciones a Vera para que me entrenara, o quizá ella se lo inventó, y tal vez fue idea de él ir a por ese maldito anillo, que Roman me quitó en cuanto subió al coche. Sea como fuere, fue la muerte de papá lo que desencadenó esto, y fue él quien puso en su testamento que debía casarme antes de los veinticinco, que quedan tres cortos años sin perspectivas, o no veré ni un céntimo de su dinero.

—Y quizá eso también esté bien.

—Sorin, Sara y Rebecca parecen vivir bien aquí. Tienen poco, pero tienen alegría. Y yo podría aprender a vivir con tan poco como ellas y ser feliz. Lo único que he querido siempre es ser yo misma y que me acepten como tal. Algo que nunca tendré mientras Vera Koval esté al frente de la casa de mi padre.

—Al final, el sueño me vence, pero mi mente sigue activa y los sueños de escape parecen tan reales como la vida. Simplemente, no creo que sea posible.

6

ROMAN

Yegor ya está en la mesa cuando yo bajo a desayunar. Tiene un café delante y una carpeta abierta junto a su plato, lo que significa que ha estado trabajando desde antes de que yo me despertara. Levanta la vista cuando me siento y me desliza la carpeta por la mesa.

—Los informes de los luchadores de anoche, jefe —dice—. Hay cuatro que valen la pena, quizá cinco si quiere arriesgarse con el de la lesión en el hombro.

Abro la carpeta y leo la primera página para ver sus nombres y edades, los informes médicos. Ha resaltado lo importante para mí. —¿Qué pensó Kazimir? —Levanto la vista mientras Sorin coloca un plato de huevos con bacon delante de mí, me sirve un vaso de zumo de naranja y se retira educadamente. Le sonrío, asintiendo en agradecimiento, mientras Yegor me responde.

—Le gustó el de Yekaterinburg. Dijo que se mueve bien y aguanta los golpes sin doblegarse —mete un bocado de comida en la boca y mastica con la boca abierta mientras yo vuelvo a la carpeta.

—¿Y Stepan?

Yegor traga con dificultad y dice: —Stepan quiere al que le rompió la mandíbula a su oponente en menos de dos minutos. Cree que sería bueno para cobrar deudas —se ríe, pero mi primo no se equivoca. Stepan tiene ojo para este tipo de cosas. Se necesita un luchador especial para hacer diferentes tareas, y cobrar deudas requiere a un hombre con agallas que no tema golpear fuerte.

Paso a la siguiente página de informes detallados, y Yegor ya ha marcado con un bolígrafo rojo los que cree que merecen mi atención. Tiene buen instinto, pero dejo que todas las opiniones cuenten cuando se trata de luchadores. Un hombre es tan inteligente como sus consejeros, y si tomara mis decisiones basándome solo en mi opinión o la de mi mano derecha, me estaría limitando.

—¿Qué hay de Timur?

—Timur dijo que nos quedáramos con todos. Pero Timur siempre dice eso —contesta Yegor, hablando con las manos mientras mastica de nuevo. Su tenedor ondea en el aire con un poco de huevo—. Timur es un técnico, jefe. ¿Qué sabe él de luchadores?

Cierro la carpeta y la aparto mientras Sorin vuelve con una cafetera y llena nuestras tazas sin decir nada. Deja la cafetera sobre la mesa y regresa a la cocina. Tomo un sorbo y miro a Yegor.

—Te sorprendería lo que Timur sabe… —suspiró y aparté la carpeta, todavía preocupado por todo lo que ocurrió anoche con la señora Radin y su familia. No es tan simple como me gustaría. No puedo simplemente añadirla a mi lista y hacer la vista gorda. Esa chica es un problema, y creo que su madrastra también lo sabe, y quizá por eso me la envió.

O quizá Mila es la buena chica que ha sido malinterpretada y la madrastra es la problemática. Sea como sea, parece que por un tiempo voy a estar ocupado tratando de entender qué está pasando. Significa que no tendré tiempo para entrenar luchadores, y no estoy seguro de que alguien más en mi lista pueda manejar

completamente la tarea sin molestarme un millón de veces. Ahora mismo no es buen momento para incorporar más luchadores.

—Ahora no es buen momento para añadir más luchadores, por desgracia. Tendremos que esperar unas semanas —empiezo a comer mis huevos, y están deliciosos, como siempre. Rebecca y Sorin saben cómo tratar a un hombre. Qué pena que no estén buscando a alguien con quien establecerse, como hizo Sonya.

Él levanta las cejas. —¿Por qué no? Sangre nueva es buena para las filas —se limpia la boca y me mira fijamente mientras yo mastico y trago educadamente antes de responder.

—Nos quedaremos con los cinco que elegí y los enviaré a Kazimir para que los organice, pero que los demás vuelvan para la siguiente ronda. Tengo un problema que necesito resolver primero.

Yegor inclina la cabeza y se encoge de hombros mientras coge su taza y bebe un sorbo. —La chica Radin.

—La familia Radin —corrijo, reclinándome en la silla—. Específicamente, Vera Koval-Radin y este lío con sus hijas… —Anton nunca pasó por mi mente hasta anoche, y ahora no puedo sacarlo a él ni a su legado de mi cabeza. No soy del tipo que hace tomas de poder hostiles. La forma en que dirijo mi organización es tan eficiente y fluida que apenas tenemos que pensar en problemas. Pero escuchar que todo ese patrimonio y autoridad están abiertos me ha tentado como una línea de cocaína en la mesa de un adicto.

Yegor rodea su taza de café con ambas manos y pregunta: —¿Qué quieres saber de ella?

—Todo—quiero saber si ella está dirigiendo la organización Radin o si alguien más está moviendo los hilos mientras ella hace de viuda —la comida está deliciosa, pero cuanto más hablo, más fría se pone—. Y quiero saber si Radin fue su primer marido. Probablemente no, ya que tiene dos hijas con un apellido diferente. Así que averigüemos su pasado. Y averigüemos de dónde viene, qué tipo de vida ha

llevado —Finalmente, doy otro bocado y mastico pensativamente mientras repaso lo que ya sé sobre Vera.

—Crees que es más de lo que parece.

—Creo que envió a su hijastra a robarme y luego me ofreció a sus hijas verdaderas en el mismo aliento. Eso me dice algo sobre lo que valora y lo que está dispuesta a hacer —fue un truco tan repugnante. Alimentarme con Mila como una bestia voraz devora a su presa mientras me ofrece tentación en forma de poder con su otra mano. Me enferma solo pensarlo.

Yegor gruñe y dice: —Le diré a Timur que empiece a investigar. Es bueno en eso, jefe.

—Sí —refunfuño—, lo sé… Dile que lo quiero hecho en silencio. Nadie necesita saber todavía que estoy preguntando por Vera.

—¿Y la chica?

—Yo me ocuparé de ella.

Yegor se toma su café y termina su desayuno, luego se marcha con la carpeta bajo el brazo. Y yo me quedo allí unos minutos más, pensando en Mila, allá en los aposentos del personal con las mujeres que empleo. Me pregunto qué les habrá contado sobre mí, o qué le habrán dicho ellas. Nunca he intentado ocultar lo que soy ni lo que hago.

Sorin y Rebecca saben casi todo sobre mis negocios porque celebro reuniones mientras ellos sirven. Y son más sabios de lo que aparentan y guardan mis secretos, probablemente porque también han visto cómo castigo a quienes lo merecen.

Me termino el café y me dirijo a mi despacho, donde Radimir espera fuera de la puerta, y se endereza al verme llegar. Le hago un gesto de asentimiento y paso a su lado mientras digo —Tráeme a la chica Radin.

—Sí, señor —responde al instante, y se marcha a cumplir mi orden mientras yo me siento al escritorio y enciendo el ordenador.

Cuando Mila entra, lleva el mismo vestido negro y el delantal blanco que todo el personal, con el pelo recogido. Ya no parece la hija de Anton Radin. Parece una empleada más de mi casa. Me pregunto quién le habrá prestado el vestido, porque no es el mismo que llevaba anoche, pero le queda bien.

La observo un momento mientras permanece erguida, con la cabeza alta. —Pasa —le digo—. Cierra la puerta.

Ella entra y Radimir cierra la puerta tras ella. Pero Mila no se acerca a mi escritorio. Se queda en el centro de la habitación, mirándome sin expresión. No hay rastro del miedo de anoche, ni de la indignación que mostró cuando quemé su preciada carta. Tiene suerte de que no la matara. No hay un solo hombre vivo que pueda atestiguar la validez de esa carta. Podría haber fingido no entender su significado, pero mi conciencia no me lo permitió.

Y vivir con la conciencia sucia es peor que estar en prisión. He hecho ambas cosas. Prefiero vivir según mis principios ahora.

—¿Te trató bien el personal anoche? —pregunto, volviéndome hacia mis informes para fingir indiferencia, aunque siento mucha curiosidad. Mila es una heredera. Es probable que nunca haya trabajado ni dormido en condiciones tan humildes. Lo que es bueno para mi personal puede no ser lo que ella está acostumbrada, y me interesa saber qué piensa.

—Fueron amables.

—Bien. Para eso les pago.

Mila permanece callada, mirando al frente sin dirigirme la vista. La observo de reojo y me doy cuenta de que no intenta encontrarse con mi mirada. O algo está roto en ella o la han condicionado así, lo cual me resulta extraño. Me pregunto qué clase de familia habrá tenido.

—¿Qué tal tus alojamientos?

—Quiero ir a casa —dice con sencillez—. Hoy.

Casi me río, pero logro disimularlo con una tos y una sonrisa. —Esta es tu casa ahora, señorita Radin. No vas a volver a ese lugar.

—No —replica con firmeza, y por fin me mira a los ojos—. Aquí es donde me tienes retenida. Esto no es mi hogar y nunca lo será. Quiero ir a mi casa, donde están mis pertenencias. —Sus ojos se estrechan, pero no usa un tono airado.

—Me robaste.

—Lo sé. No necesito que me lo recuerdes. —Mila suspira y vuelve a mirar al vacío mientras yo reflexiono sobre qué hacer con ella.

—Entonces entiendes que no vas a ir a ninguna parte.

Ella inhala y exhala lentamente. —Puede que te deba algo, pero no te pertenezco. Por favor, no me trates como un objeto. Si estoy aquí, necesitaré que traigan mis pertenencias. En concreto, mi caja de recuerdos.

Me reclino en la silla y la estudio con atención. No está siendo grosera ni alzando la voz, pero tampoco cede. La mayoría de la gente en su posición intentaría aplacarme o estaría temblando de miedo. Ella no hace ninguna de las dos cosas. Mila Radin es un enigma, una soldado bien entrenada, pero aún suave y maleable. No logro entender cómo puede saber quién soy y, aun así, no temblar ante mí.

¿Es que no siente ningún miedo?

—¿Qué es exactamente lo que quieres? —pregunto.

—Mis cosas de la finca. Ropa, objetos personales. Y, como he dicho, la caja de recuerdos que guardo bajo mi cama, intacta. Si envías a alguien, que la recoja. No dejes que mi madrastra lo haga. Registraría mis cosas.

Fogosa… y desafiante. Sería una pena romper algo tan exquisito como ella, pero puede que sea necesario si no aprende a interactuar conmigo como es debido. Y pensar que casi le corté el cuello. Quien tiene tanto carácter merece una oportunidad para demostrar su valía en este mundo. Es curioso que Anton nunca la ascendiera en sus filas. Sí, una mujer, pero una adversaria digna, sin duda.

—¿Algo más?

—Con lo que tengo es suficiente. Gracias —dice Mila con voz robótica, y coloca las manos a la espalda, como hacen Sorin y Rebecca cuando esperan órdenes—. ¿Puedo irme ya?

—Haré que Radimir traiga tus cosas de la finca —le digo—. Te quedarás en los aposentos del personal con los demás. Si causas problemas o intentas marcharte, las condiciones cambiarán. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor —responde con sequedad.

—Puedes retirarte.

Mila se da la vuelta y se marcha en silencio mientras yo observo cada movimiento de su falda, el vaivén de su coleta y cómo su mano derecha sujeta la muñeca izquierda. Alguien, en algún lugar, se esforzó mucho en moldearla como algo que no es, y casi estoy deseando descubrir quién y por qué. Y luego desatar esa bestia en este mundo para ver qué furia puede desatar con su nivel de control emocional y habilidad.

Pero primero necesito llegar al fondo de este misterio.

Por lo que puedo deducir, Vera Koval envió a Mila con una idea en mente: su muerte. Creo que conocía mi reputación de castigar con la muerte a quienes se atreven a robarme, y creo que Vera envió a Mila a propósito, esperando que fuera lo suficientemente evidente como para ser descubierta y castigada.

Tiene sentido. La mujer quiere eliminar a la heredera de su difunto marido y, al hacerlo, quedarse con la herencia de la joven. Esa es la primera pista que voy a seguir. Haré que Timur investigue las condiciones del testamento de Anton Radin y me informe. Quizá me dé las respuestas que espero.

Si no, seguiré cavando.

Algo me dice que aquí hay una buena historia, y estoy deseando desenterrarla.

7

MILA

Rebecca empuja la puerta del comedor y la sigo con el carrito. Las ruedas chirrían con fuerza y resulta bastante vergonzoso, y ella ya está a mitad de camino hacia la mesa cuando levanto la vista y veo quién está sentado frente a Roman.

Vera está aquí, en esta casa, sentada a su mesa con un vestido negro carísimo, el pelo recogido y las manos juntas con pulcritud mientras me mira por encima del hombro. Es una expresión que no echo nada de menos, y ahora no solo comparto espacio con ella, sino que me veo obligada a servirla como si fuera la realeza. Cuando me detengo, porque siento los pies pegados al suelo, Rebecca tiene que volverse para ver por qué no la sigo.

—Mila, vamos —susurra, haciéndome señas.

Empujo el carrito chirriante hacia Rebecca, que empieza a servir, y sigo su ejemplo, colocando platos delante de cada uno. Vera ni siquiera me mira cuando le pongo su plato. Está demasiado concentrada en Roman, con su tono más pretencioso. Creo que soy la única que conoce a la verdadera Vera Koval, la oscura y desagradable que sale cuando nadie más está presente.

—El negocio de armas ha estado estable desde la muerte de Anton —dice—. Pasó años construyendo relaciones con proveedores fiables, y me he asegurado de mantener cada una de ellas. La operación funciona tan bien ahora como cuando él vivía, quizá mejor.

Roman corta su comida y no responde, y su rostro no delata nada. Es como si le entrara por un oído y le saliera por el otro. No es necesariamente malo, aunque a Vera no le gustará. Pero las chicas me dijeron que Roman no se mete en el contrabando. Se limita estrictamente a los luchadores, aunque sin duda ha recibido ofertas de alianza de todo tipo de familias en Perm.

Me muevo alrededor de la mesa para colocar su plato de postre, y es entonces cuando Vera me lanza una mirada. Es breve, quizá medio segundo, pero veo la expresión de asco y un toque de superioridad que me dirige, y se me cierra la garganta. ¿Por qué diablos intenté impresionarla alguna vez?

Rebecca sirve vino para ambos y Sorin aparece con una jarra de agua para rellenar sus vasos. Cuando terminan, ambas se dirigen hacia la cocina, pero yo me quedo cerca de la puerta, donde aún puedo oír todo lo que se dice en esa mesa. La curiosidad mató al gato, pero es la falta de conocimiento lo que me estrangulará mientras duermo. Tengo que saber qué trama, porque incluso si Roman decide seguir trabajando con ella, al menos puedo advertirle de lo malvada que es.

Él no ha sido más que directo conmigo, así que no tengo motivos para creer que sea engañoso o maquiavélico. Estoy aquí como su esclava durante diez años, y después de eso, espero ser liberada. Pero Vera es tan repulsiva. Habla con doblez, y si dice una cosa, puedes apostar a que quiere decir lo contrario.

—Lo has gestionado bien —dice Roman tras un momento. Luego bebe un sorbo de vino y se recuesta en la silla como si la estuviera estudiando. Hace mucho eso: observar y analizar. Creo que es algo

bueno. Probablemente así se dio cuenta tan rápido de que le estaba robando el anillo del dedo. Solo iba un paso por delante de él.

—Gracias. No ha sido fácil, pero siempre he sido capaz de manejar situaciones difíciles. —Vera bebe un sorbo de vino y deja el vaso con cuidado, poniendo una mueca falsa—. Precisamente por eso quería reunirme contigo esta noche. Tengo una propuesta que creo que nos beneficiará considerablemente a ambos. Tras la muerte de Anton, hemos estado tan cargados de emociones…

Dios mío, creo que me voy a hacer un esguince de tanto poner los ojos en blanco. El dramatismo de esta mujer es ridículo. ¿De verdad cree que se está tragando su actuación? ¿En qué mundo? No le importa que mi padre esté muerto. Nunca le importó. Juro que solo se casó con él por su dinero, y como yo era tan querida para su corazón, me apartó.

Roman ladea la cabeza mientras sigue bebiendo vino y la observa como si esperara a que termine de hablar. Tengo ganas de entrar corriendo y decirle qué tonto es por darle cuerda, pero ya lo aprenderá por sí mismo con el tiempo.

—Un matrimonio entre nuestras familias —dice Vera— uniría la organización Radin con la tuya y crearía algo mucho más poderoso que lo que cualquiera de nosotros tiene por separado. Tus recursos y alcance combinados con la infraestructura de armas que construyó Anton nos darían el control de la mayor parte del comercio en toda esta región.

Agarro el marco de la puerta y contengo la respiración. ¿Ha venido aquí a proponer un matrimonio? ¡Qué mujer más horrible! Papá no lleva ni seis meses muerto y ella ya quiere volver a casarse. Es inconcebible. Siento lágrimas de rabia que parpadeo para contener y me muerdo la mejilla para no gritarle.

—Tengo dos hijas —continúa Vera cuando Roman sigue sin responder—. Las dos están solteras y son extremadamente cultas. Sofi está estudiando un grado en empresariales en una universidad

de Moscú a distancia, y Sabine habla cuatro idiomas con fluidez. Cualquiera de las dos sería una excelente pareja para un hombre en tu posición. Son jóvenes, hermosas, y cuentan con el respaldo total de la organización Radin.

Ella se detiene y toma otro sorbo de vino, y aún así, él sigue sentado allí, mudo, dejándola seguir como una idiota. Está haciendo el ridículo y ni siquiera lo sabe. No hay manera de que se trague esto. Es asqueroso. ¿Casarse con sus asquerosas hijas que se lanzarían sobre cualquier hombre disponible que tenga dinero? ¿De dónde cree que aprendieron eso?

—O —dice Vera, bajando ligeramente la voz hacia un tono más seductor—, si prefieres a alguien con experiencia real en la gestión de una organización, soy recientemente viuda y más que capaz de manejar ambas operaciones.

Dios mío, es peor de lo que pensaba. Vera está tentándolo… queriendo que se acerque a ella en un intento de ganar más poder y dinero, y ¿con qué fin? ¿Cree que Roman la colmará de cosas caras? ¿Es ese el punto? No puedo entender por qué cree que él querría casarse con ella. Ni siquiera controla la familia de mi padre. Yo lo hago—o lo haré… cuando cumpla veinticinco, si estoy casada. Dios, realmente está enferma.

—¿Qué hay de tu hijastra? —pregunta Roman, y todo en mí se queda paralizado. Sé que no se da cuenta de que estoy escuchando, pero es la primera cosa inteligente que ha dicho hoy. Aún así, no me casaría con él aunque fuera el último hombre en la Tierra.

Vera hace un gesto despectivo con la mano que he visto mil veces antes. —Mila no tiene ningún lugar en esta discusión. No tiene ningún derecho legítimo sobre la organización y no tiene nada de valor que ofrecer a nadie. El verdadero poder en la familia Radin siempre ha pertenecido a mí y a mis hijas porque eso es lo que Anton quería. Mila no es más que una carga que Anton dejó atrás, nada más que eso.

Siempre he sabido que es así como ella se siente, pero escucharla decir eso en voz alta frente a él es doloroso. Nunca había descartado tan descaradamente mi derecho a mi propia herencia. Sé que Papá no pensaba así de mí ni de ellas. No le dejó nada a ella, solo un estipendio temporal y autoridad provisional hasta mi vigésimo quinto cumpleaños que, después de eso, si estoy casada, desaparece.

—No estoy interesado en casarme contigo —dice Roman claramente, y tengo que contener mi risa. No puedo creer que la haya rechazado tan rápido. ¿Qué pensaba que él diría? Es mayor que él y claramente está fuera de sus cabales. Su marido acaba de morir. No va a casarse con una viuda.

En el exterior, la sonrisa de Vera no cambia, pero veo cómo su garganta se tensa alrededor de un nudo y sé que la ha ofendido. —Entonces una de mis hijas. Ambas están ansiosas por pasar tiempo contigo, y puedo organizar algo más informal donde podrías conocerlas en un entorno más relajado. Una cena, tal vez, o unas copas. Lo que prefieras.

—Tampoco estoy interesado en eso. —Ahora sí me río bajito, y aunque Vera no parece darse cuenta, veo los ojos de Roman girar hacia mí y me callo rápidamente. Dios, ese hombre tiene el oído de un halcón.

—Roman… —Vera se inclina hacia adelante, arrullando, y su voz toma ahora una cualidad diferente. Es empalagosamente dulce y algo manipuladora. —Piensa en lo que esto realmente significaría para tu organización. Ya eres fuerte, todos en esta ciudad lo saben, pero imagina cuánto más fuerte podrías ser con la red de los Radin apoyándote. Tendrías acceso a proveedores de armas en tres países diferentes, a rutas de envío ya establecidas y rentables, a conexiones políticas que hemos cultivado cuidadosamente durante años. Todo eso sería tuyo a través de un simple contrato de matrimonio.

Veo que está pensando, pero soy buena leyendo a la gente. En este momento, no está realmente interesado. Aunque, si sigue

presionando, puede cambiar de opinión. Pero es extrañamente satisfactorio que le repugne tanto la idea de casarse con ella como a mí solo escucharlo.

—No te estoy pidiendo que te enamores de una de mis hijas. Te estoy pidiendo que tomes una decisión inteligente para tu negocio. Mis chicas son jóvenes y te darán herederos para continuar tu línea.

El teléfono de Roman comienza a sonar, y lo saca de su bolsillo, mira la pantalla y luego se levanta de la mesa.

—Discúlpame —le dice a Vera—. Tengo que atender esta llamada. Lo siento…

Luego camina hacia la purada donde estoy parada tan rápido que apenas tengo tiempo de moverme. Me atrapa en cuanto entra al pasillo y su expresión se oscurece al instante mientras presiona el teléfono contra su pecho y me fulmina con la mirada.

—¿Estabas escuchando esa conversación? —gruñe mientras yo me quedo allí temblando.

No tiene sentido mentirle, así que murmuro —Sí —y bajo la cabeza avergonzada. Me siento estúpida y avergonzada, pero no me arrepiento.

—Ve a mi estudio ahora mismo y espérame allí.

Roman se aleja, y yo me quedo en el pasillo vacío temblando de rabia, escuchando la voz de Vera todavía saliendo del comedor, ahora hablando con alguien por teléfono. Él estaba tan furioso, y todo lo que hice fue escuchar las mentiras y la seducción que esa mujer malvada le soltó. No es justo que ahora me castigue a mí cuando ella es la verdadera villana, no yo.

Cuando Vera comienza a reír, me alejo rápidamente hacia la oficina de Roman para esperarlo como me pidió, pero si cree por un segundo que voy a quedarme de brazos cruzados y permitir que me

trate mal después de la bazofia tóxica con la que ella intentó engatusarlo, está equivocado.

Le voy a decir cuatro cosas y él va a escuchar de primera mano cómo Vera Koval trata realmente a las personas. Puede que no merezca la advertencia, pero no voy a quedarme aquí en su casa atada a él por alguna estúpida deuda que cree que le debo mientras deja que ella se instale y tome el control. ¿Para qué? ¿Para convertirme en su esclava de nuevo y esta vez, sin un amortiguador?

No, gracias.

8

ROMAN

Mila está sentada en la silla junto a la ventana con los hombros encogidos y las manos apretadas sobre su regazo. No es la postura de la mujer que me quitó el anillo del dedo o que me desafió abiertamente. Parece asustada, o quizás avergonzada, y levanta la mirada cuando entro y cierro la puerta tras de mí, dirigiéndome directamente al carrito del bar para servirme una copa.

Sirvo dos vasos de vodka en el bar y los llevo ambos, luego le entrego uno y me siento frente a ella. No estoy muy seguro de qué hacer con esta mujer. No es una niña a la que pueda regañar o castigar. Sin embargo, está claro que no ha sido educada en la decencia o el respeto básico. Me pregunto si su padre fracasó o si fue la influencia de su madrastra—qué mujer tan atroz— lo que dificultó el refinamiento de Mila.

—Bébela —le digo con sencillez, porque creo que esta conversación irá mejor para los dos si está un poco más relajada. Quiero llegar al fondo de las cosas, no tener una discusión, y Mila tiene un fuego en su espíritu que necesita ser domeñado con delicadeza.

Mila me mira con los ojos entrecerrados, pero sorbe su vodka, frunciendo el rostro por el ardor. Hace una mueca y luego se lo bebe

de un trago, deja el vaso sobre la mesita y vuelve a poner las manos sobre su regazo, donde vuelven a retorcerse. Está claro que entiende que hay consecuencias por sus acciones y que se siente arrepentida por haber espiado. Lección aprendida, supongo.

—Tu madrastra me hizo una oferta interesante esta noche —le digo —. Quiere que me case con una de sus hijas y, a cambio, yo me haría cargo de la organización de tu padre, absorbería su territorio, controlaría su red. Lo hizo sonar muy tentador.

Mila aprieta la mandíbula. —Vera no tiene la autoridad para hacer esa oferta. —Puedo respetar que llame a esa mujer horrible por su nombre en lugar de "madre" como harían algunas chicas. Por las pequeñas indagaciones que mi hermano ha hecho en esta situación, he sabido que Anton se casó con Vera hace años, cuando las tres chicas aún eran niñas. Muchas jóvenes se habrían adaptado, llamando a la madrastra de manera menos formal. La elección revela la disposición de Mila, incluso sin ver su expresión de disgusto.

—Ella parecía pensar que sí la tiene.

Ella se vuelve para mirarme directamente con los ojos entrecerrados y las fosas nasales dilatadas, los labios apretados en una línea fina. —Mi padre dejó todo en un fideicomiso. Pasa a mí cuando cumpla veinticinco años, no a ella.

Me reclino y la observo con curiosidad. Me ha dicho parte de la verdad, pero no toda. Ya sé sobre el requisito de matrimonio que Anton estableció. Timur sacó los documentos del fideicomiso la semana pasada, pero Mila está omitiendo esa parte y quiero saber por qué. ¿Por qué se habría olvidado de mencionar que debe estar casada para que el fideicomiso se libere?

—Entonces, la organización será tuya en tres años —digo—, y Vera no obtendrá nada.

—Exacto. —Ella vuelve a apartar la mirada, fijando sus ojos en la estantería que contiene mi biblioteca de lecturas. Aunque dudo

mucho que esté intentando ver qué títulos poseo y disfruto. Está evitando el contacto visual por una razón—quizás sea su señal.

—Entonces, ¿por qué está tan segura de que puede ofrecérmelo a mí? —Sorbo mi bebida mientras la estudio con una mezcla de curiosidad y sospecha. Algo se ha enredado en su corazón hasta el punto de que está encerrada en su propia mente, viviendo en un mundo de fantasía. Simplemente no sé cómo acceder a eso y sacarla de allí.

—Porque cree que puede hacer imposible que yo lo herede. —Finalmente, baja la cabeza y sé que he conseguido la primera declaración real que me ha hecho.

Una extraña sensación me invade, como una mezcla de compasión y duda enredada en un feroz deseo de deshacer cualquier injusticia que haya sufrido a manos de Vera Koval. Y apenas la conozco. Acabamos de conocernos. Pero cualquier cosa que pueda transformar ese rostro hermoso en esta expresión de dolor, que intenta ocultar tras la ira y la dureza, debió de ser horrible de soportar.

—¿Cómo? —insisto, terminando mi copa y dejándola a un lado.

—Estoy cansada. ¿Puedo ir a mi habitación ahora? —Mila se muerde las uñas en lugar de responder a mi pregunta, así que le permito ese momento de tregua en la conversación a la que inevitablemente volveremos. No es extraño que un hombre en la posición de Anton guarde su legado en un fideicomiso, y aunque es raro que haya una cláusula matrimonial, aún se hace incluso hoy en día. Simplemente no creo que Radin conociera bien a su hija. Tiene una voluntad de hierro y una columna vertebral de acero. Está mucho mejor preparada para su imperio que su viuda.

—Bien, entonces —digo mientras me levanto y camino hacia mi escritorio. Cuando Vera vino hoy, trajo las cosas de Mila. Envié a Radimir, quien fue rechazado con instrucciones de esperar a la señorita Koval, y ella apareció para cenar, a pesar de no haber sido

invitada. Pero ahora tengo las cosas de Mila, y ese era el objetivo de todo esto. —Estas son tuyas —le digo mientras cojo la caja y me acerco a ella.

Mila extiende las manos hacia la caja, y al abrirla, todo su cuerpo cambia. Sus hombros se relajan y sus manos se quedan flotando sobre cada objeto dentro de ella. Me aparto, pensando que debería darle la espalda, pero ya he pasado por esto y he visto lo que hay dentro.

—Gracias —murmura sin levantar la vista de sus pertenencias.

—Tómate un minuto si lo necesitas… Deben ser muy especiales para ti.

Su barbilla se eleva, pero la rebeldía que suele mostrar ha desaparecido. Solo veo los ojos de una mujer rota—triste, dolida y quizás un poco desesperada por que alguien vea quién es realmente. Luego parpadea un par de veces y esa tristeza se esconde tras una sonrisa educada y un tono disculpable. —¿Puedo llevar esto a mi habitación?

—Todavía no —le digo, apoyándome en el borde de mi escritorio. Cruzo los brazos y luego descanso un tobillo sobre el otro. —Primero tenemos que hablar de tu nueva posición.

Sus cejas se juntan mientras su frente se arruga. —¿Qué nueva posición?

—Vas a trabajar directamente para mí ahora. Limpiar mis aposentos, servir mis comidas, viajar conmigo cuando salga de la ciudad. Quiero tenerte cerca para poder vigilar de cerca.

Enmarcarlo como un castigo por haber espiado es una forma conveniente de mostrarle el cambio de estatus sin tener que explicar demasiado por qué la quiero cerca. La verdad es que Mila ha sacado a la luz un rompecabezas que no puedo resolver sin saber más o sin poder estudiarla. Y aunque resolver rompecabezas me parece

fascinante, estoy descubriendo que desentrañar las capas bajo las que se esconde esta mujer es cada vez más intrigante.

Además, por tentadora que sea la oferta de Vera, sé que ella no tiene poder. La verdadera autoridad nunca vendrá de casarme con una de sus hijas. Mila es la clave para eso. Ahora que Vera ha colgado esa zanahoria frente a mí, no puedo dejar de pensar en lo mucho que me beneficiaría absorber todo el imperio de Radin.

—No soy una sirvienta, así que tendrás que encontrar a alguien más para hacer eso. —Abraza la caja contra su pecho y se levanta, pero yo no he terminado con ella.

—Claro que no lo eres. Has demostrado tu valía durante las últimas tres semanas más o menos, y he visto que eres capaz de mucho más. Puedes ayudar a gestionar mi agenda y tomar notas durante mis reuniones y—

—Eso no es un ascenso. Eso es solo más trabajo. —Ahí está de nuevo ese fuego.

Me río de su inocencia y dejo que la tensión en mi pecho se relaje mientras ella me fulmina con la mirada. Será una líder fuerte algún día, cuando haya aprendido a canalizar toda esa furia en algo productivo. Sin embargo, no soporto aplastarla, porque si va a liderar a su familia, necesita ese filo.

—Señorita Radin, entienda que solo le permití vivir por esa carta. —Apartándome del escritorio, camino los pocos pasos que nos separan y me quedo lo suficientemente cerca como para alcanzarla y tocarla. —Su deuda conmigo era grande, pero la he excusado en su mayor parte. El acuerdo en el que trabaja para mí durante nueve años, once meses y una semana no será borrado de su registro simplemente porque esté descontenta.

La rebeldía en sus ojos mientras mira hacia abajo y se aparta de mí no me pasa desapercibida ni por un segundo.

—Si digo que tienes que fregar los baños, entonces los fregarás. Y si te digo que lames mi bota, lo harás. ¿Entiendes? —Ella no dice nada, así que continúo. —Y si por alguna razón estoy descontento con tu desempeño, haré contigo lo que haría con cualquiera de mis luchadores, soldados o personal que me desagrade, y aprenderás quién está a cargo.

El músculo de su mandíbula se tensa y sus ojos cambian. ¿Qué clase de brujería le ha hecho Vera para que sea así? ¿Dónde está su lucha? ¿Por qué no me escupe en la cara y me da una bofetada? Dios mío, me enfurece ver su espíritu roto así cuando sé que hay un infierno dentro de ella esperando estallar fuera de control.

—Entonces… —me aclaro la garganta y continúo—. Como estaba diciendo, serás mi asistente personal. Viajarás conmigo, cenarás conmigo y, en cualquier cosa en la que necesite ayuda, serás mi apoyo.

Mila respira hondo y exhala lentamente antes de preguntar, sin mirarme:

—¿Puedo irme ya?

—Por supuesto. Te esperaré en una hora para una reunión, en mi comedor privado. —Cuando se gira para irse, veo su bolsa cerca de mi escritorio y digo—: Ah, y haré que lleven tus cosas a tu habitación.

Mila se detiene en seco y se da la vuelta, caminando con paso firme hacia su bolsa, donde se agacha para recogerla, aunque parece pesada para ella. —Puedo hacerlo yo misma. La habitación del personal no está tan lejos.

—No va a la habitación del personal. —Cuando nuestras miradas se encuentran, veo la humedad en sus ojos, lágrimas que retiene y se niega a derramar.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el ascenso a mi asistente viene con una habitación personal. Ya no compartirás habitación con Sorin, Sara y Rebecca. Te están asignando una habitación propia.

Sus ojos se mueven de un lado a otro, y se humedece los labios antes de que sus hombros caigan de nuevo. —No lo entiendo…

La forma en que su postura se aligera mientras la confusión cubre su rostro es pura alegría. Me produce placer en el corazón verla transformarse así, aunque no sé por qué.

—No puedo permitir que las despiertes en medio de la noche cuando regresemos de reuniones largas o viajes al extranjero, y descansarás mejor si tienes más espacio. Además, necesitarás un escritorio y una iluminación adecuada para ayudar con ciertas tareas, y eso es más adecuado para un espacio privado. ¿No estás de acuerdo?

Y aunque no se lo digo, ya he decidido que, si voy a absorber el imperio Radin, será antes que después. Parece que la única forma de hacerlo es convencer a una heredera muy joven de fusionar nuestras familias usando los mismos medios que su madrastra pretende usar para el robo, y no voy a permitir que mi futura esposa duerma en los cuartos de los sirvientes.

—Sí, por supuesto —dice Mila tímidamente. Alargo la mano y aparto un mechón de pelo de su rostro, y ella se tensa ante mi contacto, pero no se aparta.

—Intenta descansar un momento, Mila. No tienes que odiar esto. — Mis dedos permanecen en su mejilla, y juro que por un segundo se inclina hacia ese suave contacto.

Luego llamo:

—Yegor —la sobresalto. Ella deja caer la bolsa y se tensa, enderezando los hombros—: Lleva a la señorita Radin a la habitación de invitados, por favor, y haz que le suban sus cosas. Proporciónale todo lo que necesite o desee.

—Sí, señor —dice, inclinando la cabeza. Se apresura a recoger sus bolsas y luego la guía hacia la salida, pero ella me lanza una mirada por encima del hombro mientras se va, y noto la expresión de gratitud en su rostro.

Siempre he sido el tipo de hombre que no puede dejar pasar nada sin entenderlo completamente. Los misterios del mundo, los problemas relacionales complejos que requieren maestría. Y ahora esto… Hay una montaña que se cierne en mi horizonte y que necesita ser escalada por un experto montañista, y me considero el maestro de todos.

Vera no tiene idea de la caja de Pandora que ha abierto, aunque se lo demostraré de una forma u otra. Quiere un acuerdo matrimonial para formar una alianza entre nuestras familias y no tiene autoridad legal para entregarlo. Cada vez me queda más claro que la señora Koval envió a su hijastra directamente a mi camino con la esperanza de que fuera su fin.

Creo que aprovechó mi aparición en su puerta después de los hechos, aunque. No creo que su oferta espontánea de las manos de sus hijas en matrimonio estuviera bien pensada. Creo que esperaba que matara a Mila como una forma de liberar la fortuna de Anton y eso le salió mal, pero ahora está buscando una nueva forma de avanzar, y le volverá como una serpiente venenosa cuando menos lo espere.

Y he inspeccionado el terreno y sé cuán rentable podría ser una alianza ahora. Ese cebo fue tan efectivo que lo tomaré con los ojos bien abiertos. Tendré el legado de Anton Radin como propio, y consumiré cada parte de su autoridad y someteré a sus hombres bajo mi liderazgo.

Y lo haré casándome con Mila Radin, le guste o no.

Pero no antes de descubrir a la verdadera Vera Koval y cualquier red de mentiras que haya tejido para engañarme.

9

MILA

Yegor camina delante de mí con paso rápido y los hombros encorvados, sin importarle que apenas puedo seguirle el ritmo, y yo corro detrás de él agarrando mi caja de recuerdos.

Roman es un hombre confuso. Un momento me está regañando y frunciendo el ceño por haber estado escuchando a escondidas, haciéndome pensar que me castigará o algo parecido. Y al minuto siguiente, está siendo amable, ofreciéndome un ascenso y tocándome. Levanto la mano mientras me esfuerzo por mantener el paso de Yegor y toco mi mejilla donde la mano de Roman se detuvo. La manera en que me miró, con compasión en sus ojos, es confusa.

—¿Estás bien? —pregunta Yegor—. Porque parece que vas a vomitar.

Con el ceño fruncido, respondo secamente: —Bien, gracias. —Él se da la vuelta y continúa caminando, y yo vuelvo a recoger el cabello detrás de mi oreja que ya había escapado de su sitio, y agarro la caja con ambas manos de nuevo.

Él gira en una esquina, dirigiéndonos hacia el ala oeste de la casa mientras sigue hablando. —Sabes, eres una mujer afortunada. El jefe debería haberte cortado la mano por lo que hiciste. En cambio, ¿ahora eres su asistente personal?

Bajo la barbilla y pienso en lo que está diciendo. Así que le quité un anillo del dedo a Roman. Eso no merece la muerte ni la amputación, no en ningún mundo excepto quizás en la antigua Babilonia o algo así.

—Sí, bueno, el señor Kuzin es un ogro —murmuro, ignorando cómo mi mejilla todavía hormiguea.

—Lo malinterpretas —dice Yegor, deteniéndose frente a un gran par de puertas dobles. Están talladas con diseños intrincados como todas las demás puertas en esta casa enorme y miden fácilmente diez pies en su marco arqueado—. Roman es un hombre íntegro. Hay una razón por la que el personal lo admira.

Es cierto que todos aquí están lavados del cerebro. Sorin y Sara hablan de él como si fuera un dios o algo similar: Roman solo come alimentos integrales. Roman hace ejercicio diariamente. Roman no sale de fiesta como otros hombres… nunca tiene citas… nunca come azúcar. Uno pensaría que son adoradores en un templo o algo así, no su personal de limpieza pagado.

Pero están equivocados. No han visto el lado de él que yo he visto. Solo han visto al hombre amable porque no han cometido el mismo error que yo, el de ser lo suficientemente tonta como para confiar en una mujer malvada y cruzarme con él.

—Creo que tu percepción de él está sesgada —consigo decir justo cuando las puertas se abren de golpe y Yegor se aparta para dejarme pasar.

Antes incluso de entrar, me baño en la luz que inunda toda la habitación. Entro en el calor del sol y siento cómo el resplandor besa mi piel mientras me maravillo de las ventanas que se alzan casi hasta el techo, con vistas a un jardín lleno de arbustos de lilas en plena floración. Es impresionante, y solo desearía poder oler las flores también dentro de la habitación.

—Esto no puede ser mi habitación —digo, mirando hacia él.

—Lo es. Roman dijo la suite de invitados, así que aquí estás. —Su mano hace un gesto hacia la habitación amplia donde mis ojos ahora se posan en una silla y luego en un televisor.

No bromeaba cuando dijo que esto era una suite. No veo una cama en esta habitación, pero hay una puerta abierta a través de la cual veo una cama, y otra puerta más allá, tal vez un baño. ¿Por qué Roman me sacaría de los cuartos de los sirvientes y me pondría en una habitación mejor que la que tenía en casa? ¿Cuál es su juego?

—¿Sabes qué está pasando? —le pregunto a Yegor, aunque mi ojo se fija en las rosas frescas que adornan el escritorio. Son de un hermoso tono melocotón, y están junto a una vela que permanece sin encender. También hay un ordenador en el escritorio. Parece nuevo, o al menos no es el antiguo que Papá tenía en la sala para que lo usáramos las chicas y yo.

Cuando finalmente levanto la vista hacia Yegor, tiene el ceño fruncido y los labios apretados. —Te dije que lo malinterpretas. —No parece que Yegor esté de humor para ser amable conmigo, pero tampoco he visto un lado amable de él desde que lo conocí y me llevó a rastras a ese coche de todos modos. Tiene una vara en el trasero porque le mostré a su jefe lo vulnerable que es.

Roman, sin embargo, sí que he visto un lado agradable. Solo que lo muestra con otras personas, no conmigo. Y probablemente porque le hice quedar mal. Tal vez su ego recibió un buen golpe y no le caigo bien. Entonces, ¿por qué todo esto?

—¿Qué quieres decir? —Sigo agarrando mi caja de recuerdos, que parece tan fuera de lugar en este lujo ahora, y Yegor me responde mientras deja mi bolsa en el suelo a mis pies.

—Roman Kuzin es el tipo de hombre que vive con propósito, señorita Radin. Lo crea o no, las personas que trabajan para él lo respetan y lo valoran porque es un buen hombre. —Sus ojos se estrechan al mirarme, igual que hace Vera cuando está molesta.

—¿Y tú qué sabes? —pregunto, dándole la espalda para dejar mi caja sobre la pequeña mesa y las sillas situadas junto a una imponente estantería llena de libros coloridos.

—He trabajado para él durante años, y sé quién es. Casi todos en este lugar han obtenido una vida mejor gracias a él. Todos estamos agradecidos. Deberías aprender a estarlo. —Oigo movimiento y me doy la vuelta para verlo caminando de vuelta hacia la puerta. Se detiene allí y dice—: Vendré a ver cómo estás más tarde y me aseguraré de que recibas el desayuno todas las mañanas. Porque Roman es una persona tan horrible, me ha ordenado que me asegure de que tengas un desayuno saludable.

Luego, Yegor cierra las puertas con un poco más de fuerza de la necesaria, y me quedo sola. Mi pecho se desinfla mientras sus palabras van calando, y me siento ligeramente avergonzada de mí misma por comportarme como una niña mimada en lugar de mostrar gratitud como debería.

Puede que sea un hombre enorme y temible, pero Yegor tiene razón en algo. Esta habitación es definitivamente un gesto de bondad por parte de Roman hacia mí. La habitación del personal era habitable y me habría acostumbrado con el tiempo, pero no se comparaba con la habitación que tengo en casa. Y esto está en otro nivel completamente distinto.

Me desplazo desde la sala de estar hacia la habitación, donde las ventanas y la vista son igual de impresionantes. Desde aquí veo una fuente y pájaros revoloteando fuera, y hay una chimenea en una de las paredes que será increíble en los días más fríos. Más allá hay un baño con una ducha amplia y una vieja bañera con patas, todo cubierto de azulejos blancos y decorado con incrustaciones doradas.

Me apoyo en el marco de la puerta y empiezo a sentir el aguijón del arrepentimiento. Sé que no veo el lado de Roman que su personal ve porque nadie en el mundo sería capaz de respetar tanto a un hombre si lo tratara como me trata a mí. Les ha mostrado una faceta diferente de sí mismo de la que yo he visto, aunque probablemente

también sea culpa mía. No he hecho más que ser dura y sarcástica con él por mi propia frustración.

La ducha parece tentadora, y como no he tenido un momento privado para mí en varios días, decido seguir el consejo de Roman de relajarme y descansar un poco. Me quito el vestido negro y el delantal blanco, y abro el agua hasta que el vapor llena el baño. Y en el instante en que me meto bajo el chorro de agua, comienza a disolver toda mi energía ansiosa.

Cuando se leyó el testamento de papá, me sentí herida por él, tal vez un poco enfadada. Sentí que se alzaba desde la muerte para controlarme un poco más. La idea de que debería estar casada antes de poder gobernar su imperio me enfureció, pero empiezo a pensar que él sabía lo que hacía. No es que darle a Vera la custodia temporal sobre cómo vivo mi vida y uso su dinero fuera un gesto de bondad—esa parte, siento, fue cosa suya.

Pero darme cuenta de lo mal que he estado actuando las últimas semanas mientras trabajaba para Roman se ha convertido en una llamada de atención. Papá probablemente vio mi racha de rebeldía y enfado y supo que necesitaría tiempo para entender cómo funciona realmente la vida. Vera probablemente tenía la intención de presionar cada uno de mis botones hasta que me quedara atrapada en esa mentalidad.

Ni siquiera estoy segura de querer dirigir un negocio de contrabando de armas. ¿Y por qué querría obligarme a casarme con alguien simplemente para tener algo que no quiero? Lo que realmente quiero es tener una familia de verdad y algo a lo que valga la pena volver a casa.

Me giro bajo el agua y dejo que me cubra la cara y el pecho. El calor intenso me recuerda cómo la vida puede aguijonear, pero lo hermoso que es estar en un lugar seguro lejos de las garras de Vera. Sé que ella nunca dejará lo que está haciendo hasta que me haya desposeído por completo y sea dueña de la fortuna de mi familia. Me

pregunto si alguna vez quiso a mi padre o si siempre tuvo la intención de esperar a que muriera para quedarse con su dinero.

Y ahora, porque él me lo dejó todo, ella todavía no puede tocarlo. No es de extrañar que me enviara a ese club de lucha para robarle a Roman. Y Yegor tiene razón. Tengo suerte de que no me haya matado directamente. Es un hombre poderoso, y podría haberme borrado de la existencia sin que nadie viniera a buscarme. Sin embargo, estoy aquí en su casa, en una suite propia, disfrutando de una ducha caliente en un baño privado.

Roman es un enigma, eso es seguro. Entendí por qué me obligó a servirle durante diez años, aunque lo consideré un poco extremo teniendo en cuenta que tenía esa carta y él recuperó su anillo. Pero, ¿elevarme al nivel de su asistente personal y ahora darme una suite privada en su casa casi tan buena como la suya? No tiene sentido.

Y ocurrió justo después de que Vera le ofreciera todo lo que podría desear en forma de una alianza matrimonial. Sí, en este momento, no significa nada porque tengo que cumplir veinticinco años sin estar casada primero antes de que él pueda tocar algo de eso. Pero si Vera se sale con la suya, será tan fácil como quitarle un caramelo a un bebé. No descartaría que contratara a un sicario para eliminarme.

Entonces, ¿por qué Roman está prestando atención especial hacia mí ahora?

¿Qué podría querer de mí? ¿Y qué tendré que hacer?

10

ROMAN

El vapor de mi taza de café se eleva en un baile hipnótico mientras observo a Mila moverse con gracia por mi comedor. Esta mañana parece diferente, más ligera que en los últimos días. Su atuendo, claramente escogido de su propio armario, le sienta de maravilla y me dificulta concentrarme en cualquier otra cosa. La tela se ajusta a sus curvas, insinuando su esbelta figura, y me sorprendo admirando esas formas mientras ella coloca un plato de comida frente a mí.

—Espero que hoy te comportes de la mejor manera —le digo mientras sus ojos se alzan para encontrarse con los míos. Ella me lanza una mirada coqueta y vuelve al carrito de servicio mientras continúo—. Vamos a una selección para mi equipo de lucha, y necesito que prestes atención y tomes notas.

Hasta ahora no ha tenido mucha responsabilidad, aunque principalmente porque he estado ocupado. Con tanto ajetreo, me ha costado pensar en formas de involucrarla. Hago casi todo esto solo, y añadirla a mi rutina no ha sido fácil. Tiene que parecer algo intencionado, no un apaño de última hora. Si siente que le di este puesto solo para vigilarla y no porque viera algún talento en ella, me guardará rencor y eso pondrá una barrera entre mi objetivo y yo.

Mila asiente y baja la cabeza, trasladando un vaso de zumo de naranja del carrito a la mesa. —Lo entiendo. Hasta ahora, todo lo que le he encargado ha sido trabajo trivial para mantenerla cerca mientras sigo indagando en su vida y en la de su madrastra. Pero pronto lo notará, y no quiero que piense que este movimiento se trata solo de controlarla.

—¿Hiciste mucho en el negocio de tu padre? —pregunto. La pregunta tiene doble intención: si tiene conocimientos de su organización, me será útil en el futuro. Y también espero entender más sobre esa dinámica familiar.

—Asistí a algunas reuniones de vez en cuando, pero principalmente porque papá tenía la idea de que podría casarme con alguien para impulsar sus planes —responde Mila con un tono más sombrío que amargo. Deduzco que echa de menos a su padre, pero no necesariamente sus acciones o motivos.

—Entonces, ¿sabes cómo comportarte en un entorno de negocios?

Sus ojos se estrechan y, por un instante, creo que va a soltar su veneno, pero suspira y dice: —Sí, señor. No lo avergonzaré.

La forma en que lo dice me escuece un poco, como si la hubiera herido personalmente con mi trato. Quizá he sido duro con ella en ocasiones, pero tenía buenas razones. No pensé que las cosas evolucionarían así ni que la vida me mostraría que Mila es solo otra cosa rota que necesita arreglo.

—Mila, quiero... —Mi teléfono vibra, y al mirar veo el nombre de Vera en la pantalla. Mila se queda mirándome, esperando que termine la disculpa que tengo en la punta de la lengua, pero tendrá que esperar. Con un suspiro, contesto la llamada, sabiendo ya lo que va a decir.

—Roman, cariño —arrulla Vera, y su voz rezuma dulzura falsa—. ¿Cómo estás?

—Señora Koval —digo, y veo cómo el rostro de Mila se descompone antes de darme la espalda y limpiar su carrito—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Bueno, estaba pensando en lo mucho que a Sofi le encantaría pasar tiempo contigo esta semana. Quizá podrías llevarla a cenar o al teatro.

Aprieto los dientes, molesto por sus intentos tan evidentes de empujar a su hija hacia mí. No tengo intención de casarme con ninguna de las mujeres Koval. Ya he decidido que Mila es la que elegiría, pero sé que mantener cerca a Vera es importante. Los amigos cerca y los enemigos más cerca, como se suele decir.

Lo realmente interesante es la reacción de Mila ante la llamada de su madrastra. Se marchitó como una flor bajo el calor del verano en cuanto me oyó decir "Señora Koval". No puede ser celos, porque Mila no sabe nada de lo que estoy planeando. Así que debe ser resentimiento, o quizá miedo.

—Por supuesto —respondo, pero tengo que forzar las palabras. Soportar este tormento es peor que presenciar una mala pelea. Al menos en el gimnasio podría detenerla y acabarla. Este juego podría alargarse meses aún—. Encantado de entretener a Sofi más adelante esta semana. Que llame a mi asistente para organizarlo.

La risa encantada de Vera me crispa los nervios, pero me río con ella y observo cómo la espalda de Mila se endereza. Empuja el carrito hacia la puerta, luego coge el plumero que está debajo y lo hace girar alrededor de los apliques de la pared a ambos lados de la puerta. Está intentando distraerse de mi conversación, y yo la encuentro igual de distrayente con ese vestido.

Mis ojos recorren su cuerpo, y siento cómo me excito mientras ignoro por completo a Vera, cuya voz sigue parloteando por el teléfono. Suelto un gruñido o un "ajá" de vez en cuando mientras analizo por qué mi cuerpo se siente tan atraído por una mujer que tiene la mitad de mi edad. No es propio de mí dejar que el sexo me

distraiga. Es una herramienta en la vida para obtener placer, y nunca he permitido que ninguna mujer me desconcentre así.

—¿Me estás escuchando? —pregunta Vera, haciendo una pausa para esperar mi respuesta.

—Por supuesto que sí, continúa —respondo, y ella lo hace. Durante diez minutos seguidos, mientras admiro lo mucho que Mila lucha por mantenerse tranquila y no reaccionar emocionalmente a mi conversación. Y cuando derriba un adorno de la repisa y se agacha para recogerlo, aprieto los dientes y me ajusto el bulto en los pantalones. Al principio la veía como un problema, luego como una oportunidad. Cuando mi lado más primitivo tomó el control, no me permití dejarme llevar por ese deseo porque esta mujer me robó.

Pero si realmente voy a presionar para casarme con ella y absorber el imperio de su padre, no está de más disfrutarlo. Y no es una mujer poco atractiva. Simplemente no me había permitido verla hasta ahora. Me gusta lo que veo.

—Vera —digo, interrumpiendo su historia—, te pido disculpas, pero ha surgido algo y tengo que irme. Espero con ansias noticias de Sofi. Cenaremos.

—Sí, por supuesto, cariño. Que tengas un buen día. —Vera al menos tiene tacto, y es bastante fácil terminar la llamada, probablemente porque cree que está obteniendo exactamente lo que quiere.

Cuando termina la llamada, aparto mi plato. Esa conversación me ha quitado el apetito, pero milagrosamente he desarrollado uno nuevo. Y no es algo que normalmente me permita.

—Salimos para el salón de peleas en diez minutos —le digo a Mila, apartándome de la mesa y levantándome. Ella me mira, y aún quedan rastros de frustración en su rostro—. Coge tus cosas y espérame en el coche.

Mila asiente y se apresura a recoger sus pertenencias, dejándome solo con mis pensamientos. Camino hasta mi despacho, donde cojo

mi cartera y me detengo a imaginar cómo sería tener a Mila como esposa. No es difícil visualizar una vida con una de las hijas de Vera —gastarían mi dinero, exigirían demasiada atención y probablemente causarían mucho drama.

Pero Mila es callada e inteligente. Dudo que sea el tipo de mujer que malgaste el dinero, y hasta ahora, lo único que ha pedido es irse a casa. Aunque soy un hombre de gran autocontrol, me pregunto por qué se viste con tanta modestia, y justo cuando me servía, me encontré deseando que su blusa fuera un poco más reveladora.

Quizá no sea bueno que me esté afectando, o quizá ya era hora. Al fin y al cabo, soy humano, y todo hombre tiene deseos. Pero los aparto y me dirijo hacia la entrada de la casa porque los negocios van primero, luego el placer. Tengo todo el tiempo del mundo para decidir qué hacer con Mila Radin y tiempo limitado para organizar las próximas semanas de peleas.

Me encuentro con Mila en la entrada y el trayecto al salón de peleas es silencioso. Con Yegor al volante, puedo repasar el protocolo que espero de ella durante la reunión, observando cómo escucha atentamente y asiente siguiendo mis instrucciones. Me gusta que se tome esta responsabilidad en serio. Me complace saber que es respetuosa en ese aspecto.

—Estás ahí para observar y tomar notas —le recuerdo, entregándole una tableta mientras nos acercamos al edificio—. Guarda tus opiniones para ti a menos que te las pidan, y no interrumpas.

—Sí, señor —dice Mila mientras coge la tableta y me sigue al interior.

Tomamos el ascensor hasta el tercer piso y nos dirigimos a la sala de conferencias, que ya está llena de hombres. Mila es la única mujer aquí, y la veo encogerse un poco al entrar, así que deslizo mi mano en la parte baja de su espalda y la guío hacia adelante. Sus mejillas se tornan de un cálido rosado y se muerde el labio, parpadeando con fuerza un par de veces.

La sala se va callando poco a poco al entrar, y la mayoría de los hombres presentes levantan la vista hacia mí. Mi hermano y algunos otros familiares, junto con varios luchadores, se calman al ver que he llegado.

Me aclaro la garganta. —Esta es Mila Radin. Hoy asistirá como mi asistente personal. Espero que le otorguen el mismo respeto que a mí.

Kazimir arquea una ceja, con una sonrisa burlona en los labios. —¿No era ella la que intentó robarte? ¿Y ahora es tu asistente? —Se ríe, y mi primo le da un codazo pero también se ríe— dos payasos de clase que creen que lo saben todo.

Mi mirada los calma mientras digo: —Su papel aquí no está en discusión. Centrémonos en la tarea que nos ocupa, ¿de acuerdo?

La sonrisa de Kazimir se desvanece y asiente con brusquedad. Hago un gesto para que todos tomen asiento mientras me acomodo en mi silla a la cabecera de la mesa, y Mila ocupa su lugar a mi lado.

Yegor se aclara la garganta y comienza la reunión. Desliza una pila de archivos sobre la mesa, cada uno con el nombre de un luchador. —Estos son nuestros principales prospectos para la próxima temporada —dice—. Tenemos que decidir a quién fichar, a quién cortar y cómo emparejarlos para las peleas más emocionantes.

Los hombres hojean los archivos, murmurando entre ellos mientras estudian las estadísticas y los historiales de los luchadores. Los observo mientras pasan los papeles y leen con cautela, pero también escudriño la postura de cada luchador mientras permanecen apoyados contra la pared. Algunos de ellos eran los mismos que teníamos que evaluar la noche en que Mila me robó, y que, por desgracia, se pospuso. Pero hay algunas caras nuevas. Estoy impaciente por ver cómo sale esto.

—Sokolov parece prometedor —murmura Timur, golpeando con un dedo la carpeta que sostiene—. Invicto en sus últimos cinco

combates, y tiene un derechazo demoledor. Observo cómo el pecho de un hombre se infla un poco más y deduzco que debe de ser Sokolov. Estos hombres vienen de toda Rusia para unirse a mis peleas. A veces es impresionante.

Stepan gruñe en señal de acuerdo. —Sin duda es uno a seguir. Pero ¿y este? —pregunta, deslizando un archivo sobre la mesa hacia mí con el nombre de otro hombre en la parte superior—. Ha estado en racha últimamente y tiene muchos seguidores.

La discusión continúa, los hombres sopesan los pros y los contras de cada luchador, debatiendo posibles enfrentamientos y estrategias. Me reclino en la silla, escuchando atentamente las opiniones y argumentos que vuelan alrededor de la mesa. Estos hombres conocen el mundo de las peleas como la palma de su mano, y confío en su criterio. Pero también sé que la decisión final recae sobre mí.

A medida que la reunión se alarga, noto un cambio en el comportamiento de Mila. Ha ralentizado su tecleo en la tableta y se mueve inquieta en su asiento, sus ojos escudriñando la habitación como si buscaran algo. Incluso la forma en que se inclina hacia mí es extraña. No es propio de ella, y hasta ahora había estado serena durante la reunión.

Me acerco, hablando en voz baja. —¿Mila? ¿Estás bien? Espero que diga que necesita ir al baño, o quizá que comente algo sobre los luchadores y dé su opinión, pero noto cómo le tiemblan las manos y ha perdido el color de su piel.

—Señor —dice en un susurro—, hay algo raro en Barkov… Sus ojos se clavan en el hombre, cuyos hombros están rectos pero su mandíbula está tensa, y tiene las manos detrás de la espalda en un ángulo antinatural. Tiene razón, hay algo raro en él y no logro identificar qué es.

Sigo observándolo mientras Timur parlotea sobre las estadísticas de otro luchador y el hecho de que conoce varias artes marciales y

también Krav Maga, pero cuanto más lo estudio, más evidente es que toda su actitud es sospechosa.

Es una distracción lo suficientemente grande como para ignorarla, y lentamente enderezo mi postura y me inclino hacia adelante, interrumpiendo a mi hermano a mitad de frase para decir: —Yegor, por favor, pídele al señor Barkov que demuestre sus mejores movimientos de derribo contigo. Si me equivoco y no hay nada raro en este hombre, seguirán mis instrucciones sin problemas. Pero en el momento en que Yegor se levanta y se gira para enfrentarse a Barkov, este saca una pistola y me apunta.

Todo ocurre tan rápido que nadie tiene tiempo de pensar. Me lanzo sobre Mila, volcando ambas sillas al suelo mientras caigo sobre ella en un montón y oigo un disparo resonar en la habitación. Los cristales se hacen añicos sobre nuestras cabezas y llueven sobre nosotros, mientras los gritos estallan y más sillas caen y los hombres saltan de sus asientos.

En cuestión de segundos, la habitación es un hervidero y Yegor tiene a Barkov inmovilizado en el suelo. Puedo verlos al otro lado de la mesa. Sokolov sostiene la pistola de Barkov apuntándole mientras Radimir y Timur se ciernen sobre mi guardaespaldas, que ha neutralizado la amenaza. Pero mi instinto me dice que estaría muerto ahora mismo si Mila no me hubiera advertido.

Ella tiembla bajo mí, aferrándose a mi pecho con la cara enterrada en él. Y sé que acaba de salvarme la vida.

—¿Estás bien? —le pregunto, y ella inhala un aliento que comprime su pecho contra el mío mientras asiente. Luego me incorporo y la ayudo a ponerse de pie a mi lado. La tableta yace rota en el suelo donde estábamos tumbados y mis hombres permanecen alrededor, atónitos. La ventana interior que da al pasillo está hecha añicos y nadie se mueve.

—Yegor… Llévate al señor Barkov atrás para mostrarle lo que les ocurre a los hombres que intentan hacerme daño. —Me ajusto la

corbata y me aclaro la garganta. Todas las miradas están puestas en mí mientras la habitación queda tan silenciosa que se podría oír caer un alfiler.

Nadie tiene que preguntar qué quiero decir, y nadie cuestiona mi juicio. —La reunión ha terminado. Les haremos saber mañana quiénes han sido elegidos. —Mi pecho se agita mientras la adrenalina sigue corriendo por mis venas, y ahora tengo que saber cómo Mila detectó a ese hombre en una habitación llena de gente y nos salvó la vida a todos. —Fuera todos —gruño—. Ahora.

Yegor es el primero, con Radimir pisándole los talones, arrastrando a Barkov hacia la puerta. Sokolov deja la pistola sobre la mesa y me asiente, bajando la mirada al pasar por la puerta, y luego, uno a uno, los luchadores y mi familia salen hasta que están en el ascensor rumbo a la planta baja y yo me quedo solo con Mila.

Ella permanece temblando junto a la ventana mientras yo me apoyo en la mesa, extendiendo las palmas de las manos, mirando por la ventana más allá de ella, sobre la ciudad.

¿Qué demonios acaba de pasar?

11

MILA

Mis entrañas tiemblan tan violentamente que me apoyo en la ventana que da a la ciudad para sostenerme. Tengo la mano pegada a mi garganta, sintiendo cómo mi pulso se acelera. La mirada de aquel hombre era aterradora, y sabía lo que iba a hacer antes de que lo hiciera. Las órdenes de Roman fueron el gatillo que activó la trampa.

—¿Cómo lo supiste? —pregunta él mientras camina por la habitación, y yo no sé cómo articularlo.

Cierro los ojos con fuerza, presionando las yemas de mis dedos contra los párpados para mantenerlos cerrados mientras las lágrimas brotan y queman. No puedo llorar. No dejaré que me vea desmoronarme, pero las imágenes mentales son tan vívidas que no puedo sacudirme las emociones intensas que atraviesan mi mente.

Estuvo tan cerca de mí y aún así no hice nada. El hombre furioso con el arma del que sospechaba, pero no dije nada. Y mi padre… oh, Dios.

—¡Papá! —grité, pero ya era demasiado tarde.

El hombre desenfundó el arma, y el estruendo pareció seguir al impacto, como si la mancha carmesí que florecía en el pecho de mi padre hubiera precedido al disparo.

—¡Papá, no! —Me desplomé, presionando las palmas de mis manos contra su herida, pero sus ojos se cerraron y su cuerpo quedó sin vida al instante. No había manera de salvarlo…

No había manera de salvarlo, ni la menor posibilidad de que pudiera hacer algo porque reaccioné demasiado lento y—

—¡Mila! —oigo, y Roman está aquí, chasqueando los dedos frente a mi cara mientras bajo las manos, agradecida de que ninguna lágrima haya caído por mis mejillas. —¿Estás bien?

Muevo la cabeza negativamente, la boca abierta como un pez tragando agua, y lo miro con los ojos desorbitados y aturdida. Mi boca no forma palabras, y contener las lágrimas solo funcionará por un tiempo.

Cuando Roman rodea la parte posterior de mi cuello con sus dedos y me atrae hacia él, dejo que me abrace. Sus gruesos brazos me envuelven y me sostienen fuerte, apretándome contra su cuerpo mientras tiemblo por el shock. Y admito que tiene un efecto calmante sobre mí.

Es tan fuerte, y su abrazo es ancla. Me permito respirar profundamente varias veces y obligo a las lágrimas a retroceder, luego encuentro su mano acariciando mi mejilla. Se separa, usando su pulgar para empujar mi mandíbula hacia arriba, obligándome a levantar la cabeza y mirarlo a los ojos. El impacto de todo esto aún recorre mi cuerpo, pero estoy más calmada.

—¿Por qué hiciste eso? Viste que estaba actuando de manera extraña, pero no tenías que avisarme. ¿Por qué me avisaste?

Los ojos de Roman escudriñan los míos, y pienso honestamente en esa pregunta. No me siento cómoda hablando de Papá o de cómo murió ahora mismo. Roman y yo no somos amigos. Apenas es mi

jefe. Así que no tengo otra razón que decir: —Era lo correcto. —Trago saliva y continúo. —Cuando ves algo y sabes que no está bien, y no haces nada, entonces eres parte del problema. Si ese hombre hubiera lastimado a alguien, nunca me habría perdonado.

Parpadea un par de veces, moviendo la cabeza como si estuviera maravillado con mi respuesta, pero ¿no es la respuesta correcta? ¿No habría hecho él lo mismo? Todos tenemos elecciones en la vida, para bien o para mal, y hacer lo correcto nunca debería ser una decisión difícil.

Lo que espero es que me dé las gracias, tal vez, o que se asegure de que estoy bien.

Lo que hace es algo completamente diferente.

Roman baja la cabeza, inclinándose más cerca de mí, y se queda a solo centímetros de mi boca. Su aliento caliente roza mis mejillas y mis labios, y hace que mi pulso se acelere en mi garganta, justo donde la palma de su mano roza mi cuello. Es gentil, no se apresura cuando sus labios rozan los míos, luego se separa y me mira a los ojos.

—Mila, me salvaste la vida…

—Yo…

—¿Esto está bien? —Se queda ahí, tan cerca que puedo saborearlo, y no estoy segura de qué decir. Siento un repentino impulso de atracción nuevamente, muy parecido al otro día cuando me tocó la mejilla con suavidad, pero ¿por qué? Sí, es guapo, pero esta situación ya es lo suficientemente complicada. Y por lo que sé, espera casarse con Sofi o Sabine. Lo que hace esto aún más confuso.

Pero soy tonta y me dejo llevar por un extraño y raro impulso de sentir sus labios contra los míos otra vez. Puede que sea el hecho de que un lunático acaba de apuntarnos con un arma y Roman se lanzó sobre mí para salvarme, o puede que sea porque toda mi vida

esperé un final de cuento de hadas donde el príncipe encantador salvaría el día y me llevaría en sus brazos, pero asiento con la cabeza.

Esta vez, cuando sus labios rozan los míos, hay calor y hambre en ese contacto. El agarre de Roman se endurece mientras su boca aplasta la mía, separando mis labios para explorar mi boca con su lengua. Me siento indefensa, con las manos flotando en el aire a mis costados en señal de rendición porque no sé dónde ponerlas mientras él me roba el aliento y hace que mi corazón martillee contra mis costillas.

Cuando empieza a empujarme hacia la mesa, lo dejo. Mis pies tropiezan por un segundo y noto que mis manos se aferran a las solapas de su chaqueta, agarrándolas para mantener el equilibrio, y él debe interpretarlo como un deseo de más porque el beso se intensifica y su otra mano me sujeta la cintura.

El borde de la mesa golpea la parte posterior de mis muslos y jadeo contra su boca. Las manos de Roman se deslizan hacia mis caderas y me levanta sobre la superficie en un movimiento fluido, colocándose entre mis piernas mientras su boca no se separa de la mía.

—Me salvaste la vida… —Su voz es áspera mientras besa mi mandíbula y desciende hacia mi cuello. Es tan intimidante y, sin embargo, no quiero que pare.

—No, yo solo… —Mis dedos siguen aferrados a sus solapas y siento cómo mi cuerpo cobra vida. Mi entrepierna arde y me cuesta respirar.

—Y Dios, eres tan hermosa. —Muerde ese punto sensible donde mi cuello se une al hombro, y gimo—. Te deseo… Quiero estar dentro de ti. —El retumbar de su voz grave llega directo a mi centro cuando me doy cuenta de lo que está pasando. Al principio, siento un escalofrío de pánico, seguido de más excitación. Nunca he hecho esto. Con nadie. Y todo está yendo tan rápido.

—Roman, yo… —No es tanto una protesta como la esperanza de que, en algún momento, me dé la oportunidad de explicarle que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo ni de por qué me desea tanto. No entiendo qué está pasando ahora mismo. ¿Es mi jefe, no? O el hombre que me obliga a trabajar para él. Nunca ha dado señales de sentirse atraído por mí, ¿pero esto?

Sus manos encuentran el dobladillo de mi vestido y empiezan a subirlo lentamente, dándome tiempo para detenerlo si quisiera, pero no quiero que pare. Deseo lo que sea que haya entre nosotros, aunque no tenga sentido.

—¿Esto está bien? —pregunta mientras sus palmas se extienden sobre mis muslos desnudos. Mis bragas están húmedas, mis piernas abiertas con sus caderas encajadas entre mis rodillas, y lo único en lo que puedo pensar es en lo mucho que quiero que me toque—. Dime que pare y lo haré.

—N-no… —Niego con la cabeza y me muerdo el labio mientras su pulgar acaricia mi muslo interno—. No pares. —Ahora jadeo, completamente sin aliento y cometiendo un gran error. Lo sé. Pero, Dios mío, lo que me hace sentir es increíble.

—Buena chica. —El elogio hace que el calor se acumule en mi vientre mientras él sube mi vestido hasta la cintura. Sus dedos trazan patrones en mis muslos internos, y eso hace que mi coño palpite con más fuerza.

Vuelve a besarme mientras su mano sube más, rozando mis bragas. En el momento en que sus dedos presionan la tela húmeda, jadeo contra su boca.

—Ya estás tan mojada. —Frota círculos lentos contra la tela, y me estremezco—. ¿Te gusta que te toque?

—Sí. —Lo admito porque mentir parece inútil cuando él puede sentir exactamente lo que me hace. Me arqueo hacia él y me estremezco

cuando toca un punto sensible—. Roman… —empiezo, pero sus labios capturan los míos de nuevo y tragan mis palabras.

—¿En qué estás pensando? —Sus dedos se deslizan bajo el borde de mis bragas, y tengo que agarrarme a sus hombros para estabilizarme mientras los desliza entre mis pliegues.

—Oh, Dios… No puedo pensar… —No puedo creer lo necesitada que sueno, pero con la forma en que me toca, ni siquiera puedo pensar con claridad.

—¿Te gusta esto? —Desliza un dedo dentro de mí, y gimo por la intrusión—. ¿O esto? —Añade un segundo dedo y empieza a bombearlos lentamente mientras su pulgar encuentra mi clítoris.

—Ambas cosas. —Apenas puedo formar palabras mientras sigue trabajando con sus dedos—. Todo.

—Eres tan receptiva. —Enrosca sus dedos dentro de mí, alcanzando un punto que hace que mi espalda se arquee hacia él. Nadie me ha tocado así antes, solo yo. Y esto es infinitamente más placentero que hacerlo sola.

La sensación es abrumadora y muevo las caderas, buscando más fricción. Parece entender lo que necesito porque aumenta la presión y la velocidad, sus dedos bombeando más rápido mientras su pulgar traza círculos firmes en mi clítoris.

—Mírame —ordena, y obligo a mis ojos a abrirse para encontrarme con su mirada—. Quiero ver tu cara cuando te corras.

La intensidad de sus ojos combinada con lo que hacen sus dedos me lleva al borde. Mis paredes internas empiezan a palpitar alrededor de sus dedos y siento cómo la presión se acumula hasta un punto insoportable.

—Ro… —Ni siquiera puedo terminar de decir su nombre cuando mi cuerpo estalla.

—Hazlo. —Aumenta aún más el ritmo—. Córrete para mí, Mila.

El orgasmo me atraviesa, y gimo y grito, todo mi cuerpo temblando mientras las sacudidas me recorren. Rayos de placer atraviesan mi centro y se expanden por mi cuerpo, haciendo que me agarre a su muñeca con ambas manos. Tiemblo y me convulsiono mientras él me besa con fuerza, absorbiendo cada gemido y quejido, hasta que juro que voy a empezar a llorar. Me guía a través de ello hasta que jadeo y aparto su mano porque la sensación se ha vuelto demasiado intensa.

—Eso ha sido precioso. —Saca sus dedos y se los lleva a la boca, chupándolos mientras mantiene el contacto visual. La imagen me hace contraerme alrededor de la nada—. Sabes incluso mejor de lo que imaginaba.

—¡Dios mío! —murmuro, dejando que mi cabeza caiga hacia atrás mientras él se quita el cinturón. Siento que mi cabello se suelta de la trenza, y la relajación es tan intensa que casi me pierdo en ella. Hasta que siento sus manos en mis bragas, bajando la cintura.

Mis ojos se abren de par en par, y agarro sus muñecas para detenerlo. Roman cede, pero sus ojos se oscurecen y ve lo excitado que está. Él también quiere sentir satisfacción, y tengo miedo de que solo lo voy a decepcionar.

—Espera —digo suavemente.

—Está bien. No tenemos que hacerlo si… —Deja que sus palabras se pierdan, pero puedo ver lo hambriento que está, lo desesperado que está por tenerme.

—Es que… —Me muerdo el labio y relajo mi agarre en sus muñecas. Sus manos se posan en mis caderas pero espera a que continúe. —Nunca he hecho esto antes. —El calor me quema las mejillas, y ni siquiera puedo mirarlo. Me muerdo el labio con más fuerza y espero a que él me levante la barbilla.

—¿Eres virgen? —

—Sí, lo siento… Es solo que… Si no quieres, está bien. —No puedo expresar lo avergonzada que estoy, ni cuánto espero que no se aleje y se detenga. Y luego pienso en cuánto mayor es él y en lo experimentado que debe ser. Soy una idiota. Debería haberlo apartado cuando me besó por primera vez. Esto no debería estar pasando.

Roman me toma la cara con ambas manos y un toque suave. —Necesito asegurarme de que realmente quieres esto. Tu primera vez debería ser especial, Mila. —Cuando lo miro, veo lo sincero que es, y no podría estar más en desacuerdo.

—Pero quiero esto… —Mi labio inferior tiembla mientras tomo su mano y la guío entre mis muslos. —Por favor… —

—Está bien… —resopla antes de besarme con ternura, y es como si todo hubiera cambiado. Antes era gentil, pero ahora se siente diferente, como si me estuviera adorando. Dejo que explore mi boca en un beso antes de alcanzar su polla y acariciarlo. Cuando gruñe en mi boca, la vibración recorre mi cuerpo y hace que el dolor en mi entrepierna empeore.

—Dios, mujer, ¿qué me estás haciendo? No soy así. No pierdo el control. —

Sin embargo, es tan tierno, tan agonizantemente sensible, que podría volverme loca. Quiero más, y lo quiero ahora.

—Quítame la ropa —le digo, y él sonríe contra mis labios.

—Como desees —murmura mientras engancha sus dedos en mis bragas, y yo levanto las caderas para que pueda quitármelas por completo. Luego se coloca entre mis piernas y frota su longitud contra mi humedad, impregnándose de mi excitación. La fricción contra mi carne sensible me hace respirar entrecortada.

—Joder, qué mojada estás —murmura mientras observa cómo su cabeza se introduce en mí. —Dime si necesitas que me detenga y lo haré. Tu comodidad es más importante que cualquier otra cosa. —

Encierro mis piernas alrededor de su cintura, intentando acercarlo más mientras sigo disfrutando de la experiencia. Empieza a empujar lentamente, y puedo sentir cómo me estiro alrededor de él. Hay presión y una sensación de ardor, pero no es insoportable. Se mueve centímetro a centímetro, dándome tiempo para ajustarme a cada fracción de su longitud, sin apartar nunca los ojos de mi rostro mientras busca cualquier señal de dolor.

—Dios mío, te sientes increíble —dice. Solo lleva mitad adentro y ya me siento increíblemente llena, tan estirada que duele. —¿Te gusta? —

—Más —gimo. Lo necesito todo, aunque no estoy segura de que mi cuerpo pueda realmente acomodarlo. —Dios, por favor… Más. —

Empuja más adentro, y el ardor se vuelve más agudo por un momento, haciendo que haga una mueca. Se detiene de inmediato.

—¿Necesitas que me detenga? —Todo su cuerpo está tenso por el esfuerzo de mantenerse quieto.

—¿Me estás tomando el pelo? —Agarro su corbata y tiro de su boca hacia abajo hasta que sus labios vuelven a aplastarse contra los míos, y lo muerdo, luego me aparto un centímetro. —Fóllame ahora y no te detengas hasta que esté sacándote la leche. —

Algo dentro de él se rompe, y siento su mano deslizarse por mi espalda hasta mi cabello y agarrarme con fuerza. Tira de mi cabeza hacia atrás hasta que mi boca se abre, y sus labios se sellan con los míos mientras empuja con fuerza. Lo siento en el instante en que mi cuerpo se abre, y grito mientras muerdo su lengua.

Roman gruñe con fuerza y me empuja una y otra vez, haciendo que toda la mesa tiemble. Se siente increíble a pesar del ardor, y lo único que puedo hacer es aferrarme a él y gemir en su boca.

—Mierda, estás tan apretada. —Sus caderas bombean contra las mías mientras su mano libre agarra mi pecho y se posa en mi cadera, asegurándose de que no me mueva mientras me empuja.

Las sensaciones son salvajes, y me oigo gimiendo y suplicando en sílabas sin sentido.

—Más rápido —me quejo, ahora arañando su pecho. La incomodidad inicial ha desaparecido por completo y ahora solo necesito más de todo. —Por favor… más adentro.

—Dios, quiero follarte tan fuerte.

—Hazlo… por favor —suplico, persiguiendo desesperadamente sus embestidas buscando más fricción.

—¿Estás segura? —Roman es tan educado que no capta el punto.

—Estoy segura —lo jalo hacia mí para un beso profundo. —Te dije que me follaras.

Acelera el ritmo, cada embestida llega más adentro que la anterior. El nuevo ritmo hace que llegue tan adentro que lo siento en mi vientre bajo, y la presión comienza a acumularse de nuevo en mi entrepierna, diferente al primer orgasmo pero igual de intenso.

—Tócate—. Desliza su mano fuera de mi cabello y la baja por mi brazo para guiar mi mano entre mis piernas. —Quiero verte llegar al orgasmo mientras estoy dentro de ti—.

Nunca había hecho esto delante de nadie antes, pero estoy demasiado perdida como para sentir vergüenza. Mis dedos encuentran mi clítoris hinchado y comienzo a hacer círculos mientras él continúa empujándose dentro de mí. La combinación de su longitud llenándome y estirándome junto con mi propio tacto en mi piel sensible es abrumadora, pero de la mejor manera.

—Así es—. Su voz suena tensa mientras observa mi mano trabajar entre mis piernas. —Joder, Mila… Esto es increíble. Eres jodidamente hermosa—.

—Roman—. Siento que estoy a punto de llegar de nuevo, la presión acumulándose más rápido que antes. —Voy a venirme. Dios, voy a venirme—.

—Sí… hazlo—.

Mi segundo orgasmo es tan intenso que casi pierdo el control de mi vejiga. Las oleadas recorren mi cuerpo, haciendo que cada músculo se tense y luego se relaje en un patrón rítmico que hace que mis ojos se vuelvan hacia atrás. Los empujes de Roman titubean por un segundo, y gruñe fuerte, mordiendo mi oreja antes de enterrar su cara en mi cuello y empujar profundamente tres veces más, quedándose completamente rígido. Puedo sentirlo pulsar dentro de mí mientras termina, bombeando lentamente mientras las sacudidas recorren todo mi cuerpo.

La sensación de que él se viene dentro de mí, llenándome con su calidez, desencadena más placer que me hace apretarme alrededor de él nuevamente y alargar aún más su orgasmo.

—Joder—, murmura, y luego chupa mi cuello y muerde. Su polla se desliza dentro y fuera de mí mientras yo me dejo llevar por las sensaciones que aún recorren mi cuerpo y las disfruto.

Literalmente no tengo ni idea de lo que acaba de pasar, pero no lo odié. Suelto su camisa y dejo que mis manos se posen en su pecho mientras sus labios vuelven a los míos y me besa de nuevo. Solo entonces me siento un poco incómoda cuando él se retira y el desorden gotea entre mis piernas sobre la mesa.

—¿Estás bien?— Finalmente levanta la cabeza para mirarme. —¿Te hice daño?—.

—No—, susurro, apartándome el pelo de la cara.

—Fuiste perfecta—. Me besa suavemente de nuevo y se detiene, dejando que sus labios bailen sobre los míos. ¿Qué demonios estoy haciendo? Esto es una locura. Ni siquiera sé por qué acabo de hacer eso. —De verdad eres hermosa—, susurra antes de enderezarse y comenzar a meter su polla de nuevo en sus pantalones.

Sus elogios me hacen sentir cálida por todas partes, y me doy cuenta de que podría engancharme a escucharlo hablarme así. Pero

también recuerdo que esto no cambia nada entre nosotros. Él sigue supuesto a casarse con una de mis hermanastras.

Esto no fue más que un momento nacido de la adrenalina y el miedo. No significa nada, y sé que yo no significo nada para él. Y no puedo dejar que esto se meta en mi cabeza y me afecte. Miro hacia abajo avergonzada por lo mucho que lo disfruté y me trago el torrente de preguntas que brotan.

—Probablemente deberíamos limpiarnos—. Intento deslizarme de la mesa, pero mis piernas tiemblan demasiado como para soportar mi peso.

—Tranquila—. Me atrapa y me sostiene firme. —Tómate tu tiempo—.

Me apoyo en él para estabilizarme mientras siento su semen seguir escurriéndose por mis muslos. La realidad de lo que acabamos de hacer comienza a asentarse y no estoy segura de qué decir o hacer a continuación.

—¿Estás segura de que estás bien?— pregunta, y yo le asiento porque, ¿qué coño se supone que debo decir después de eso? Consentí, pero ahora no estoy segura de por qué. Entonces Roman toma mi cara y me obliga a mirarlo. —Fuiste increíble, ¿vale?— Sus ojos me escudriñan, y es demasiado intenso. Tengo que apartar la mirada de nuevo.

—Roman—, comienzo, pero él se aleja. Agarra una toalla de papel de la estación de bebidas en la esquina de la habitación y vuelve, deteniéndose frente a mí. Cuando estira la mano hacia el desorden entre mis piernas, lo detengo y tomo las toallas de papel para limpiarme mientras él se mete la camisa y se endereza.

Luego me ayuda a arreglar mi vestido y encontrar mis bragas, pero estoy tan alterada que simplemente las meto en el bolsillo de mi vestido. Ambos intentamos arreglarnos, pero no hay manera de ocultar lo que hemos estado haciendo. Mi pelo está hecho un

desastre, mis labios están hinchados por los besos, y estoy segura de que tengo marcas en mi cuello por su boca.

—Te ves completamente asolada—. Sonríe maliciosamente mientras observa mi apariencia. —Cualquiera que te vea sabrá exactamente lo que hemos estado haciendo—.

—Entonces tal vez deberíamos evitar a la gente por un tiempo—. Intento peinarme con los dedos para darle un mínimo de orden mientras mis mejillas arden.

—Tal vez deberíamos—. Me atrae hacia él para un beso más. —Pero tampoco me arrepiento de eso—.

Y ahora estoy completamente confundida. Él recoge la tableta rota y saca su teléfono, pero yo me siento como una cáscara de mi yo normal mientras lo sigo por el edificio hacia el ascensor.

Todo eso sucedió tan rápido que no estoy segura de qué pensar. Roman Kuzin es un torbellino de mensajes contradictorios. Está enfadado porque le robé, pero me asciende para ser su asistente. Luego me asola sobre la mesa de su conferencia, ¿y qué sigue?

Y sea lo que sea, ¿seré capaz de manejarlo?

Porque mi cabeza está dando vueltas. Y creo que me gusta.

12

ROMAN

—Tu casa es preciosa— Sofi se sienta frente a mí en mi comedor, haciendo girar su tenedor entre los dedos. Recibirla es más una molestia que otra cosa, pero quizás me permita conocer mejor a su madre. Lo considero un trato comercial lamentablemente inevitable. —Mamá decía que lo era, pero yo no le creía—. Desgraciadamente, Sofi está tratando esto como si fuera una visita social y yo estuviera encantado de tenerla aquí.

—Me alegra que te guste—, respondo con sequedad, pero ella no capta el tono. Parece que la señorita Koval es igual que su madre en ese aspecto, tan egocéntrica que no tiene idea de lo que sienten los que la rodean.

—Es mucho más bonita que la casa de Anton…— Sofi coge un trozo de salmón ahumado y lo envuelve en pan mientras Sara coloca un plato de encurtidos entre nosotros y Sorin le llena el vaso de vino tinto. Sofi bebe en cuanto le sirven, y queda una media luna de pintalabios en el borde cuando vuelve a dejar el vaso sobre la mesa.

—Este vino está bueno—, dice. —¿Qué es?— Me sorprende su capacidad para encontrar temas intrascendentes. Si Vera cree que este comportamiento podría atraer a un hombre de mi categoría,

está muy equivocada. Su hija necesita clases de etiqueta y varios años más de madurez para llamar la atención de cualquier hombre.

—Georgiano. Saperavi—, le digo y la veo hacer una mueca.

—Mamá bebe francés. Dice que el georgiano es para viejos—. Bebe otro sorbo y se encoge de hombros. —Creo que es mejor que cualquiera que tenga ella en casa. Mamá esto, mamá aquello—habla como una niña, no como la mujer de veinticinco años que es. Todavía está pegado a la teta y resulta algo cómico.

—Sabine quería venir esta noche—, dice mientras mastica. —Se enfadó cuando mamá le dijo que solo sería yo—. Sofi sonríe ampliamente, y percibo un movimiento a mi derecha donde Mila está sentada con su tablet en mano, lista para tomar notas. De vez en cuando, me lanza una mirada torva desde su sillón al otro lado de la habitación. No quería estar presente, pero yo la obligué. Nunca hubo necesidad de que tomara notas, como le indiqué, pero siento curiosidad por la dinámica entre las hermanastras.

Además, de todas formas habría estado escuchando a escondidas. Y después de haberme salido con la mía el otro día, quiero tenerla cerca. Disfruto de su presencia y de ver cómo se inquieta.

—Habrá otras cenas—.

—Eso es lo que le dije—. Arranca otro trozo de pan y lo pasa por el aceite de su plato. —No quiso escucharlo. Ya sabes cómo son las hermanas—. Su mano ondea en el aire antes de llevarse el trozo de pan a la boca y masticarlo, hinchando la mejilla. Eso hace que Mila ponga los ojos en blanco.

—Yo tengo un hermano—, le digo, y ella se encoge de hombros.

—Es lo mismo—. Sonríe, y un trozo de pan se le queda pegado en el labio inferior antes de que lo atrape con la lengua. —Timur, ¿verdad? Mamá me habló de él. Dijo que es el callado—.

—Lo es—. Suspiro y me recuesto en la silla. No he tocado mi comida, algo que la señorita Koval aún no ha notado, y me importa muy poco este parloteo molesto. Me hace preguntarme si Vera intentó prepararla en algún momento. Una cena como esta debería tratar sobre compatibilidad y estrategia, no sobre conversaciones superficiales que a nadie le interesan. Es obvio que Sofi no tiene ni idea de que su madre la está usando como peón, y tengo que preguntarme por qué Vera la envió. ¿Para insultarme?

—¿Y tú eres el ruidoso?—

—No diría ruidoso—. Hago girar mi vaso y empiezo a pensar en lo rápido que puedo acabar con esto y quizás quedarme a solas con Mila. He estado jugando con la idea de desgastar sus defensas, quitarle las capas de protección hasta que me muestre su alma y entonces volver a imponerme. Una vez no fue suficiente. Quiero más.

—No, no lo dirías—. Sofi coge su vaso de vino y bebe otro sorbo, mientras sus ojos recorren la mesa hasta las sillas vacías entre Mila y yo. —Dirías enérgico o autoritario—. Percibo un atisbo de resentimiento en la expresión de Sofi hacia Mila antes de que se meta otro bocado en la boca, aunque Mila tiene la cabeza baja. Probablemente sea lo más prudente. Tiene más tacto en su meñique izquierdo que el que Sofi tendrá jamás.

Sorin, que ha estado merodeando por la habitación, le vuelve a llenar el vaso sin que se lo pidan, y Sofi le agradece con un movimiento de los dedos, mientras sigue masticando. Se gira en la silla y mira hacia el otro extremo de la mesa, donde está Mila.

—¿Mila va a unirse a nosotros o va a pasarse toda la noche sentada allí escribiendo en esa tablet? —La forma acusatoria con la que habla deja claro que no tiene ningún interés en que Mila se una realmente a nosotros. Está disgustada y molesta.

Los hombros de Mila se tensan y ve cómo su mandíbula se mueve por un instante. —Está tomando notas por mí —digo.

—¿Notas sobre qué? —pregunta.

—Sobre ti —respondo.

Sofi se ríe y se recuesta en su silla. —Bueno, escribe esto, Mila. Me lo estoy pasando de maravilla. —Esto hace que Mila se retuerza en su asiento, pero sus manos permanecen relajadas mientras escribe algo en la tablet.

Me pregunto si, si las tornas estuvieran cambiadas, Sofi tendría tanto autocontrol como para mantener sus comentarios para sí misma. Mila está haciendo un gran trabajo, aunque, al igual que el hombre en mi oficina del club de lucha que portaba un arma y daba varias señales de que su mente estaba en otras cosas, Mila también está distraída. Apuesto a que odia que su hermanastra esté aquí y desea que se vaya.

Sofi sigue parloteando y mi móvil vibra, así que lo saco y lo sostengo bajo la mesa, donde ninguna de las tres mujeres en esta habitación puede verme desbloquearlo y ver quién me está escribiendo.

Timur: 7:42 PM: ¿Tienes un momento? Tengo algunas preguntas.

Mi hermano está trabajando ahora para conseguir algo de información para mí, y este parece el momento perfecto. Si tengo preguntas o necesito verificación, creo que la señora Koval y su lengua suelta podrían ser la mejor persona a la que preguntar.

Roman: 7:42 PM: Adelante…

Lo apoyo boca abajo sobre mi pierna y cojo mi vaso de agua.

—Tu madre se casó con Anton hace once años, ¿verdad?

—Once en marzo —responde Sofi, alcanzando su vino nuevamente sin mostrar rastro alguno de dolor o remordimiento, al igual que Vera cuando saco este tema. —¿Por qué?

—Solo por curiosidad… —Bebo un sorbo de mi vino y lo saboreo mientras la observo. Por ahora parece muy interesada, aún ansiosa

por tener toda mi atención. —¿Dónde vivíais los tres antes de Perm?

—En Kazán. Teníamos un piso cerca de la universidad —responde, mientras empuja un trozo de pepino por su plato con el tenedor. —Era joven, así que no recuerdo mucho de aquello. Sabine dice que recuerda un parque al que solíamos ir, pero creo que lo está inventando. Ella también era pequeña.

—¿Sabine es más joven? —A los trece años, habría pensado que estas chicas recordarían mucho más. Si Sofi dice que tiene pocos recuerdos de esa edad, me pregunto qué tipo de entorno estresante o trauma podría haber causado eso.

—Dos años menor. Aunque actúa como si fuera mayor —dice Sofi, comiéndose el pepino y cogiendo otro. —Un año mayor que Mila. —Cuando el pepino cruje y el jugo le chorrea por la barbilla, se lo limpia con una servilleta y me sonríe mientras sigue masticando.

Mi móvil vibra de nuevo y lo saco para ver la respuesta de Timur.

Timur: 7:44 PM: Estoy investigando y no encuentro mucho. ¿Hay otros alias?

Roman: 7:44 PM: Estoy en ello. Ella está hablando.

—¿Cómo conoció tu madre a Anton?

—Creo que a través de un amigo —responde, bajando la voz y mirando hacia la puerta donde Sorin está con una botella nueva. —Mamá no habla de ello. Tendría unos once años, así que no presté atención.

—¿No habla de su vida antes de Anton?

—No, no hablamos mucho de eso —dice Sofi, tomando un largo sorbo de vino y dejando el vaso. Ahora está empezando a ralentizarse y actuar de forma extraña. Frunce el ceño hacia mí. —¿Por qué me preguntas todo esto? Mamá dijo que esta cena sería para conocernos mejor. No para hacerle una entrevista sobre ella.

—Se trata de conocerte a ti. Tu madre te crió. Eso es parte de quién eres. —Mi justificación es débil, pero ella no parece ser una mujer muy inteligente. Quizá estoy siendo duro, pero le falta madurar mucho.

—Supongo —dice, girando el tenedor y frunciendo los labios mientras inclina la cabeza hacia un lado. —¿Y tu madre? Lo justo es justo.

—Mi madre murió cuando yo tenía doce años.

—Oh —dice, bajando la voz. —Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo. ¿Y tu padre?

Los ojos de Sofi se abren de par en par, y su rostro palidece un poco mientras mira su plato y parece encogerse por dentro. —Murió cuando yo tenía siete años. Creo que fue un ataque al corazón, pero se supone que no debo hablar de eso. —Se aclara la garganta y deja el tenedor, y sé que finalmente estoy llegando a algo.

Nadie ha dicho una sola palabra sobre el padre de las chicas, si era el señor Koval, o si las adoptó, y qué le sucedió. Podría ser un buen punto de partida.

Roman: 7:45 PM: Averigua con quién se casó Vera antes de Radin.

Envío este mensaje discretamente mientras Sara retira el primer plato y trae cordero y patatas como plato principal. Ofrece una expresión confusa al retirar mi plato, y le lanzo una mirada severa que le dice que no pregunte por qué no estoy comiendo. Luego sirvo a Sofi, y ella acepta el plato y se inclina sobre él, olfateándolo.

—Esto huele increíble —dice. —Sara, esto es increíble.

Sara asiente desde la puerta y desaparece en la cocina, y noto que Sorin también se ha ido. Y Mila parece estar a punto de quedarse dormida.

—¿Cocinas tú? —me pregunta Sofi, cortando el cordero con su cuchillo.

Pero estoy ocupado comprobando si hay respuesta de mi hermano. Me está matando no saber más sobre esta familia. Mantenerlos en vilo con la esperanza de que se crean mi historia de casarme con una de estas mujeres pronto será demasiado. Ya sé cuál es mi elección y debería estar centrándome en hacer que Mila sea mía, no en cortejar a sus hermanastras.

Pero esa parte sobre Vera empujando a Mila directamente hacia mí sigue royéndome por dentro. Me siento como un perro con un hueso. No puedo dejarlo pasar.

—Estás mucho en el móvil —dice Sofi, cortando un trozo de cordero —. ¿Te aburro?

—En absoluto, ¿por qué dirías eso? *Pillado*. Aprieto la mandíbula mientras le ofrezco una sonrisa falsa.

—Entonces guárdalo. —Señala hacia mí con su tenedor, y hay aceite en las púas—. Es de mala educación.

—Es por trabajo.

—Es la cena. —Deja el tenedor y coge su copa de vino—. Mamá se volvería loca si te viera mandando mensajes en la mesa. Tiene normas sobre eso. Nada de móviles, nada de trabajo, ni excusas. —Bebe un trago y sostiene la copa contra su barbilla, mirándome—. ¿Siempre estás tan distraído cuando tienes compañía?

—Solo cuando la compañía habla lo suficiente por los dos.

Se ríe y deja la copa. —Justo. Pero lo digo en serio, guarda el móvil. He venido hasta aquí y ni siquiera me miras la mitad del tiempo.

Dejo el móvil sobre mi muslo y le presto toda mi atención durante diez segundos mientras ella termina su cordero y me habla de un restaurante en Kazán que servía los mejores pelmeni que ha

probado. Mueve las manos constantemente mientras habla y sus pulseras chocan con cada gesto.

Y cuando mi móvil vibra, no puedo resistir la tentación de mirarlo.

Timur: 7:52 PM: Hay otro nombre. Antes de Koval. Vera Volkov. Misma fecha de nacimiento, misma ciudad de origen. El cambio de nombre ocurrió seis meses antes de que se casara con el primer marido.

Lo leo dos veces y guardo el móvil en mi bolsillo, apretando los dientes. Los músculos entre mis omóplatos se tensan y miro mi plato sin pensar. Vera nació como Volkov, y no solo cambió su nombre por el matrimonio con el señor Koval o el señor Radin. Tuvo un marido antes de eso, haciendo un total de tres, y cambió su nombre antes de casarse.

¿Por qué haría eso?

—Eh —oigo, y levanto la vista para ver a Sofi de pie sobre mí. Cuando me doy cuenta de lo tenso que estoy, relajo los hombros, pero es breve, ya que ella se desliza directamente sobre mi regazo, rodeando mis hombros con sus brazos. Atrapo la mirada de Mila, que se ensancha, y sus mejillas se encienden de rojo con la ira que está disimulando mientras apoyo mi mano en los muslos de Sofi—. Dije que lo guardes. Préstate atención a mí.

Si no fuera una posición tan íntima, tendría unas cuantas palabras duras para ella por ser tan directa, pero me trago esas palabras mientras apoyo mi mano en la zona lumbar de su espalda.

—Sofi.

—Hmm —dice en su tono más lascivo.

—¿Has oído alguna vez el nombre Vera Volkov?

El color sube por su rostro desde las mejillas hasta la línea del cabello mientras intenta ocultar lo que siente. La veo parpadear

varias veces, sus brazos se tensan mientras se aleja ligeramente y luego dice: —No. Nunca lo he oído.

—¿Estás segura?

—He dicho que no. —Se aparta más y luego se levanta—. Creo que necesito un poco de aire. Una reacción tan extraña a mi simple pregunta cuando tengo a alguien con hechos verídicos que me dicen que está mintiendo. ¿Por qué mentiría sobre esto? Me gustaría presionarla, pero Mila ha visto toda esta interacción y encuentro su respuesta igual de desconcertante.

Parece furiosa. Las manos apretadas en puños, los labios fruncidos con rabia, y su pie golpea el suelo metódicamente también. ¿Un tic nervioso?

Me levanto y me abrocho la chaqueta. —Bueno, entonces, vayamos todos al estudio.

—En realidad, creo que debería irme —dice Sofi, dándome la espalda—. Gracias por la cena. El cordero estaba delicioso. Dile a Sara. El cambio de 180 grados que ha hecho casi me hace reír, pero parece que Mila se siente aliviada ahora. La tensión furiosa en su cuerpo se disuelve mientras se levanta.

—Lo haré.

—Y invita a Sabine la próxima vez. Nunca me perdonará si no lo haces. Sofi se alisa el frente de su vestido con ambas manos y se dirige hacia la puerta sin esperar una respuesta. Se marcha enfadada, levantando su falda por delante, pero estoy más interesado en cómo Mila sigue con la cabeza agachada y los hombros caídos.

No puedo leer sus pensamientos, pero si tuviera que adivinar, diría celos, tal vez, o quizás simplemente está molesta.

—Mi estudio, ahora, por favor —le digo. Luego me doy la vuelta y salgo, dejando mi cena intacta. Sara se preguntará por qué no la he

tocado, y le enviaré una nota amable haciéndole saber que no tenía apetito porque lo perdí en el momento en que Sofi empezó a charlar sin parar.

Mila me sigue unos pasos detrás mientras la llevo a mi estudio, donde nos encierro después de hacer un gesto a Sorin para que se marche. Deja su tableta en mi escritorio y cruza los brazos sobre el pecho mientras sirvo una copa y bebo un sorbo, volviéndome hacia ella desde unos pasos de distancia.

—¿Has oído alguna vez el nombre Vera Volkov? No capté su respuesta a esa misma pregunta que le hice a Sofi porque tenía la cabeza agachada, y en ese momento estaba más interesado en ver qué diría Sofi. Ahora, sin embargo, es importante que descubra lo que Mila sabe sobre su madrastra.

Su ceño se frunce. La esquina de su ojo izquierdo tiembla. —No. ¿Debería haberlo hecho?

—Tu madrastra ha tenido más nombres de los que esperaba. —Bebo mi copa y la observo.

Sus ojos se estrechan al mirarme por un segundo, pero no veo reconocimiento en ellos. Parece que Mila no sabe nada de Vera antes de conocer a su padre. Lo que significa que Anton probablemente tampoco sabía nada de Vera. Esto se está poniendo interesante.

—Si ya has terminado conmigo por esta noche —murmura, con la voz quebrada. Luego la aclara antes de decir—, preferiría ir a mi habitación.

—Todavía no —le digo, acercándome hacia ella—. Parecías molesta durante la cena.

—No estaba molesta.

—Bueno, no pareciste tomar muchas notas —señalo, dejando mi copa en el escritorio—. Y tuviste mucho que decir con tu lenguaje

corporal. —Dios mío, sí que me di cuenta de su lenguaje corporal. Cualquier hombre adulto con dos dedos de frente estaría observando ese cuerpo.

—No tenía nada interesante de lo que tomar nota. —Mila aparta su rostro de mí y su pecho se infla. Se siente a la defensiva, así que es celos, no molestia. Es bueno saberlo.

—Una mujer que podría considerar para casarme en mi futuro y no tomaste ni una sola nota de lo que dijo para que pueda—

—Sofi es una niña, y tú te sentaste allí, le serviste vino, le sonreíste y le hablaste con esa voz. —Los ojos de Mila se abren de par en par mientras escupe las palabras, revelando cómo se siente realmente. Contengo una sonrisa mientras controlo mi propia reacción para no delatarme.

—¿Esa voz? —pregunto, frunciendo el ceño. Verla reaccionar así es tan adorable. Dios mío, podría besarla. Nunca había tenido a una mujer celosa por mí antes. Tal vez llevar a la señorita Radin al altar no sea tan difícil, después de todo.

—No lo hagas.

—¿Estás enfadada porque fui amable con ella o porque querías que fuera amable contigo?

Su rostro pasa de rosado a rojo y se pasa una mano por el pelo, dejando caer el lápiz óptico de detrás de su oreja, que cae al suelo con un golpe seco. Da dos pasos hacia la puerta y se vuelve.

—Eres repugnante. Apenas es una adulta y tiene la mitad de tu edad y—

—¡Bueno! —digo en voz alta, riendo brevemente. Eso la detiene en seco y continúo, acercándome más a ella y haciendo que su espalda se enderece—. Tienes la mitad de mi edad y te he tenido bastante bien, Mila… —Levanto la mano, aparto un mechón de pelo de su

frente y lo enredo detrás de su oreja mientras un escalofrío recorre su cuerpo de pies a cabeza.

Su barbilla está alta, pero sus ojos miran hacia abajo mientras acaricio su mejilla suavemente, recordando la sensación de sus labios contra los míos. En algún momento, todo esto se ha vuelto muy confuso en mi cabeza.

He perdido el rumbo con ella. Debería estar enfadado y castigarla, enseñarle una lección sobre lo que significa cruzarse conmigo. Pero no quiero nada más que derribar todas sus defensas y descubrir por qué las tiene. Luego enseñarle lo que significa estar segura.

El problema es que es exasperantemente difícil de entender. Mila se enfada cuando la toco, se molesta cuando muestro atención a otra mujer, y es tan jodidamente necesitada cuando expongo el deseo crudo dentro de ella.

—¿O no te gustó cuando te tuve?

—No es lo mismo —replica, y juro que hay humedad en sus ojos.

Así que está celosa. Muy celosa.

Puedo arreglar eso muy pronto, pero no esta noche. Por mucho que quiera explorarlo, empujarla al límite para encontrar a la mujer que me dejó desatarla una vez, para poder hacerlo de nuevo, no puedo. Timur tiene algo entre manos y tengo que descubrir qué es.

Si voy a avanzar con mi plan, tengo que tener todos los datos.

—Ve a tu habitación, Mila. Descansa. Te llamaré por la mañana.

La forma en que sus hombros caen una fracción de pulgada me muestra la decepción. Ya sea que quiera lo que yo quiero o solo quisiera discutir más su punto, no lo va a conseguir.

Se da la vuelta y sale, cerrando la puerta suavemente detrás de ella, sin golpearla como supongo que quiere, y me apoyo contra mi

escritorio y miro por un segundo. Estaba tan madura para ser cogida que podría haberlo hecho, y lo deseé.

Y maldita sea que estoy demasiado impulsado por este misterio para tomar un solo momento para disfrutar. Solo tengo que saber. Así que le escribo de nuevo a mi hermano. Él me ha llevado hasta aquí, y sé que con sus habilidades, puede llegar más lejos.

Roman: 8:06 PM: Necesito todo sobre Vera Volkov para finales de semana. Cada marido. Cada muerte. Registros financieros, transferencias de propiedades.

Timur: 8:06 PM: ¿Qué tan profundo?

Roman: 8:07 PM: Hasta el fondo… Tengo algunas decisiones que tomar, y lo que descubras determinará cómo procederé.

Timur: 8:07 PM: Entendido.

Dejo mi teléfono mientras la corriente de pensamiento se aleja de Mila y se dirige hacia este rompecabezas que voy a resolver. Vera puede ser completamente inocente de cualquier maldad. Es concebible que enviara por error a Mila a mi club de lucha para recuperar ese anillo, considerando que Anton—y el abuelo de Mila, Milos, antes que él—era el dueño legítimo. Simplemente no me lo creo.

Algo me dice que Vera tiene más de lo que quiere que alguien admita. Y voy a llegar al fondo de esto.

13

MILA

¡Qué descaro tiene ese hombre! Paseo por mi habitación mientras me quito la camisa furiosa, luego los pantalones. Los lanzo al otro lado de la habitación antes de rebuscar en el cajón y encontrar un camisón. No puedo creer que Roman la dejara sentarse en su regazo sin reprenderla de inmediato por semejante falta de educación.

Era su invitada, no una stripper enviada para darle un baile privado. Y la forma en que parloteó toda la noche mientras comía—y hablaba con la boca llena, además. Qué asco. Sin embargo, él sonreía y le hablaba con amabilidad sin molestarse en notar lo atrevida que estaba siendo.

El sujetador cae al suelo junto al resto de la ropa y me pongo el camisón, demasiado enfadada para comer lo que Rebecca me ha enviado, o incluso pensar con claridad. La visita de Sofi me ha dejado hecha polvo, incluso media hora después, cuando me meto en la cama y golpeo la almohada para airearla un poco. Y cuando apoyo la cabeza en esa misma almohada, siento lágrimas ardiendo en mis ojos.

Ni siquiera sé por qué estoy tan enfadada. Roman es un hombre libre que puede tomar las decisiones que quiera. Lo que me saca de quicio es que Vera se salga con la suya una vez más. Envía a Sofi para que Roman caiga rendido a sus pies, y él la agasaja como si fuera realeza, obligándome a presenciarlo todo. No tenía ningún interés en estar en esa habitación viéndole sonreírle y hacerle preguntas consideradas.

A mí nunca me preguntó por mi padre, ni intentó entender mi pasado y…

Me detengo y me seco las lágrimas al darme cuenta de lo que realmente ocurre. Estoy celosa. Tan celosa que podría abofetear a Sofi solo por presentarse a cenar en casa de Roman, una cena a la que también se me permitió asistir.

Dios, ¿qué me pasa? Roman me obligó a venir a su casa y a atenderle mano y pie, y sí, me ascendió a su asistente para que no tenga que fregar váteres, pero si está interesado en una de las hijas de Vera, es su derecho. No puedo impedírselo.

Entonces, ¿por qué sentí que mi cuerpo ardía cuando me apartó el pelo detrás de la oreja y deseé que me tocara más? ¿Por qué no puedo sacármelo de la cabeza? Ha pasado casi una semana y, aún así, cada vez que estoy en la misma habitación que él, me siento incómoda y atraída.

No me quiere.

Lo que pasó en su club de lucha solo fue por la adrenalina y una experiencia cercana a la muerte. Nada más. Roman me ve como su sirvienta, no como una posible pareja. Literalmente está saliendo con mis hermanastras para conocerlas y elegir con cuál casarse, para que cuando mi herencia pase a Vera, pueda arrebatársela.

No es el tipo de hombre con el que quiero estar.

Entonces, ¿por qué mi corazón se siente tan confundido y herido al ver que le sonríe a ella?

Tres golpes en la puerta me sobresaltan tanto que el torrente de emociones que bullía en mí se calma al instante. Escucho un momento, preguntándome quién llama y por qué, y cuando oigo la voz de Yegor, me decepciona que no sea Roman quien viene a comprobar cómo estoy. No tiene motivo para hacerlo, pero la tonta que llevo dentro pensó que quizá verme tan alterada le habría hecho preguntarse. Y me equivoqué.

—Mila —dice a través de la puerta—, tienes una llamada. Vera Koval-Radin.

Salgo de la cama, me pongo la bata y me acerco a la puerta para abrirla. Yegor está en el pasillo con un teléfono en la mano derecha, y su mirada recorre mi cuerpo. Cojo el teléfono de él, me apoyo con el hombro en el marco de la puerta y me lo acerco al oído.

—¿Qué quieres, Vera? —Ahora que no estoy bajo su dominio, me importa un bledo lo que sienta por mí. Durante años me ha dejado muy claro que no le caigo bien. Sea lo que sea lo que quiera, será por algún motivo egoísta. No tiene ninguna buena razón para llamarme.

—¿Así saludas a tu madre? —Su voz se desliza por el auricular como el ardor del whisky sin su efecto calmante. Es tóxica, y lo sé bien. Quiere algo de mí—. Te llamo porque tu abogado me ha llamado. El señor Gregov. ¿Sabes lo que me ha dicho?

—Dímelo.

—Hay hombres en la organización de tu padre que han decidido que no me necesitan. —Hace una pausa, como si esperara que reaccione, pero ¿por qué iba a hacerlo? A nadie en la organización de mi padre le cae bien. Es el hazmerreír—. Los propios primos de tu padre se han organizado y están tomando el control, y quieren que me vaya.

Deslizo la uña por la junta del marco de la puerta, sintiendo cómo el borde áspero araña mi piel—. ¿Y me llamas porque…? —Yegor sigue

allí mirando, pero ahora tiene la vista fija en el pasillo, como si fuera demasiado caballeroso para verme en este estado de semidesnudez. Me cierro la bata por delante y apoyo la cabeza en la madera.

—Porque Gregov dice que eres la única que puede detenerlo. Eres la heredera, Mila. Incluso sin plena autoridad, tu nombre todavía tiene influencia entre la vieja guardia. —Resopla y suspira, y cuando habla de nuevo, su voz tiene un tono quejumbroso. No la ayudaría ni aunque fuera la última mujer sobre la tierra y se estuviera muriendo —. Necesito que llames a Gregov y soluciones esto.

—¿Esto es una broma? Tú no me dejas "solucionar" nada. —Miro a Yegor y luego cierro los ojos. No soporto a esta mujer, y después del encontronazo con Roman, no estoy de humor para lidiar con ella.

—Te lo digo ahora mismo. Llámalo y arregla esto, ¿me oyes? O perderás también tu capacidad de liderar—

La llamada se corta, y bajo el teléfono de la oreja y lo aprieto contra el pecho mientras me enfurezco por un momento. No sé de qué está hablando, pero si teme que los hombres la echen, tiene razón. Puede que también intenten echarme a mí, y no hay forma de averiguarlo sin llamar al abogado. Esto es lo último que quería lidiar esta noche.

—Necesito hacer una llamada— le digo a Yegor. —Quédate aquí—.

Me fulmina con la mirada, pero sé que me obedecerá. Este no es mi móvil, y ni siquiera sé si Roman quiere que lo tenga. Yegor esperará hasta que termine, aunque solo sea para recuperar el teléfono cuando acabe.

Vuelvo a mi habitación y dejo la puerta abierta mientras marco el número de Gregov de memoria. Después de todo el alboroto tras el funeral de mi padre y la lectura de su testamento, he llegado a conocerlo mucho mejor de lo que jamás imaginé. Es un hombre amable, mayor pero aún un tiburón, y quería profundamente a mi

padre. Decir que quiere ayudar es quedarse corto. Decir que puede está por verse.

—Mila, gracias por llamar—. Gregov suena cansado y agotado, como si hubiera estado librando una batalla perdida de la que solo ahora me entero.

—Vera me dice que hay hombres moviéndose en su contra—. Me llevo el dedo a la boca y me muerdo la uña para distraerme de lo que está pasando.

—Contra la organización, no contra ella específicamente, aunque ella lo ha tomado como algo personal—. Se oyen papeles moviéndose en su lado, y tose un poco. —El primo de tu padre y dos de sus lugartenientes han pasado semanas consolidando apoyo entre los rangos inferiores. Afirman que el liderazgo está vacante y que Vera no tiene autoridad legítima—.

—Bueno, eso es porque no la tiene—.

—Esa es otra conversación y no es por lo que la llamé esta noche—. El ruido de papeles se detiene. —Ha ido más allá de la política, Mila. Ha habido agresiones. Dos miembros de tu familia fueron golpeados esta semana y uno de ellos está en el hospital—.

Me dejo caer al pie de la cama y siento cómo el corazón me duele. Siempre he sabido en qué tipo de cosas estaba metido papá. Simplemente logré archivarlo y centrarme en los estudios que él me decía. Saber que hay luchas internas en mi familia hace que el duelo sea aún más doloroso.

—¿Quiénes son?— pregunto, sin estar segura de querer saberlo. Si hay hombres en los rangos que aún son leales a papá, serán ellos los golpeados mientras los otros toman el control. No importará qué nombre figure oficialmente en los títulos de los negocios y propiedades. Vera tiene razón. Yo también perderé el control.

No sé si quiero ese control, pero no quiero que mi familia se mate entre sí.

—El sobrino de tu padre, Kolya, y uno de sus conductores—. Su silla cruje al otro lado. —Los acorralaron fuera de un almacén en el este hace dos noches. Kolya sigue inconsciente, y el conductor tiene la mandíbula rota y cuatro costillas fracturadas—.

—Y Vera lo sabe—.

—Se ha informado a Vera, sí, pero no ha enviado a nadie ni ha devuelto ninguna llamada—.

—¿Por qué no haría nada?— Dios, cómo odio a esa mujer. Ella quiere esto. Quiere que la familia se autodestruya para poder usar sus propios recursos y obligarlos a alinearse con ella. Es enfermizo.

—Solo puedo decirte lo que veo, Mila—. Otro crujido de la silla. —Y lo que veo es una mujer gastando su energía en su acuerdo con Roman Kuzin mientras su propia gente está siendo hospitalizada—.

Cierro los ojos y presiono el pulgar contra el puente de la nariz, y la oscuridad detrás de mis párpados se vuelve cálida y roja por la lámpara de mi mesilla. —¿Qué necesitas de mí?—.

—Aún tienes estatus como heredera de Anton. Si haces una declaración formal a los miembros senior, tendrá autoridad, ganarás tiempo y mostrarás a todos que el nombre Radin sigue intacto—.

—Una declaración no los detendrá—. Lo que necesitan es un líder activo, y a menos que me case, no tienen a nadie más que a Vera, a quien odian.

—No—. Guarda silencio durante un largo suspiro. —Necesitas a alguien con el alcance para intervenir…—.

Y así, mi abogado sugiere que haga lo impensable. No tiene que decirlo en voz alta para que lo entienda. Insinúa que mi cercanía con Roman Kuzin puede darme influencia sobre la familia de mi padre que Vera no tiene. Y me enfurece que sea mi única opción.

Pero Gregov no se equivoca. Si Roman ejerce la presión adecuada, Vera cederá porque necesita impresionarlo. Y como aún no he

decidido del todo qué quiero, debo actuar rápido. Si al final decido reclamar mi herencia, nunca me perdonaré por no hacer nada.

—Sé a quién acudir—.

—Mila, ten cuidado—.

Corto la llamada, interrumpiéndolo, y dejo caer la cabeza. De toda la mierda que he tenido que hacer para mantenerme a flote, esta se lleva la palma. Me levanto lentamente, bloqueo el teléfono y vuelvo a la puerta donde Yegor espera con las manos entrelazadas. Alza la mirada cuando le extiendo el móvil.

—Llévame con Roman—.

Sus cejas se elevan levemente. —¿Ahora?—.

—Ahora mismo—.

—Es tarde, Mila. Está en su estudio y—.

—No me importa la hora, Yegor. Llévame con él—.

Despliega los brazos y gira hacia el pasillo, protestando con una mirada, y lo sigo fuera de mi habitación con la bata ajustada en la cintura.

Puede que a Roman no le importe que el sexo que tuvimos en su oficina fuera mucho más que sexo para mí, pero definitivamente le importará que la familia con la que cree que va a emparentar pueda desmoronarse en cualquier momento. Si tiene intención de casarse con Sofi o Sabine, actuará para forzar la mano de Vera y obligarla a controlar a la familia, preservando así lo que espera reclamar.

Si no, puede que lo pierda todo de todas formas.

14

ROMAN

Estoy cruzando del baño a mi habitación con una toalla alrededor de la cintura y el agua aún corriendo por mi espalda cuando alguien llama a mi puerta. A esta hora de la noche, todos saben que no deben interrumpirme, pero a veces surgen cosas.

—Entra —llamo, y la puerta se abre. Yegor entra, pero no está solo.

Mila entra detrás de él con una bata de casa ajustada en la cintura, el cabello suelto sobre los hombros. Sus ojos se posan primero en mi pecho y luego bajan a la toalla, y sus labios se aprietan mientras el color comienza a subir por su cuello antes de que Yegor haya terminado de abrir la boca.

—Ella insistió —murmura él—, y antes de que me regañes, intenté advertirle.

Es deslumbrante, impresionante incluso con cómo se ruboriza por la vergüenza. Y ahora que mis asuntos con Timur están resueltos y estoy en el limbo esperando noticias de él, me siento libre de permitirme unos momentos de disfrute.

Hago un gesto con la mano hacia Yegor, y él sale de la habitación y cierra la puerta tras él. Mila se queda allí mirándome, aunque, y sus

ojos están fijos en las gotas de agua que aún brillan en mi piel.

—Habla —digo, y quito la toalla de mi cintura y la llevo a mi cabello, frotando el agua mientras estoy frente a ella sin nada puesto.

Ella abre la boca y la cierra y la abre de nuevo, y el rojo de su cuello llega a sus orejas. Esto me divierte.

—Eh, hay hombres en la organización de mi padre que están actuando contra Vera —traga saliva y dirige sus ojos a la pared—. El primo de mi padre, Dmitri, y dos de sus lugartenientes han estado ganando apoyo en los rangos inferiores durante semanas, y se ha vuelto violento.

Paso la toalla por la nuca y luego por los hombros. —¿Qué tan violento? —Su reacción y el profundo rubor en sus mejillas me resultan mucho más interesantes que cualquier lío en el que Vera se haya metido.

—Mi primo está en el hospital —dice, volviéndose hacia mí brevemente. Luego sus ojos se abren más al ver que mi miembro comienza a hincharse. ¿Qué esperaba que pasaría cuando entró en mi habitación con esa bata ligera? Me pregunto qué hay debajo.

—Y estás aquí porque quieres que haga lo que Vera no hará.

—Estoy aquí porque no quedará un imperio para que yo herede si alguien no interviene —se mueve, cruzando los brazos bajo sus pechos, y estos se levantan ligeramente, mostrando un poco de escote.

Tiro la toalla al pie de la cama y camino hacia mi cómoda y abro el cajón superior, sacando un par de calzoncillos que sostengo en mi mano derecha mientras me doy la vuelta para mirarla. Hace frío, y si estuviera solo, ya estaría vestido. Simplemente me gusta verla incomodarse.

Ella se ha vuelto completamente ahora, mirando hacia la pared mientras se aclara la garganta. —Solo quiero que—.

—Mírame cuando me pides un favor, Mila. Ten un poco de respeto.

—Pero tú estás…

—¿Estoy qué?

Sus ojos bajan de la pared y encuentran mi cara y se mantienen allí durante unos dos segundos antes de bajar, recorriendo mi pecho hasta mi estómago y luego más abajo, y el rojo en su cara se oscurece hasta igualar el rosa de sus labios oscurecidos. Vuelve rápidamente su mirada a mis ojos y su garganta se mueve al tragar.

—¿Podrías ponerte ropa?

—No.

—Roman.

—Viniste a mi habitación —doy un paso hacia ella y ella no se mueve, aunque sus dedos aprietan el cinturón de la bata—. Estoy perfectamente cómodo.

Ella aprieta los labios hasta que se ponen pálidos y se da la vuelta, mirando hacia la puerta, los hombros elevados hacia las orejas y la columna vertebral rígida. —Necesito que presiones a Vera. Está ignorando lo que está pasando dentro de la organización porque está demasiado ocupada tratando de casarte con Sofi o Sabine. La gente está saliendo lastimada y a ella no le importa.

Cierro la distancia entre nosotros y pongo mi mano en su hombro y la doy la vuelta. Sus ojos están anchos y brillantes y húmedos en las esquinas, y su respiración se ha vuelto superficial. Puedo olerla desde aquí, el aroma almizclado de la excitación que está sintiendo. Hace que mi miembro se mueva más saber que está excitada por lo que ve.

—Ahora te dije, mírame cuando me pides mi ayuda.

—Dios —sisea, y yo me río mientras pongo un dedo bajo su barbilla y levanto sus ojos desde mi miembro erecto hasta mi cara.

—Intervendré —digo— y haré que Vera maneje la situación, y si no lo hace, la manejaré yo mismo.

Ella asiente y se muerde el labio inferior. Su pulso se acelera. Puedo verlo en su cuello, donde late con fuerza, y dejo que mis nudillos se deslicen por su garganta hasta que las yemas de mis dedos rozan el cuello de su bata.

—Pero no hago nada gratis, Mila. Lo sabes —digo mientras ella tiembla al juguetear con unos mechones de pelo que se escabullen bajo la bata. Cuando los saco y los coloco detrás de su espalda, ella cierra los ojos.

—¿Qué quieres? —Las palabras salen tensas y finas entre sus dientes, y sus ojos vuelven a recorrer mi cuerpo antes de regresar a mi rostro, con una nueva oleada de rubor inundando sus mejillas.

Dejo que mi mirada viaje desde sus ojos hasta el cuello de su bata, donde la tela se cruza sobre su pecho y asoma el borde de un camisón. Me quito los calzoncillos y llevo mi mano al nudo de su cintura, deshaciéndolo con un lento tirón. El cordón de seda se desliza y cae flácido contra sus caderas, abriéndose la bata.

El camisón que lleva debajo es corto y sedoso, subiéndose por sus muslos, con tirantes tan finos que apenas se sostienen en sus hombros. Su estómago se contrae cuando el aire roza su piel, y la piel de gallina se extiende por sus clavículas y baja por sus brazos.

No cierra la bata. Sus manos permanecen a los lados, con los dedos curvados contra las palmas, y se queda allí respirando agitadamente, con los ojos clavados en los míos.

—Quiero darte placer —le digo, y observo cómo el aire abandona su cuerpo en una larga exhalación que escapa por sus labios entreabiertos—. Déjame poner mis manos sobre ti esta noche, y mañana me ocuparé de Vera.

—Bueno, eso no tiene ningún sentido —mira hacia abajo de nuevo, intentando evitar el contacto visual, pero es imposible no notar lo

excitado que estoy ahora—. Si soy yo quien recibe el placer, entonces no estoy pagando por nada. Tú sigues haciéndolo gratis…

—Te equivocas en eso —dejo que mis manos se deslicen por sus caderas, abriendo la bata hasta que cae de sus hombros, colgando de sus codos—. Créeme cuando te digo que sé lo que hago, y no hago malos tratos.

—Eso no… —Se detiene y traga saliva, y sus párpados tiemblan cuando mi pulgar pasa de la bata a la piel desnuda sobre el escote de su camisón—. Así no funciona el negocio.

—Así funciona mi negocio —la bata se desliza primero de su codo izquierdo y luego del derecho, deteniéndose en sus muñecas antes de caer al suelo y amontonarse alrededor de sus pies descalzos.

Ahora está frente a mí, solo con el camisón, con los brazos colgando flácidos a los lados, pero aún no ha retrocedido.

—Dime que pare —digo—, y pararé —levanto ambas manos a los tirantes de su camisón y engancho mis dedos bajo ellos, uno en cada hombro, pero me detengo para darle tiempo de protestar, y ella no dice que pare.

Su pecho se eleva con una inhalación y su barbilla baja en el asentimiento más pequeño que he visto, y deslizo los tirantes de sus hombros, dejando que el camisón caiga. Se detiene en la curva de sus pechos antes de deslizarse libremente y caer más allá de sus caderas, aterrizando sobre la bata a sus pies.

—Mírame.

Sus ojos se alzan, vidriosos y abiertos, con su pulso martilleando en el hueco de su garganta. Engancho mis pulgares en la cintura de sus bragas y las bajo, y ella sale de ellas sin que se lo pida, un pie y luego el otro, y, joder, ahora mi polla late con fuerza.

Pongo mi mano en su esternón y la empujo hacia atrás, hacia la cama. Sus pantorrillas chocan contra el borde del colchón, y se

sienta antes de tumbarse cuando presiono mi palma entre sus pechos. Es tan dócil que podría hacer que hiciera lo que quisiera, aunque lo que realmente deseo es hacer que se retuerza hasta gritar mi nombre.

Me arrodillo al borde de la cama y la acerco hacia mí por las caderas hasta que sus muslos flanquean mi cabeza. Luego separo sus rodillas y ella las deja caer a los lados.

—Estás jodidamente hermosa —murmuro, listo para sumergirme en la humedad que brilla entre sus muslos.

Presiono mis labios contra el interior de su pierna izquierda y ella se estremece, sus músculos saltando bajo la piel. Deslizo mi boca por el suave pliegue donde su muslo se une a su cadera y muerdo antes de dejar que mi aliento roce su centro. Está empapada, y cuando presiono mi lengua contra ella, emite un sonido que surge desde lo profundo de su pecho y sus caderas se elevan de la cama.

—Dios mío —sus dedos se enredan en mi pelo y tiran mientras la sostengo con una mano extendida sobre su bajo vientre y trabajo mi boca contra ella en largas caricias que ascienden hasta encontrar el punto que hace que sus muslos se aprieten contra mi cabeza. Lo rodeo con la punta de mi lengua y arranco pequeños gemidos de sus labios.

Es dulce y salada al mismo tiempo. Y su cuerpo se estremece y sus caderas se mueven bajo mi boca, tanto que tengo que sujetarla para seguir disfrutando de su sabor.

—No puedo… —sus caderas empujan contra mi boca—. Joder, no puedo…

—Sí puedes —me aparto lo justo para hablar contra ella, y la vibración hace que todo su cuerpo tiemble—. Déjate llevar, Mila.

Vuelvo a sellar mi boca sobre ella y al mismo tiempo introduzco dos dedos dentro, curvándolos hacia adelante. Su espalda se arquea completamente, haciendo que sus caderas se inclinen y avancen.

Está apretada alrededor de mis dedos, y cada vez que los curvo, se contrae con más fuerza.

Se muerde la mano para ahogar los sonidos eróticos que emite, y alargo el brazo para apartarle la muñeca de la boca.

—No. Quiero oírte.

—Joder —escupo, y luego gime bajo mi boca. Sigo moviendo mis dedos dentro de ella mientras mi lengua trabaja al mismo ritmo. Sus muslos tiemblan y su estómago se estremece, y puedo sentir cómo se tensa en pulsaciones cada vez más rápidas.

—Sabes increíble— le digo contra su piel, y ella gime y tira de mi pelo con tanta fuerza que me arde el cuero cabelludo.

—Por favor— apenas logra pronunciar la palabra. —Oh, Dios, por favor—

—Viene para mí—.

Su cuerpo entero se tensa. Sus muslos se aprietan contra mi cabeza y su espalda se levanta del colchón, y ella viene con un gemido tan fuerte que estoy seguro de que toda la casa lo escucha. Mantengo mi boca sobre ella y mis dedos dentro de ella y la dejo montarlo hasta que sus caderas dejan de moverse, su agarre en mi pelo se afloja y sus piernas se abren sobre la cama.

Luego le doy un beso en el interior de su muslo, me limpio la boca con el dorso de la mano y me levanto. Ella está tumbada de espaldas con el pecho agitado, los ojos cerrados y la piel enrojecida desde la frente hasta el estómago.

—No creo que entiendas lo hermosa que eres, Mila—. Me subo a la cama junto a ella y paso mi mano desde su cadera hasta sus costillas, y ella gira la cabeza y abre los ojos. Hay una suavidad en su expresión, y sus dedos se acercan y trazan la línea de mi mandíbula.

—¿Por qué me quieres?— pregunta suavemente, pero ni siquiera puedo comenzar a responder esa pregunta. Lo que quiero y lo que necesito son dos cosas muy diferentes, pero ambas explicaciones se me escapan en este momento.

—Te lo dije. No hago nada gratis…— Mis labios reclaman los suyos antes de que pueda hacer más preguntas, y me froto contra su muslo con fuerza. Quiero estar dentro de ella tan desesperadamente que ya no puedo controlarme. —Date la vuelta—, digo.

Ella se gira sobre su estómago, y observo cómo los músculos de su espalda se desplazan bajo su piel, la línea de su columna vertebral se curva hacia la parte baja de su espalda, donde dos hoyuelos se sitúan sobre el contorno de sus caderas. Paso mi mano a lo largo de ella y ella se arquea bajo mi contacto mientras la tomo por las caderas y la levanto sobre sus rodillas. Sus antebrazos se apoyan planos sobre el colchón y su espalda se curva mientras sus muslos se separan.

—Joder, mira tu culo—, susurro, dándole besos antes de darle una fuerte palmada. Mila jadea, y observo cómo sus agujeros se contraen y pienso en lo increíble que se sentiría si estuviera envuelta alrededor de mí haciéndolo.

Luego me coloco detrás de ella y me deslizo a través de la humedad entre sus piernas, y ella empuja hacia atrás contra mí, sus dedos retorciéndose en las sábanas.

Su voz queda ahogada contra el colchón cuando dice: —No me hagas esperar—.

Esta vez me deslizo dentro de ella con facilidad, y ella deja escapar un gemido largo y profundo. Está tan mojada que me deslizo hasta la base en el primer empujón, y su calor a mi alrededor hace que mi estómago se contraiga y mis dedos se claven en sus caderas. Apretando los dientes, me quedo completamente quieto por un momento, sintiendo los ligeros movimientos de sus fuertes músculos alrededor de mi grosor. Podría venirme aquí mismo y llenarla.

—Te sientes tan bien—. Lo digo en voz baja, y ella responde presionando sus caderas contra mí.

Me retiro y empujo de nuevo lentamente, cada centímetro de mi longitud arrastrándose a través de su humedad. Ella baja la cabeza entre sus brazos mientras su respiración se vuelve entrecortada.

—Más fuerte—, jadea, así que le doy lo que pide.

Me retiro hasta la punta y empujo con tanta fuerza que su cuerpo se desliza hacia adelante y tiene que apoyar las manos contra el cabecero. El sonido de piel contra piel llena la habitación, y establezco un ritmo que la hace gemir cada vez que llego al fondo.

—Oh, joder—. Sus uñas raspan el cabecero. —No pares, no—

Se desploma desde sus antebrazos hasta el pecho, su mejilla presionada contra las sábanas, y el nuevo ángulo lo cambia todo. Gime y grita, y puedo sentirla apretándose alrededor de mí nuevamente, contrayéndose. Solo aumenta el placer para mí.

—Eso es—. Me inclino hacia adelante y apoyo mi pecho contra su espalda, rodeo su cintura con un brazo y apoyo mi boca contra su oreja. —Una más para mí—.

Ella niega con la cabeza, pero su cuerpo ya lo está haciendo, incluso antes de que deslice mi mano hacia abajo y presione mis dedos contra ella donde estamos unidos. Todo su cuerpo tiembla y se convulsiona. Siento cada contracción caliente mientras su coño me extrae, y la sensación de su pulso alrededor de mí me hace llegar al límite.

Me entierro lo más profundo que puedo y me quedo ahí mientras la sensación me atraviesa desde la base de mi columna vertebral hasta la parte posterior de mi cráneo, y mi frente cae contra su hombro. Mis dientes encuentran su carne y muerden, y ella exhala unos pocos respiros pesados mientras sus músculos continúan apretándome rítmicamente.

—Oh, Dios mío—, respira Mila, haciendo que su pelo se aparte de su cara.

Me retiro, sin querer aplastarla, y me deslizo fuera de ella, mi polla golpeando mi vientre mientras me doy la vuelta y la atraigo contra mi cuerpo. Está rígida al principio hasta que aparto su melena de su cara. Luego veo la confusión plasmada en su frente con profundas arrugas.

—¿Qué estás haciendo?—

—Shh—, susurro mientras le doy un beso en la frente. —Quédate conmigo—.

—Esto no era parte del trato, Roman—.

Cuando vuelve a protestar, cubro sus labios con los míos y le robo un beso, luego susurro: —Quédate—.

Tarda unos segundos en relajarse, y cuando lo hace, lucho con las sábanas y las subo sobre nuestros cuerpos.

Qué agradable sorpresa tenerla en mi dormitorio esta noche, y mejor aún que esté ansiosa por complacerme. Tengo un pequeño lío que tratar con Vera, pero creo que estoy dejando muy claras mis intenciones con Mila. Ella es la que quiero, no Sofi y ciertamente no su madrastra. Y si no puede ver que la estoy persiguiendo activamente, entonces tendré que ser más directo.

Pero esta noche, tenerla en mi cama es un buen paso. Pronto, estará aquí todas las noches.

15

MILA

Radimir detiene el coche en la acera y al principio no reconozco la calle porque hemos venido desde el este y el ángulo no es el habitual. Pero cuando me inclino hacia delante y miro a través del parabrisas las letras doradas del toldo, el estómago se me hace un nudo y me reclino contra el asiento. Se suponía que esta cena con Roman era para hablar de estrategias para lidiar con Vera, ¿y me ha traído al restaurante de mi propia familia?

—No —refunfuño. Esto no puede estar pasando. No voy a participar en el retorcido juego que él cree que está jugando conmigo.

Roman se ajusta el puño de la camisa bajo la manga de la chaqueta sin levantar la vista. —¿No, qué?

—Volna es el restaurante de mi familia —me giro hacia él, y él sigue concentrado en su puño, estirando la tela hasta que queda exactamente donde quiere—. No puedo entrar allí contigo.

—Puedes y lo harás.

—Roman, si alguien de mi familia me ve entrar del brazo de ti...

—No vas del brazo mío. Eres mi asistente —termina con su puño y se reclina, mirándome con el rostro sereno y los ojos entrecerrados —. Me perteneces durante los próximos diez años, Mila. Ese fue el acuerdo. No tienes derecho a negarte.

—Esto no es justo. ¿Qué intentas demostrar? —El labio me tiembla y no puedo evitarlo. No quiero que nadie de mi familia piense que he acudido a él en busca de ayuda. Nadie en mi familia sabe de la cláusula matrimonial del fideicomiso. Si los hombres de mi padre empiezan a verme con Roman, asumirán que estoy buscando poder. Se resistirán aún más. Las cosas podrían empeorar.

—Sal del coche, Mila, y haz lo que se te dice, o te obligaré —es exasperante lo tranquilo que está al decir esas palabras. Aprieto los dientes y cierro los puños, sabiendo que no puedo hacer nada. No solo me humillará haciendo el ridículo y montando un espectáculo, sino que pareceré una niña malcriada que no sale con la suya si me resisto. Y aunque a veces siento ganas de montar una rabieta y mis emociones pueden descontrolarse, al menos tengo el sentido común de no convertirme en un blanco fácil.

Así que salgo del coche detrás de Roman, y Yegor se aleja de la acera y el coche desaparece calle abajo. Roman se queda a mi lado, abrochándose la chaqueta con una mano mientras la otra reposa en mi espalda baja, guiándome hacia la puerta principal. Estoy furiosa, las mejillas me arden de una ira que no puedo expresar, pero al entrar, me obligo a sonreír porque debo hacerlo para evitar llamar la atención.

La anfitriona lo ve primero y se endereza. —Señor Kuzin, tengo su mesa preparada. Su grupo lo está esperando.

—Gracias —responde y me indica que la siga. Mantengo la mirada al frente e intento no mirar a las otras mesas, a las caras que podrían reconocerme. Algunos de estos camareros me traían pan y mantequilla cuando mi padre me traía aquí de pequeña. Roman no puede ni imaginar los problemas que está provocando con esta jugada.

Cuando doblamos la esquina pasando la barra y se abre ante nosotros la zona de comedor privado, me llevo el susto de mi vida. Vera está sentada a la cabecera de la mesa familiar con un vestido negro, el pelo recogido y diamantes en el cuello y las muñecas. Sabine está a su izquierda y Sofi a su derecha, y ambas lucen escotes pronunciados. Las tres parecen invitadas a un baile o algo por el estilo.

Miro hacia mí misma, vestida con una blusa gris metida por dentro de unos pantalones oscuros y zapatos planos porque Roman me dijo que me vistiera para trabajar, no para una cena elegante. Y tengo el pelo recogido en un moño en la nuca porque no sabía que esto se consideraría formal. Comparada con ellas tres, parezco exactamente lo que Roman me presentó: una asistente, una empleada, ayuda contratada.

Vera me ve antes de que lleguemos a la mesa y sus ojos van de mi cara a mi blusa, a mis zapatos y de vuelta arriba, y la comisura de su boca se tensa en una sonrisa burlona que probablemente nadie más nota, pero yo sí. La forma en que me mira por encima del hombro es inconfundible.

—Roman —Vera se levanta y le tiende la mano, que él toma brevemente, apenas cerrando los dedos alrededor de los suyos antes de soltarla—. Qué amable de tu parte venir. No estábamos seguras de que aceptarías.

—Siempre acepto cuando la comida merece la compañía —saca una silla para mí y me siento, acercándome a la mesa con las manos en el regazo. Él ocupa el asiento a mi lado, se desabrocha la chaqueta y se reclina—. Señoritas.

—Hola —dice Sofi, alzando su copa de vino, ya medio vacía.

Sabine asiente hacia Roman y luego me sonríe con una mueca similar a las expresiones despectivas de su madre. —Mila. No sabía que nos acompañarías.

—Va conmigo —dice Roman antes de que pueda responder.

—¿En qué calidad? —pregunta Vera al sentarse. Hay un atisbo de preocupación en su rostro hasta que Roman responde.

—Como mi asistente. Toma notas, organiza mi agenda, gestiona mi correspondencia —todo el tiempo que habla, ni siquiera se molesta en mirarla. Es una pequeña vindicación para mí, aunque desearía que me hubiera dicho que me vistiera más elegante—. Ha sido muy útil.

La boca de Vera se tensa en una línea fina, y Sabine mira a su madre y luego de nuevo a su propio menú. El camarero trae una botella de vino tinto y sirve primero a Roman y luego a mí, y cojo la copa porque necesito tener las manos ocupadas, y en este punto, un poco de vino no vendría mal. No tenía ni idea de que me arrastraría a esto o me habría preparado mejor.

Los entrantes llegan en una variedad de pescado ahumado, blinis, champiñones en vinagre y finas lonchas de embutido, y Vera dirige la conversación hacia Sabine mientras se pasan los platos. Le dice a Roman que Sabine ha estado gestionando varias de las propiedades de la familia desde la muerte de Anton y que tiene talento para los negocios, y Sabine se endereza un poco más.

—Le encantaría enseñarte los libros alguna vez —dice Vera, untando una fina capa de crema fresca en un blini—. En privado, por supuesto. ¿Quizás una cena en tu casa la semana que viene?

—Será bienvenida cuando quiera —responde Roman mientras coge un trozo de pescado ahumado y se lo come con los dedos—. Pero no he venido esta noche para hablar de la contabilidad de Sabine.

La mano de Vera se detiene sobre el blini. —¿Ah, no?

Un escalofrío me recorre la espalda, haciéndome sentarme más recta, e intento disimular la sorpresa en mi rostro bajando la mirada hacia mi plato. ¿Qué demonios está haciendo ahora? Porque antes

incluso de que abra la boca para decirle la verdadera razón por la que me ha traído aquí esta noche, ya lo sé.

—He oído que hay problemas en la familia —se limpia los dedos con la servilleta y la deja de nuevo sobre su regazo, luego coge la copa de vino y la gira entre el pulgar y el índice—. Inquietud entre las filas inferiores, agresiones, hombres consolidando poder y moviéndose contra el liderazgo actual.

La mesa se queda en silencio. El vaso de Sofi se detiene a mitad de camino hacia su boca y los ojos de Sabine se clavan en Vera, que deja el blini en su plato y junta las manos sobre el borde de la mesa. Luego cruza los dedos y los apoya en su regazo mientras me mira con los ojos entornados. Tiene los labios tan apretados que parece que estuviera a punto de dar un beso.

—¿Dónde has oído eso? —Le doy crédito. Es mejor modulando el tono de voz que yo. Sería una excelente jugadora de póker.

—No es asunto tuyo dónde lo he oído —Roman bebe un trago de su copa y la deja—. Lo que me preocupa es que lo haya oído en absoluto. ¿No crees? —Sus palabras dan en el blanco, y ella endereza los hombros—. Si yo me entero de la inestabilidad en la organización Radin, también lo hace todo el mundo en esta ciudad. Cada familia, cada competidor, cada hombre que ha estado esperando una oportunidad desde que Anton murió.

—Lo tenemos controlado —dice Vera secamente, y casi me río por lo bajo. Roman la está poniendo en su lugar delante de mí, haciendo exactamente lo que dijo que haría anoche en la cama. Y me siento cálida por todo el cuerpo al recordar cómo me hizo sentir.

—¿Ah, sí? —Hay algo que he aprendido sobre Roman Kuzin. No necesita ser violento o expresarse abiertamente para demostrar su punto o hacer valer su autoridad. Se enfureció tanto conmigo cuando le robé, pero otras veces lo he visto reprender a uno de sus luchadores con solo una mirada a Yegor o Radimir. El hecho de que ahora le dirija su reprimenda con palabras es suficiente.

La garganta de Vera se mueve al tragar, aunque no es tan estúpida como para cortarse su propia mano. Sabe que si quiere alguna posibilidad de que Roman elija a una de sus hijas en cualquier arreglo matrimonial enfermizo que tenga en mente, debe controlar su temperamento. Lo cual sé que es casi imposible para ella. Sofi tiene la cabeza gacha, y Sabine mantiene la barbilla alta como su madre, pero su hostilidad no está tan bien disimulada.

Dios, esto es casi demasiado bueno para ser verdad.

—Si todavía estás interesada en que me case con esta familia —dice Roman, y coge otro trozo de pescado y se lo come, tomándose su tiempo para masticar antes de terminar la frase—, entonces necesitas entender lo que arriesgo con solo sentarme a esta mesa. No puedo dejarme ver cortejando a tus hijas mientras la organización a la que están vinculadas se desmorona desde dentro.

—La situación está bajo control, Roman —Vera vuelve su atención hacia mí, con los ojos entornados de ira. Sabe que acudí a él para pedirle ayuda y me odia aún más por ello. Francamente, me importa un bledo. Roman no me está eligiendo como su futura esposa, y si puedo evitarlo, impediré que ella se apodere de mi familia de alguna manera, incluso si eso significa que tengo que casarme con alguien a quien no amo para tomar el poder antes que ella.

—Pues ponlo bajo control más rápido —deja la servilleta sobre la mesa y se inclina hacia adelante—. Pon a tus hombres en línea. Resuelve cualquier asunto interno que haya que resolver o perderé el interés, Vera. Y una vez que pierdo el interés, no vuelvo.

Ninguna de las chicas levanta la vista de la mesa ahora, aunque yo me siento un poco más erguida en mi silla. Puede que no vaya vestida adecuadamente para esta cena, pero me siento como una reina mientras Vera me fulmina con la mirada abiertamente. Ni siquiera intenta ocultárselo a Roman.

—Lo resolveré —dice, y luego bebe.

—Bien —Roman se recuesta en su silla y le hace un gesto al camarero para que traiga otra botella—. Ahora, cuéntame más sobre estas propiedades que Sabine ha estado gestionando. Tengo curiosidad.

Con ese tema zanjado, me reclino y sorbo mi vino mientras observo cómo Roman disfruta de su comida. De alguna manera, aunque toda esta cena se convierte rápidamente en una oportunidad para que él sepa más sobre mis hermanastras, me siento reivindicada y me complace ver a Vera furiosa. Si tuviera que abrirle las piernas para que hiciera esto, lo haría una y otra vez, solo por ver esa expresión en el rostro de mi madrastra.

Ahora, solo queda convencer a mi corazón de que mi cuerpo me pertenece y de que no debo dejar que mis sentimientos se descontrolen.

16

ROMAN

El peleador de la izquierda recibe un gancho en la mandíbula y su protector bucal sale volando y golpea la lona, salpicando saliva y sangre. La multitud alrededor del ring se agita en un rugido de gritos y cánticos, y yo me reclino en mi silla con los codos apoyados en los reposabrazos mientras observo cómo el hombre tropieza hacia las cuerdas, intentando levantar las manos antes de que llegue el segundo gancho.

Yegor se sienta en la silla vacía a mi derecha y estira las piernas frente a él, cruzando los tobillos, acomodándose con los brazos cruzados sobre el pecho. Observa la pelea durante un minuto completo sin hablar, mascando un chicle, y cuando el peleador de la izquierda finalmente logra levantar su guardia y lanza un contraataque torpe que falla por seis pulgadas, Yegor sacude la cabeza y se inclina hacia mí.

—Joder, es malísimo. No me digas que lo vas a mantener.

Me río y saco un puro del bolsillo interior de mi chaqueta y un encendedor de mis pantalones. —Me conoces mejor que eso —le digo mientras él saca un cortador de su billetera y me tiende la

mano. Le entrego el puro, lo corta y me lo devuelve para que lo encienda.

—Eso es cierto —dice. Luego vuelve a levantar la barbilla hacia el ring. —Timur investigó el pasado de Barkov y no hay nada de él, Ro. Le había pedido que indagara un poco y descubriera qué motivó su pequeño ataque durante nuestra reunión de selección. —Creo que estaba resentido por el retraso de la primera reunión— un cretino con derecho.

Asiento y mantengo la vista en el ring, donde el peleador de la izquierda vuelve a retroceder hacia las cuerdas, bajando los brazos un poco más con cada paso. —¿Así que trajo un arma porque estaba enfadado por haber sido pasado por alto? —La gente hoy en día es demasiado sensible, y yo jamás habría permitido que alguien así estuviera en ninguno de mis equipos. Demasiado volátil y arriesgado.

—Eso fue todo. —Yegor se cruza de brazos sobre el pecho. —Ya me ocupé de él. No lo intentará de nuevo.

—¿Está vivo? —Levanto una ceja, curioso por su método de castigo. Si fuera yo, ese hombre estaría comiendo tierra.

Yegor gira la cabeza y me mira con las cejas ligeramente levantadas, lo que en su rostro equivale a una sonrisa. —Sí… No está cómodo, pero está vivo.

El árbitro interviene y detiene la pelea, y la multitud se agita de nuevo, la mitad vitoreando y la otra mitad lanzando lo que tienen en las manos hacia el ring. Basura cubre la lona mientras el ganador levanta ambos guantes. Más vítores estallan cuando la sangre de sus nudillos corre por sus antebrazos y cae sobre la lona en gotas gruesas y oscuras.

Radimir se abre paso entre la multitud desde el lado izquierdo de la sala, apartando a dos hombres que se gritan por una apuesta, y arrastra una silla para sentarse a mi lado. Tiene una carpeta

guardada dentro de su chaqueta, la saca y la abre sobre su regazo, mostrando tres hojas de papel con texto impreso demasiado pequeño para leer con esta luz.

—Timur mandó esto hace una hora —dice, y gira la carpeta hacia mí para que pueda ver el encabezado de la primera página. El nombre en la parte superior es *Vera Volkov*, impreso en negritas. —Lo leí en el coche de camino aquí y creo que necesitas escuchar lo que dice antes de que hagas nada más esta noche.

Me reclino en la silla y cruzo las manos sobre el pecho. —Adelante.

—Hace unos veintiocho años, una mujer llamada Vera Volkov cambió su nombre legalmente. Timur lo sacó a la luz— ¿Vera Lebedev? —Entorna los ojos hacia mí, y yo le hago un gesto para que continúe. —En fin, en menos de nueve meses se había casado con un hombre llamado Gennady Petrov. Estaba conectado, dirigía una operación pequeña, nada comparable a lo que manejamos nosotros pero suficiente para vivir bien.

Golpea la página y levanta ambas cejas hacia mí. Hasta ahora, todo esto coincide con lo que mi hermano ya me había contado.

—Estuvieron casados seis años y tuvo dos hijas con él, Sofi y Sabine, a quienes ya conoces. Y luego Gennady Petrov murió de un infarto cuando la menor de las dos niñas tenía apenas cuatro años.

El equipo del ring entra con trapos y un cubo y comienza a limpiar la sangre de la lona, recogiendo la basura. La multitud se calma en un murmullo mientras esperan la siguiente pelea. Escucho a Radimir continuar, porque mi atención está ahora completamente puesta en él. Nada más importa.

—Timur sacó sus historiales médicos —continúa Radimir, volviendo la página hacia mí para que pueda ver las filas impresas—. No hay nada en el historial de Petrov que apunte a una condición cardíaca. Ninguna hospitalización, ningún medicamento, ninguna bandera roja. Era un hombre sano que murió repentinamente en su casa, y a

los pocos meses del funeral, todas sus cuentas, cada propiedad, toda la operación, todo se canalizó hacia cuentas que Timur rastreó hasta nombres conectados con Vera.

Deja que eso se asiente por un momento y pasa a la segunda página, pero ya estoy pensando. O Gennady fue un hombre muy desafortunado o hay más en esta historia.

—Unos años después de Petrov, se casó de nuevo. Esta vez con un hombre llamado Koval. También estaba en el negocio, una operación más grande que la de Petrov, más territorio, más dinero. Se estableció con él y él adoptó legalmente a ambas niñas, y así es como Sofi y Sabine se convirtieron en Kovals.

—¿Cuánto duró Koval? —pregunto porque obviamente sabemos que el hombre está muerto. Ninguna de las mujeres ha mencionado nunca que Vera estuviera divorciada. Y dado cómo murió su primer marido, ahora tengo mis sospechas.

—Unos ocho años —responde Radimir, sacudiendo lentamente la cabeza, mientras su pulgar traza una línea en la página—. Ocho años de matrimonio y luego muere de un ataque al corazón. La misma historia que Petrov, aunque parece que aguantó más tiempo con él. Timur encontró los registros de defunción y el historial médico tampoco lo respalda. Ninguna condición previa, ninguna señal de advertencia. Un hombre sano que se fue a dormir una noche y no despertó, y después del entierro, se repite el mismo patrón. El dinero se mueve, las propiedades se transfieren, las cuentas se redirigen a través de sociedades pantalla.

Pasa a la tercera página y la sostiene sobre su rodilla, pero ya he entendido el punto.

—Unos años después de Koval, llevó a las niñas a Perm. Sofi tenía unos doce años, Sabine catorce. Fue entonces cuando conoció a Anton Radin, y fue entonces cuando empezó a usar el apellido Koval como propio, el apellido del hombre muerto, porque para entonces ya no quedaba nadie para cuestionarlo.

—¿Tiene cuentas con ese nombre? —pregunto, y él asiente y continúa.

—Se casó con Radin hace once años, y supongo que se tomó su tiempo con él. Aunque no es típico en este tipo de cosas. Pensarías que habría actuado más rápido con todos ellos.

—Y entonces Anton murió —digo.

—Y entonces Anton murió —repite Radimir, y luego añade—: Pero aquí es donde cambia la cosa. Petrov y Koval ambos fallecieron por causas naturales, suficientemente limpios en el papel. Nadie hizo demasiadas preguntas. Pero Radin murió por un disparo, Roman. Y todavía está bajo investigación.

Suena la campana para la siguiente pelea, y dos nuevos combatientes atraviesan las cuerdas. El público vuelve a animarse desde las filas traseras y el ruido invade desde todas las direcciones, pero ahora todo es solo ruido de fondo mientras me quedo absorto mirando el logo de Kuzin en el cuadrilátero.

—Se descuidó con Anton —dice Radimir, inclinándose más cerca—, o se impacientó, o alguien más apretó el gatillo por ella. De cualquier manera, tres maridos en tres décadas y los tres están bajo tierra, mientras ella se ha quedado con todo lo que dejaron.

—¿Y qué la convierte eso entonces, caballeros? —aprieto los dientes y parpadeo para humedecer mis cansados ojos.

—Una viuda negra —dice Yegor desde mi derecha.

Me pellizco el puente de la nariz e intento no dejarme llevar al límite. He tenido un día bastante decente, pero esto supera todo. Vera realmente pensó que no investigaría sobre ella, o tal vez fue lo suficientemente tonta como para creer que sentiría lástima por ella y la tomaría al pie de la letra. Ahora he descubierto algo que parece muy sospechoso, incluso si ella es completamente inocente —cosa que no creo ni por un segundo.

Y todas las piezas están encajando ahora.

Radimir cierra la carpeta y la guarda dentro de su chaqueta. —Eso es todo lo que Timur tiene por ahora. Todavía está desmenuzando los registros financieros, rastreando las sociedades pantalla, pero el rastro se vuelve más débil cuanto más atrás va. Dice que tendrá más pronto.

—Dile que lo necesito rápido —gruño—. Tengo que pensar, y con esta gala que se acerca, necesito un plan.

Radimir asiente, se levanta, empuja su silla y desaparece entre la multitud. Los combatientes en el ring lanzan sus primeros golpes, el ruido aumenta y las luces del techo me aplastan mientras me levanto y me ajusto la corbata.

—Necesito aire y pensar… Ve a por el coche —le digo a Yegor, y él asiente y se dirige directamente hacia la salida.

Vera Koval cree que puede salirse con la suya y está equivocada. Y supongo que la razón por la que está empujando a sus hijas presumidas hacia mí es que las cosas no le salieron tan bien con Anton. Él puso su fortaleza en un fideicomiso para su hija biológica, y cuando Mila no murió por lo que me hizo, Vera tuvo que improvisar.

Sabiendo que nunca podría conquistar a un hombre más joven a su edad, está presionando a sus hijas para que hagan lo mismo con la esperanza de matarme también y quedarse con mi imperio.

Bueno, señora Koval-Radin, tengo noticias para usted.

No voy a caer en su trampa.

Me doy la vuelta y sigo el camino que tomó Yegor hacia la puerta, con las ruedas ya girando. Voy a atrapar a esta araña bajo un cristal y, cuando lo haga, la exhibiré para que todo el mundo la vea.

Vera no sabrá qué le ha golpeado.

17

MILA

Rebecca tiene harina en la barbilla y no lo sabe. Está extendiendo masa sobre la encimera con las mangas remangadas más allá de los codos y contando historias sobre Roman después de que le pregunté sobre su personalidad. Me encanta escucharlas hablar de él. Es como una gran familia feliz y todos se llevan bien, nada que ver con mi hogar.

—Se sentó justo ahí, en esa mesa —dice Rebecca, señalando a Sorin con el rodillo—. Vertió vodka sobre el corte en su mano, se lo envolvió él mismo con gasa del botiquín que hay bajo el fregadero y se comió la cena con una sola mano. —Se ríe y me guiña el ojo, aunque yo no me río con ella. Definitivamente parece algo que Roman haría.

—Eso suena a él —dice Sorin desde la cocina, removiendo una olla de sopa con una cuchara de madera.

—Entró en la cocina a la mañana siguiente y la gasa estaba empapada, y le dije que necesitaba puntos y él me contestó que había tenido cosas peores. El hombre es incorregible. —Esta vez Rebecca resopla, como si estuviera hablando de un niño travieso a sus espaldas.

Sorin golpea la cuchara contra el borde de la olla y me mira por encima del hombro. —El hombre lleva peleando desde antes de que cualquiera de nosotras trabajara aquí. Dicen que fue el primer luchador cuando su padre fundó el club.

Estoy de pie junto a Rebecca junto a la encimera, cortando pan para la bandeja de comida de Roman. La barra está caliente del horno y la corteza cruje bajo el cuchillo con cada corte. Cuidar de él se ha vuelto algo agradable para mí ahora, más como el sentimiento de acogida que estas mujeres siempre han tenido y menos como la hostilidad con la que empecé.

Y estoy conociendo sus hábitos y lo que le gusta, cómo toma el café por la mañana y cómo le gusta una rodaja de tomate cuando come un bocadillo. Y hoy estoy aprendiendo sobre su historia. Me hace sentir como si me estuviera integrando bien, algo que nunca antes había sentido.

—¿Siempre ha sido tan meticuloso con sus rutinas? —pregunto, y Rebecca se aparta un mechón de pelo de la cara.

—Desde el día que empecé. Entrena a la misma hora todas las mañanas, come a la misma hora todas las tardes, y Dios te ayude si le pones mostaza en el plato porque el hombre hará que tiren toda la comida y la vuelvan a preparar.

—Nada de mostaza —me río, y apilo su pan, queso y pavo, justo como a él le gusta. Rebecca me pasa la lechuga y el tomate mientras unté una capa de mayonesa en la rebanada superior del pan.

—Nada de mostaza, nada de eneldo en la carne, nada de hielo en el agua —dice Sorin, marcando cada uno con un golpe de su cuchara contra la olla. Estas mujeres saben tanto de él, es como si fueran sus hermanas. Me pregunto si podrían decirme por qué sigue soltero. Es decir, el hombre trata su cuerpo como un templo y se viste impecablemente. Si no lo supiera, pensaría que no está interesado en las mujeres ni en las citas.

—¿Y qué hay de las mujeres? —pregunto, y las cejas de Rebecca se elevan mientras Sorin se gira desde la cocina con la cuchara goteando en el suelo. Los típicos chismes sobre su buen aspecto y su encanto nunca han llevado a la conversación sobre por qué no está casado. Tengo curiosidad.

—¿Qué pasa con ellas? —dice Rebecca, y una sonrisa comienza a dibujarse en las comisuras de su boca.

—¿Trae a alguien a casa? —pregunto con indiferencia, pero ya puedo sentir cómo el juicio se acerca. Ni siquiera tengo la edad suficiente para pensar en salir con un hombre de la edad de Roman, y mucho menos en estar seriamente interesada en una relación. Lo sé. Al menos, en mi mente lógica, lo sé.

Pero eso no me ha impedido acostarme con él dos veces ahora ni dormir en su cama, lo cual no estoy segura de que haya sido una buena idea. No sé lo que sabe su personal doméstico. Yegor me acompañó directamente a la puerta de su habitación. ¿Quién sabe si el hombre estuvo fuera mientras hacía suficiente ruido como para despertar al vecindario?

Rebecca y Sorin se miran, y Rebecca niega con la cabeza y vuelve a su masa. —Llevo nueve años en esta casa y puedo contar con los dedos de una mano las veces que una mujer ha pasado la noche. Simplemente no sale con nadie. —Hay un silencio que pasa entre ellas durante unos segundos, y siento cómo mi compostura se resquebraja. Mis mejillas arden mientras termino de montar las últimas capas del bocadillo y dejo un montón de patatas fritas junto a él.

—Está casado con esta casa y esas peleas —dice Sorin, volviéndose hacia su olla—. Esa es toda su vida.

—Pero es un hombre guapo —dice Rebecca, y me señala con el rodillo como hizo antes con Sorin—. Lo ves, ¿verdad? Esos ojos. Y los brazos que tiene cuando sale del gimnasio por la mañana.

—Lo he notado —digo, sonrojándome aún más, y Rebecca se ríe, pero se siente bien sonreír en una cocina con personas que no intentan clasificarme o recordarme cuál es mi lugar. Estas mujeres han hecho espacio para mí en este mostrador, y encajo aquí, a pesar de ser mucho más joven que ambas.

Coloco la bandeja con su café en el lado izquierdo y el vaso de agua en el derecho. Luego llevo la bandeja por el pasillo hacia su estudio y llamo antes de abrir la puerta con la cadera. Roman está en su escritorio con el teléfono pegado a la oreja y la mano libre relajada sobre la superficie. No mira hacia arriba cuando entro, así que coloco la bandeja en la esquina del escritorio, doy un paso atrás y espero.

—No me importa lo que le hayan dicho a la policía —dice por teléfono—. Me importa que dos de mis luchadores estén sentados en una celda tres semanas antes de un evento y yo me quede sin dos combates y sin reemplazos. —Escucha, y la mano sobre el escritorio se cierra en un puño—. Consíganles un abogado y sáquenlos, y díganles que si se meten en otra pelea callejera, los pondré en el ring yo mismo y no lo disfrutarán.

Termina la llamada, deja el teléfono y se reclina, frotándose ambas manos por la cara, arrastrándolas lentamente hasta que los dedos se detienen en su mandíbula y caen sobre su regazo.

—Dos luchadores arrestados —gruñe mientras cierra los ojos. No estoy segura de lo que todo eso significa, pero puedo ver por su reacción que él cree que no es bueno. Algo dentro de mi pecho se desinfla un poco al verlo así. Quiero solucionarlo, pero no tengo ni idea de cómo maneja ese aspecto de las cosas. Yo solo llevo un control de su agenda.

—¿Puedes reemplazarlos?

—No con tan poco tiempo. No con alguien que valga la pena ver, de todos modos. —Acerca la bandeja hacia él, coge el café y bebe con

los ojos cerrados, y cuando lo deja, me mira—. Gracias por el almuerzo… puedes irte ahora.

Pero no me voy. Me quedo allí esperando a que dé un bocado y mastique con cuidado. Cuando Papá se sentía estresado, le llevaba un vaso de su vodka favorito y uno de sus cigarros Cohiba con el cortador. Pero no sé cómo ayudar a Roman a relajarse. Todavía estoy aprendiendo sus costumbres, como el hecho de que no lleva mujeres a casa.

—Entrenas todas las mañanas con tu compañero en el gimnasio —le digo mientras se forma una idea en mi mente—. Podrías hacer el combate tú mismo.

Traga y me mira, y su sándwich queda suspendido en el aire, a punto de dejar caer mayonesa en el plato de abajo. Sus ojos se estrechan, esa mirada cerúlea brillando mientras me mira a los ojos.

—¿Me ves entrenar?

—Bueno, no… pero te escucho todas las mañanas. —Ahora me siento tonta por tener esta información. Sí, lo he visto salir del gimnasio de su casa hacia su habitación, pero no, no lo he visto luchar realmente. Por lo que sé, podría ser un pésimo luchador, aunque Rebecca y Sorin parecen pensar que antes luchaba en el club de su padre.

Mantiene mi mirada durante unos segundos y luego vuelve a bajar la vista hacia su bandeja y da otro bocado antes de dejar su sándwich. Me quedo allí, flotando sobre él, sintiendo cómo mis mejillas siguen ardiendo, pero mi entusiasmo por ayudarlo podría haberme ganado otro regaño. Sé lo mucho que odia que le espíe y fisgonee.

—Sabes, no es una idea tan mala —dice, luego coge su agua para beber y acompañar el bocado.

El orgullo crece en mi pecho por haber aliviado aunque fuera un poco su estrés, y supongo que mi trabajo aquí ha terminado. Además, tengo que limpiar un poco mi propia habitación antes de

que Roman me encargue alguna tarea, como siempre hace. Me giro hacia la puerta mientras él sigue comiendo y decido que, en este caso, mi entrometimiento ha sido útil.

—Volveré por la bandeja —digo por encima del hombro, luego salgo rápidamente por la puerta hacia el pasillo antes de que pueda llamarme.

Estoy sonriendo y a mitad del pasillo cuando suena el timbre en la entrada de la casa. Mi deseo de saber lo que está pasando en esta casa se apodera de mí, y me detengo cerca de la escalera para escuchar cómo los pasos de Yegor cruzan el recibidor y la puerta principal se abre.

—Yegor, te ves maravilloso como siempre. —La voz de Sabine es cálida, brillante y pulida. Aunque es más joven que su hermana, siempre ha actuado con más responsabilidad y madurez—. ¿Está Roman disponible? Esperaba hablar con él.

La respuesta de Yegor es demasiado baja para oírla, pero la puerta se abre más y los tacones de Sabine repiquetean sobre las baldosas del recibidor. Me apoyo contra la pared cerca de la escalera y me quedo donde estoy, sabiendo que es mejor no meterme en medio de eso. Pero instantámente arruina mi buen humor.

No me di cuenta de que Sabine iba a aparecer. Después de casi seis semanas aquí, Vera sigue intentando empujar a sus hijas hacia Roman, y nada de lo que digo o hago puede advertirle. Cierro los ojos y escucho cómo Yegor la lleva directamente al estudio donde está comiendo su almuerzo, y no puedo evitarlo. Mis pies comienzan a moverse en esa dirección. Es doloroso verlas desfilar frente a él cuando yo estoy aquí.

Mis sentimientos se han enredado ahora. Soy yo quien limpia después de él, quien le cocina, quien lo atiende mano y pie. Y soy yo quien se mete en su cama para satisfacer sus deseos sexuales ahora, más de una vez. ¿Por qué sigue considerando casarse con

ellas? Me frustra, y los celos son demasiado fuertes para apartarlos esta vez.

En cuanto Yegor se aleja de la puerta, me acerco de puntillas y apoyo la oreja en la madera para escuchar.

—Deberías venir a cenar a casa —está diciendo Sabine—. Mamá ha querido recibirte como es debido. Es una cocinera increíble cuando quiere, y me encantaría enseñarte lo que hemos hecho con el jardín desde que Anton murió.

—Aprecio la oferta —dice Roman, pero es su voz cordial. No está siendo amistoso. Eso me da un mínimo de alivio. —Lo tendré en cuenta.

Sabine se ríe y dice: —Una chica podría empezar a pensar que la estás evitando.

—No estoy evitando a nadie. He estado ocupado. —Roman no suena arrepentido, aunque estoy segura de que a Sabine no le importa. Es demasiado como su madre para dejarse llevar por las emociones. Está aquí interpretando un papel para el que ha sido entrenada, nada más. Eso me enfurece tanto.

—¿Demasiado ocupado para mí? —pregunta, y hay una pausa lo suficientemente larga como para que me pregunte qué está pasando. Me la imagino haciendo la misma tontería que hizo Sofi, sentada en su regazo, rodeándolo con los brazos como si fuera su dueña. Eso hace que la rabia hierva en mi pecho, pero inhalo profundamente para calmarme. Si pudiera ver lo que está haciendo, me sentiría mejor.

Entonces Roman habla de nuevo, y me doy cuenta de que ha estado masticando. Lo escucho empezar a hablar como si tuviera un vaso justo delante de la boca, y luego el vaso choca contra la mesa.

—Quiero invitarte a ti, a tu hermana y a tu madre a una gala que voy a organizar dentro de un mes. Es un evento benéfico para el

hospital local, una causa que me importa, y será un evento formal de etiqueta. Toda la ciudad estará allí.

—Oh, Dios mío, ¿eres tú el anfitrión de la gala? —La voz de Sabine se eleva sorprendida, y recuerdo esa noche en la que intentaba hablar con Vera sobre algo importante cuando Sofi y Sabine llegaron quejándose por la gala. —Eso suena maravilloso. —Por supuesto que las invitaría.

Eso hace que mi pecho se desinfle aún más mientras me alejo. Esto no es Vera obligándolas a estar cerca de él. Es él invitándolas voluntariamente. Roman está dando pasos para incluirlas en su esfera de influencia, y eso significa que está considerando seriamente casarse con una de ellas.

¿Cómo podría hacerme esto?

Las voces al otro lado de la puerta ahora están apagadas, ininteligibles, y continúo retrocediendo hasta que estoy fuera del alcance del oído, luego me doy la vuelta y camino hacia la cocina.

No tengo control sobre un hombre el doble de mi edad que dirige su propio imperio. No puedo hacer que se dé cuenta de que cada vez que me besa, moldea más mis pensamientos y me hace desearlo. Y tampoco puedo cambiar su plan. Él quiere hacerse con el control del imperio de mi familia. No quiere una esposa. Puedo ver por la forma en que habla con esas dos que no está realmente interesado en casarse con ellas. Todo es un movimiento de poder.

Pero estoy aquí. Él pone sus manos en mi cuerpo, me pide que me acueste en su cama con él por las noches, y soy yo quien tiene el verdadero poder. Aunque, tampoco querría que se casara conmigo solo para acceder a la fortuna de mi familia, lo que solo hace que todo sea aún más real para mí: algo entre Roman y yo nunca podrá suceder. Casi me dan ganas de llorar.

Rebecca sigue en la encimera cuando entro por la puerta de la cocina. Ha pasado de la masa a cortar cebollas, y sus ojos están

rojos y llorosos; me mira y deja el cuchillo.

—¿Qué te pasa? —pregunta, limpiándose las manos en el delantal.

—Nada. —Aparto una silla de la pequeña mesa cerca de la ventana, me siento y presiono los talones de mis manos contra las cuencas de mis ojos para contener las emociones.

Sorin dice: —Está pálida. —Luego escucho un sonido que intento ignorar. Debería haberme ido a mi habitación, no haber vuelto aquí.

—Puedo ver que está pálida. —Rebecca viene alrededor de la encimera, aparta la silla junto a la mía y la escucho sentarse. —Háblame. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Estoy teniendo un mal día. —Bajo las manos y todavía siento el ardor de las lágrimas, pero las ganas de llorar ya han pasado.

—¿Es por tu padre? —La voz de Rebecca se reduce a un susurro. —Sabes que está permitido echarlo de menos. Eso no desaparece. —Les dije hace unas semanas, cuando lloré por algo horrible que Vera me dijo, que era por mi padre. Todavía no saben por qué estoy aquí o por qué Roman me ascendió. Solo saben lo que les digo, y todo lo que hago es mentir. Me siento triste por eso, porque no puedo ser sincera y obtener un consuelo real.

Pero ¿qué dirían si les dijera que estoy enamorada de Roman y que está cortejando a dos mujeres que odio?

—Sí —digo, porque es la única respuesta que puedo darle. —Hoy lo echo de menos.

Rebecca pone su mano en mi espalda y frota un círculo lento entre mis omóplatos, y Sorin vuelve a su olla y remueve sin decir una palabra más.

Si tan solo pudiera ser libre para contarles todo, sé que me darían un excelente consejo. Pero no voy a manchar la reputación de Roman de ninguna manera. No es lo correcto hacerlo, al igual que

no lo sería contar a Roman todas las cosas horribles que Vera ha hecho. Nunca querría que nadie hablara mal de mí. Sé exactamente lo doloroso que es. Así que tampoco lo haré con él.

Cuando las lágrimas vuelven, ante la idea de que Sabine pueda ser la elegida por Roman, con su sentido de los negocios y todo, Rebecca me ofrece la esquina de su delantal y me deja llorar. Y se siente bien.

Normalmente lo guardo todo dentro, lo acumulo y pretendo estar bien.

Pero no estoy bien. Amo a Roman y quiero que lo sepa, y quiero que eso marque la diferencia en la decisión que tome.

Pero quiero que él también me quiera a mí. Y quiero que sea real. No un arreglo de negocios o una obligación. Quiero lo que siempre he querido. Amor y una familia. Y no me conformaré con menos.

Él puede quedarse con el imperio si eso es todo lo que quiere.

Que también se quede con Sabine.

Prefiero estar sola que ser una conveniencia.

18

ROMAN

Mi oponente me golpea en la mandíbula y lo siento recorrer todo mi cuello hasta llegar a los hombros. Es un golpe limpio que hace que mi cabeza se desvíe hacia la derecha y que la saliva salga disparada de mi boca, casi llevándose mi protector bucal. Me recoloco en mi postura, levanto de nuevo los guantes y giro hacia la izquierda.

Es quince años más joven que yo. Tiene un alcance mayor de al menos tres pulgadas y lleva rebotando sobre sus pies desde que sonó la campana, lanzando jabs rápidos y sueltos, probando la distancia entre nosotros. Alguien lo ha entrenado bien, y si estuviera observando, probablemente lo señalara como candidato para un draft.

Esquivo el siguiente golpe y lanzo un cruzado derecho que conecta con sus costillas. El impacto sube por mi brazo hasta llegar al hombro, y oigo cómo el aire sale de él en un gruñido que supera el ruido del público. Titubea un poco mientras lanzo un uppercut y le hago entrar en razón, luego le doy un poco de espacio.

Retrocede dos pasos, se recoloca y avanza de nuevo. Tiene manos rápidas y un buen juego de pies, y el público está de su parte

porque es joven y ambicioso. Siempre adoran a los jóvenes que aún no han sido rotos. Aunque pensé que habría un poco más de apoyo en mi rincón, considerando que soy quien dirige estos combates. Tal vez simplemente les gusta un buen perdedor.

No debería estar en este ring esta noche. Debería estar sentado en mi silla viendo cómo dos de mis luchadores se ganan el sustento, pero esos dos están sentados en una comisaría con los nudillos magullados y cargos por agresión porque no pudieron mantener las manos quietas fuera de un bar un martes por la noche.

Ellos conocen las reglas, al igual que todos los que pelean para mí. No se pelea en la calle donde alguien puede llamar a la policía, quienes empiezan a hacer preguntas. Esas preguntas pueden llevar de vuelta a este edificio y todo lo que ocurre dentro. Podría costarnos todo el club si no tenemos cuidado. Cuando los saque, haré que deseen haberse quedado en la celda.

Esa furia es lo que me mantiene en pie ahora, empujándome a ganar este combate.

El tipo lanza una combinación—un jab, un cruzado y un gancho que viene bajo y rápido hacia mi hígado. Detengo el gancho con mi codo y duele un poco, pero respondo con otro uppercut que le alcanza debajo de la barbilla y levanta su cabeza hacia atrás. Su protector bucal se mueve, lo muerde, se sacude y sigue adelante.

Oigo gritos y vítores, y la risotada estridente de una de las chicas Koval. En cuanto escucharon que yo iba a pelear, Vera llamó para anunciar que tenían asientos en primera fila, y no mentía. Están allí molestándome e intentando distraerme con sus animadas ovaciones.

Lanzo un gancho izquierdo que él esquiva y responde con un golpe al cuerpo que aterriza directamente contra mis costillas y me deja sin aliento. Me agarro a él y me sostengo durante tres segundos mientras recupero el aire. Su frente presiona contra mi clavícula y sus guantes empujan mis caderas, y el árbitro interviene y nos separa, y volvemos a dar vueltas.

Es agotador. A los cuarenta y cinco años, casi estoy fuera de este deporte, pero me mantengo en forma. Aun así, lo sentiré mañana. Especialmente después de que él lance un jab que impacta en mi lado izquierdo, haciéndome girar, y luego dé un par de jabs rápidos a mis riñones. El público está de pie ahora y el ruido es tan fuerte que no puedo pensar con claridad. ¿Cómo pude hacer esto y mantener la concentración todas las noches de viernes durante años?

Mientras me alejo y el árbitro retiene al tipo para que pueda respirar, noto a Mila sentada imperturbable en la primera fila. Su rostro inexpresivo y sus hombros cuadrados están completamente inmóviles. Casi me fulmina con la mirada mientras golpeo mis guantes y la miro. Toda la sala está de pie mientras ella se sienta allí como si deseara estar en cualquier otro lugar. Es eso más que nada lo que capta mi atención y se mete en mi cabeza.

Cuando el tipo vuelve a lanzarse contra mí, esta vez me siento más preparado. Pero eso no equivale al éxito en absoluto. Viene balanceándose, un derecho, luego un izquierdo y un jab, y mis manos están arriba, protegiendo mi rostro mientras recibo golpe tras golpe. Finalmente, suena la campana y dejo caer los guantes y me dirijo hacia mi rincón.

Yegor ya ha pasado entre las cuerdas con un taburete, una botella de agua y una toalla, y me siento. Coloca la botella en mis labios, y bebo hasta que el agua corre por mi barbilla y sobre mi pecho sudoroso.

—Estás bajando la mano derecha después del cruzado—dice, pasando la toalla por la parte trasera de mi cuello—. Te está cronometrando. En la próxima ronda, lanzará el contragolpe y no lo verás venir.

—Veo venir todo.

—Ves todo excepto lo que tienes justo delante cuando estás ocupado mirando a la primera fila—. Presiona la toalla contra mi

frente y la sostiene allí—. Te golpeó limpiamente en el hígado y no respiraste bien, jefe.

—Respiré bien—. Jadeo, enfadado porque este tipo me está dando una paliza cuando se supone que yo debería estar enseñándole cómo se hace. Tengo la experiencia, la altura y el peso a mi favor y no puedo adelantarle.

—Te agarraste a él porque no podías respirar y ambos lo sabemos—. Retira la toalla y la pasa por su hombro—. Dos rondas más ahora, concéntrate.

Escupo en el cubo junto al taburete y me recuesto contra las cuerdas. Sofi está de pie ahora, agitándome la mano con una y sosteniendo una bebida con la otra. Sabine se inclina para susurrarle algo a Vera, y Vera asiente sin apartar sus ojos de mí. Parecen tan interesadas en este maldito combate, y la única mujer que quiero que me note allí fuera me está ignorando. Me está volviendo loco. Por eso estoy perdiendo.

—Ve a buscar a Radimir —le digo a Yegor—. Dile que traiga a Mila ahora mismo.

Yegor me mira un segundo más de lo necesario y luego se escabulle entre las cuerdas y desaparece entre la multitud. Me siento en el taburete y presiono la toalla contra el corte en la mandíbula donde el primer puñetazo me abrió la piel, dejando que el sudor me escueza. Si no consigo sacármela de la cabeza, voy a perder. Le hago señas al árbitro para pedir un descanso y él me lo niega con un gesto. No es lo habitual, pero yo mando aquí, así que si quiero un descanso, lo tengo.

Luego me abro paso entre las cuerdas y cojeo de vuelta al vestuario, donde encuentro una toalla limpia para secarme más sudor del torso. Dos minutos después, Yegor entra por la puerta del vestuario y la mantiene abierta. Mila pasa detrás de él con unos vaqueros oscuros y una camiseta ajustada, el pelo recogido, su rostro aún sin revelarme nada.

—Siéntate —digo, y señalo el banco frente a mí.

Ella se sienta, junta las manos en el regazo y me mira con los labios fruncidos. Realmente no logro entenderla. Es tan impredecible. A Sofi o a Sabine las leo fácilmente, pero Mila es una puerta cerrada. Nunca sé lo que pasa por su mente.

—¿Por qué diablos te limitas a sentarte ahí? —refunfuño, y me doy cuenta de lo infantil que sueno—. Un salón lleno de mujeres gritando y sacudiendo sus tetas, ¿y tú ni siquiera puedes animarme una vez? Yegor parece captar que estoy en un momento íntimo y retrocede hacia la puerta del vestuario, dejándonos privacidad.

—¿Qué quieres que haga? —No pestañea—. ¿Que me levante y grite y agite los brazos?

—Trabajas para mí. Podrías fingir que te importa un bledo. Esto me tiene tan alterado como la pelea y me sorprendo alzando la voz, algo que no es normal en mí.

—Si reaccionara ante cada hombre guapo que lanza puñetazos, nunca podría concentrarme en lo que ocurre.

Me dejo caer en el taburete frente a mí y apoyo los antebrazos sobre las rodillas. —¿Y qué está ocurriendo realmente?

—El hombre al que te enfrentas tiene una postura demasiado abierta. —Inclina un poco la cabeza y suspira, sacando pecho, aunque la camiseta que lleva oculta su figura—. Distribuye su equilibrio demasiado separado y siempre ataca primero con la derecha.

—¿Y?

—Pues que si abres con un gancho izquierdo en lugar de un cruzado derecho, lo pillarás por el lado equivocado y desequilibrarás su postura por completo. —Entorna los ojos y se inclina hacia mí—. Su pie izquierdo ya está demasiado adelantado. Un gancho izquierdo lo

hará compensar el peso, y cuando lo haga, su centro de gravedad bajará.

—¿Y entonces?

—Y entonces le das con la derecha y caerá. —Observo cómo su lengua se desliza por su labio inferior antes de añadir—: Podrías terminar esto en los primeros treinta segundos del siguiente asalto si dejas de atacar primero con la derecha.

Oigo la campana y sé que tengo sesenta segundos para volver al cuadrilátero, pero de pronto, esta mujer me fascina. No es de extrañar que estuviera tan concentrada y no gritando como las demás.

—¿Dónde aprendiste a analizar un combate?

—Mi padre… Veía boxeo con él mientras mi madre pasaba por la quimioterapia. —Baja la cabeza y vuelve a mirarme cuando alguien llama a la puerta, instándome a salir—. Confía en mí. Hazlo a mi manera y ganarás. —Se levanta, y yo me pongo en pie.

Es torpe y extraño con estos malditos guantes puestos, pero la beso con fuerza y su boca se abre para dejarme explorarla. Sus manos se elevan y se abren contra mi pecho húmedo cuando me separo. Sus ojos están abiertos y brillantes, sus labios hinchados, y hay una mancha de sangre en su mejilla procedente de mi corte.

—Mis hermanastras están tramando algo —dice en voz baja—. Y si dejas que te distraigan, ese hombre ahí fuera te despedazará en el próximo asalto.

—Estás preocupada por mí.

—Estoy preocupada por tu criterio. —Alarga la mano y toca el corte en mi mandíbula con la yema del dedo, y noto que escuece—. Y no deberías besarme. Tienes que ir a pelear.

Le limpio la sangre de la mejilla con mi guante. Preferiría quedarme aquí besándola, descubriendo más sobre esa mente increíble. Pero

ella me empuja.

—Vete —dice.

Así que me doy la vuelta y salgo del vestuario, bajando por la rampa hacia el cuadrilátero. El ruido me golpea al cruzar la puerta, un muro de sonido que me llena el pecho y hace vibrar todo mi cuerpo.

Yegor está en la esquina con la botella de agua. Se cuela entre las cuerdas y aparta el taburete, y yo entro, me planto en mi rincón, giro los hombros y siento cómo la cinta tira de mis muñecas.

—¿Estás bien? —pregunta Yegor, frunciendo los ojos al mirarme.

—Estoy bien.

—Pues termínalo.

Suena la campana, y salgo atacando primero con la izquierda, tal como Mila me aconsejó. El gancho le alcanza en la sien, su cabeza se gira hacia un lado y su pie izquierdo se desliza exactamente como ella predijo. Su postura es demasiado abierta para absorber la fuerza desde una dirección que no esperaba.

Tambalea y sus guantes bajan un par de centímetros. Así que lanzo un cruzado derecho al hueco y conecta con su mandíbula, haciendo que el protector bucal salga volando. Sus ojos se quedan en blanco, las rodillas le flaquean y luego cae.

La lona tiembla cuando impacta contra ella. El árbitro se inclina sobre él, contando, y el público estalla. Yo me quedo en el centro del cuadrilátero con los guantes listos y el pecho palpitante mientras la sangre corre por mi mandíbula mezclada con más sudor.

Ha sido el KO más fácil que he conseguido en un combate, incluso para el tercer asalto, y se lo debo a Mila. Ahora está en primera fila aplaudiendo, y por fin tiene una sonrisa amplia. Levanto las manos cuando el árbitro me declara vencedor, y el público enloquece de nuevo. Pero ahora solo puedo mirarla a ella.

No puedo creer la suerte que tengo de que Mila esté en mi esquina, y eso me hace replantearme todo lo que sé sobre ella. Ya había decidido que me casaría con ella, pero la idea de que solo sea por el imperio de su familia ha desaparecido, reemplazada por una necesidad desesperada de absorber todo lo que es y todo lo que hace, y convertirla en parte de mi vida.

19

MILA

Desde el momento en que coge el anillo, Roman parece un hombre diferente. Se yergue más alto. Sus guantes están más arriba y sus hombros están cuadrados. El consejo que le di le ayuda a noquear al oponente en menos de veinte segundos, y no puedo creer la reacción explosiva de sus fans. Gente por todas partes grita y corea su nombre mientras el árbitro declara el combate a su favor.

Me levanto y aplaudo, sonriéndole, y ahora sus ojos solo están fijos en mí. Mi pecho se hincha de orgullo. Nunca había entrenado a alguien para ganar un combate, pero cuando vi lo fácil que podía pillar al tipo desprevenido, no pude quedarme callada.

Radimir se inclina hacia mí desde el asiento de al lado y aplaude con el resto de los fans de Roman. —Ese gancho izquierdo era nuevo. No suele empezar con él.

Le sonrío y sé exactamente por qué lo hizo. Radimir solo me guiña un ojo, como si hubiera oído lo que le decía a Roman. Es una buena sensación saber que sus hombres están empezando a apreciarme ahora. Aunque no estoy segura de qué bien hará a la larga si sigue detrás de Sofi y Sabine.

Me acerco al ring, pero Sofi ya está levantada, tirando del brazo de Sabine, abriéndose paso a través del ring. Aunque Vera sigue sentada y observa desde su silla con el abrigo abotonado y el bolso sobre el regazo. Parece que no quiere estar aquí pero ha venido para asegurarse de que Roman la viera.

—¡Roman! —Sofi llega a él primero y le rodea el cuello con los brazos, y él le da unas palmaditas en la espalda y la aparta—. Eso fue increíble. Eres increíble. ¿Cómo lo haces siquiera?

—Práctica —responde, pero sus ojos están clavados en mí, donde me quedo al borde del ring, fuera de las cuerdas. Quiero seguir sonriendo, pero verlas manosear su carne desnuda es degradante. No entiendo las señales contradictorias que me envía.

—Lo digo en serio, eso fue... Sabine, ¿has visto eso? ¿Has visto lo que ha hecho?

—Lo he visto, Sofi —Sabine le pone los ojos en blanco ante la exagerada emoción de Sofi—. Buen combate. Te veías fuerte ahí dentro.

—Me sentía fuerte —Roman sigue mirando más allá de ellas, hacia mí, pero ahora mi propia felicidad se atenúa de nuevo, oculta tras una expresión serena mientras espero a que se sacien de su atención tibia.

¿Así será el resto de los diez años que tengo que trabajar para él? ¿Una de ellas lo agarrará y tratará de consumir su atención mientras yo me quedo al margen esperando a que me dé órdenes? Ese pensamiento agria cualquier rastro de placer que me quedara en el pecho. Sigo dejándome ilusionar con que Roman pueda realmente verme, y es una tontería por mi parte. Él quiere poder y dinero, no a mí.

—Deberíamos celebrarlo —dice Sofi, agarrando aún su brazo con ambas manos—. ¿Esta semana? ¿Cena? Nos prometiste una cena.

—Lo hice —dice, finalmente volviéndose para mirarlas—. Lo organizaremos. Y mi corazón se encoge un poco más. Sigo siendo solo la niña cansada que mira al hombre mayor y más sabio que podría mirarme pero no lo hace.

—Y la gala —dice Sabine con una sonrisa dirigida directamente al rostro de Roman, manteniendo el contacto visual—. Mamá lleva semanas con nuestros vestidos. Tenemos muchas ganas de que llegue.

—No puedo esperar —dice Sofi—. Oh, Dios mío. ¿Habrá baile? Por favor, dime que habrá baile.

—Habrá baile —comenta Roman, pero ya me ha perdido.

Mi mente se sumerge en el pasado y en las muchas veces que deseé que la atención de mi padre recayera en mí en lugar de en Vera. Yo era la niña buena. Hice todo lo correcto, pero por mucho que me esforzara por su atención y afecto, por mucho que hiciera, nunca era suficiente. Un problema tras otro lo mantenían centrado en el trabajo y su matrimonio, mientras yo me hundía más en la depresión y la desesperanza.

Me alejo del ring, volviendo hacia el vestuario, donde supongo que esperaré a que Roman termine con sus admiradores y me encuentre, para decirme qué trabajo quiere que haga después. Las voces detrás de mí se desvanecen y el ruido de la multitud se apaga mientras me deslizo en el vestuario, esperando un momento a solas. Pero un médico está esperando dentro con su equipo sobre el banco, y dos de los hombres de Roman están apoyados en la pared del fondo con los brazos cruzados.

Por supuesto, hay protocolos que seguir después de un combate. Debería ser revisado, y probablemente quiera un poco de agua y tal vez algo de medicina para el dolor. Yo soy lo último en lo que pensará ahora.

—Hola —murmuro, sentándome en el banco donde estuve hace menos de diez minutos. Yegor levanta la barbilla y el médico cambia el peso de un pie a otro. Nadie hace ningún movimiento para echarme de la habitación, así que cierro mis emociones con cremallera y dejo que mi cabeza caiga.

Pero cuando Roman entra en la habitación arrancándose los guantes y la cinta que sostiene sus muñecas, no parece estar de humor para una conferencia o un chequeo.

—Fuera —dice Roman—. Todos vosotros.

—Al menos debería revisar tus costillas —dice el médico, acercándose a su maletín—. Si alguna está fisurada…

—No están fisuradas. Fuera.

El médico mira a Radimir y a Yegor, y ellos se levantan y se dirigen hacia la puerta. Yo me levanto para seguirles, pero al pasar junto a él, Roman gruñe: —Tú no. Esto hace que mi espinazo se tense y me detengo, dándome la vuelta para enfrentarme a él.

Roman se sienta en el banco y sigue quitándose la cinta de las muñecas. La enrolla alrededor de su puño en forma de bola y la tira al suelo, empezando con la otra mano. El corte en su mandíbula se ha secado, y hay una línea de sangre reseca a lo largo de su cuello.

—Buena pelea —digo—. Puedo ayudarte a limpiarte… solo necesito un poco de agua oxigenada o algo así. Empiezo a moverme hacia la puerta, pero su palabra me detiene.

—Quédate.

—Bueno, no puedo limpiarte sin los suministros —protesto, pero él me fulmina con la mirada.

—He dicho que te quedes.

Me detengo de espaldas a la puerta y trato de no dejar que todos los pensamientos intrusivos salgan de la punta de mi lengua. Él no

entiende que si me quedo cerca de él cuando está todo sudado y medio desnudo así, voy a pensar cosas. Y si pienso las cosas equivocadas, me sumerjo en una espiral emocional. Es más fácil recordarme a mí misma que no está interesado en una relación conmigo si me mantengo distante.

—¿No sería Sofi mejor compañía? —pregunto—. Parecía estar lo suficientemente emocionada por los dos.

Deja de quitarse la cinta y me mira confundido. —¿Qué?

—O Sabine. Estuvo muy manos a la obra ahí fuera. Prácticamente cubrió todo tu cuerpo con el suyo —cruzo los brazos y trago con dificultad mientras dejo escapar algunos comentarios injustificados —. Estoy segura de que le encantaría sentarse contigo.

—Mila, ¿de qué coño estás hablando?

No puedo evitar que me hiera los sentimientos verlo con ellas. Sé que planea casarse con una de ellas, y no me parece bien que venga a mí para tener sexo mientras las deja acercarse más.

—Estoy hablando de que estás cortejando a dos mujeres mientras duermes conmigo —me tapo la cara con una mano y presiono suavemente, pero mi corazón late con fuerza. ¿Por qué no puedo simplemente mantener la boca cerrada? Nada de eso tenía que ser dicho. Podría no haber dicho nada y esto sería mejor para mí. De hecho, podría rechazar sus avances y mostrarle que no soy un juguete con el que jugar. Ni mi cuerpo, ni mi corazón.

Lo oigo moverse y bajo la mano para ver cómo se levanta y camina hacia mí. —Estás celosa.

—No lo estoy.

—Lo estás —da otro paso y dice—. Y se te nota en la cara.

—No te hagas ilusiones —mi cara arde y mi garganta se contrae, y dejo que mis ojos caigan al hormigón bajo sus pies. No siento ira hacia él. Lo que siento es decepción por su frío rechazo. Y me odio

por ello. Sé que es mejor no dejar que mi corazón sienta. ¿Por qué nunca aprendo?

—Vas a venir al gala —dice—. Como mi invitada personal.

—¿Qué? —mi cabeza se alza al oírlo—. No. Eso no va a pasar. Siento que la emoción me ahoga. No quiero ir a esa gala y ver a las hijas de Vera tocándole todo el día. Ellas estarán impecablemente vestidas otra vez y yo no tengo nada que ponerme. Y simplemente no tengo ningún deseo de verle bailar con ellas y beber vino con ellas. Tuve que hacerlo hace unas semanas en la cena cuando puso a Vera en su sitio. No puedo hacerlo de nuevo.

—Eso no es una petición.

—No me importa qué sea, Roman. No me quedaré de brazos cruzados viendo cómo coqueteas con esas mujeres horribles toda la noche cuando tú… —mi labio tiembla y siento lágrimas ardiendo. Si digo una palabra más, voy a estallar en llanto mientras él se acerca más.

—Es dulce de tu parte pensar que tienes elección, Mila. Recuerda, te poseo durante los próximos nueve años y nueve meses —cierra la distancia que queda entre nosotros y coge mi barbilla con su mano, inclinando mi cara hacia arriba—. Vas a venir.

—Roman…

—No tienes elección —dice, y entonces sus labios están sobre los míos, besando tan suavemente que me cuesta apartarme. Gimo porque me odio. Quiero besarlo tanto. Quiero que me empuje contra esa pared y haga lo que quiera conmigo, pero más que eso, quiero que me diga que me quiere.

Pero no tengo nada que él quiera. Ahora mismo, Vera tiene el poder y Sofi y Sabine son su camino hacia el legado de mi padre. Si ella puede excluirme con éxito, él lo consigue todo: la autoridad, el dinero, el territorio. Y conmigo cautiva a cada una de sus órdenes

durante diez años, ¿cómo voy a encontrar siquiera a alguien con quien casarme? Estoy atrapada aquí. Pierdo, pase lo que pase.

—¿Has terminado de discutir?

—No —respondo mordazmente, pero quiero llorar.

Su mano se desliza desde mi barbilla hasta la nuca, y sus dedos encuentran mi cabello y aprietan, mi cabeza se inclina hacia atrás y su boca se mueve desde mis labios hacia mi mandíbula y hacia el punto debajo de mi oreja.

Me oigo emitir un sonido que no puedo retirar. Uno que traiciona mi corazón, porque comunica el placer que me está provocando mientras invita a más. Y sé cómo se sentirá mi corazón cuando esto termine.

—No podría haber ganado esa pelea sin ti —dice entre besos—. Viste lo que ninguno de mis hombres vio.

—Eso no—

—Necesito recompensarte por eso —afirma.

—Creía que era una sirvienta. No sabía que las esclavas recibían recompensas —respondo, girando la cabeza, dejando que la vergüenza me inunde. Voy a dejar que use mi cuerpo, solo para sentirme cerca de él. Pero él saldrá por esas puertas y hará planes para cenar con otras mujeres, y tal vez elegirá a una de ellas para casarse. Y no hay nada que pueda hacer para detenerlo. Pero no quiero que deje de hacer lo que está haciendo.

Se ríe contra mi garganta, y lo siento resonar en su pecho, que está presionado contra el mío. Luego empuja sus caderas hacia adelante y lo siento duro contra mi muslo, y mi respiración se corta.

—Esto —dice, frotándose contra mí con la suficiente lentitud como para que sienta cada centímetro de su polla— es un tipo diferente de recompensa.

Roman me da la vuelta y presiona mi espalda contra su pecho, mientras su boca desciende hacia el lado de mi cuello. Un brazo me rodea la cintura y me sostiene allí, mientras el otro desciende por el frente de mi estómago, sobre la tela de mi camisa, más allá de la cinturilla de mis vaqueros. Abre el botón con su pulgar y baja la cremallera, mientras sus dedos se deslizan bajo la goma de mis bragas. Agarro su antebrazo con ambas manos.

—Relájate —susurra en mi oído, y sus dedos se deslizan más abajo, introduciéndose en mi humedad. Escucho el suspiro que escapa de su pecho en un gemido que vibra contra mi espalda—. Dios, Mila.

—Rome —gimoteo, casi en protesta. Si hace esto, no estoy segura de poder soportarlo. Dios, lo deseo, pero mi corazón. Me voy a destruir así, dejándolo tan cerca de mí cuando sé que no tenemos ninguna oportunidad. Además, él es mucho mayor que yo, y ¿quién respetaría eso?

—Shh —ronronea mientras sus dedos se mueven a través de la humedad y encuentran mi clítoris, presionando hasta que mis rodillas casi ceden. Me sostiene con el brazo que rodea mi cintura y me mantiene erguida contra su cuerpo—. ¿Sientes lo mojada que estás, Mila? Deja de luchar contra esto. Déjame tenerte.

¿Cómo le digo por qué necesito que se detenga? ¿Cómo puedo acabar con mi propio deseo cuando es lo que quiero? Cuando él es lo que quiero?

Sus dedos me rozan con movimientos lentos y firmes, y mi cabeza cae contra su hombro. Mis caderas se mueven solas, empujando hacia su mano, buscando la presión. Cada vez que muevo las caderas, me froto contra él y él gime de nuevo.

—Joder, quiero hacerte sentir bien —murmura, mientras su boca succiona mi cuello y muerde el tendón debajo de mi oreja, lo que me hace jadear—. ¿Siempre estás así de mojada para mí o esto es especial?

—Cállate.

—Respóndeme.

No quiero responderle. No quiero que sepa que me quedo despierta por la noche deseando estar en su cama, con el corazón partido porque va a elegir a alguien que no soy yo. —Siempre —susurro, y me odio por decirlo. Pero sus dedos se mueven más rápido, llevándome al placer.

—Siempre —repite en mi oído. Escucho pura satisfacción en su voz, disfrutando de que adore el suelo que pisa, pero ahora todo lo que puedo pensar es en perseguir la sensación, acercándome al clímax —. Me gustas así de necesitada, Mila —dice Roman mientras besa mi cuello—. Quiero que gotees por mí todo el día, cada día.

Me trabaja con su mano todavía dentro de mis vaqueros, su palma plana contra mi pubis y sus dos dedos frotando mi clítoris en círculos ajustados que se aceleran cada vez que gimo. Su boca nunca abandona mi cuello. Muerde y luego lo alivia con su lengua, y luego muerde en otro sitio, y mis uñas se clavan en su antebrazo mientras tiemblo.

—¿Eso te siente bien?

—Oh, joder, sí.

—Dímelo… Usa tus palabras, Mila.

—Se siente bien —mi voz está destrozada. Mis piernas están débiles. Estoy tan cerca—. Se siente jodidamente bien, Rome.

—Más fuerte.

—Sí… Oh, Dios, tan bien —casi grito y no me importa porque sus dedos son implacables y todo mi cuerpo tiembla. Siento que el orgasmo se acumula en el centro de mi ser, acercándose con cada círculo de sus dedos.

—¿Quieres venirte?

—Sí.

—Di por favor.

—Vete al carajo —gruño, y él se ríe contra mi cuello. Sus dedos presionan más fuerte y se mueven más rápido, y mis piernas tiemblan. Estoy tan jodidamente cerca que podría llorar. La presión que se acumula entre mis piernas es tan intensa que podría orinarme, pero la necesito.

—Por favor —sale rota y desesperada, y ya ni siquiera me importa—. Por favor, Rome.

—Buena chica.

Sus dedos retuercen y giran más fuerte, y me deshago. Todo mi cuerpo se tensa contra su pecho y gimo. Mis rodillas ceden, aunque él me sostiene con su brazo apretado alrededor de mi cintura, y sus dedos siguen moviéndose, prolongándolo hasta que tiemblo y me retuerz contra su mano. Los sonidos que salen de mí se parecen más a sollozos que a gemidos mientras él susurra palabras de elogio en mi oído.

—Es increíble que me dejes verte así. ¿Lo sabías? —me besa—. Eres tan hermosa cuando te deshaces por mí.

Saca su mano de mis vaqueros y me desplomo contra él, respirando con dificultad. Tengo los ojos cerrados, las piernas sin fuerza. Siento su polla dura presionada contra mi espalda baja, y su respiración es rápida y entrecortada contra mi oído.

—¿Cómo ha estado eso? —pregunta él.

—No siento mis piernas —sonrío y tomo aire. Después de todo eso, necesito más oxígeno, y quizás un poco de aire fresco para respirar. Hace calor aquí dentro.

—No necesitas tus piernas para lo que viene —dice él.

Él me agarra por las caderas y me lleva hacia adelante hasta que mis muslos chocan con la encimera, donde hay una colección de proteínas en polvo y bebidas hidratantes organizadas. Luego sus manos se meten en mis vaqueros y mi ropa interior a la altura de mis caderas y los baja hasta mis rodillas de un tirón. Me hace sorprender, pero la forma en que sus dientes se clavan en mi hombro me saca de ese estado al instante.

—Inclínate —ordena.

Me inclino hacia adelante y apoyo las palmas de mis manos en la encimera, mientras mi cabello cae alrededor de mi cara. Lo escucho detrás de mí bajándose los pantalones cortos y los calzoncillos, y luego sus manos vuelven a mis caderas, sus dedos agarrando mi carne mientras siento que se arrastra a través de la humedad entre mis piernas.

—Oh, Dios —gimo, ahora totalmente perdida en el momento con él. Deseo que esté dentro de mí.

—¿Quieres esto? —pregunta.

Asiento con la cabeza y miro hacia atrás por encima del hombro para ver su expresión maliciosa.

—¿Cuánto? —insiste.

—Tanto que no puedo pensar con claridad —es la verdad. A veces me hace sentir tan confundida y abrumada que no uso mi cerebro. Como ahora, cuando mi coño ansioso llora porque él entre.

—Dime qué quieres. Quiero oír las palabras.

—¿Podrías meterme tu maldita polla de una vez?

Él se introduce en mí desde atrás, y gimo tan fuerte que el sonido reverbera en la habitación. El ángulo es profundo y mis vaqueros mantienen mis piernas juntas, lo que hace que todo esté más apretado, y puedo sentir cada centímetro de él.

—Joder —gruñe a través de sus dientes mientras sus dedos se clavan en mis caderas—. Oh, maldita sea, Mila.

Roman se retira y vuelve a entrar, y mis palmas sudorosas resbalan sobre la encimera. Tengo que apoyar los codos en el formica para evitar caer de cara. Lo hace una y otra vez, y cada embestida es fuerte y profunda, haciéndome emitir sonidos que nunca antes había escuchado salir de mi boca.

—Estás tan apretada con las piernas así —dice mientras su mano sube por mi espalda bajo la camiseta y presiona la zona lumbar. Cuando me tira hacia atrás, el ángulo cambia y jadeo tan fuerte que casi me atraganto.

—Ahí —logro decir—. No te muevas, oh, Dios mío. Sueno como una boba llorosa, pero me da igual. Es increíble.

—¿Aquí? —Vuelve a empujar en el mismo punto y yo gimo.

—Sí. Joder. Sí.

Mantiene ese ángulo y acelera el ritmo, mientras su mano sigue presionando mi espalda baja, manteniéndome arqueada. Su agarre es castigador, pero quiero sentir esto en mi cuerpo durante días.

—Tócate —dice—. Quiero sentir cómo tu coñito apretado me exprime.

Deslizo una mano entre mis piernas y presiono mis dedos contra mi clítoris, y la combinación de sus empujes y mi propio toque es tan abrumadora que casi pierdo el control. Gimo, jadeo y balanceo mis caderas.

—Así es —su respiración ahora es entrecortada—. Así es, Mila. Déjame oírte.

—Oh, Dios —digo mientras tiemblo—. Estoy tan cerca.

—Entonces ven por mí —dice—. Ahora mismo.

Y lo hago. Mi cuerpo entero se tensa, y grito en mi brazo mientras me aprieto a su alrededor con tanta fuerza que su ritmo se rompe. Mi vientre se contrae en convulsiones mientras froto mi clítoris y gimo.

Él sigue follándome mientras siento que se corre dentro de mí en pulsos calientes y rítmicos, inundándome. Dejo caer mi mano del clítoris, sintiendo cómo su semen gotea fuera de mí y cae sobre mis dedos, mientras su mano acaricia la curva de mi trasero.

—Dios, eres perfecta en todos los sentidos —gruñe. Luego se retira, y yo gimo y me enderezo lentamente, apoyándome en el banco porque mis piernas tiemblan. Él se sube los pantalones cortos, y yo me agacho y me subo la ropa interior y los vaqueros hasta las caderas, abrochándolos con dedos que no dejan de temblar.

—Te sentías increíble —dice él, pero me recuerdo a mí misma que esto es solo sexo. No puedo dejar que nada de esto engañe a mi corazón para sentir algo.

—Mm —tarareo, incapaz de encontrar palabras que crea apropiadas.

—Sigue… Ve a buscar a los chicos y espérame. Voy a duchar y saldré en un momento. —Me da un beso en la nuca mientras sostiene mis hombros con suavidad, mientras mi labio inferior tiembla.

—¿Quiere que le diga a Sorin y Rebecca que preparen la cena? —pregunto, tragando una burbuja de emoción que quiere salir.

—Claro, algo ligero, eso sí —suena más lejos ahora, y me giro para verlo alejarse hacia las duchas al fondo de la habitación.

¿Eso es todo?

¿Eso es todo lo que obtengo de él esta noche? El sexo es bueno, pero ¿no se da cuenta de lo que me hace?

Quizás es mi culpa por permitirlo —por desearlo. Tal vez si le dijera que no en lugar de dejar que me seduzca, se daría cuenta de que no voy a seguir follando con él mientras él elige casarse con otra.

O quizás mi corazón se rompería en mil pedazos y acabaría muriendo de un síndrome de corazón roto.

20

ROMAN

He invertido mucha energía y emoción en que los planes para esta gala sean perfectos. Normalmente, lo delegaría en un organizador de eventos, y de hecho tengo uno, pero esta vez, más que nunca, necesito estar involucrado personalmente en la planificación. No puede salir nada mal, ni un solo tenedor fuera de lugar en el evento de este año, porque hay mucho más en juego que un simple acto benéfico para un hospital.

Cuando crucemos esas puertas la noche de la gala, tengo un plan que me catapultará hacia mi futuro. Y tiene que ser perfecto.

Me detengo frente a las puertas dobles de la pared sur del gran salón de baile y asiento con la cabeza hacia mi sobrino. —Kazimir, ese eres tú y Stepan. Vosotros dos os encargaréis de los exteriores y tendréis un equipo para registrar a todo el que entre. Confío en que os aseguréis de que el lugar esté seguro.

Kazimir asiente, con las manos en los bolsillos, ya mirando hacia las puertas.

—Stepan —digo, acercándome unos pasos hacia el extremo opuesto del salón y señalando la entrada de la cocina—. Por aquí entrarán los camiones de catering. El año pasado, dos personas colaron por ese

muelle de carga porque nadie lo vigilaba. Una de ellas llevaba un arma, y aunque no sabemos qué intenciones tenían, no habían comprado entradas. No podemos permitirnos fallos así.

—No volverá a pasar —asegura Stepan.

—Más vale que no —continúo caminando y empujo la puerta cerca del escenario que lleva a la escalera del balcón, miro hacia arriba y la dejo cerrarse. Todo mi plan depende de que esto salga lo más fluido posible. Si hay un fallo en la seguridad, desviará la atención y el ritmo. Por eso instalaremos cámaras y tendremos a nuestros equipos técnicos en sus puestos. —Timur —digo, volviéndome para mirar las esquinas del techo—, tú te encargarás de las cámaras la noche del evento... cada sala, cada pasillo. Que tus hombres vengan antes y dejen el sistema de vigilancia instalado y listo.

Timur se apoya contra la pared con los brazos cruzados. —Lo tendré todo vigilado. Pero, Ro, me estás pidiendo que rastree a una mujer que ha salido impune de tres asesinatos. No comete errores. ¿No crees que, si planease algo, sabría que tenemos precauciones? Las tendrá en cuenta.

Ahí es donde se equivocan los chicos. Estas precauciones extra no son para ella, y ellos ni siquiera lo saben. —Os centráis demasiado en lo obvio, igual que ella. Vuestra mentalidad cerrada es exactamente por lo que os he traído aquí. Esto no va de Vera Volkov y su plan. Por ahora, no tiene ni idea de que sabemos quién es realmente.

—Pero viene y planea escuchar tu anuncio —Kazimir mira a Stepan y frunce el ceño, confundido.

—¿Qué pasa? —pregunta Stepan, y no puedo creer que tenga que explicarlo con tanto detalle.

Timur se aparta de la pared. —Sí, Ro, ¿cuál es el plan completo? Llevas semanas dándonos migajas. Necesitamos saberlo todo si vamos a respaldarte.

Mi mirada se posa brevemente en Yegor, que está detrás de todos ellos observándome con expresión seria. Él me conoce mejor que nadie porque pasamos más tiempo juntos, pero incluso él no tiene ni idea de lo que estoy haciendo. Mi objetivo no es frustrar el plan de Vera para arrebatarme mi imperio y matarme. Mi verdadero objetivo es acabar con ella... para siempre.

—He invitado al General de Policía y al Mayor General.

—Joder —gruñe Kazimir, pasándose una mano por la cara.

Stepan me pone los ojos en blanco y mira a Yegor, que no parece sorprendido, pero es mi hermano quien me insulta.

—Te has vuelto loco —dice Timur.

—Cuidado —lo advierto, pero me conoce lo suficiente como para saber que ese pequeño desliz es todo lo que permito.

—Todo lo que hacemos para financiar esta gala es ilegal. Los luchadores, las peleas... Si el general de policía se entera del club de lucha... Roman, nunca hemos invitado a la policía a esto.

Soy plenamente consciente de lo que está diciendo, y tiene razón. Este evento nunca ha albergado a ningún oficial de la ley en el pasado por una buena razón. Lo que hacemos es muy ilegal, y si alguien se enterara, nos cerrarían y yo iría a la cárcel. Sin mencionar que varios médicos y cirujanos muy buenos, a los que necesitamos para seguir ayudando a nuestros luchadores en ocasiones, estarían en un gran problema.

Pero es un riesgo que no solo estoy dispuesto, sino obligado, a tomar.

—Vera ha matado a tres maridos y robado activos en múltiples ciudades bajo varios nombres. Esos son crímenes que a los generales les encantaría investigar. Especialmente si la evidencia cae en sus manos en una cena de etiqueta con un sobre y una buena botella de vino—quizás también un bolsillo lleno de dinero—.

Levanto la mirada hacia Timur, quien me fulmina con la suya. Como el responsable de todas nuestras medidas de seguridad, él sabe mejor que nadie cuán vulnerables podemos ser en ocasiones. Es él quien cuestiona mi criterio a veces porque nos mantiene alerta. Esta vez, tengo que obligarle a ver lo que necesito que vea.

—¿Y si algo huele raro? ¿Y si empiezan a husmear, jefe? —pregunta Kazimir.

—Creo que hombres que han sido agasajados y a los que se les entrega una asesina no van a perder el tiempo husmeando en un ring de peleas—si es que se enteran de lo que hacemos. Vera es un titular mejor que yo, y cada policía en esta ciudad sabe la diferencia entre un arresto que hace carrera y uno que termina con la vida. Una vez que han sido vistos en mi evento estrechándome la mano, ya se han comprometido a mirar hacia otro lado.

—Es una apuesta —dice Timur.

—Todo es una apuesta. Esta tiene buenas probabilidades.

Me giro, empezando a caminar de vuelta hacia la entrada. Todavía tenemos que revisar las posiciones de las mesas y los planos de asientos para nuestros amigos en la comisaría, pero siento la energía nerviosa que emana de estos hombres. Están dudando de mí, lo cual no me gusta, pero no voy a cambiar mi plan.

—Ro, esto es demasiado arriesgado. No podemos ser tan tontos como para—

—i¿Para qué?! — le espeto, girándome hacia Timur y sus protestas como un tiburón que huele sangre en el agua. —¿Me estás llamando tonto? —pregunto, inclinándome sobre él mientras retrocede.

—No, tío —gruñe, sacudiendo la cabeza. —Solo digo que la puta de los Volkov es una asesina. No tienes que casarte con ella o con sus hijas, ¿verdad? Déjalo. No representa un riesgo para ti. Déjala que se meta en problemas. ¿A quién le importa si mata a algún otro

pobre desgraciado que se case con ella o con alguna de esas mujeres brutales?

También he pensado en eso, dejar que Vera siga su camino y que tarde o temprano el karma le alcance, pero Mila nunca será libre. No puedo permitir que esa mujer consuma todo por lo que el padre de Mila trabajó. No es mi pelea arreglarlo, pero ahora que he probado la dulzura que es Mila Radin, no puedo volverme atrás.

—Tienes razón. No representa ningún riesgo para mí, y nunca lo hará. No planeo casarme con ninguna de esas mujeres, idiota. —Mi ira se ha agitado lo suficiente como para estallar contra mi propio hermano y arrancarle la cabeza. Es hora de que los introduzca en mi plan.

—Anunciaré los crímenes de Vera públicamente ante todos en esa gala, completo con una presentación de diapositivas en la pantalla grande que tú prepararás y manejarás para mí. —Fijo la mirada en Timur, quien ahora parece estar empezando a entender. Los demás se mantienen en silencio mientras continúo. —Y luego anunciaré mi intención de casarme con Mila Radin y liberarla del reinado de terror de Vera. ¿Lo entiendes?

Los hombros de Kazimir se tensan y su mandíbula se levanta ligeramente. Ahora lo entiende. Sabe lo que tenemos que ganar con esto, pero quizás no el porqué.

—¿Entonces puedes tomar el control del contrabando de armas? —presiona Timur.

—Para tener a la esposa que quiero en mi cama, y lo que ella elija hacer con su herencia será lo que ella elija. —Doy un paso adelante, todavía inclinándome sobre él mientras me frunce el ceño. —Si Vera sale saliéndose con la suya, Mila no tendrá herencia cuando cumpla veinticinco y se case. Estoy haciendo lo que hago porque ahora me pertenece, y no dejaré que sufra un segundo más. Si tienes algún problema con eso —señalo las salidas— ahí está la puta puerta.

Las manos de Timur se levantan lentamente en señal de rendición. —Entendido… Claro como el agua.

—Bien, ahora haz que este lugar sea adecuado y seguro para este evento, y asegúrate de respetar a mi futura esposa. Algún día, ella firmará tus cheques.

Girándome, salgo por la puerta hacia el sol, donde Radimir tiene el coche esperándome. Ahora conocen mi plan, así que será menos impactante, pero era necesario. Para que se alineen y hagan esto correctamente, tenían que saberlo.

Ahora, tengo que informar a Mila. Y no estoy seguro de cómo se lo tomará cuando le dé a conocer mis planes.

21

MILA

Llego al baño con apenas dos segundos de antelación antes de que todo salga fuera. Mis rodillas golpean el suelo de azulejos y mis manos se agarran al borde del váter, y vomito hasta que no queda nada y luego vuelvo a vomitar, mi estómago retorciéndose en torno al vacío. El vómito ha ocurrido tres veces hoy, y ya lleva unos días así. No estoy segura de qué he cogido, pero, por primera vez en mi vida, estoy agradecida de estar vomitando y no poder servir a Roman y a sus "invitados" esta noche.

La voz de Sofi llega flotando por el pasillo mientras todavía estoy de rodillas. Es apagada y queda, pero sinceramente va a hacer que vuelva a vomitar. —¿Te imaginas? Dos esposas— dos de nosotras a la vez. No sabría qué hacer consigo mismo.

—Sabría exactamente qué hacer —dice Sabine, y ambas se ríen juntas. Es asqueroso y me pone la piel de gallina. Es bastante malo pensar en Roman bajando el pasillo con una de ellas, pero imaginarlas a las tres juntas en la cama es tan perverso que podría salir de esta casa y no volver nunca.

Tiro de la cadena y me siento sobre mis talones, apoyando el dorso de la mano en mi frente. No puedo salir ahí fuera y llevar bandejas y

servir vino y sonreír mientras hablan de follarse a Roman juntas como si fuera un premio que ya se han repartido entre ellas. No lo haré.

Me enjuago la boca en el lavabo y me salpico la cara con agua, luego camino hacia mi habitación, cierro la puerta y me meto en la cama. Al menos esta vez no es celos lo que siento. Es algo mucho peor que eso. Me hace sentir tan entumecida que solo puedo mirar la pared y escuchar de vez en cuando las horribles carcajadas que oigo y preguntarme qué propuestas le están haciendo y si realmente las aceptará.

Cuando las náuseas no cesan, logro rodar hacia un lado y dar un sorbo de agua, pero ahora es peor. Lo que sea que he cogido, es la peor gripe o virus que he tenido. Nunca había estado tan enferma durante tanto tiempo. Pero al menos no tengo fiebre para empeorar las cosas.

Entonces alguien llama a la puerta y gruño —¿Sí? La puerta se abre, revelando a Sorin entrando con una bandeja y una expresión de preocupación. Hace un puchero y frunce el ceño, luego camina hacia mí.

—Rebecca dijo que te fuiste corriendo con cara de estar mala —pone la bandeja en la mesilla de noche—. Te he traído un poco de caldo y también algo de arroz. Las cosas suaves ayudan al estómago enfermo. Su mano se apoya en mi frente, pero no sentirá fiebre. Mi cuerpo está luchando contra esto en silencio, aunque tal vez por eso sea tan malo si mi sistema inmunológico no está reaccionando como debería.

—Gracias —me incorpó contra el cabecero y cojo la taza de caldo, bebiendo un sorbo con cuidado—. No creo que pueda comer. Solo pensar en comer me revuelve más el estómago, aunque la presencia de Sofi y Sabine también contribuye.

—Pequeños sorbos. Te calmará el estómago —me observa un momento, con la cabeza ligeramente inclinada—. ¿Cuánto tiempo

llevas enferma? Sorin se sienta, posándose en el borde de mi cama y alisando el edredón sobre mis piernas. Su lado maternal suele salir en la cocina cuando intenta enseñarme una nueva receta o dos. En este momento, me siento reconfortada porque se interesa por mí. Mi propia madre nunca tuvo la oportunidad, y Vera nunca mostró una pizca de cariño en su cuerpo.

—Unos días —digo, intentando pensar. Había pasado un tiempo, lo que me hacía preguntarme cómo me había librado de tener fiebre o dolores corporales como lo normal.

—¿Cuántos días, Mila?

Miro la taza en mi mano. —Una semana más o menos… Parece ocurrir a esta hora también. Ayer no fue tan malo, y pensé que por fin estaba mejorando.

—¿Todas las tardes?

—Todas las tardes, sí… Estoy segura de que pasará. Solo un virus o algo así. El caldo está caliente y salado, y calma el dolor en la parte trasera de mi garganta por la bilis que parece quemar cada vez que vomito.

Sorin junta sus manos en su regazo y se queda callada. Cuando vuelve a mirarme, parece cautelosa y preocupada de nuevo. —¿Hay alguna posibilidad de que estés embarazada?

La pregunta parece tan fuera de lugar que me río. —No, para nada —le digo, pero luego mi garganta se contrae al pensar en la primera vez que me acosté con Roman, hace más de un mes, poco después de mudarme aquí. Es el único hombre con el que me he acostado, y nunca pensé en usar protección o tomar anticonceptivos. Estaba perdida en el momento, quizá demasiado perdida.

Y ahora estoy enferma, y por supuesto, eso tiene sentido. El pánico burbujea en mi pecho, empeorando las náuseas, pero lo trago y vuelvo a tomar un sorbo del caldo. Oh, Dios, si estoy embarazada,

¿qué hará Roman entonces? ¿Y cómo afectará eso a su plan de casarse con una de las malvadas hermanastras?

—Hubo alguien —digo, haciendo una mueca—. Es posible. La vergüenza me atenaza, haciendo que ahora me cueste tragar. Dejo la taza para que no vea mis manos temblar y trato de que no se note en mi cara. ¿Cómo reaccionarían Sorin y Rebecca si supieran que he dormido con su jefe? Sara es solo una niña, en realidad. Probablemente no lo pensaría dos veces, pero estas mujeres mayores me juzgarían.

La expresión de Sorin cambia por completo. Sus ojos se suavizan y una sonrisa asoma en la comisura de su boca mientras alcanza mi mano. —Oh, Mila—

—No —retiro mi mano—. No te alegres por ello, por favor.

—¿Por qué no? —Sorin se endereza, pareciendo confundida. Su postura también ha cambiado, ahora defensiva.

—Porque, aunque quisiera un bebé con él, no puedo quedármelo —dejo el agua en la mesilla y presiono mis palmas sobre los ojos—. Va a casarse con otra persona, Sorin. Las lágrimas me queman los ojos, pero con mis manos presionando las cuencas, no pueden escaparse.

No sé si quiero tener un hijo de Roman, pero sí sé que no quiero que se case con una de las hijas de Vera. Ni por poder ni por dinero, y definitivamente no por amor. Mi corazón está confundido y revuelto, y sé que siento algo muy fuerte por él. Pero no puedo decírselo. Y definitivamente no puedo tener su hijo, no si se va a casar con otra persona.

—No lo sabes seguro, ¿verdad? ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con este hombre?

Ignorando su pregunta, solté, —Sí lo sé. Me lo dijo. —Contengo la verdad completa porque ella no puede saber que es Roman. Sé lo leal que es. Simplemente se lo diría. Así que miento. —Por eso estoy aquí. ¿Vale? Por eso me fui de ese lugar.

Sorin baja la cabeza mientras asiente y dobla la esquina del delantal en su mano. Sus hombros se encogen ligeramente y oigo su suspiro. —Lo siento —dice—. Es un lugar terrible en el que estar.

—Sí, bueno, ¿qué puedo hacer? —Hago la pregunta retóricamente. No necesito una respuesta, porque incluso si estoy embarazada, no hay nada que pueda hacer. Me he metido en este lío y ahora tengo que lidiar con él. La posibilidad hace que mi mente racional empiece a planificar cada escenario. No tengo dinero para huir, pero ¿quizás podría conseguir que uno de los hombres de mi padre me dé algo? Podría hacerlo a cambio de cederles mi herencia. Ellos dirigirían bien el negocio, y yo podría desaparecer. Es una opción.

—Puedo mandar entrar al médico de Roman. Es discreto y podría—

—No. Ningún médico. —Mi sangre se hiela. El médico de Roman significa que Roman lo sabrá, y no puedo permitir eso. —¿Qué diría? ¿Y si cree que soy demasiado frágil para hacer mi trabajo y me obliga a volver a limpiar baños? Así que no… —Inhalo y exhalo lentamente—. Además, si es una falsa alarma y solo es gripe, se preocupará por nada.

Sorin no parece feliz con mi deseo de mantener el secreto, pero puedo ver que respeta mi elección, por ahora. —Entonces, ¿qué necesitas?

—Bueno, primero, necesito una amiga —levanto las cejas y dejo que mis ojos le supliquen—. No se lo digas a nadie, ¿vale? Esto es un poco aterrador para mí. No quiero que nadie lo sepa hasta que esté lista para decírselo. Y luego necesito una prueba de embarazo. No quiero preocuparme y ponerme nerviosa si no es nada.

Sorin aprieta los labios, y observo cómo el conflicto la atraviesa. Le importo, pero responde ante Roman, y mantenerle secretos al hombre que dirige esta casa va en contra de todos sus instintos. Estoy segura de que tiene alguna regla sobre saber todo lo que sucede bajo su techo.

—No me siento bien ocultándole esto —dice.

—No hay nada que ocultarle todavía. Si la prueba es negativa, entonces no hay secreto y no había razón para involucrarlo en primer lugar. Y si es positiva— —Las náuseas aumentan, y presiono el dorso de la mano contra mi boca y respiro hasta que pasan—. Si es positiva, lo enfrentaré entonces. Pero necesito saber primero. Por favor.

Sorin exhala un suspiro por la nariz y me frunce el ceño. Realmente no está contenta, pero se pone de pie lentamente y, con la cabeza gacha, dice, —Volveré dentro de una hora… Pero si es positiva, tenemos que decírselo. Necesitas a alguien que te cuide, y él estará furioso si descubre que estoy guardando un secreto. —Me aprieta el hombro al salir y cierra la puerta tras ella.

Acerco las rodillas al pecho y entierro mi cara entre ellas.

De todas las cosas que podrían haber pasado, esta es la única para la que no estaba preparada. ¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Cómo pude dejar que esto pasara? ¿Y qué dirá Vera cuando se entere?

22

ROMAN

Sirvo dos dedos de whisky y me acerco a la ventana, donde me quedo mirando el jardín sur mientras marco el número de Vera. No me entusiasma llamarla, pero para que mi plan funcione, necesito asegurarme de que cumple su papel. La única forma de lograrlo es mantenerla en vilo, hacerle creer que estoy considerando su estúpida propuesta.

—Roman —dice con una calidez fingida que me repugna—. Esperaba tu llamada. Ha pasado demasiado tiempo.

—Hola, Vera. ¿Cómo estás? —La cordialidad es el tormento de mi existencia con esta mujer. Las cosas que me gustaría hacerle por lo que le hizo a Mila son tan innombrables que ni siquiera me permito pensarlas mientras hablo con ella.

La oigo acomodarse en una silla, ponerse cómoda. —Dime que ya te has deshecho de esa chica. No ha sido más que un problema desde que conocí a su padre.

—Mila no es tu problema, Vera. Ahora trabaja para mí. —Su odio por la descendencia de Anton debería haberle revelado lo malvada que es, pero dicen que el amor es ciego. Supongo que Radin también fue un tonto por amar a una mujer como ella.

—No entiendo por qué. No tiene cabida en tu casa, Roman. No es una de mis hijas y no tiene nada que ofrecerte. Devuélvemela y centrémonos en lo que realmente—

—No es por eso por lo que llamo. —Doy un sorbo al whisky y paseo al otro lado de la habitación y vuelvo. No me interesa una pelea estúpida, y no voy a devolver a Mila a esa casa para que la manipulen más. —Llamo para confirmar que tú y las chicas estaréis en la gala.

—Por supuesto que estaremos. Sofi y Sabine llevan semanas esperándolo con ilusión. Por cierto, lo pasaron genial el otro día. No paraban de hablar de ello.

Seguro que no. El recuerdo de la semana pasada me revuelve el estómago: Sofi subiéndose a mi regazo en la mesa y Sabine pegándose a mi brazo, pasando los dedos por mi pelo, ambas tan agresivas que tuve que apartarlas físicamente de mí más de una vez. Sonreí para mantenerlas enganchadas, pero la idea de repetirlo me dan ganas de vaciar la botella de whisky y perder el conocimiento.

—Fueron muy entusiastas —le digo, dejándolo ahí. Esas chicas tienen mucho que madurar. Ni siquiera consideraría llevármelas a la cama, ni siquiera a las dos juntas— y eso que es la fantasía de casi cualquier hombre.

—Son mujeres apasionadas. Apreciarás esa cualidad cuando hayas tomado tu decisión. —Hace una pausa y añade—: Hablando de eso, ¿en qué andas pensando estos días? A una madre le gusta preparar a su hija para las buenas noticias.

—Vamos, no querrás que te arruine la sorpresa, ¿verdad? —Aquí es donde empiezo a disfrutar. Este juego del gato y el ratón subió de nivel cuando descubrí quién es Vera en realidad. Ella cree que es el gato, y la tengo justo donde quiero.

—¿Ni siquiera una pista?

—Ni una pista. Pero haré un anuncio importante en la gala. Delante de todos. Espero que te sorprenda y que apruebes mi elección.

—Me estás torturando, Roman. —Vera ríe con disimulo, y me la imagino moviendo las patas en el aire con falsa inocencia. Pero sospecho que, por dentro, hierve de tensión ansiosa. Quiere hundir sus garras en mi fortuna y lo quiere ya. Esperar es una tortura para ella.

—Creo que te sorprenderás mucho.

—Bueno, confío en tu criterio. Y estoy segura de que tomarás la decisión correcta para nuestras familias.

—Sí, bueno, tengo que irme. Me alegra saber que asistiréis. Ponte algo bonito, ¿vale? No podemos tenerte en el centro de atención si vas mal vestida. *Con un mono naranja chillón*… Quiero añadir, pero me muerdo la lengua.

—Ay, qué demonio de hombre. —Vuelve a reír, con un parecido inquietante a la risita irritante de Sabine, y cuelgo, dejando el móvil en la mesilla. El resto del whisky se desliza suavemente mientras me quedo en medio de la habitación, intentando que la tensión se esfume.

Hace días que no veo a Mila—he estado demasiado ocupado. Antes de eso, estuvo enferma, vomitando y demasiado indispuesta para servir la cena. Rebecca me dijo que había estado en cama casi toda la semana. No insistí porque, si Mila está realmente enferma, no puedo permitir que ande por ahí contagiando gérmenes. Pero ya ha pasado suficiente tiempo como para que su ausencia empiece a molestarme, y ansío interactuar con ella. Además, tengo que contarle mis pensamientos.

Así que le mando un mensaje a Yegor para que la traiga, y minutos después, llaman a la puerta. Yegor la abre y Mila entra, vestida con unos pantalones grises de chándal y una camiseta holgada. Lleva el

pelo recogido y la cara sin maquillar. Parece cansada y reservada, y aun así me pone duro en cuanto cruza la puerta.

—Eso es todo —le digo a Yegor, y él se va y cierra la puerta tras de sí.

Mila se queda cerca de la entrada con los brazos cruzados y no avanza más hacia la habitación. Sus ojos se posan en el vaso de whisky que tengo en la mano, luego en la cama y después en la ventana, sin mirarme directamente.

—¿Cómo te sientes? —pregunto.

—Mejor.

—Aún pareces un poco cansada —digo suavemente, esperando que no se lo tome a mal. Después del viaje, esperaba invitarla a mi cama esta noche. Compartir mis pensamientos con ella debería ser especial, no solo una reunión de negocios. Lo que le ofrezco la afectará, y espero que sea algo positivo.

—Gracias por eso —refunfuña, poniendo los ojos en blanco, y sé que se ha sentido insultada.

—Ven, siéntate —asiento hacia la cama.

—Estoy bien aquí.

—Mila.

—He dicho que estoy bien —aprieta los brazos contra su pecho—. ¿Qué quieres, Roman?

—Quiero que vengas a la cama conmigo —dejo el vaso en la mesilla y me aflojo la corbata. Mi cuerpo está listo, pero estoy dispuesto a tomarme mi tiempo para ayudarla a entrar en ambiente. La química entre nosotros es eléctrica. Seguro que querrá más de lo que ya le he dado.

—No puedo. Tengo la regla —Mila baja la cabeza y veo cómo sus hombros se encorvan. Que yo sepa, aún no le ha venido, aunque no

controlo sus ciclos. Tiene sentido y es lógico. Aunque es decepcionante. La deseaba, y aunque a mí no me molestaría en absoluto, si ella no se siente cómoda, no la presionaré.

—Al menos ven y siéntate —repito—. Necesito hablar contigo. Así que mi plan de introducirla suavemente en esto no va a funcionar como pensaba. Aún necesita oírmelo decir antes de esa gala.

—Dímelo desde ahí.

Maldita sea, qué frustrante. ¿Por qué no puede dejarme hacer algo bonito por ella? ¿Por qué tiene que ser tan cabezota? —Vale, llevo un tiempo pensando en esto y no tiene sentido casarme con una de las mujeres Koval y esperar que la familia se mantenga unida otros dos años y medio hasta que cumplas los veinticinco y la herencia pase a Vera por defecto —los ojos de Mila se abren como platos, pero sigue sin mirarme—. Es un mal plan. Tiene demasiadas variables y demasiadas formas de que Vera lo saboteé.

Sus ojos se clavan en los míos y suelta —¿De qué estás hablando?

—Hablo de ti y de tu herencia, Mila. Sé que tienes que casarte antes de cumplir los veinticinco y...

—Sé cómo funciona el testamento de mi padre, Roman.

—Entonces sabes que es una propuesta perdedora para los dos —doy un par de pasos hacia ella—. Yo no saco nada de este acuerdo durante tres años más, a menos que me case contigo. —Está saliendo mal y lo sé. No soy un hombre de gran tacto, pero esto se lleva la palma. La veo desmoronarse un poco, con el labio tembloroso mientras me mira.

—Si me caso contigo, asumo el liderazgo de la familia Radin ahora. No dentro de dos años y medio. Reclamas tu herencia antes porque has cumplido la condición del matrimonio, y los bienes pasan a ti antes de que Vera pueda desviarlos. La familia se mantiene unida bajo mi autoridad y tu nombre, y Vera pierde el control de todo lo que ha intentado robar.

Para mí tiene sentido y le da todo ahora, sin esperar. Y el mundo sabrá entonces que estamos juntos. Será mía en todos los sentidos, compartirá mi cama y será mi reina en lugar de mi sirvienta.

—Estás loco —siséa, negando con la cabeza.

—Es una victoria para los dos, Mila. Yo consigo la familia y tú lo que tu padre te dejó, y Vera no se lleva nada.

—¿Crees que quiero casarme contigo para que reclames todo mi imperio? ¿Como si fuera una estúpida propuesta de negocios? — Cuando lo dice así, duele. No es como lo veo yo, pero es parte de ello.

—Mila, es lo mejor para ti.

Ella avanza hacia mí y me da una bofetada, y al instante me llevo la mano a la mandíbula. Sus ojos están llenos de lágrimas, el pecho le sube y baja con fuerza y los puños le tiemblan a los lados.

—No quiero el poder —dice, temblando—. No quiero tener nada que ver con el dinero de mi padre. Podrías haberme preguntado qué quería en cualquier momento durante los últimos dos meses y nunca lo hiciste. Ni una sola vez.

—Mila...

—No me casaré contigo por una herencia, señor Kuzin —retrocede hacia la puerta y su mano encuentra el pomo—. No puedes darme lo que quiero. Y el hecho de que ni siquiera sepas qué es eso me dice que nunca querría ser tu esposa.

Abre la puerta y sale furiosa mientras yo me quedo allí, sosteniendo la mejilla, preguntándome qué he dicho. Le estoy ofreciendo casarme con ella, hacerla la reina de mi mundo. ¿Qué diablos quiere?

Miro la puerta y siento un nudo en el pecho. Cada una de sus palabras rebota en mi cráneo. Le he ofrecido todo—mi nombre, mi poder, mi mundo—y no importa. Se ha ido, y con ella, todo lo que

creía entender sobre ella. No quiere la corona que le ofrezco. Quiere algo que ni siquiera puedo nombrar, algo que no logro ver.

Repaso sus palabras, su tono, su manera de moverse—como si pudiera desvanecerse en el aire y yo me quedaría con las manos vacías. Y quizá es así. Quizá todo lo que he querido de ella no es lo que ella quiere en absoluto.

23

MILA

Mi corazón… No puedo creer lo que acaba de pasar mientras corro de su habitación, pasando junto a Yegor, que probablemente lo ha escuchado todo y piensa que soy una estúpida. Pero siento como si mi corazón físico en mi pecho estuviera muriendo. La opresión y el dolor son tan intensos mientras huyo hacia mi dormitorio que apenas puedo respirar.

Le deseo. Le deseo de manera tan desesperada, pero no así, y no por algún acuerdo. Toda mi vida he estado esperando a que alguien me quiera por mí misma, que me ame, me elija y celebre quién soy como persona. Ahora Roman Kuzin cree que puede poseerme y exhibirme por su imperio como un trofeo porque tengo algo que él quiere.

Pues está equivocado.

No me casaré con él solo para que pueda arrebatarme lo que es mío. Puede que le haya robado, y sí, eso estuvo mal. Nunca debería haber escuchado a Vera, aunque ese anillo realmente sea de mi padre. Debería haberme metido en mis asuntos y tolerarla como siempre lo hice. Pero no lo hice. Creí que la tarea de robar el anillo significaba algo para ella y fui lo suficientemente estúpida como para

pensar que finalmente me aceptaría. Ahora mira en qué me ha metido.

Entro en mi habitación y cierro la puerta de golpe, paseándome de un lado a otro al pie de mi cama. Esto es peor que escucharle elegir a Sofi o Sabine. Mucho peor. Pensar que quiere que le entregue toda mi herencia y ¿qué? ¿Que él dirija la organización de mi padre mientras me folla en secreto? ¿Y luego qué? ¿Simplemente le daré herederos?

No puedo.

No voy a permitir que me use como Vera me usó, y no voy a permitir que me olvide y me descarte cuando consiga lo que quiere. Ya he sentido suficiente olvido y descarte en mi vida. Valgo más que eso y lo sé, y lo que realmente quiero es que él me note.

Me meto en la cama, sin molestarme en ponerme el pijama, y me hago un ovillo mientras la ira sigue haciéndome revolver el estómago. Al menos ahora sé por qué estoy constantemente enferma, pero eso no cambia cómo me siento. Cuando Sorin trajo esa prueba, tuve que mentirle y decirle que era negativa solo para que dejara mi habitación. Y ahora, sabiendo que estoy embarazada de ese hombre mientras todo lo que él puede pensar es en expandir su imperio, es devastador.

Casi me hace llorar de nuevo mientras me arropo con la manta e intento dejar que la ira se disipe de mi cuerpo.

Al caer el atardecer, Sara se desliza por mi puerta con un plato de pan y un vaso de agua en una mano, cerrando la puerta detrás de ella con la otra, lo suficientemente silenciosa como para que el pestillo apenas haga clic. Se ha vuelto buena en esto durante la última semana. Cada noche a la misma hora, aparece con exactamente lo que he pedido—pan simple, agua a temperatura ambiente, nada que empeore las náuseas.

—¿Cómo te sientes esta noche? —susurra, dejando el plato en la mesilla y sentándose al borde de la cama con las piernas dobladas bajo ella. Es solo una niña, realmente, aunque legalmente es una adulta. Pero su inocencia nos ha ayudado a conectarnos más de lo que me siento cómoda conectando con los demás. Sara sabe guardar un secreto, incluso de Roman.

—Igual. —Me siento contra el cabecero y arranco un trozo de pan y me lo meto en la boca, masticando lentamente. —Mejor después de comer.

—Eso es bueno, ¿no? Si comer ayuda, eso significa que el bebé está—

—Por favor, no digas esa palabra en voz alta. —Hago una mueca ante lo horrible que sueno, pero si alguien se entera… No sé cómo voy a mantener este secreto, pero lo haré. Roman nunca sabrá que estoy esperando su bebé, y tampoco Vera. Ella encontraría alguna forma de usarlo en mi contra, y él podría quitármelo.

Ella aprieta los labios y asiente, y cruza las manos sobre su regazo. Sara es joven y entusiasta, y se sienta con los ojos muy abiertos cada vez que hablo con ella. Cuando le conté sobre la prueba y por qué nadie podía saberlo, lo entendió y estuvo de acuerdo. No ha dicho ni una palabra a nadie, y confío en que no lo hará.

Sorin habría ido a Roman en menos de una hora, dividido entre la culpa y el deber, y Roman habría averiguado el resto por su cuenta. Pero Sara es más joven y más impresionable, y no considera que contar a Roman sea su responsabilidad. Para ella, guardar mi secreto es un privilegio.

Ayuda que ella piense que el padre es algún hombre de mi vida antes de venir aquí. No la he corregido.

—Vale, veo que estás disgustada —dice mientras acerca las rodillas al pecho y las abraza—. ¿Quieres contarme más sobre tu vida antes de venir aquí? La pobre ha tenido una vida tan horrible que escuchar

los detalles aburridos de mi vida parece entretenerla como si fueran cuentos de hadas.

Muerdo otro trozo de pan, lo trago con agua y apoyo la cabeza contra el cabecero. —Ya te he hablado de mi padre.

—Cuéntame sobre cuando Vera llegó por primera vez.

—¿Quieres la versión fea o la educada? —Me río, bien consciente de que mi odio hacia esa mujer puede teñir todo lo que diga.

—La fea —Sara sonríe y coge la manta extra del pie de mi cama para envolverse los hombros. El aire acondicionado está más frío esta noche.

Cierro los ojos y dejo que el recuerdo aflore. —Tenía casi once años. Mi padre la trajo a casa para cenar y llevaba un vestido color crema y perlas, y sonreía tan ampliamente que podía contar cada diente de su boca. No dejaba de tocar el brazo de mi padre y reírse de cosas que no tenían gracia, y me llamaba cariño con una voz tan empalagosa que me dolían los dientes.

—¿Y tus hermanastras?

—Ah, bueno, Vera le dijo a mi padre que eran ángeles tímidos, pero cuando Sofi me arrancó el pelo en menos de diez minutos y se burló de mi colcha rosa, aprendí muy rápido que Vera es una mentirosa y sus hijas son unas mimadas —El recuerdo sigue siendo malo. Papá debería haber sabido de inmediato que nunca funcionaría. A veces me pregunto si Vera lo chantajeó o algo así. Cambió tan rápido.

—Eso es horrible.

—Esa es Vera. Podría ver a una de sus hijas prender fuego a la casa y seguir pensando que son perfectas —Arranco otro trozo de pan y lo como lentamente. —Papá le creyó porque estaba solo, creo, y Vera es muy buena haciendo que los hombres solitarios crean lo que ella quiere que crean —Me siento triste al pensar en cómo ha

engañado completamente a Roman. No merece lo que ella le está haciendo, pero no puedo evitarlo. Él cree lo que quiere creer.

Sara sacude la cabeza y pone los ojos en blanco. —Las tres suenan horribles.

—Lo son —murmullo suavemente mientras pienso en cómo ahora, al otro lado de la ciudad, probablemente están eufóricas por la gala. Roman quiere que aparezca y participe, pero no tengo interés en ir. Ahora que he dejado claro que no estoy interesada en casarme con él para formar algún acuerdo comercial, volverá a elegir a una de ellas.

Las lágrimas en mis ojos se derraman antes de que pueda parpadear para detenerlas, y Sara me da unas palmaditas en el pie bajo las sábanas. —Te mereces algo mejor que todas ellas —dice.

Le sonrío aunque estoy triste. Pero estar triste no va a cambiar lo que está pasando. Es mi culpa estar en este lío. Dejé que Roman se saliera con la suya conmigo y me gustó mientras ocurría. Pero las decisiones tienen consecuencias, algo que debería haber aprendido ya, pero no lo he hecho.

—Vete —le digo, señalando hacia la puerta—. Es tarde y si te pillan aquí, ambas estaremos en problemas.

Sara se desenreda de la cama y me aprieta la mano antes de irse, cerrando la puerta tras ella. Me recuesto contra las almohadas y miro al techo. El pan ha calmado mi estómago lo suficiente como para que las náuseas hayan desaparecido, lo máximo que puedo esperar estos días.

No puedo creer que realmente esperara que quisiera casarme con él. Y como lo he rechazado, será Sofi o Sabine, y quienquiera que sea dirá que sí antes de que termine la frase. Y Vera obtendrá exactamente lo que quiere, y mi herencia se escapará de mis dedos como ella siempre ha planeado.

Tal vez se casen rápido y la boda ocurra antes de que se note. Entonces, para cuando Roman se entere del bebé, será demasiado tarde para obligarme a nada. Nunca anularía un matrimonio para reclamar a una criada embarazada, y yo estaría libre de cualquier responsabilidad hacia él.

O tal vez todavía pueda escabullirme cuando nadie mire y desaparecer.

Una cosa que sé con seguridad es que, cuando él diga —«Sí, quiero»— a otra persona, no puedo quedarme aquí. No voy a ver a un hombre del que me he enamorado llevar a otra mujer a su cama cada noche.

Mi corazón no sobreviviría a eso.

24

ROMAN

Alana empuja un perchero lleno de fundas de ropa por el pasillo a mi lado mientras el Dr. Levin nos sigue unos pasos más atrás, con su maletín médico en una mano y su abrigo doblado sobre el brazo. Los tres formamos una procesión peculiar—una estilista, un médico y un hombre que no ha dormido bien en días—y Rebecca nos observa pasar por la puerta de la cocina con las manos retorciendo un trapo.

—¿Te espera? —pregunta Rebecca.

—No.

—Roman, ella no va a—

—Lo sé. —Sigo caminando y Rebecca sacude la cabeza. Puedo sentir su desaprobación siguiéndonos por el pasillo, pero no intenta detenerme. Sabe mejor que nadie que Mila no puede seguir así. Además, necesito su ayuda para algunas cosas, y no me gusta que me ignoren. Ha estado enferma durante demasiado tiempo como para no preocuparse. Estoy decidido a que mi médico la examine y nadie me va a detener.

Llamo a la puerta de Mila y la abro sin esperar. Cuando entro, está sentada con las piernas cruzadas en la cama, con unos pantalones deportivos y una camiseta holgada, tiene un libro abierto en su regazo y un trozo de pan seco en la mano, a mitad de mordisco. Su pelo está sin lavar y recogido en un moño, y las ojeras se han acentuado desde la última vez que la vi.

La habitación huele a encerrado y húmedo con las cortinas cerradas, y hay un vaso de agua en la mesilla de noche con el resto de su brillo de labios en el borde. Ella me mira, luego al Dr. Levin, después a Alana y a las fundas de ropa que llenan la puerta, y su cara pasa de la sorpresa a la irritación en medio segundo.

—¿Qué es esto? —pregunta, quitando las migajas de su libro antes de cerrarlo. Lo coloca apresuradamente al lado del vaso en la mesilla y se levanta de la cama.

—Este es el Dr. Levin. Va a examinarte. Y esta es Alana. Está aquí por la gala.

—Roman —dice con una cortesía fingida, aunque noto la frustración en su tono—, no te pedí un médico. Y no estoy segura de a qué te refieres con lo de la gala.

—No necesitas pedírmelo. Sé que lo necesitas. —Entro en la habitación y sostengo la puerta abierta para los otros dos, que pasan a mi lado y se acomodan dentro—. Has estado enferma más de una semana, apenas comes y la gala es dentro de siete días. Así que aquí estamos. —Levin y Alana empiezan a prepararse, siguiendo mis órdenes, porque saben lo que les conviene. Harán lo que les pida sin importar cómo se sienta Mila.

—No necesito—

—Quédate quieta y deja que el médico haga su trabajo —gruño, y ella se muerde la lengua. Es algo que puedo contar de Mila, que no quiere avergonzarse. Mientras estos dos estén aquí, espero que siga comportándose. Solo quiero llegar al fondo de esto y descubrir por

qué está enferma para que podamos ponerla de nuevo en marcha. No puedo tener una flor mustia en mi gala cuando presente mis planes a una sala llena de gente.

Mila frunce el ceño antes de sentarse de nuevo en el borde de la cama. Alana coloca el perchero cerca de la ventana y el Dr. Levin se sienta al borde de la cama junto a Mila, abriendo su maletín.

—Estoy bien —le dice al médico antes de que la haya tocado—. En serio, no necesito que nadie me cuide. Solo era gripe o algo así.

—Déjame confirmarlo. —Está calmado y no se inmuta, tiene órdenes. Una de las razones por las que lo respeto tanto— hace lo que se le dice. Le toma el pulso, le mide la temperatura, le enfoca la luz de una linterna en los ojos, le presiona suavemente debajo de la mandíbula para buscar inflamación. Mila lo soporta sin quejarse demasiado, pero veo la ira en sus ojos. Para ella es una invasión, no una cortesía, y ahora soy su enemigo.

Bueno, que así sea. No tiene ni idea de que detendría el mundo entero si eso significara asegurarme de que está bien cuidada. Quizá nadie se ha detenido a cuidarla antes, y no está acostumbrada a esto. Aunque no creo que deba explicárselo.

—¿Algún dolor? —pregunta Levin.

—No. —Mila se aparta de su linterna.

—¿Mareos?

—A veces —dice, encogiéndose de hombros.

—¿Qué tan frecuente es a veces?

—Cuando me levanto muy rápido. Cuando no he comido. —Escuchar que no está comiendo bien es desalentador. Trato bien a mi personal, les doy todo lo que quieren sin excepción. Mila es mucho más para mí ahora. ¿Por qué cree que no puede comer?

—¿Y cuándo fue la última vez que comiste una comida completa? No pan. Una comida de verdad. —Levin me mira con interrogación, pero no tengo respuesta para él. No la vigilo más que a cualquier otro miembro de mi personal.

Ella también me mira, y ahora veo miedo en sus ojos. —No lo recuerdo.

—¿Días? —pregunta el médico.

—Quizá.

Resopla y saca un manguito de presión arterial de su bolsa, envolviéndolo alrededor de su brazo, luego lo infla y observa el manómetro. —Tu presión está más baja de lo que me gustaría. —Desenrolla el manguito, lo guarda y la mira con compasión. —Necesitas comer, y no pan. Proteínas, verduras, agua. Tu cuerpo está funcionando sin combustible ahora mismo… ¿Va todo bien? ¿Estás deprimida?

Mila encoge un hombro y aparta la mirada de él, y empiezo a darme cuenta de con qué estoy lidiando.

—Bueno, si te sientes decaída, puedo recetarte algunos medicamentos. —Levin se pone de pie, pero se queda flotando.

—Estoy bien. Te lo prometo, si necesito algo, te llamaré. —Parece incómoda, y me alivia que Levin no haya anunciado aún la necesidad de más pruebas.

—Intenta comer más —dice, guardando su linterna.

—Lo intentaré —murmura Mila, pero ahora tiene la cabeza gacha como un niño regañado.

Levin termina y me hace un gesto para salir al pasillo. Cierro la puerta a medias tras de nosotros mientras lo sigo y él empieza a hablar.

—Está deshidratada y agotada, pero nada alarmante —dice casi en un susurro—. Su presión arterial es baja, y parece que está exhausta y levemente deprimida. Necesita sol, agua y gente a su alrededor. La abstinencia, la pérdida de apetito… es coherente con el duelo. Si la muerte de su padre fue reciente, probablemente esto sea lo peor.

—¿Cuánto dura esto? —Sus palabras no me sorprenden después de mi momento de claridad en la habitación. He estado esperando que Mila actúe con normalidad porque su pérdida no me ha afectado. No estoy de luto por Anton de ninguna manera. Me beneficio de su muerte. Soy un necio, y siento que el corazón se me parte por ella. Es una sensación extraña para un hombre que nunca se permite el lujo de las emociones.

—Depende de la persona… ¿semanas, meses? No hay un plazo para el duelo, Roman. Cada uno lo vive de manera diferente.

—¿Hay algo que puedas darle? —pregunto, ahora preocupado por no saber cuidarla, ya que soy tan inepto en asuntos de intimidad y compasión—. ¿Debería preocuparme?

—Enviaré suplementos para la deshidratación y algunas vitaminas. Pero el duelo no es médico. Necesita sentirse lo suficientemente segura para comer, descansar y reconectar con la gente a su alrededor. Eso no es una receta que pueda escribir.

Y, por supuesto, lo que más necesita es algo que me desafía hasta la médula. Si me pides que pelee, noquearé a mi oponente. Si me pides que dirija un negocio o haga cumplir las normas, tendré éxito. Pero si me pides que abrace a una mujer mientras llora, o que calme a un niño asustado, fracasaré. No tengo ni idea de cómo hacerlo.

—Sí, vale —murmuro, sintiéndome desesperanzado. Quizá Rebecca pueda ayudar. Dios sabe que, si depende de mí, Mila solo empeorará.

El doctor Levin se da la vuelta y camina por el pasillo con su bolsa mientras yo me quedo un momento con la mano en el marco de la

puerta, viéndolo marcharse.

Podría haber manejado un virus o una infección, pero el duelo no era lo que esperaba. Amo a esta mujer. Lo sé desde hace semanas. Pero escuchar a un médico decirme que se está ahogando en el dolor mientras yo estoy fuera de su puerta sin poder hacer nada al respecto hace que saberlo sea aún peor.

Le compraría una casa si la aceptara. La llevaría a cualquier parte del mundo si me lo permitiera. Despedazaría a Vera con mis propias manos si eso devolviera el color a su rostro. Pero el duelo no responde a la fuerza, el dinero o los gestos grandilocuentes, y esa es la única manera en que sé resolver problemas.

Después de todo lo que Vera le hizo—la manipulación, el aislamiento, los años de ser tratada como menos que sus hermanastras—no puedo forzar la mano de Mila. Ahora lo sé. Pero puedo protegerla de lo que sea que Vera haya planeado, y puedo asegurarme de que llegue a esa gala como se merece—como una reina, no como una sirvienta que toma prestada la vida de otro.

Cuando vuelvo a entrar, Alana ha abierto tres fundas de vestidos y los ha extendado al pie de la cama—un vestido esmeralda largo hasta el suelo con un corpiño ajustado y una abertura en el lado izquierdo, otro azul noche con la espalda drapeada y tirantes finos, y un tercero de seda negra a media pierna con un escote asimétrico. Tiene una cinta métrica alrededor del cuello y un acerico en la muñeca, y ya está en modo trabajo.

—Este te quedaría impresionante —dice Alana, sosteniendo el vestido esmeralda y girando la percha para que la tela brille a la luz —. Con tu tono de piel, este verde es perfecto. El corpiño se ajusta aquí —hace un gesto sobre su propio pecho— y la abertura llega a mitad del muslo. Elegante sin esforzarse demasiado.

Alana mira expectante, y la pobre no se da cuenta de que estoy obligando a Mila a hacer esto. Mientras tanto, Mila parece una bomba de relojería a punto de estallar, y todo es culpa mía. Si

hubiera sabido que solo era duelo por su padre, nunca la habría presionado. Habríamos tenido una conversación completamente diferente.

—Este es más discreto —Alana deja el vestido esmeralda y coge el azul—. Mira qué líneas clásicas y limpias. El drapeado de la espalda es precioso. —Sus manos se extienden sobre la tela y su cálida sonrisa es convincente, pero Mila no está por la labor.

—No voy a ir a la gala —dice Mila, mirándome a mí, no a Alana.

—Sí que vas. —Después de lo que dijo el médico, quiero ser suave con ella, no autoritario, pero mi plan no funciona si ella no está allí.

—Te he dicho que no. —Ahora está siendo cabezota, cruza los brazos sobre el pecho mientras se levanta de la cama y me mira desafiante.

—Y yo te he dicho que no tienes elección. La gala es dentro de siete días y necesitas un vestido. —¿Qué es lo que no entiende? No es opcional. Estará conmigo. Tiene que ser así.

—No necesito un vestido porque no voy—

—Prueba el esmeralda —le digo, interrumpiéndola. Mi tono es calmado e intento sonar amable, pero ella está siendo tan obstinada —. No hace falta que te lo pongas, solo sujétalo delante del espejo.

—No —escupió, y veo cómo se le llenan los ojos de lágrimas, ese brillo que lucha por contener. Se abraza con más fuerza mientras le tiembla el labio inferior y mira a Alana, que se ha quedado quieta junto a la ventana.

Me giro hacia Alana, sabiendo que no voy a conseguir nada con Mila esta noche, pero sigue necesitando un vestido—. Usaremos el vestido esmeralda, gracias. Toma las medidas que te envié y que esté listo para el miércoles. Trae peluquería y maquillaje la noche del evento.

—Por supuesto. —Alana guarda los vestidos en las bolsas y las cierra, luego pliega el perchero, moviéndose ahora con más rapidez

—. Haré que te lo lleven todo.

Sale con el carrito y cierra la puerta, y en cuanto Alana se ha ido, Mila se acerca a mí con expresión furiosa. No recuerdo haberla visto nunca tan emocional.

—¿Cómo te atreves? —chilla, pero está a punto de romperse—. No te pedí un puto médico, y no quiero que me vista ninguna costurera. —Respira hondo, luchando contra el temblor de su voz—. ¿Quieres que parezca tan falsa como mis hermanastras zorras, es eso?

—Intento cuidarte, mujer. ¿No lo ves? —Me siento enfadado, lo cual sé que no es la respuesta adecuada, pero no hay nadie aquí que me diga cuál sería.

—No te he pedido que me cuides.

—No, no lo has hecho, pero no eres la misma. —Noto cómo me sube el tono de voz y no lo freno—. Has estado desapareciendo, Mila, poco a poco. Y no voy a quedarme aquí sentado fingiendo que no me doy cuenta.

Ella echa chispas, da unos pasos en una dirección y luego vuelve—. No te soporto. No me perteneces.

—Te estaba dando una opción, ¿vale? Dejarte elegir el vestido era—

—¿Mi elección? Nada ha sido mi elección desde que entré en esta casa. Has tomado todas las decisiones por mí desde que llegué a esta prisión, y ahora decides que me pondré a tu lado para verte elegir a una de mis hermanastras para casarte.

—¡No sabes lo que voy a hacer en esa gala! —grito, y lo lamento. Me hierve la sangre. Nadie me habla así porque me tienen miedo. ¿Por qué demonios dejo que esta mujer me saque de mis casillas hasta hacerme gritar?

—Sé lo suficiente. —Mila se acerca a mí y, mirándome con furia, dice —: Invadiste mi privacidad, Roman. ¿No lo ves? No me posees. Este acuerdo te da mi trabajo, no mi dignidad.

Pierdo los estribos. La agarro de los brazos y la sacudo con fuerza, sabiendo bien que podrían quedarle marcas, pero es que me saca de quicio—. No tienes ni idea de cómo dejar que alguien se preocupe por ti —gruño, tan enfadado que me da igual lo asustada que parezca—. No eres capaz de reconocer la compasión genuina ni cuando te la ofrecen.

Tiene los ojos muy abiertos, la garganta se le mueve al tragar el miedo, pero está temblando, no llorando.

—Tu padre está muerto, Mila. Estás de luto y no dejas entrar a nadie. —La crueldad de lo que estoy a punto de decir me golpea un segundo después de salir de mi boca—. Y quizá las suposiciones de Vera sobre ti eran ciertas. Quizá hay—

Me da una bofetada tan fuerte que veo las estrellas, y cuando recupero la visión y la miro, hay lágrimas corriendo por sus mejillas y todo su cuerpo tiembla. Algo pasa entre nosotros que se clava dolorosamente hondo en mi pecho.

Me lo merezco. Cada sílaba de lo que he dicho, me lo merezco.

—Lo siento —le digo contra su boca—. No era eso lo que quería decir.

—Sí que lo era.

—No. Lo he dicho porque estoy frustrado viéndote desvanecerte.

—Te odio —murmura mientras suelto sus brazos y ella se seca las lágrimas.

—No lo dices en serio —le digo suavemente. No puede decirlo en serio. No puede ser tan fácil destruir el frágil vínculo que hemos creado. ¿O sí?

—Sí que lo digo.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente, y le acaricio ambas mejillas para atraerla hacia un beso. Sus labios son flexibles y

suaves, y mi tacto es tan delicado que podría apartarse si quisiera, pero no lo hace.

—No creo que lo digas en serio —susurro.

25

MILA

No puedo creer que lo esté besando de nuevo. Las lágrimas aún queman mis ojos y humedecen mis mejillas, pero mis labios están pegados a los de Roman como si él fuera esencial para la vida.

—Te odio —le digo de nuevo, entre besos, y él apenas retrocede una pulgada.

—Sigues diciéndolo, pero no creo que sepas lo que significa —Sus manos están en mis caderas, guiándome hacia la cama mientras su boca devora la mía.

—Lo digo en serio.

—Entonces deja de besarme.

No puedo parar.

Puede que no sea esencial para la vida, pero esto es todo lo que tendré con él. No lo dejaré hasta que me obliguen.

Cojo el borde de su camiseta y la levanto, y él suelta mi cara el tiempo suficiente para que se la quite por encima de la cabeza y la

tire. Luego su boca vuelve a la mía, más hambrienta ahora, las manos deslizándose desde mis caderas hasta mis curvas y de vuelta.

—Esto no cambia nada —le digo, extendiendo mis manos sobre su pecho, sintiendo su latido bajo mis dedos.

—Lo sé.

—Todavía estoy enfadada contigo.

—También lo sé —Sigue retrocediendo hasta que mis piernas chocan con la cama y me siento, y él me sigue hacia abajo, presionándome contra el colchón con su cuerpo. Toda la cama se sacude, golpeando la mesilla de noche y haciendo que mi libro caiga al suelo.

—Eres un gilipollas —le digo mientras su boca se mueve por mi mandíbula hasta mi cuello.

—Ya lo has mencionado —Sus dientes se clavan en la piel debajo de mi oreja y jadeo y mis caderas se levantan de la cama y puedo sentir su sonrisa contra mi garganta. —¿Quieres que pare?

—No.

—Entonces deja de decirme que me odias y déjame tocarte.

Empuja mi camiseta hacia arriba, su mano deslizándose por mis costillas, y me arqueo lo suficiente para que se la quite por la cabeza. Mi sujetador sigue—una mano detrás de mi espalda, y con un simple giro ya no está allí. Él me mira desde arriba, desnuda desde la cintura hacia arriba, y observo cómo sus ojos viajan desde mi rostro hasta mi pecho y la forma en que me devora con la mirada hace que mi estómago se contraiga.

—Me estás mirando fijamente —le digo mientras lo alcanzo.

—Mirar fijamente es de mala educación. Esto es adoración, cariño —Baja su boca hasta mi pecho, sus labios rodeando el pezón, y el calor de su lengua me hace gemir.

—Rome—

—Mmm —La vibración contra mi pecho envía un escalofrío directo entre mis piernas. —Me gusta cuando me llamas así. —Chupa más fuerte, y gimo mientras mis caderas se levantan de la cama. Luego se mueve hacia el otro pecho, primero con la lengua, rodeando el pezón lentamente antes de llevárselo a la boca. Me estremezco y me retuerzo y envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas.

—Eres tan sensible así —dice contra mi piel antes de pasar la lengua por el pezón, haciéndome jadear. —Y aquí. —Muerde suavemente y gimo. —Estoy aprendiendo dónde te quiebras.

—Pues entonces quiebra me —gimo mientras lo atraigo hacia mí para un beso. Sus labios cubren los míos, la lengua explorándome mientras mi cuerpo comienza a frotarse contra él.

Su mano sube hacia un pecho, enrollando el pezón entre su pulgar y su índice, tirando suavemente, y yo me retuerzo y respiro entre besos y pierdo la noción de cualquier pensamiento que haya tenido.

Cuando su mano deja mi pecho y recorre mi estómago, metiéndose bajo la cintura de mi pantalón de chándal y mi ropa interior en un solo movimiento, gimo. Sus dedos se deslizan por la humedad entre mis piernas y el gemido que sale de él vibra a través de mi pecho.

—Joder, Mila.

—No actúes sorprendido… Tú eres el que lo hizo. —Sus caderas bombean contra mi muslo exterior mientras me acaricia y vuelvo a tensarme.

—No estoy nada sorprendido, cariño. —Sus dedos encuentran mi clítoris y presionan y todo mi cuerpo se estremece. —¿Cuándo fue la última vez que alguien te tocó aquí?

—Ya conoces la respuesta a eso. —La sangre me sube a la cara. ¿Qué me está haciendo? Sabe que era virgen cuando llegué aquí.

—Dímelo de todas formas. Quiero oírtelo decir.

Estoy avergonzada. No sé si le gusta eso o si está intentando degradarme. A algunos tipos les pone. —Eres el único que me ha tocado.

—Así es, porque ahora me perteneces. —Acelera, y yo gimo y mis caderas se mueven contra su mano. —¿Estás empezando a entenderlo ya?

—¿Siempre eres tan posesivo?

—¿Contigo? Sí. —Presiona más fuerte y mi respiración se corta. —Contigo, soy peor que posesivo. Estoy obsesionado. —Sus dedos giran más ajustados y rápidos, y mi cabeza cae contra la almohada y mi boca se abre y no sale ningún sonido durante unos segundos porque el placer es tan intenso que me ha robado la voz.

—Joder, eres tan hermosa así, Mila.

Sus dedos trabajan en mí con firmeza, presionando y girando y ajustándose cada vez que mi cuerpo se lo indica. Cuando gimo, él va más fuerte. Cuando me muerdo el labio, él va más rápido. Cuando mis muslos empiezan a temblar, él se inclina y vuelve a llevarse mi pezón a la boca y lo chupa, y la doble sensación hace que agarre las sábanas y me aferre.

—Por favor —suplico.

—¿Por favor qué?

—Por favor, no pares. —Es increíble. Estoy tan cerca.

—No voy a parar. Dime qué necesitas. —El aliento de Roman roza mis pezones húmedos, enfriándolos, y yo tiemblo y gimo en voz alta.

—Más rápido. Más fuerte. Estoy tan cerca. —Mi voz tiembla mientras le suplico.

Me da ambas cosas. Sus dedos presionan mi clítoris y me hacen caer de lleno. El orgasmo surge tan rápido que me pilla desprevenida, subiendo desde la base de mi espalda a través de mi estómago y

explotando detrás de mis costillas. Me retuerzo y me sacudo, casi gritando porque no puedo contener los sonidos.

—Dios, tu coño aprieta mi dedo tan fuerte —dice contra mi piel.

Mi espalda se arquea sobre el colchón y mis muslos se cierran alrededor de su mano, y sigo retorciéndome de placer mientras sus dedos se mueven contra mí, alargándolo. Cuando la última ola pasa por mí, me derrumbo, jadeando, temblando, sin fuerzas.

—Dios mío, Rome…

—Sabes que eres la única que me llama así —dice, levantándose con cuidado de la cama mientras me quita los pantalones y las bragas de un tirón.

—¿Sí? ¿Cómo te llaman? ¿Jefe? Porque yo no pienso llamarte así. —Mis pantalones caen al suelo y abro las piernas, tocándome ligeramente mientras él se quita la camiseta y luego se desabrocha el cinturón.

—Me gusta… Puedes llamarme Rome si quieres. —Sus ojos me devoran, observando cómo mis dedos se mueven en mis propios fluidos, y yo observo cómo su grueso miembro sale libre, erguido para mí.

Vuelve entre mis piernas, separando mis rodillas con sus caderas, y el contacto de su piel desnuda contra la mía—pecho contra pecho, estómago contra estómago—me hace tirar de él hacia abajo y besarlo profundamente.

Alcanzo entre nosotros y lo envuelvo con mi mano, acariciándolo unas cuantas veces, y su respiración se corta contra mi boca.

—Tus manos van a acabar con esto antes de que empiece —advierte, frotándose contra mi agarre.

—Entonces date prisa, Rome —digo juguetonamente. Por fin, empiezo a relajarme en este momento y a recordar lo embriagador que es.

—Mandona.

—Estás perdiendo el tiempo —le digo, mientras sigo acariciándolo y él gime.

—Lo digo en serio, Mila. Si no me sueltas, voy a correrme en tu mano, y eso no es lo que ninguno de los dos quiere ahora mismo.

—¿Cómo sabes lo que quiero?

—Porque puedo sentir lo mojada que estás contra mi muslo y no quieres mi mano. Me quieres dentro de ti. —Toma mi muñeca y aparta mi mano, sujetándola contra la almohada. —¿Me equivoco?

—No te equivocas.

—Entonces déjame follarte hasta dejarte sin sentido… —Alcanza entre nosotros y se coloca, y siento la punta de su miembro presionándome. Mis caderas se inclinan hacia arriba y él empuja, un largo empujón que me llena por completo, y gimo embarazosamente fuerte. Intento esconder mi cara, pero él me muerde el cuello con fuerza.

—No te escondas de mí —gruñe contra mi piel. —Quiero oírte. Cada sonido.

—Entonces haz algo que valga la pena hacer ruido —purro, arañando sus costados.

Se retira y empuja de nuevo, y mi cama cruje y el cabecero golpea la pared. Lo hace otra vez, más fuerte, y jadeo y mis piernas se envuelven alrededor de su cintura.

—Más —digo.

—Todavía no. Primero vas a correrte de nuevo.

—Ya me he corrido.

—Y te vas a correr de nuevo. —Rueda sus caderas en el siguiente empujón, frotando profundamente, y la fricción en mi clítoris me

hace gemir. —¿Verdad?

—Tal vez.

—No tal vez. —Lo hace de nuevo, frotando en el fondo del empujón, y mis ojos se cierran y mi boca se abre.

—Vale —susurro. —Sí… Creo…

—Definitivamente. —Se ajusta, deslizando su mano bajo la parte baja de mi espalda, levantando mis caderas, cambiando el ángulo. El siguiente empujón golpea un punto dentro de mí que me hace gemir y agarrar las sábanas.

—¿Ahí? —pregunta.

—Ahí. No te atrevas a moverte.

—Esa es mi chica. —Entra en el mismo punto una y otra vez mientras su mano libre se desliza entre nosotros y su pulgar encuentra mi clítoris y empieza a hacer círculos. La presión es devastadora.

—¿Cómo se siente? —pregunta, pero no puedo hablar. Me estremezco hacia arriba, jadeando y gimiendo, pero he perdido la capacidad de articular palabras—. Quiero oírte decirlo.

—Dios mío. —Mi voz se quiebra—. Ro… oh…

—Quédate conmigo. —Su pulgar presiona más fuerte y acelera el ritmo—. Háblame. Dime qué sientes.

—Todo. Lo siento todo.

—Sé específica.

—Roman…

La presión aumenta más rápido, enrollándose en mi centro hasta que cada músculo de mi cuerpo se tensa y no puedo hablar, ni

pensar, ni hacer nada excepto agarrar las sábanas y rezar para no estallar en llamas espontáneamente.

—Estoy tan cerca… —gimoteo.

—Mírame —dice, y lo hago, y la crudeza en sus ojos es lo que me destroza.

El orgasmo me atraviesa y grito de nuevo, arqueando la espalda. El placer desgarra mis músculos, destrozando mi capacidad de controlarme, y las convulsiones se apoderan de todo mi cuerpo. Me ciño a él con tanta fuerza que su ritmo vacila, y gruñe antes de casi derrumbarse.

—Joder… —Sigue empujando dentro de mí, sin control. Su ritmo es desesperado y desigual, y yo sigo palpitar a su alrededor. Cada vez que me contraigo, él gime más fuerte y empuja con más fuerza.

Entonces se hunde en mí y todo su cuerpo se pone rígido. Lo siento palpitar dentro en largas olas calientes mientras gime contra la curva de mi cuello, con la boca abierta sobre mi piel y los puños retorciendo las sábanas junto a mi cabeza.

Roman no espera mucho antes de salir y rodar a mi lado. Los dos respiramos con dificultad, mirando al techo con las sábanas enredadas en nuestras piernas. Mi cuerpo todavía vibra y mi piel está húmeda, y ninguno habla durante un momento.

Que tengamos una química increíble y que nuestros cuerpos hagan estas cosas no significa que nada haya cambiado. Me giro de lado, alejándome de él, y suspiro mientras la tristeza vuelve a filtrarse. No es solo extrañar a mi padre. Es este lío en el que estoy metida ahora. Estoy enamorada de un hombre el doble de mi edad, y ese hombre se mueve por el poder y la codicia. No sabe cómo amarme, e incluso si lo supiera, no querría. Quiere el imperio, no una familia.

Si soy completamente honesta conmigo misma, se merece a alguien como Sofi o Sabine, solo por cómo me trata. Pero odio eso por él. No quiero que sea infeliz. Quiero que sea feliz. Si tener mi imperio

significa que es feliz, entonces debería tenerlo también —Dios sabe que yo no lo quiero—. Lo que significa que Sofi o Sabine serían buenas para él en ese aspecto. ¿Y quién soy yo para interponerme en su camino? Simplemente no quiero verlo suceder.

—No quiero ir a la gala —le digo suavemente. Espero que si entiende cómo dañará mi salud mental, no me obligará. Dijo que le importo y que quiere cuidarme. Si realmente es así, no me hará ir.

—Sé que no quieres —dice, y su mano descansa en la curva de mi cadera.

—Entonces no me obligues.

Roman me atrae hasta que estoy de espaldas otra vez, mirándolo—. Te dije que me casaría contigo, Mila. La oferta sigue en pie. No tengo que anunciar nada sobre Sofi o Sabine en esa gala.

—Y yo te dije que no. —Voy a llorar. Si no se calla, me derrumbaré en lágrimas y le diré todo porque mi corazón está tan lleno de tristeza que no puedo contenerla más.

Él suspira, y juro que veo tristeza en sus ojos, pero ninguna explicación. Ninguna confesión de amor, ni súplicas para que lo reconsiderara. Ni siquiera puede decirme que me quiere allí. Todo lo que puede hacer es ordenarme.

Miro al techo durante mucho tiempo, tratando de decidir qué hacer. Nunca estaré de acuerdo con que piense que me casaría con él y le entregaría mi herencia. Pero no importa si estoy en esa gala cuando anuncie qué hermana elige o no. Igual terminaré enterándome. Supongo que es mejor estar presente y enterarme de primera mano que escuchar los rumores y quedar destrozada.

—Bien, iré. Pero no me casaré contigo. —A mi corazón no le gusta esa respuesta más que a él.

—Mila…

—Iré, Roman. Eso es lo que ofrezco. Tómalo o déjalo. —Lo amo, pero a menos que él me ame, no quiero quedar atrapada en ningún acuerdo que me impida vivir mi vida plenamente. Prefiero morir mil veces de dolor que languidecer por alguien que nunca podrá corresponder a mi afecto.

No discute. Se sienta y baja las piernas de la cama, alcanzando sus pantalones en el suelo, y observo cómo se mueven los músculos de su espalda al agacharse y girarse, pero no quiero que se vaya. Puede que no tengamos más noches como esta, así que si esto es todo lo que tengo, quiero saborearlo.

—Sabes… Esta cama está fría…

Se detiene con los pantalones en la mano, pero no mira hacia atrás. No puedo saber qué está pasando por su cabeza, pero la niña que hay dentro de mí necesita que él corresponda ahora mismo.

Mantengo la voz firme aunque mi corazón golpea con fuerza contra mis costillas. —Así que si no tienes dónde estar…

La nuez de Roman se mueve. La observo desde su perfil. Pienso que quizá se levante y se vista de todas formas, y mi corazón ya empieza a encogerse. Pero él deja caer los pantalones y vuelve a acostarse, tirando de las sábanas sobre su cuerpo y el mío, luego se gira y se enrolla a mi alrededor. Presiono mi espalda contra su pecho y me acurruco, dejando que el calor de su cuerpo se filtre en el mío.

Hay silencio durante un rato. Su respiración es cálida y constante contra mi cuello y su mano reposa plana sobre mi estómago, y me pregunto si puede sentir algo allí, algún cambio, alguna señal de lo que crece dentro de mí. Sé que probablemente no puede porque es demasiado pronto, pero su mano sobre mi vientre me aprieta la garganta de todas formas. Las lágrimas amenazan mis ojos de nuevo, y más que nada, quiero hacer que esta situación sea diferente.

Deseo que contarle lo del bebé de alguna manera despierte su habilidad para expresar sus sentimientos, pero en el fondo, tengo que considerar que quizá no sienta nada por mí. Que, de alguna manera, todo esto realmente se reduce a que él quiere mi imperio, no a mí. Y si ese es el caso, el riesgo es mucho mayor que cualquier recompensa.

—El doctor Levin me dijo que quizá la razón por la que no te sientes bien es el duelo… —Hace una pausa y presiona un beso en la parte posterior de mi hombro con ternura. —¿Quieres hablarme de él? —Las palabras de Roman son rígidas y torpes, como si no supiera cómo decir lo que quiere decir. Solo muestra lo emocionalmente desconectado que está. Pero lo está intentando.

—Mi padre recibió un disparo —digo mientras él alarga la mano y apaga la luz.

Se tensa, lo cual es una reacción extraña, pero no me interrumpe. Me pregunto qué siente mientras me escucha, pero no le pregunto. Quiere saber sobre Papá, así que le cuento.

—Tuvimos una reunión familiar y estábamos trabajando en un trato con nuevas fuentes… No sabíamos que el hombre llevaba un arma, y me di cuenta —igual que con Barkov en aquella reunión contigo— de que el tipo estaba actuando de manera extraña. —El recuerdo es tan claro como el cristal, duele. —No pensé que debía interrumpir o ser grosera, así que no dije nada.

Ahora sería el momento perfecto para que mis lágrimas aparecieran y Roman me consolara, pero no siento tristeza ni duelo. Siento culpa. Y esa culpa me enfada conmigo misma y con mi madrastra.

—Sabes que no es tu culpa, ¿verdad? —El pulgar de Roman acaricia mi vientre mientras yo niego con la cabeza. Él no lo entiende.

—Vera me convenció de que Papá no quería que interviniera. Entró en mi cabeza y me hizo sentir que era una molestia y un problema. Podría haberle advertido y nunca tuve la oportunidad porque estaba

asustada. —Me siento hueca y vacía, y el toque de Roman me acerca más a él, donde me siento segura.

Es aterrador sentirse segura con alguien después de tanto tiempo sintiéndose tan insegura con todos. Sé que es temporal, y sé que no puedo conservarlo. Y si me permito desearlo, solo me hará daño al final.

Roman presiona su boca contra la parte posterior de mi cabeza y la mantiene allí, sin decir nada. Nada de lo que pudiera decir lo haría mejor de todas formas, y al menos es lo suficientemente inteligente como para saberlo.

—Sofi y Sabine son iguales que su madre —digo después de un rato. —Son hijas de Vera hasta la médula. Sabine es más lista al respecto, pero ambas siguen el mismo manual. Te seducen, se apegan a ti, te dejan seco.

—Sé lo que son.

—Entonces sabes en qué te estarías metiendo —Me giro en sus brazos para quedar frente a él, mi cabeza sobre la almohada, nuestras caras tan cerca que puedo ver cada matiz de color en sus ojos azules. —Si pretendes casarte con una de ellas, tienes mi bendición. Te daré todo. La familia, el nombre, la herencia. Todo. Es tuyo.

—Mila—.

—Pero después de que se casen contigo, quiero mi libertad. Quiero que mi deuda contigo quede saldada. Todos los diez años. Y quiero irme. Iré a algún lugar lejos de aquí y lloraré en paz y nunca más tendrás que preocuparte por mí. —Es lo correcto que decirle, y el movimiento correcto que hacer, pero mi corazón se rompe al decirlo.

Ya ni siquiera puedo mirarlo a los ojos. Me acurruco en su pecho, y su brazo me rodea con más fuerza. Cuando no responde, no estoy segura de si debería presionarlo más. Y pronto, su respiración se vuelve constante y mis ojos pesados.

Le he dado más que suficientes oportunidades para decirme que me quiere, y no las ha aprovechado. Si iba a pasar, ya habría pasado. Así que cierro los ojos y lo dejo sostenerme mientras nos dormimos enredados el uno en el otro, sabiendo que esta noche es la última noche que tendré con este hombre, y no puedo hacer nada al respecto.

26

ROMAN

Korsky gira la cabeza hacia la izquierda y la sangre sale de su boca golpeando el suelo en un rocío rojo que llega hasta la base de mi escritorio. Se tambalea hacia un lado, pero Yegor y Radimir lo sujetan por los brazos, manteniéndolo en pie, y antes de que pueda recuperarse, lo golpeo de nuevo—un cruzado derecho al mismo lado de la mandíbula que envía un diente deslizándose por el suelo. Mis hombres luchan por mantenerlo en pie tras ese golpe.

—Roman— Korsky escupe sangre e intenta hablar, y lo agarro por la parte delantera de su camisa y lo acerco lo suficiente para que pueda ver lo que viene en mis ojos. Este cabrón está acabado. Ya he tenido suficiente de limpiar desastres y he cruzado un punto de no retorno con mi temperamento. Lo veo en los ojos de Yegor y Timur, pero ambos aún no dicen nada.

—Te dije que te mantuvieras limpio. No contrato peleadores callejeros en mi club porque atrae atención y tenemos un gran evento próximamente. —Mi pecho se eleva, la rabia destinada a otra persona recorre mis venas. Está desplazada, pero no puedo soltarme con la verdadera razón de mi enfado.

—No fue culpa mía. El tipo se me acercó fuera del—

—No me importa quién se acercó a quién. —Lo empujo hacia atrás, hacia el agarre de Yegor y Radimir, y camino al otro lado de la habitación y vuelvo. Soy un animal enjaulado, incapaz de ser domesticado. —Hace tres semanas te arrestaron por lo mismo. Te saqué. Pagué a tu abogado. Te dije lo que pasaría si volvía a ocurrir.

—Lo sé, pero—

—¡Me metí en el maldito ring por ti! ¿Y ahora, dos días antes de la noche más importante del año, recibo una llamada de que estás en una celda de nuevo? —Siento que mi cara arde tanto que duele, y mi piel se siente correosa y hormiguea, como si estuviera quemada por el viento. Sé que es mi cortisol disparándose, pero ahora no hay control posible.

El rostro de Korsky se hincha del lado izquierdo y la sangre corre desde su boca hacia su barbilla, goteando sobre su camisa. Mira hacia Timur, que está de pie cerca de la puerta con los brazos cruzados, y luego vuelve a mirarme.

—Por favor, Roman. No puedo perder este trabajo. No me acercaré a un bar ni a la calle ni a ningún lugar donde pueda—

—Estás acabado. —Me subo las mangas más allá de los antebrazos, y Korsky me ve hacerlo y su expresión cambia.

—No, hombre. No puedes hacerme eso. ¿A dónde iré?

Miro a Yegor más seriamente que lo que he sido sobre cualquier cosa en años. —Sujeta su brazo derecho.

—¡No! ¡Roman, no hagas esto! —Korsky empieza a forcejear. Se revuelve contra Yegor y Radimir, y ellos aprietan su agarre mientras Yegor fuerza el brazo derecho del hombre, exponiendo la muñeca. Korsky grita y suplica, tirando de ellos con todas sus fuerzas. Pero no es rival para dos de ellos.

—Roman, no hagas esto. Por favor. Lo siento. Lo siento, nunca—

Agarro su muñeca con ambas manos y la retuerzo y la jalo, y escucho el chasquido del hueso al romperse limpiamente. Korsky grita tan fuerte que mis oídos zumban y sus rodillas se doblan. Yegor y Radimir lo mantienen en pie mientras su muñeca rota cuelga en un ángulo extraño que hace que Radimir aparte la mirada.

Es grotesco, lo sé, pero tiene que hacerse. Este hombre nunca volverá a pelear, todo porque debería haber escuchado órdenes.

—El otro —digo.

—Roman. —Timur avanza desde la puerta. —Es suficiente. —Mi hermano pone su mano en mi pecho para detenerme, pero ya he tenido suficiente. He estado hirviendo de ira durante casi cuarenta y ocho horas desde que Mila me rechazó y no tengo forma de liberar esa rabia. Intenté sparring. No funcionó. Intenté ir al campo de tiro. Tampoco funcionó.

Y ahora que siento el más mínimo alivio, no voy a retroceder. Lo miro fijamente mientras digo, —El otro.

Timur frunce los labios pero no se mueve para detenerme de nuevo, lo cual es inteligente. Sabe que también le patearía el trasero. Radimir fuerza el brazo izquierdo de Korsky hacia afuera y Korsky está sollozando ahora, con mocos y sangre corriendo por su rostro. Mantiene su muñeca derecha rota acunada contra su pecho, donde Yegor la ha soltado.

—Por favor —susurra Korsky—. Por favor, te lo suplico.

Cogo su muñeca izquierda y la rompo de la misma manera—un giro brusco y un tirón hacia abajo—, y el crujido es más fuerte que el primero, y el grito de Korsky se desvanece en un sonido ahogado mientras su cuerpo se desploma entre los dos hombres que lo sujetan. Su cabeza cae hacia adelante y su pecho se agita, mientras ambas muñecas cuelgan, rotas e inútiles a sus lados.

La habitación está en silencio, excepto por la respiración entrecortada de Korsky y el sonido de mi propio pecho agitándose,

aunque el martilleo de mi pulso pasando por mis tímpanos es violento. No siento arrepentimiento ni vergüenza, solo una rabia ardiente y ciega, y sin mi autocontrol, este hombre estaría muerto.

En este momento, estoy agradecido a mi padre por enseñarme a ser un hombre de gran templanza.

—Sácalo de aquí —le digo a Yegor—. Llévalo al doctor Levin. Que le coloquen las muñecas. Luego llévalo a casa y asegúrate de que entienda que si vuelvo a ver su cara, romperé algo más que sus muñecas.

Yegor y Radimir arrastran a Korsky hacia la puerta mientras sus pies se arrastran tras él, dejando un reguero de sangre por todo el camino. Radimir me mira antes de que desaparezcan en el pasillo, y la puerta principal se abre y se cierra, y la casa queda en silencio.

Nadie tiene que decirme de nuevo que fue un poco excesivo. Las miradas en sus rostros dijeron suficiente. Y sé que si entendieran lo que estoy sintiendo ahora, esas miradas nunca habrían aparecido.

Timur me mira con los ojos entrecerrados, como si intentara hacerme sentir avergonzado por lo que he hecho, pero no funcionará. La ira sigue ardiendo demasiado fuerte como para calmarme todavía.

Me rechazó.

Y no solo me rechazó. Me ofreció todo lo que tiene si simplemente la dejaba ir. Ni siquiera puedo pensar en lo mucho que duele.

Aprieto los talones de mis manos contra mis ojos y aprieto la mandíbula para no desquitarme con mi propio hermano y hacerle lo que acabo de hacerle a mi peleador indómito.

—No lo hagas —le digo, aún caminando de un lado a otro.

—Eso fue excesivo, Ro.

—Puso en peligro la gala. —Mis motivos y acciones no necesitan ser cuestionados.

—Se metió en una pelea de bar. Le rompiste ambas muñecas. Nunca volverá a pelear. Apenas podrá sostener un tenedor. —Timur despliega los brazos y da un paso hacia la habitación—. Eso no fue por Korsky.

Camino hacia el carrito de bebidas cerca de la ventana y sirvo whisky en un vaso, me lo tomo de un trago y sirvo otro inmediatamente. El ardor en mi garganta no hace nada para calmar la rabia que arde en mi pecho, así que sirvo un tercero y también me lo bebo.

—Háblame —dice Timur—, porque algo está pasando. No estás actuando como tú mismo. Nunca pierdes el control así.

—No hay nada de qué hablar. —Estoy tan cerca de explotar que lo siento hasta en los ojos. La presión dentro de mi cabeza aumenta mientras habla, y lo último que quiero es estallar contra él.

—Claramente hay mucho de qué hablar. Solo mira cómo estás actuando. Tú mismo sabes que nunca habrías hecho algo así. —Se queda pensativo, resoplando un par de veces, y luego dice—: ¿Qué demonios está pasando?

—Lárgate de una puta vez. Solo sal de mi casa.

Timur retrocede hacia la puerta mientras yo me quedo junto a la ventana, hirviendo de rabia. Podría resolver esto al instante y conseguir lo que quiero haciendo el anuncio que ya tenía intención de hacer. Obligar a Mila a casarse conmigo como parte de la deuda que debe por robarme, pero entonces no sería mejor que su madrastra.

Y aunque quiero más que nada que sea mi esposa, no le haré eso. Ella merece algo mejor.

Entonces, ¿qué hago con esta bola de rabia ardiente que no puedo apagar?

—Roman, necesitas poner tus cosas en orden, hombre. Nos importas, pero no estoy seguro de que nuestros hombres sigan apoyándote si pierdes el control así.

—¡Sal! —gruño, volviéndome hacia él, pero veo cómo su rostro se dibuja de preocupación. Tampoco merece este trato, pero el monstruo dentro de mí rugen y tiene que ser satisfecho.

Timur sale mientras yo sirvo un cuarto vaso de licor y me quedo ahí, bebiéndolo.

La amo. Más de lo que he amado a nadie o a nada, y por primera vez en mi vida, no se trata de mí ni de lo que quiero. En realidad se trata de ella. Ha sido un peón en el juego de alguien más durante tanto tiempo que no tiene idea de lo que se siente ser libre, y eso es todo lo que quiere.

Dicen que si amas a alguien, debes dejarlo libre, y si regresa, es verdaderamente tuyo.

Pero, ¿realmente puedo dejarla ir? ¿Soy lo suficientemente fuerte para hacer eso y no desmoronarme?

27

MILA

Sorin me cierra la cremallera del vestido esmeralda mientras Sara me recoge el pelo en secciones, retorciéndolo lejos de mi cara con dedos rápidos y cuidadosos. Estoy de pie en medio de mi habitación comiendo pan porque si dejo de comer durante más de veinte minutos, vuelve las náuseas, y vomitar sobre un vestido tan caro sería humillante.

—Quieta —dice Sorin, ajustando la cremallera hasta el último centímetro—. El cuerpo del vestido está ajustado.

—¡Ay, eh! —Me quejo. Sé que el cuerpo del vestido está demasiado apretado. También he notado que todos mis sujetadores son demasiado pequeños. Mis pechos ya están hinchándose por el embarazo y pronto lo estará mi barriga. No tendré manera de ocultarlo.

—Levanta los brazos. —Sorin revisa las costuras a mis lados, pasando sus manos por la tela para alisarla, y se aleja para contemplar el conjunto—. La abertura es más alta de lo que esperaba.

—Mira, Roman lo eligió, no yo. —Tengo que admitir que me gusta el vestido y el color, aunque el corte es un poco demasiado atrevido

para mi gusto. Pero este es el único vestido que tengo y no puedo ir a la gala sin uno.

Sara termina de colocar la última horquilla y se coloca frente a mí, inclinando la cabeza, mientras una sonrisa se extiende por su rostro. —Te ves increíble, Mila. Es un poco Cenicienta, ¿no? Ir al baile con un vestido de gala.

Mis ojos arden mientras mi garganta se contrae, y mastico el interior de mi mejilla, obligándome a no llorar. Pero las palabras de Sara me tocan demasiado cerca. No soy Cenicienta porque ella consiguió a su príncipe, y yo saldré de este evento esta noche sin nadie.

—¿Mila? —La mano de Sorin está en mi brazo—. ¿Qué pasa?

—Estoy bien.

—Cariño, no estás bien —susurra, apoyando sus manos sobre mis bíceps. Veo el arrepentimiento en sus ojos como si supiera que no debería haber dicho eso, pero una vez que las palabras salen, no se pueden retirar.

—He dicho que estoy bien —repito, más calmada, pero mi voz se quiebra mientras las lágrimas brotan. No puedo evitarlas, pero no me voy a dejar llevar por el torrente de emociones.

Me las seco, fuerzo una sonrisa y me giro hacia ellas, esperando que dejen el tema, pero Rebecca me mira con ceño, con esa manera maternal que tiene cuando está preocupada. —Escúchame, jovencita. Soy lo suficientemente mayor como para saber cuando algo no anda bien, y tú, querida, no estás bien. Dinos qué te pasa. —Cruza las manos frente a ella mientras mi pecho se desinfla y miro a Sara, que solo me ofrece simpatía— una mirada de disculpa.

Ya ha ido demasiado lejos, y necesito apoyo. Y no solo eso, estas mujeres tienen una sabiduría que supera su edad. No sé cómo decirle a Roman lo del bebé, pero sé que si huyo, él me perseguirá. Si no me deja ir voluntariamente, me veré obligada a decírselo. Y sin

que él me dé permiso para ir, no tendré más remedio que confesar o huir.

De cualquier manera, estoy condenada a quedarme atrapada en este secreto. No puedo seguir cargando con esto sola.

La única manera de compartir un secreto tan grave es soltarlo de golpe, así que eso es lo que hago. —Estoy embarazada —digo—. Es de Roman. —Luego veo cómo sus rostros cambian de la conmoción a la consternación y luego a la aceptación antes de continuar—. Él me dijo esta noche que está planeando anunciar a Sofi o a Sabine como su esposa porque quiere hacerse cargo del negocio de mi padre… —Todavía tengo los ojos llenos de lágrimas, pero las retengo.

Sorin mira severamente a Sara y ordena—: Pasillo. Ahora.

—Ella ya lo sabe —murmuro apresuradamente—. Sara lo supo hace dos semanas… —Extiendo la mano hacia ella y ella comienza a acercarse—. Me ha traído pan y ha escuchado cómo mi corazón se partía.

Sorin se vuelve hacia Sara, que se detiene a mi lado y me toma la mano. Nunca pensé que, al venir aquí, haría una amiga tan querida para mí, pero lo he hecho. No puedo imaginar la vida sin ella, pero parece que pronto me mudaré, si me sale bien. Le debo tanto por el consuelo y el apoyo que me ha brindado.

—¿Dos semanas? —Sorin parece molesta—. Las dos lo sabíais desde hace dos semanas y ninguna me dijo la verdad.

—Le pedí que no dijera nada, así que no te enfades con ella. —Siento el peso de su decepción, pero no me arrepiento de no haberle contado.

—No me importa lo que le pediste. Si me lo hubieras dicho cuando ocurrió, podríamos haberlo resuelto inmediatamente. Antes de que se convirtiera en esto… —Resopla y niega con la cabeza—. Todavía

podemos hacerlo. Llamaremos al médico como sugerí, y Roman nunca…

—¿Resolverlo? —Siento cómo mi pecho se oprime—. ¿Quieres decir matar a mi bebé?

—Quiero decir resolverlo antes de que…

—No voy a matar a mi bebé, Sorin. Eso no es una conversación que vayamos a tener. —No puedo creer que haya sacado eso a colación. ¿Y para qué? ¿Para asegurarse de que Roman no se moleste? Ellas creen que es tan increíble. Sé que no puede ser para protegerme a mí. Es ridículo pensar que tendría un aborto para ocultar este desliz.

—Entonces tienes que decírselo —dice Sorin mientras pasa una mano por su cabello y aprieta su moño, mirando a Rebecca con miedo—. Si se entera de que el personal lo sabía y nadie se lo dijo, no serán nuestros trabajos lo que perdamos. Escuchaste lo que le pasó a ese luchador. Escuchaste los gritos. Sara le ocultó esto durante dos semanas, Mila, dos semanas. ¿Entiendes lo que podría hacerle por eso?

No creo que Roman sea el monstruo que ellos piensan que es, y no creo ni por un segundo que le haría daño a Sara. Despedirla, quizás, pero creo que reserva el castigo físico para sus luchadores, no para su personal doméstico. Aún así, se enfadaría, y ella no tiene ningún otro lugar a donde ir. No puedo hacerle eso. Sorin tiene razón. Hay que decírselo.

—Se lo diré —digo—. Esta noche, después de su anuncio. Una vez que haya dicho lo que tenga que decir y haya elegido a quien sea que vaya a elegir, le contaré todo. —Mis manos tiemblan solo de pensarlo, pero eso no significa que mis planes tengan que cambiar. Roman tendrá una nueva esposa que preparar. No tiene tiempo para un niño. De todos modos, está demasiado ocupado. Si me deja ir, desapareceré sin dejar rastro y nunca tendrá que molestarse por ello.

—Esta noche —dice Rebecca con firmeza.

—Esta noche. Lo prometo.

Sorin no parece feliz, y el apoyo emocional que pensé que iba a recibir de ellas se me escapa entre los dedos. Tristemente, estoy tan acostumbrada que lo dejo pasar y respiro hondo para calmarme. Al menos no es Vera y sus histéricas.

—Si no sabe esto por la mañana, me veré obligada a decírselo. —Rebecca, la mayor de ellas, parece triste mientras hace su proclamación. Imagino que le duele tener que hacerlo, y nunca quise decepcionarlas o defraudarlas.

—Lo entiendo.

Sorin baja los brazos, coge una toallita desmaquillante del tocador y vuelve para secar el enrojecimiento alrededor de mis ojos. —Tenemos que arreglar esto antes de que llegue el coche —dice—. Siéntate.

Me siento en el tocador y Sorin vuelve a difuminar el maquillaje alrededor de mis ojos mientras Sara coloca las últimas horquillas en mi cabello y nadie habla. Es como si una manta húmeda hubiera cubierto nuestra conversación y apagado cualquier conexión o afinidad que teníamos.

Cuando terminan de arreglarme, me llevan por el pasillo hasta el vestíbulo. Roman espera al pie de la escalera con un traje negro y una corbata negra. Se ha arreglado el cabello y su mandíbula está recién afeitada. Me ve y sus ojos recorren el vestido de arriba abajo, y luego su rostro se suaviza alrededor de la boca y los ojos. Su pecho se infla ligeramente, y yo aparto la mirada de su rostro. No puedo soportar verlo tan increíble sabiendo que se irá a casa del brazo de alguien más.

—Dejadnos —le dice a Sorin, Sara y Rebecca sin mirarlos. Desaparecen por el pasillo y él espera hasta que se han ido para moverse.

Se acerca a mí, toma mi mano y la lleva a sus labios para besarme los nudillos. —Eres impresionante —dice, y es tan cálido y lleno que le creo.

—Alana hizo un buen trabajo con el vestido. —Desviar su cumplido es todo lo que puedo hacer. Permitirme sentir que quiere algo de mí, o que ve algo en mí, solo hará que el dolor sea peor.

—No estoy hablando del vestido. —Da un paso más cerca y siento el calor de su cuerpo envolverme. Luego, su mano libre encuentra mi cintura y me atrae contra él. Su boca desciende hacia mi cuello, sus labios rozan la piel debajo de mi oreja, y mis ojos se cierran mientras mi cuerpo se inclina hacia él antes de que pueda evitarlo.

—Rome. —Pongo mi mano en su pecho y empujo suavemente—. Llegaremos tarde a tu propia gala. —Empujarlo lejos es lo último que quiero hacer. Quiero perderme en este momento, en la sensación, en la magia de todo. Soy Cenicienta, y este es mi baile, pero él no es mi príncipe.

—Yo soy dueño de la gala. Empieza cuando yo entro.

—Mi cabello tomó cuarenta minutos y si lo arruinas, te haré daño.

Él ríe contra mi cuello y susurra: —Te verías mejor con el cabello suelto de todos modos. —Luego, sus dientes rozan mi piel, haciendo que se me erice la piel de los brazos. Siento el familiar remolino de deseo, pero no puedo hacerlo ahora. Dios, desearía que las cosas fueran diferentes, que estuviera locamente enamorado y quisiera mi corazón, alma y cuerpo, pero todo lo que quiere es mi legado y sexo.

No voy a dejarme engañar para conformarme.

—Eso no va a pasar. —Empujo con más fuerza, y él retrocede, y la lujuria en sus ojos es tan evidente que me duele el pecho. Veo cómo sus ojos brillan y esa expresión posesiva cruza su rostro.

Algo ha cambiado, y no sé exactamente qué es.

Lo estudio un momento mientras su mano se queda en mi cadera y sus ojos pasan de mirarme a beber mis labios.

—Está bien —dice—. Pero me debes este vestido en el suelo más tarde. —Luego me ofrece su brazo y me lleva a la puerta principal donde Yegor la está sosteniendo abierta.

El coche está al ralentí en la entrada, y Roman abre la puerta trasera para que me suba. Él sigue, no a su lado, sino directamente al lado mío, luego coloca su brazo alrededor de mis hombros. Todo el tiempo, estoy luchando contra las lágrimas.

Porque no soy un objeto.

Soy más que un medio para un fin.

Y merezco más que ser intercambiada como una vaca en una subasta solo para que pueda quedarse con mi imperio.

Bueno, el imperio es suyo.

Pero yo no lo soy. Y cuando esta noche termine, él sabrá que todo lo que he querido siempre es amor.

28

ROMAN

Mila apoya su mano en mi brazo mientras la guío por el salón de baile hacia la mesa principal. La sala está llena, doscientos invitados sentados bajo los candelabros, vestidos con sus mejores galas, y todas las cabezas giran al pasar. Le aparto la silla y ella se sienta, alisando la tela esmeralda sobre sus muslos antes de juntar las manos sobre el regazo sin mirarme.

Me siento a su lado y saco mi teléfono de la chaqueta, revisando varias notificaciones que han llegado en la última media hora aproximadamente.

Timur: 7:24 PM: Las cámaras están activas y todas las entradas cubiertas. Sin problemas por ahora.

Kazimir: 7:11 PM: El perímetro este está seguro y el personal de catering ha sido revisado.

Stepan: 7:02 PM: El General llegó hace diez minutos con el Mayor General. Ambos están sentados en la mesa nueve y el archivo está listo para la entrega.

Escribo de vuelta a Timur.

Roman: 7:15 PM: Espera con el archivo hasta que te dé la señal. No actúes antes de tiempo.

Timur: 7:15 PM: Entendido.

Con mis instrucciones claras, dejo el teléfono boca abajo sobre la mesa y me giro hacia Mila. Está sentada perfectamente quieta con las manos juntas, mirando el centro de mesa, con la misma sonrisa plástica que se puso en el coche. Realmente se ve radiante, pero noto que está triste. Sé que piensa que elegiré a una de sus hermanastras esta noche, pero nunca podría hacer eso.

No quiero a ninguna de ellas. La quiero a ella. Pero tampoco puedo contarle mi plan antes de ejecutarlo. No sé cómo reaccionaría, y no importa. Estoy haciendo esto por ella, no por mí. Ya me he resignado a que ella no me quiere. Haré mi discurso y luego la dejaré ir. Tal como ella desea, y no tomaré ni un céntimo de su herencia jamás.

—Dime qué te pasa —digo, lo suficientemente bajo para que los invitados más cercanos no puedan oír.

—No pasa nada.

—Mila —alargo la mano bajo la mesa y la coloco sobre su rodilla—. Háblame.

Ella mira mi mano, luego mi rostro, y la sonrisa vacila antes de que la vuelva a poner. —Es lo que dijo el doctor. Estoy de luto por mi padre. Sol, agua, interacción social —levanta su vaso de agua un centímetro de la mesa—. Tengo dos de tres.

—Esto no cuenta como interacción social. Esto cuenta como tortura —bromeo, esperando alegrarle el ánimo, pero apenas hay respuesta.

La esquina de su boca tiembla, pero no se convierte en una sonrisa. Aprieta mi mano una vez bajo la mesa, luego la suelta y vuelve a juntar las manos sobre el regazo.

Es decepcionante que esto sea todo lo que tenemos. La he llevado a mi cama, la he hecho cenar en mi mesa y le he compartido cosas que nunca le he contado a nadie más. Aun así, ella no puede ver que todo lo que hago es por ella. Es devastador.

Un movimiento cerca de la entrada capta mi atención. Vera entra por las puertas dobles con un vestido largo plateado y diamantes en su cuello, Sofi a su izquierda en rojo intenso y Sabine a su derecha en negro. Flotan por la sala como si esperaran la misma cálida bienvenida reservada para Mila y para mí, pero no la reciben. Nadie gira la cabeza. Nadie se da cuenta. No son ni la mitad de deslumbrantes que la mujer que amo.

—Ya están aquí —digo—. Necesito sentarlas. Vuelvo enseguida.

Mila asiente sin mirarme. Empujo mi silla hacia atrás, me abrocho la chaqueta y doy tres pasos antes de mirar por encima del hombro.

Ya está de pie, dirigiéndose al pasillo que lleva a los baños con una mano levantada hacia su rostro, secándose los ojos con las yemas de los dedos. Solo puedo quedarme parado y verla desaparecer, preguntándome cómo puede sentirse tan molesta por la posibilidad de que elija a una de sus hermanastras para el matrimonio cuando ella misma me dijo que lo hiciera, todo mientras llora como si le estuviera matando. Y aún así, no quiere casarse conmigo.

¿Qué diablos hice mal?

Cuando ella se ha ido, me giro y cruzo el salón hacia Vera. Ella me nota desde lejos y da un manotazo a sus hijas, cuyos ojos se fijan en mí. Ambas ofrecen expresiones lascivas y se ríen.

—Roman —Vera extiende ambas manos y las tomo, inclinándome para rozar mi mejilla contra la suya—. Qué hermosa velada. Te has superado.

—Me alegro de que hayan podido venir.

Sofi da un paso adelante, sonriendo. —Dime que vas a darnos una pista. Aunque sea pequeña.

—Sin pistas —digo, haciendo un sonido de desaprobación mientras levanto la barbilla y Sabine se inclina hacia mí.

—¿Ni siquiera una letra? —Sabine inclina la cabeza. —¿Una sílaba?

—Os diré esto —mantuve la mirada de Vera. —Es alguien que nunca sospecharíais.

Los labios de Vera se separan ligeramente, sus cejas se elevan en señal de comprensión. Mantenerla sorprendida y alerta es mi objetivo. No puedo permitir que se arrepienta y se vaya temprano, así que tomo lentamente su mano derecha y llevo mi boca al dorso, manteniendo el beso un momento más de lo necesario a propósito. El acto impacta como una bofetada, tal y como pretendía. Cuando me enderezo, la sonrisa de Sofi se ha tensado y la de Sabine se ha enfriado, mientras que Vera está sonrojada desde el cuello hasta la frente.

—Vuestra mesa está por aquí —les conduzco hasta la mesa de honor cerca del frente, apartando primero la silla de Vera, luego la de Sofi y finalmente la de Sabine. —Disfrutad de la velada. La cena se servirá después de mis palabras.

Cuando regreso a mi mesa, Mila ya está de vuelta. Su rostro está recién lavado, el enrojecimiento alrededor de sus ojos oculto, y su sonrisa plástica firmemente en su lugar. Se sienta con la espalda recta y las manos cruzadas, y aunque parece compuesta y hermosa, sé que está completamente desdichada.

Haría lo imposible por ella si me lo pidiera. Si me dijera que tiene frío, atraparía el sol para traérselo. Si me lo pidiera, me sumergiría en las profundidades del océano para arrebatarle la sangre de sus enemigos. Pero el dolor en su corazón es un secreto tan bien guardado que no tengo idea de cómo desenredarlo. Pero si me lo pidiera, lo intentaría.

Todo lo que puedo hacer es seguir mi plan y esperar que, sea cual sea el camino que la vida le depare, pueda ser feliz y sanar de la vida que ha llevado hasta ahora.

El cuarteto de cuerdas comienza su primera pieza. Los camareros circulan con bandejas de canapés y champán. Mila toma un vaso de agua mientras yo me tomo medio flauta de champán de un trago. Le ofrezco vino, pensando que no le gusta el champán, pero ni siquiera responde.

Cuando la cena termina y las últimas bandejas han sido retiradas, saco mi teléfono de la chaqueta y encuentro un mensaje esperando.

Timur: 7:58 PM: Estoy listo cuando tú lo estés.

Miro a través de la sala hacia la mesa nueve. El General de Policía está reclinado en su silla con una copa de vino, su Mayor General a su lado. Ambos están relajados, bien alimentados, luciendo como los huéspedes de honor que creen ser.

Entonces echo un vistazo a la mesa de Vera. Está riendo por algo que Sofi ha dicho, mientras Sabine observa la sala con esos ojos evaluadores tan cuidadosos que tiene. No tienen ni idea de lo que está a punto de suceder, y yo he logrado sacudirme parte de mi propio desánimo para reforzar mi emoción por terminar esto.

Roman: 7:59 PM: Presenta el archivo ahora. Mesa nueve.

Me levanto y la sala comienza a callarse mientras me dirijo hacia el escenario. Las conversaciones se apagan en una ola que avanza desde el frente hacia atrás. El cuarteto de cuerdas se detiene a mitad de la canción cuando subo al estrado, tomando el micrófono de su soporte, y las luces se atenúan mientras el proyector cobra vida detrás de mí.

—Buenas noches —digo mientras recibo una cálida ronda de aplausos que rápidamente se desvanece. —Gracias por estar aquí esta noche. Esta gala ha sido una tradición durante siete años, y cada año, la generosidad de las personas en esta sala hace posible

que el Hospital General de Perm trate a pacientes que de otro modo no tendrían a dónde acudir.

La primera diapositiva aparece— fotografías del hospital, el ala pediátrica, el quirófano financiado por el evento del año pasado. Hablo sobre las cifras y las vidas salvadas mientras la sala escucha con atención educada. Se honra a médicos y enfermeras, y menciono algunos programas maravillosos centrados en la comunidad que tienen, y luego me dirijo hacia mi verdadero propósito, mi pecho absolutamente rebosante de anticipación.

—Pero esta noche trata de algo más que el hospital —hago una pausa, dejando que el silencio se instale en la sala. —Esta noche, necesito abordar un asunto que afecta a cada familia representada aquí.

La diapositiva cambia. La fotografía de Vera llena la pantalla— no la sonriente socialité en la mesa de honor, sino una versión más joven tomada hace años bajo un nombre diferente. Las luces están casi demasiado bajas. No puedo verla, y es difícil distinguir, pero puedo sentir cómo su conmoción literalmente cambia la atmósfera de toda la sala.

—La mujer que conocéis como Vera Koval-Radin, mi invitada de honor aquí esta noche, ha usado varios nombres durante las últimas dos décadas —hago clic para avanzar a una lista de nombres, fechas y ciudades. —Vera Volkov, Vera Tarkova… Y luego, en matrimonio, Lebedev, Koval y Radin. Ha tenido tres maridos que desaparecieron o murieron bajo circunstancias que nunca fueron investigadas adecuadamente.

Doscientos pares de ojos se mueven entre mí, la pantalla y la mujer en la mesa de honor cuyo rostro ha perdido todo el color. Se levanta abruptamente, haciendo un gesto a Sofi y Sabine para que se muevan, pero Timur dirige el foco directamente hacia ella ahora, y Yegor y Radimir están detrás de ella, listos para sujetarla si intenta moverse.

La siguiente diapositiva muestra certificados de defunción, informes policiales y registros financieros que documentan transferencias de activos tras cada muerte. —Las pruebas recopiladas esta noche han sido compartidas con la oficina del General de Policía. He invitado al General Marinsky y al Mayor General Orlov aquí esta noche no como invitados sociales sino como oficiales de la ley —hago un gesto hacia ellos, pero noto que están revisando el archivo, no prestando plena atención, lo cual no es un problema. Tienen las pruebas y, pronto, tendrán también a la mujer.

Radimir y Yegor han tomado posición detrás de las tres mujeres, bloqueando las salidas por todos lados. Vera vuelve la cabeza, los ve, y su compostura se quiebra. Sus manos se aferran a la falda de Sofi y a la muñeca de Sabine, y sus ojos van de Radimir a mí.

Miro a Mila. Está sentada rígida, con los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos mientras los crímenes de su madrastra se reproducen en la pantalla sobre nosotros.

—Vera Koval-Radin es una asesina —digo con calma, aunque el pecho me arde de rabia por lo que Vera le hizo a Mila. Tengo que recordarme a mí mismo mantener la calma y no dejar que mis emociones me dominen. —Se casó con tres familias, extrajo su riqueza y eliminó a sus maridos cuando ya no le eran útiles. Se casó con Anton Radin con la misma intención. Cuando él murió, se posicionó para robar la herencia que dejó para su hija.

La última diapositiva aparece—un comparativo de las identidades anteriores de Vera, cada una emparejada con el registro de defunción del marido que dejó atrás.

—General Marinsky —asiento hacia la mesa nueve. —Las pruebas han sido entregadas. Dejo el resto en sus manos.

El General de Policía se levanta, acompañado por su Mayor General. Cruzan el salón hacia la mesa de Vera y la sala estalla—sillas arrastrándose, voces elevándose, invitados girándose en sus

asientos. Vera está de pie, retrocediendo de la mesa, y Radimir da un paso adelante para tomarla del brazo.

—Suéltame —la voz de Vera corta el ruido. —Roman, esto es absurdo. Son mentiras fabricadas, cada una—

—Señora Koval-Radin —el General de Policía la toma del otro brazo. —Necesita venir con nosotros.

—No lo haré —se retuerce contra el agarre de Radimir mientras su vestido se enreda en sus piernas, haciéndola tropezar. —No iré a ningún lado con ustedes. ¡Roman! ¡Diles que esto es un error! Me conoces. Conoces a nuestra familia. ¡Diles!

No le respondo. Me quedo en el escenario con el micrófono en la mano y observo cómo el General de Policía y Radimir la llevan hacia la salida lateral mientras Sofi y Sabine permanecen inmóviles en la mesa, paralizadas. Los tacones de Vera raspan el suelo mientras resiste y su voz se eleva hasta un tono que hace que los invitados de las mesas más cercanas se estremezcan.

—¡Te arrepentirás de esto, Roman! ¿Me escuchas? ¡Te arrepentirás de cada segundo de esto!

La puerta lateral se abre, se cierra, y la voz de Vera se corta.

El salón contiene la respiración durante varios segundos antes de que comience el murmullo, una energía confusa y zumbante que tengo que calmar para terminar mi discurso. Estoy feliz de que las cosas hayan salido como planeé—en su mayoría—aunque lamento haber tenido que hacerlo de manera tan pública en un evento que se suponía debía ser virtuoso.

—Por favor —levanto la mano y la sala se calma. —Por favor, entiendo que esto es inesperado. Les pido paciencia mientras continuamos la velada. —Espero unos segundos más para que el resto del murmullo se apague. Sé que la gente tiene preguntas y no saldré de aquí esta noche sin responder a un millón de ellas, pero parece que algunas no quieren esperarme.

Sofi se aleja de su mesa y camina hacia el escenario con la barbilla en alto. Me recuerda a su madre, y eso me hace estremecer. —Haz tu anuncio, Roman. —Su voz atraviesa la sala, cortando el murmullo. —Dijiste que nos dirías con quién te vas a casar.

Sabine se queda detrás de ella, observando y esperando, pero puedo ver en sus ojos que entiende que no es ninguna de las dos. Está dolida y enojada, y no es su culpa, pero no me importa.

Miro a Mila. Las lágrimas corren por sus mejillas y sus manos tiemblan. Casi me hace llorar verla sufrir también. Casi bajo de este estrado y voy hacia ella, pero tengo que terminar esto.

—No puedo casarme con ninguna de ustedes —digo, y siento que el pecho se me desgarra. —No lo haré.

—¿Por qué? —Sofi da otro paso hacia el escenario. Nadie en la sala habla. Podrías escuchar caer un alfiler. —Prometiste una alianza matrimonial…

—Porque mi corazón pertenece a alguien más. —No me ando con rodeos al decir lo que hay que decir, y la mirada de Mila se eleva para encontrarse con la mía. La sostengo, incapaz de apartarme de ella. —Alguien muy hermosa y muy sabia me dijo no hace mucho que saber lo correcto y no hacerlo es vergonzoso. Y sé que está mal casarse por dinero o poder, especialmente más aún cuando tu corazón late el nombre de alguien más.

Me siento vacío por dentro mientras miro a Mila, que ahora llora desconsoladamente, arruinando su maquillaje.

Sofi se queda inmóvil en medio del salón. Sabine le toma el brazo y la hace retroceder. Puedo ver cómo la comprensión se extiende por la sala en tiempo real—las miradas intercambiadas, las cabezas girándose hacia mi mesa y la mujer vestida de esmeralda sentada junto a mi silla vacía.

—La cena se servirá en breves momentos —digo en voz baja, y luego coloco el micrófono de nuevo en su soporte.

Bajo del escenario, paso junto a mi mesa sin mirar a Mila, junto a los invitados que se levantan y el personal de servicio reunido en las puertas de la cocina, y empujo las puertas laterales hacia el pasillo. El ruido del salón se desvanece detrás de mí mientras camino hasta quedar solo en la oscuridad.

Dado cómo me siento, no es seguro estar cerca de nadie en este momento.

Necesito aire.

29

MILA

Empujo mi silla hacia atrás y corro por el salón antes de que nadie pueda detenerme, esquivando mesas y invitados que se levantan hasta que alcanzo la puerta lateral. El pasillo está oscuro y silencioso, sin rastro de Roman por ninguna parte, pero después de aquello no puedo quedarme sentada sin hacer nada. Me dirijo apresuradamente hacia la salida. Estaba aquí hace un momento. No puede haber ido muy lejos.

El pasillo termina en una salida lateral sostenida abierta con una cuña de goma. Más allá, el sol se ha puesto sobre el patio, donde los caminos están iluminados por pequeñas luces solares, serpenteando hacia un bosquecillo donde el resplandor de las ventanas del salón detrás de mí muestra la silueta del hombre que busco.

Roman está sentado en un banco de piedra con la chaqueta desabotonada, los codos sobre las rodillas y la cabeza baja. El patio está cercado por tres lados, con un arco abierto al fondo que conduce al aparcamiento, y puedo escuchar el distante bullicio de los invitados que empiezan a irse temprano. No levanta la cabeza cuando me acerco, deteniéndome a unos pasos de él.

Su temperamento es impredecible y esta noche ha sido todo menos tranquila, así que me aproximo con cuidado, observando la tensión en sus hombros que me indica si está pensando o furioso. En este momento, es difícil saberlo.

—¿Puedo sentarme? —le pregunto. Hoy he sentido una amplia gama de emociones y mi corazón aún no ha decidido del todo cuál debería sentir, pero sé, porque lo veo en su postura ahora mismo, exactamente lo que él está sintiendo.

No levanta la cabeza. —Si puedes perdonarme por destruir a tu familia frente a cientos de personas, puedes sentarte.

—No destruiste a mi familia —le digo con dulzura—. Expusiste a la mujer que la destruyó hace años. —Me siento en el banco a su lado, dejando unos centímetros entre nosotros, y entrelazo las manos sobre mi regazo.

Esta noche no ha sido en absoluto lo que esperaba que sucediera, y creo que me he equivocado con Roman Kuzin desde el principio. No tenía ni idea de que todas esas cosas sobre Vera fueran ciertas y no sé cómo Roman lo descubrió. Sin duda, explica muchas cosas que he sentido a lo largo de los años, aunque deja preguntas sobre la naturaleza de la muerte de mi padre. Y con el tiempo, espero que todas mis preguntas tengan respuesta.

Pero hay una a la que solo Roman puede responder, algo que mi corazón necesita oír de su boca.

—¿Por qué no elegiste a nadie? —pregunto en voz baja, porque preguntarle directamente si soy la mujer a la que ama parece demasiado atrevido, incluso para mí.

—Porque no quería hacerlo.

—¿Por qué renunciarías a eso? La alianza, la herencia… todo estaba a tu alcance. —Cuando le dije que lo tuviera todo, lo decía en serio, porque lo amo. Aunque no es lo que quiero, de todos modos. Nunca quise el imperio de mi padre. Quería que mi padre me amara, lo cual

ahora sé que lo hacía. Todo lo que sucedió fue porque Vera lo manipuló, no porque fuera un hombre cruel.

—Sé lo que era. —Las palmas de sus manos se apoyan en el banco de piedra mientras mira hacia el oscuro patio. Nunca lo había visto tan abatido.

—¿Entonces por qué renunciar a ello?

Se reclina contra el banco, inclinando la cabeza hacia el cielo como si estuviera pensando, y permanece en silencio durante un largo rato. El ruido de fondo continúa, pero el silencio entre nosotros calma mi corazón, que siento que podría escaparse en cualquier momento. Sabía exactamente qué esperar antes de que comenzara esta gala, y ahora no sé nada. Todo lo que creía saber era una mentira.

—Lo hice por ti, Mila. Vera asesinó a tres maridos y se casó con tu padre con el mismo plan. Iba a quedarse con todo lo que él te dejó. La única forma de detenerla era hacerlo públicamente, en una sala llena de testigos, con la policía a pocos metros —dijo.

—No lo entiendo —dije mientras las lágrimas brotaban en mis ojos —. Tú querías el imperio. Querías dirigir la organización de mi padre y—.

—No —gruñó, y me sobresaltó. Era tan fuerte que juraría que la gente que salía por la entrada principal más allá de esos muros de piedra podía oírle. Luego se volvió y me acarició la mejilla suavamente—. Nunca quise esas cosas, ¿me entiendes?

Asentí, mordiéndome el labio inferior mientras intentaba entenderle, pero mis propios pensamientos corrían a mil por hora, instándome a contarle lo del bebé. Casi me ha confesado que me ama, y necesito que sepa lo que está diciendo antes de que lo diga.

Podía sentirlo venir, como la trampilla en una película de terror a la que le gritas al personaje advirtiéndole que no la abra. Lo sabía, y el momento se precipitaba hacia un punto de ruptura inevitable que no podía evitar.

—Absorber los negocios de tu padre me beneficiaría, sí. Y el dinero está bien, pero solo es una herramienta. ¿Para qué tener todo eso si no tengo a alguien con quien compartirlo? —Sus ojos brillaban con su propia emoción mientras las lágrimas corrían por mis mejillas.

—Pero no lo entiendes.

—No necesito entender nada excepto que Vera era una persona horrible que te hizo mucho daño, tanto que casi consiguió que te matara yo —otra persona horrible que—.

—No, para —gemí, secándome los ojos—. No eres horrible. No creo eso.

—Te habría matado.

—Me salvaste —le dije, apoyando mi mano en su mejilla—. Me salvaste, Roman. Igual que hiciste con Sorin, y con Sara… Y, Dios mío, te amo por ello. —No podía detener las lágrimas ahora. Venían demasiado rápido y demasiado fuertes para pararlas.

Su pulgar atrapó una lágrima en mi mejilla. Su rostro se suavizó, perdiendo los bordes duros hasta que se inclinó y me besó suavemente. Su frente descansó contra la mía mientras su mano se curvaba alrededor de la parte posterior de mi cuello, sujetando mi cabeza allí para que no pudiera moverme.

—Dios, mujer… —refunfuñó. Podía notar que luchaba con las palabras, batallando contra su propio ego, orgullo o incapacidad para comunicarse. Me mordí la lengua porque necesitaba oírle decirlas por sí mismo, pero también me sentía aterrada de lo que pensaría cuando le contara mi verdad.

Cuando pasaron unos minutos y él no habló, pero tampoco dijo nada, me aclaré la garganta y comencé a apartarme, pero no me dejó ir muy lejos.

—Rome, necesito que sepas algo…

Sus ojos se alzaron para encontrarse con los míos, y cada pizca de la guerra interna que estaba librando estaba presente en su rostro. Su mano bajó por mi brazo para tomar mis dedos entre los suyos, y luego inspiró profundamente y suspiró con fuerza.

—Sé que quizás estés enfadada conmigo por ocultarte esto, pero tenía mis razones. —Mi labio temblaba, mis palmas sudaban mientras decía—: Estoy… yo, eh… estoy embarazada. —Escupí las palabras y el terror me atenazó, pero él no se movió ni un músculo, así que, para llenar el incómodo silencio, comencé a balbucear como una idiota, esperando que no estallara como temía que podía hacer.

—Sé lo que estás pensando, y lo siento por no habértelo dicho en cuanto lo supe. Querías que el Dr. Levin me examinara, y tenía miedo, y Sorin me dijo que estarías furioso si no decía algo, así que le prometí que te lo diría, pero Rome, tengo miedo y nunca había tenido relaciones antes de conocerte y—.

Sus labios reclamaron los míos en un beso abrasador que se tragó todo mi miedo y aprensión. Y cuando pensé que podría desmayarme porque no podía respirar, me besó más fuerte, tirando de mí hasta su regazo hasta que estaba sentada con las piernas descansando a un lado y mis brazos rodeando sus fuertes y anchos hombros mientras las lágrimas corrían por mis mejillas más calientes que nunca.

—Te amo, Mila, y no tengo ni idea de cómo decírtelo sin sonar débil o tonto, pero lo hago. Te quiero en mi vida, en mi cama, en mi brazo.

—Creo que lo estás haciendo bastante bien —dije, riendo mientras me secaba las lágrimas de las mejillas.

—En este punto no me importa. Te necesito, ¿lo entiendes? Nunca fue la organización lo que quise. Siempre fuiste tú. Desde el momento en que vi de lo que Vera era capaz, te vi de otra manera y te quise. —Me besó de nuevo, y otra vez, salpicando mi rostro con su afecto y bebiendo mis lágrimas entre palabras—. Y me doy

cuenta de cuánto mayor soy que tú y de lo que la gente pueda decir, pero tampoco me importa eso.

Estoy desbordante de alegría, incapaz de contener el aliento mientras le escucho desahogar su corazón por mí. Son las mismas preocupaciones que he tenido desde el principio, pero ahora no me importan lo más mínimo, sabiendo que él me ama.

—Roman, para… —Presiono un dedo contra sus labios para silenciarlo y detener el asalto de besos. Él se detiene, pero sus manos siguen agarrando mis caderas con fuerza. —¿Has oído que estoy esperando un bebé tuyo? ¿Que vas a ser padre?

Sonríe y luego se ríe, una risa explosiva y resonante que me contagia, así que me río con él. —Oh, Mila, me has hecho el hombre más feliz del mundo. Tengamos cien bebés.

La idea de otro embarazo ahora mismo suena a tortura. Siento un pequeño pinchazo en el estómago y niego con la cabeza. —Vayamos paso a paso, ¿de acuerdo?

Me besa de nuevo, y esta vez es un beso lento y prolongado que me relaja en su abrazo. Nunca pensé que este sería el resultado de lo ocurrido esta noche, pero tampoco sabía quién era Vera, ni hasta qué punto me habían engañado. Acepto, sin embargo, que las cosas nunca fueron como parecían, y eso me hace más feliz de lo que he estado en mucho tiempo.

—Toma — dice, reclinándose. Me equilibro cuidadosamente sobre sus rodillas mientras sus manos se apartan de mis caderas, y él se quita el anillo de la mano derecha y me lo ofrece. Es un gesto extraño que no termino de entender. No es un anillo de compromiso, aunque he rechazado su propuesta dos veces. —Quédate con esto.

—Rome, este es tu anillo. Eres conocido por llevarlo. —Intento protestar, pero él cierra mi mano alrededor de él y niega con firmeza.

—No, Mila, esta es mi promesa para ti… Podemos contratar líderes si no quieres liderar, o podemos traspasar toda la organización a los hombres de más confianza de tu padre si no la quieres, pero no voy a arrebatártela. Te quiero a ti, y nada más… —Sonríe. —Quiero decir, a ti y a este bebé.

Le sonrío, sabiendo lo que quiere decir sin decirlo en voz alta. —Entonces, ¿es esto otra propuesta? —Sonrío, finalmente donde quiero estar después de todo este tiempo.

—No exactamente. Es una promesa que debería haber hecho cuando me ofreciste darme todo si me casaba con una de esas chicas horribles. —Suena totalmente disgustado por la idea de casarse con una de mis hermanastras, y eso me hace reír.

—Eran horribles, ¿verdad?

—Terribles. ¿Por qué no me advertiste? — pregunta, riéndose. Luego se pasa una mano por la cara mientras yo suspiro y miro el anillo de mi padre.

—Pregúntamelo de nuevo —le digo, mirando el sello que pareció unirnos como el hilo rojo del destino.

—¿Qué? —dice, mirando confundido.

—Pídemelo de nuevo —repito, mirándolo directamente a los ojos, y observo cómo comprende lo que estoy diciendo. Sé lo difícil que le resultan las emociones, y no voy a dejarlo escapar fácilmente. Quiero que este momento sea algo que recordemos toda la vida, no un acuerdo para poner orden en nuestras vidas a partir del caos.

Sonríe, y luego la sonrisa se desvanece en una expresión seria. Cuando Roman habla, todos escuchan, y ahora sé por qué. Es un hombre increíble con un corazón de oro, y siempre pone a los demás por delante de sí mismo.

—Mila Radin, eres la mujer más irritante y despreciable que he conocido, y sería el mayor placer de mi vida si te bajases de mi

regazo para poder arrodillarme y proponerte matrimonio. Pero como eres terca como ella sola y te gusta el conflicto… —Presiono un dedo contra sus labios y lo silencio.

—Cásate conmigo —susurro, y él muerde mi dedo, luego lo chupa para aliviar el escozor.

—Como desees —dice, acercándome de nuevo a sus labios para otro beso.

Mi corazón está lleno y mi vida nunca será la misma. Y se lo debo todo a este hombre.

30

ROMAN

El tintineo comienza en la mesa más cercana a la pista de baile y se extiende por toda la sala hasta que trescientos tenedores golpean contra trescientos vasos y el ruido llena el salón de recepciones en una ola de sonido cristalino. Mila se vuelve hacia mí con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes de alegría, y me inclino y la beso, profundizando el beso cuando los vítores se hacen más fuertes. Ella sonríe contra mi boca y pone su mano en mi pecho y me empuja suavemente hacia atrás.

—Nos van a obligar a hacer eso toda la noche —dice.

—No me quejo.

—Te quejarás a la decimoquinta vez.

—No lo haré. —Le tomo la mano y beso sus nudillos—. Podría besarte mil quinientas veces esta noche y no sería suficiente.

—Eso es lo más romántico que me has dicho —responde, presionando su mano contra el esternón en un fingido halago.

—No te acostumbres.

Cuando se ríe, es un sonido feliz y tintineante que sacude todo su cuerpo, vientre redondeado y todo, y apoyo mi mano en la hinchazón donde crece nuestro bebé dentro de ella. Timur está listo para los brindis, aunque yo me siento inquieto. Quiero sacar a Mila de aquí y llevarla a un lugar mucho más privado para poder disfrutarla por primera vez como mi esposa legal.

Se levanta, golpeando su vaso de nuevo para llamar la atención de todos, y el murmullo de trescientas voces se apaga. —Para aquellos que no me conocen, soy el hermano de Roman. —Hace una pausa —. Para aquellos que sí me conocen, lo siento.

La risa rueda por las mesas. Mila se tapa la boca, pero veo que la sonrisa se asoma.

—He visto a mi hermano dirigir esta familia durante años. Ha tomado decisiones que aterrorizaron a hombres adultos y negoció acuerdos que les harían dar vueltas la cabeza. Pero nunca lo he visto tan aterrorizado como el día que me dijo que estaba enamorado de Mila Radin. —Timur me mira—. Me llamó a las dos de la madrugada para desahogarse.

Mila se vuelve hacia mí y susurra: —¿Lo llamaste a las dos de la madrugada?

—Está exagerando —murmuro, sin estar seguro de qué se le ocurrirá decir a mi hermano después.

Timur se mete en un lío al decir: —También me dijo que le había robado. Lo cual, para Roman, aparentemente era un preludio.

La sala estalla en risas y Mila se tapa la cara con las manos. Voy a matar a mi hermano más tarde, pero ahora mismo, me estoy riendo tanto que no puedo planearlo como es debido. Y mis invitados no parecen notar que mi hermano está diciendo la verdad, de todos modos.

Luego levanta su vaso. —Por Roman y Mila. Que ella siga metiéndole sentido común por el resto de sus vidas.

Los vasos se alzan por toda la sala. Mila levanta su agua y la choca contra mi champán, y sus ojos brillan.

Cuando Anatoly se levanta en nombre de Mila, que no tuvo dama de honor, la sala se silencia. Fue el chofer de su padre durante más de veinte años y la vio crecer desde una bebé hasta lo que es hoy. Me sorprendió cuando le pidió que la acompañara al altar, pero viendo el vínculo que tienen, ahora tiene sentido.

—Anton habría amado este día —dice Anatoly, conteniendo la emoción. Cualquiera que lo mire puede ver que la ama como a una hija—. Habría amado ver a su hija tan feliz. Y le habría dicho a Roman que si alguna vez la lastimaba, no habría un lugar en la tierra lo suficientemente lejos como para esconderse. —Levanta su vaso—. Por Anton.

—Por Anton —responde la sala al unísono.

Mila se seca los ojos con su servilleta, y yo pongo mi mano sobre su rodilla debajo de la mesa y ella la cubre con la suya y la aprieta.

Cuando los aplausos se desvanecen, me pongo de pie porque es mi turno, mientras tengo su atención, para agradecerles a todos. Los últimos meses han sido una locura, y el matrimonio de nuestras dos familias ha ido más suavemente de lo que nadie esperaba. Pronto, Mila recibirá su herencia, y no puedo esperar a ver cómo florece esta nueva unión.

—Gracias por estar aquí. Gracias por ser testigos de lo que, sin exagerar, ha sido el mejor día de mi vida. —Me desabrocho la chaqueta y apoyo una mano en el respaldo de la silla de Mila—. Quiero dirigirme a los hombres en esta sala que lideran sus familias. Con Mila como mi esposa, se ha discutido y decidido que asumiré el liderazgo de la familia Radin.

—Les pido a los hombres que sirvieron bajo Anton, y bajo su padre antes que él, que se unan bajo mi liderazgo. No porque lo exija, sino porque pretendo honrar el legado que Milos construyó y Anton llevó

adelante. Esta familia merece algo mejor de lo que ha pasado. Planeo asegurarme de que lo consiga.

Hago una pausa por un momento mientras pienso en cómo todas estas caras sonrientes se convertirán en soldados a mi disposición y en lo afortunado que soy de que Mila y yo veamos las cosas de manera tan similar. Luego continúo con mi discurso.

—Y como todos sabéis —me agacho y cojo la mano de Mila—, dentro de un par de meses nacerá nuestro primer hijo.

La sala estalla de nuevo mientras los aplausos nos envuelven desde todas direcciones. Mila apoya su mano libre sobre su vientre y me sonríe, y tengo que apretar la mandíbula y mirar al público por un segundo porque mirarla ahora mismo me hará desmoronarme frente a trescientas personas y me niego a llorar en mi propia boda.

—Y en este niño —logro decir—, la organización Radin-Kuzin tiene a su heredero. —Los aplausos retumban de nuevo mientras asiento y levanto la mano, y Mila se levanta para besarme. El ambiente se relaja y vuelve al flujo de la celebración, donde el cuarteto toca y los camareros siguen sirviendo bebidas, y ya he sido paciente durante suficiente tiempo.

Me inclino hacia Mila. —Ven conmigo.

—Están a punto de servir la cena.

—Puede esperar.

—Roman, no podemos desaparecer de nuestra propia recepción. —Es tan adorable cuando protesta, pero voy a salirme con la mía.

—No estamos desapareciendo. Estamos saliendo un momento. —Le sonrío y le doy un beso en la mejilla mientras le susurro al oído—: Ven conmigo, señora Kuzin.

Ella pone los ojos en blanco, pero coge mi mano y la ayudo a levantarse de la silla. Timur me mira desde el otro lado de la mesa y arquea una ceja, pero lo ignoro y guío a Mila hacia la puerta lateral,

con una mano en la parte baja de su espalda, abriéndole paso entre las mesas mientras los invitados estiran la mano para tocar su brazo y felicitarnos al pasar.

Salimos por la puerta lateral al pasillo que hay más allá. El ruido de la recepción se reduce a la mitad en cuanto la puerta se cierra tras nosotros, y la llevo por el pasillo, pasando por un guardarropa y una entrada de servicio, hasta encontrar la puerta de la pequeña habitación donde Timur y yo nos vestimos antes de la ceremonia. La abro, la meto dentro y la cierro tras nosotros.

Ella se gira para mirarme. Su vientre redondo bajo el vestido blanco, el anillo de su padre colgando de una cadena de oro sobre su pecho, y algunos mechones de pelo se han soltado de las horquillas y caen sobre su cuello.

—Hay trescientas personas ahí fuera —dice.

—No me importan trescientas personas. —Cruzo la habitación, le tomo la cara entre mis manos y la beso. No el beso pulido que le di en el altar ni los besos de escaparate para brindar. Este es mío. Mi boca se abre contra la suya y mis manos se deslizan por su pelo, soltando horquillas hasta que una sección cae sobre su hombro. Ella agarra la parte delantera de mi chaqueta y me acerca, devolviéndome el beso con una hambre que apaga todo pensamiento racional en mi cabeza.

Su boca se abre contra la mía y su lengua se desliza contra la mía. Gimo y la atraigo más cerca por la cintura. Sabe a limpio y cálido, y sus manos están aferradas a mi chaqueta, tirando de mí hacia ella mientras mis manos se entierran en su pelo. Las horquillas se sueltan al pasar mis dedos, cayendo al suelo mientras mechones de su pelo oscuro caen sobre su cuello y hombros.

—Me estás destrozando el peinado —murmura entre besos.

—Te dije que estás más guapa con el pelo suelto —digo, sonriendo contra su piel. Luego deslizo mi boca desde sus labios hasta su

mandíbula, luego por el lado de su cuello, dejando besos abiertos sobre su punto de pulso. Ella inclina la cabeza para darme espacio. Su respiración se corta cuando rozo sus dientes justo debajo de su oreja.

—Roman, no podemos hacer esto aquí.

—Ya lo estamos haciendo. —Mis manos abandonan su pelo y bajan por los lados de su vestido, recorriendo sus caderas, la curva de su vientre, la parte superior de sus muslos a través del satén. Ella tiembla cuando paso mis palmas hacia arriba por la parte exterior de sus piernas, levantando la tela a medida que avanzo.

—Alguien podría entrar.

—La puerta tiene pestillo.

—No lo has echado.

Alargo la mano detrás de mí sin mirar y giro el cerrojo, sonriendo. —Ahora sí.

Ella ríe contra mi boca, así que la beso con más fuerza, levantando la mano para acariciarle un pecho a través del corsé del vestido. Sus pechos están más llenos que hace meses, más sensibles. Paso el pulgar por su pezón y ella jadea, arqueándose hacia mi mano.

—Ahora están muy sensibles —dice.

—Lo noto. —Lo hago de nuevo, más despacio, rodeando el pezón por encima de la tela. —¿Te gusta?

—Todo lo que me haces me gusta. —Ella desliza la mano entre nosotros y apoya la palma contra la parte delantera de mis pantalones, donde estoy tenso contra la cremallera, y frota. —¿Esto te gusta?

—Tu mano en mi polla me gusta tanto que casi no veo claro. —Empujo mis caderas contra su palma y ella aprieta, haciendo que me

tense la mandíbula. —Si sigues así, no llegaremos a la parte en la que estoy dentro de ti.

—Pues vayamos a esa parte. —Ella me desabrocha el cinturón mientras yo recojo el frente de su vestido con ambas manos, subiendo la seda por sus muslos a puñados hasta que queda arremolinada alrededor de su cintura. Lleva encaje blanco debajo y es embriagador. Deslizo la mano entre sus piernas, presionando mis dedos contra sus bragas, y la tela está empapada.

—Mmm, me deseas —roneo, mordisqueando su clavícula.

—Bueno, por eso me casé contigo, ¿no? —Mila sonríe mientras engancho mis dedos en el encaje y lo bajo por sus muslos, dejándolo caer al suelo. Cuando sale de él, la levanto hasta el borde de la mesa, colocándola sobre la superficie de madera con su vestido arremolinado en la cintura y sus piernas desnudas abiertas a ambos lados de mis caderas.

Deslizo dos dedos por el calor húmedo entre sus piernas. El sonido que hace es música para mis oídos, resonando en lo profundo de mi pecho como placer. Mis dedos se deslizan por sus pliegues, encontrando su clítoris, y presiono y empiezo a hacer círculos mientras observo cómo cambia su expresión.

—¿Cómo se siente? —pregunto contra su oreja.

—No me hagas preguntas ahora. Y no dejes de mover la mano.

Acelero el movimiento, presionando con más fuerza. Ella agarra mi antebrazo con ambas manos para inmovilizarme. Sus caderas se arquean contra mis dedos, su cabeza cae hacia atrás, y yo beso su garganta expuesta mientras trabajo su clítoris con una presión constante.

—Quiero hacerte venir antes de follarte —le digo contra su piel.

—Entonces ve más rápido.

Introduzco dos dedos dentro de ella mientras mi pulgar se encarga de su clítoris, curvando los dedos contra la pared frontal. Ella gime y sus muslos se cierran alrededor de mis caderas mientras sus manos suben por mis brazos.

—Ahí mismo —jadea—. Quédate ahí.

Me quedo ahí, curvando y frotando, y empujo mis dedos dentro y fuera de ella mientras mi pulgar rodea su clítoris. Ella se mueve contra mi mano, cabalgando mis dedos, respirando entrecortadamente cada vez más rápido.

—¿Estás cerca? —pregunto, pero ya lo sé por cómo tiene la boca abierta, los ojos muy abiertos mientras me mira fijamente.

—Estoy muy cerca. No pares.

Presiono más fuerte con el pulgar y hundo más los dedos, y ella se arquea hacia delante en un espasmo violento cuando su cuerpo estalla. Su boca se abre en un grito silencioso, los muslos tiemblan, y siento sus pulsaciones alrededor de mis dedos, apretando y soltando en oleadas que duran al menos treinta segundos. Sigo moviendo la mano durante todo ello, sacándole cada último espasmo, hasta que aparta mi muñeca y cae sobre los codos, respirando con dificultad.

—Métetelo dentro —dice—. Ahora mismo.

Libero mi mano y me bajo la cremallera. Ella mete la mano en mis pantalones, me agarra, saca mi polla y me masturba unas cuantas veces. Me encanta esa mirada en sus ojos, la que dice que es toda mía y puedo hacer lo que quiera con ella.

—Buena chica —la alabo, mientras me coloca a su entrada y empujo. El ángulo es diferente ahora con el bebé creciendo, y voy con cuidado, sin hundirme demasiado. Pero ella rodea mis caderas con las piernas y me atrae el resto del camino, hundiéndome por completo. Los dos gemimos al mismo tiempo.

—Dios, qué bien me haces —susurra.

—Tú me haces sentir mejor. —Le agarro las caderas y empiezo a moverme, retirándome y empujando con embestidas profundas y constantes que hacen crujir la mesa bajo ella. Se recuesta sobre los codos y me mira mientras la follo, sus ojos pasan de mi rostro al punto donde nuestros cuerpos se unen y vuelven, sus labios entreabiertos, sus mejillas sonrojadas.

—Más fuerte —dice.

La embisto con empujes largos y profundos, agarrando sus caderas para atraerla hacia mí mientras avanzo, y ella gime cada vez que llego al fondo.

—Estás tan dentro —dice, su voz ahora solo un quejido.

—Quiero estar más adentro. —Le acerco las caderas al borde mismo de la mesa y cambio el ángulo, inclinando su pelvis, y la siguiente embestida la hace gemir. Meto la mano entre los dos y encuentro su clítoris con el pulgar, rodeándolo mientras la follo, hasta que sus codos ceden y cae de espaldas sobre la mesa.

—Oh, Dios. Roman. Oh, Dios, eso es…

—¿Eso es qué?

—Dios mío, sí, por favor no pares.

Trabajo su clítoris y observo cómo su cuerpo responde a cada embestida, cada presión de mi pulgar. Vuelve a apretarse alrededor de mí, sus piernas tiemblan contra mis caderas, y siento mi propio orgasmo acumulándose en la base de mi espina dorsal, pero lo contengo porque necesito que ella llegue primero.

—Vamos, cariño —le digo—. Quiero sentirte venir mientras estoy dentro de ti.

Ella estira los brazos por encima de la cabeza, agarra el borde opuesto de la mesa, arquea la espalda y gime: —Rome… sí, ahora…

—cuando llega el orgasmo. Se cierra alrededor de mí con tanta fuerza que pierdo el ritmo. Gimo y sigo embistiéndola, sintiendo cada pulso, cada contracción, mientras su cuerpo tiembla.

Ya no puedo contenerme. Tengo los huevos tan tensos que duele. Me entierro profundamente y me pongo rígido, eyaculando dentro de ella en oleadas calientes mientras gimo su nombre contra su cuello. Mis manos agarran sus caderas con fuerza suficiente para dejar marcas. Mi cuerpo se sacude contra el suyo hasta que pasa la última oleada y mis brazos tiemblan por el esfuerzo de sostenerme.

Cuando siento mi semen filtrándose alrededor de mi polla, me retiro. Mi polla salta, golpeando mi estómago, y ella se ríe, haciendo que salga más semen de ella.

—Deberíamos volver —dice.

—Sí, bueno, primero hay que limpiar este desastre, ¿no? —pregunto, guardándome la polla. Me subo la cremallera mientras ella sigue tumbada con las piernas abiertas, luego recojo sus bragas y las uso para limpiar su desorden antes de arreglarle la falda y ayudarla a sentarse. Su pelo está realmente revuelto, pero está increíblemente sexy.

—Eres preciosa —le digo, besándola mientras mi mano descansa sobre su vientre redondo.

Entonces siento un pequeño golpe contra mi mano y un movimiento ondulante.

Me aparto y miro su vientre. —¿Eso ha sido…?

—El bebé está dando patadas. —Coge mi mano y la aplana contra la curva. Otra patada aterriza en mi palma y me hace sonreír.

—Ese es nuestro bebé —susurro, emocionado.

—Ese es nuestro bebé. —Cubre mis manos con las suyas—. Por lo visto, no le gusta la mesa.

—Anotado. La próxima vez usaremos la cama.

Ella se ríe, y el temblor recorre todo su cuerpo. Siento al bebé patear de nuevo contra mi palma derecha y apoyo mi frente contra la suya, manteniendo las manos sobre su vientre mientras las patadas pasan de golpes a aleteos.

—Vamos a terminar esta fiesta para llevarte a casa, señora Kuzin. —Le doy un beso en los labios.

—Sí, vamos… Me está empezando a doler la espalda. —Sonríe, y su sonrisa ilumina la habitación. Soy el hombre más afortunado del mundo.

31

EPÍLOGO

MILA

—Puja, Mila, ¡ahora! —La voz del doctor Levin se vuelve severa y yo empujo con cada músculo de mi cuerpo. Tengo los dientes apretados, la cabeza levantada de la almohada y la mano libre agarrada al barandal de la cama con tanta fuerza que, si fueran los dedos de Roman, ya los habría roto. La contracción llega a su punto máximo y sigo empujando hasta que me tiemblan los brazos y la visión se me nubla.

—Muy bien, así está bien. Respira por mí. —El doctor Levin está sentado entre mis pies, al final de la cama plegable, listo para recibir al bebé en cuanto nazca—. Recupera el aliento. Vas a tener que empujar de nuevo con la próxima.

Me desplomo contra la almohada, jadeando, mientras la habitación da vueltas a mi alrededor. El dolor es tan abrumador que casi me desmayé de camino aquí, pero ya falta poco. Dios, quiero que esto termine.

Roman me seca el sudor de la frente con un paño fresco que le dio una enfermera. Le tiembla la mano, aunque intenta mantenerla firme, y tiene el rostro pálido. Parece demasiado nervioso para ser el

mismo hombre que conocí hace casi un año. Le aprieto la mano y él me da un beso en la frente.

—Lo estás haciendo genial, cariño. Solo unos minutos más y nuestro bebé estará aquí.

No puedo responderle, estoy demasiado agotada, y antes de que logre recuperar el aliento, me llega otra contracción. La presión recorre la parte inferior de mi cuerpo, me envuelve las caderas y tira hacia abajo con una fuerza que lo domina todo. Me inclino hacia adelante y empujo de nuevo, hasta que mi cara está caliente y mojada por las lágrimas. Roman apoya su frente contra mi sien y respira al mismo ritmo que yo.

—Lo estás haciendo increíble —me dice contra el pelo, y le diría que se calle si no fuera porque necesito oír su voz ahora más que respirar.

—Empuja, Mila. Ya veo la cabeza. Ya casi llegas. —La voz del doctor Levin es tranquila. Seguro que ha hecho esto un millón de veces. Pero es mi primera vez y estoy aterrada.

—Dios, duele demasiado. Que pare. No puedo hacer esto.

—Mila, tranquila, cariño —arrulla una enfermera, y me dan ganas de matarla.

—Shh, amor, lo estás haciendo muy bien. —El beso de Roman en mi mejilla es tierno y me seca la frente otra vez—. Estás haciendo realidad mi sueño, cariño. No te rindas ahora. —Sus palabras son lo que me ayuda a superarlo. Lo juro, nunca volveré a hacer esto.

La siguiente contracción llega, y agarro la mano de Roman y empujo. La presión es enorme, concentrada en lo más profundo de cada músculo, y mi cuerpo hace cosas que no puedo controlar—los músculos se contraen por su cuenta, mis caderas se mueven. Todo en mí está trabajando hacia un único propósito que anula el pensamiento, el miedo y el agotamiento. El brazo de Roman se desliza detrás de mis hombros, levantándome hacia adelante,

sosteniéndome, y empujo más fuerte, gritando como un animal salvaje que cree que está muriendo, porque yo creo que estoy muriendo.

—Excelente trabajo, Mila. Vamos, vamos… Empuja… —Siento sus dedos en mi cuerpo, en lugares sagrados reservados solo para Roman, y luego se ríe. —La cabeza está fuera —dice el Dr. Levin—. Un empujón más. Ahora los hombros.

Empujo una vez más, y la presión se rompe en una liberación repentina que me vacía, dejándome vacía, temblando y jadeando con la cabeza apoyada en el hombro de Roman y su brazo todavía sosteniéndome. Durante medio segundo, la habitación está completamente quieta antes de que empiece a temblar y mis dientes choquen. Está en silencio y las enfermeras se mueven haciendo su trabajo como un ballet bien orquestado.

Entonces un llanto atraviesa la habitación, llenando cada rincón—y levanto la cabeza.

El Dr. Levin sostiene a mi bebé con orgullo, con unas tijeras sobre su pequeño vientre mientras las enfermeras le traen toallas calientes. Se vuelve hacia mí, y su compostura profesional se quiebra en una sonrisa. —Es una niña, Mila.

—¿Una niña? —gimoteo. Después de meses suponiendo que tendríamos un niño y dando vueltas a la idea de que algún día lideraría nuestra familia, el anuncio me sorprende un poco.

—Tienes una hija —dice Levin mientras asimilo la noticia, y Roman empieza a reír.

Se ríe y se seca la frente, luego me ayuda a relajarme mientras las enfermeras colocan mantas calientes sobre mi cuerpo. Entonces el Dr. Levin coloca a nuestra pequeña niña sobre mi pecho.

Es pequeña, con la cara roja y gritando, sus puños apretados y los ojos cerrados. Pero es la cosa más hermosa que he visto. Con la

mano sostengo la parte trasera de su cabeza mientras las lágrimas llenan mis ojos.

—Hola, pequeña —susurro entre lágrimas que fluyen libremente—. Mamá está aquí, pequeña. Estoy aquí.

Roman se sienta al borde de la cama y desciende con los dedos por su muslo izquierdo hasta la rodilla, luego hasta los dedos de los pies. —Mira qué perfecta es. Diez deditos diminutos…

—Y diez dedos en las manos —anuncia Levin—. Los he contado. —Sus ojos brillan. Se nota que lleva mucho tiempo siendo el médico de cabecera de Roman, y agradezco que alguien tan atento sea quien me ha ayudado hoy.

—Se suponía que sería un niño —bromea Roman, arqueando una ceja hacia el médico.

—Ya es testaruda, y eso lo hereda enteramente de ti. —Levin le da una palmada en el hombro a Roman y luego se aparta.

—Es tan hermosa —lloro, y sé lo ridícula que sueno, entristecida por algo tan feliz, pero Roman me besa en la frente y me sonríe.

—Y si llega a ser la mitad de mujer que tú, algún día será digna de liderar esta familia.

No puedo dejar de llorar ni un segundo. Una enfermera me trae pañuelos mientras todo a nuestro alrededor sigue en movimiento. Solo puedo pensar en lo preciosa que es y en que por fin esto ha terminado y recuperaré mi cuerpo.

—Amelia Radin-Kuzin —susurro—, bienvenida a este mundo.

—Qué tesoro… ¿Puedo cogerla? —pregunta Rome, y así comienza una vida entera compartiendo a mi pequeña con el amor de mi vida.

—¿Puedes abrazarme a mí en su lugar? —le pregunto, y él vuelve a reír, deslizándose en la cama para acurrucarse a mi lado y

abrazarnos a ambas mientras el Dr. Levin sigue trabajando, cosiéndome.

—Me has dado el mejor regalo que alguien podría darme, Mila. Gracias. —Su voz es tan tierna y mi corazón está tan lleno.

—Te quiero, Ro.

—¿Quieres decir Rome? —pregunta, y yo le pongo los ojos en blanco.

—Quiero decir que te quiero —susurro, y él me besa suavemente.

La vida está tomando un rumbo tan hermoso que nunca imaginé posible. Tengo los ojos bien abiertos y las esperanzas muy altas. Y cuando esta niña crezca, tendrá todo un ejército de hombres dispuestos a luchar por ella.

No veo el momento de verlo.

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

Imperio de Sangre y Herederos Serie

Nacida en Pecado

El Clan Gravitch Serie

Su Novia Forzada || Su Maestra Cautiva || Su Mentira Perfecta || Su Esposa Reticente || Su Testigo Desafiante

Noche de Paz, Noches de Pecado Serie

Sangre y Nieve || Su Ajuste de Cuentas Navideño || Sangre & Muérdago

El Sindicato de Roma Serie

Pintado en Pecado || La Deuda Matrimonial || Bella Evidencia || La Rosa del Capo || La cautiva del asesino

El Legado de Baranov Serie

Rebelión Vigilada || Rendición Salvaje || Secretos Protegidos || Amor Indomable

La familia Constella Serie

Bajo su Protección || Bajo Su Mirada || Bajo su Control || Bajo Su Abrazo

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés || La Última Vendetta || La Novia del Pakhan

---